



*Amar  
para  
siempre*

LISA KLEYPAS



# AMAR PARA SIEMPRE

Lisa Kleypas

Traducción de María José Losada Rey y Rufina Moreno  
Ceballos



Título original: *Forever my Love*

Traducción: María José Losada Rey y Rufina Moreno  
Ceballos

1.<sup>a</sup> edición: julio 2010

© 1988 by Lisa Kleypas

© Ediciones B, S. A., 2010

para el sello Vergara

Consell de Cent 425-427 - 08009 Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

Depósito legal: B.8249-2012

ISBN EPUB: 978-84-90190-03-6

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para mi padre,  
por su apoyo y amor,  
y para Ki, por ser mi amigo  
además de mi hermano*

# Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

# 1

Se llamaba Mireille Germain, pero nadie lo sabía en Sackville Manor. En realidad, nadie en Inglaterra lo sabía. Habría supuesto un gran problema que alguien conociera su verdadera identidad, algo que había resuelto dejando aquel nombre en su país natal, Francia. Aquí era Mira, un nombre que le gustaba mucho más.

Apoyando los codos en el alféizar de la ventana de la torrecilla, se inclinó hacia delante y disfrutó de la brisa y de la espléndida vista que la altura de la habitación le ofrecía. Le divertía observar la llegada de los invitados de lord Sackville; damas y caballeros de alta alcurnia que pasaban el tiempo pavoneándose, una costumbre de la que Mira se había mofado abiertamente

hasta que lord Sackville la había tomado bajo su tutela. Ahora tenía mejores modales, pero a pesar de la rigurosa educación recibida, algunas de sus viejas costumbres y creencias estaban demasiado arraigadas para que pudiera cambiarlas. Había crecido en un mundo muy diferente a éste, en el que la falsa cortesía de la clase acomodada era considerada algo despreciable.

Un nuevo carruaje se acercó a la mansión y recorrió el largo camino arbolado desde el portón. El vehículo poseía unos vistosos colores azul marino y negro. Según los rumores que circulaban por Sackville sobre los invitados que asistirían a la cacería, el azul y el negro eran los colores de Falkner. Cuando el carruaje, con sus elegantes caballos, se detuvo justo delante del pórtico, Mira asomó la cabeza un poco más, centrando sus ojos color café en la figura de Alexander Falkner, duque de Stafford, que en ese momento se

apeaba del vehículo.

Aparentaba menos años de los que ella había imaginado y era muy apuesto, tenía la piel morena y el pelo oscuro recortado en la nuca. Se enderezó el abrigo con porte arrogante y se encaminó hacia la parte delantera del carruaje. En un hombre más pequeño, aquella zancada habría sido considerada un pavoneo, pensó Mira sonriendo lentamente mientras clavaba la mirada en él. Ese hombre estaba rodeado de un aire de vitalidad y fortaleza que le resultaba muy atractivo. En esos días, estaba muy de moda que los hombres adoptaran la romántica palidez que caracterizaba a Byron. La mayoría de los caballeros parecían indolentes y melancólicos, como si estuvieran llenos de un anhelo desesperado, pero éste parecía carecer de tales pretensiones.

Mira apoyó la barbilla en las manos mientras lo

observaba alargar una mano morena hacia uno de los caballos y acariciarle el cuello con gesto distraído. Sonrió ante algo que le había dicho el cochero y sus dientes brillaron en contraste con la piel oscura. ¿Sería realmente ese hombre el lord Falkner que tanto había sufrido con la muerte de su primo? No parecía que hubiera sufrido una gran pérdida recientemente. Sackville había dicho que Falkner lamentaba profundamente el asesinato de su primo, pero Mira decidió que aquella debía de haber sido otra de las típicas exageraciones de Sackville. En su corta vida, ella había visto muy a menudo la muerte y las sombras, pero no había rastros de aflicción en el rostro de lord Falkner.

Aparecieron dos lacayos de Sackville con pelucas empolvadas y una imponente pomposidad; se inclinaron ante Falkner y le abrieron las puertas. Después de que él entrara en

la casa, llegaron más carruajes con diversos invitados ricamente engalanados, pero Mira los observó sin demasiado interés pues aún tenía la mente puesta en el moreno recién llegado.

William Sackville recibió a Alec en la biblioteca, con una bebida en la mano y una sonrisa en el rostro. Esa expresión de placer y buen humor era algo que él ofrecía muy a menudo, y ¿por qué no habría de hacerlo? Salvo esposa y herederos que perpetuaran su linaje, tenía todo lo que un hombre podía desear: una hacienda bien administrada, muchos amigos, estabilidad financiera y el respeto de todos los que lo conocían. Sus principales intereses, la política y las cacerías, eran bien conocidos por sus amigos y cambiaban con las estaciones del año: cada primavera iba a Londres para representar a

Hampshire en las sesiones del Parlamento, y cada otoño se retiraba a la hacienda Sackville para cazar. Era un experto en ambas tareas. Un genio de la política que no prometía su lealtad a nadie. Nadie sabía qué postura tomaría en un determinado asunto, pero todos daban por sentado que al final estaría del lado vencedor. Mira, que llevaba viviendo con él más de dos años, era la única persona que había descubierto su debilidad, algo que sólo podrían haber adivinado sus amigos más íntimos: no había nada que asustara más a Sackville que quedar en ridículo. Su imagen y su reputación eran lo más importante para él, y su miedo a la censura lo llevaba en ocasiones a mostrarse irracional.

Nadie conocía su ascendencia exacta más allá de su padre, y Sackville había tenido que pagar para conseguir un distinguido linaje que enmascarara los elementos menos admirables de

la historia de su familia. El orgullo le había despojado de sentido del humor pues, aunque a Sackville le gustaba gastar bromas a sus amigos y se reía con ellos, no toleraba que nadie se burlara de él. Y ese marcado orgullo había parecido inhibir también su vida romántica. Corría el rumor de que la razón por la que nunca se había casado era porque jamás había encontrado a una mujer que poseyera los altos estándares que le exigía a una esposa.

—Falkner, has llegado un poco antes de lo esperado —comentó, tendiéndole a Alec un brandy y sentándose en la esquina del escritorio de caoba oscura. Sus ojos azules chispearon—. ¿Ansioso por comenzar la cacería de este año?

—Aburrido de Londres, más bien —respondió Alec, rodeando con el brazo el cuello del busto de un antepasado de Sackville y tomando un trago del magnífico brandy—. El té y la compasión son

una combinación que siempre me han aburrido, pero nunca tanto como en los últimos meses.

—Oh..., sí —masculló Sackville—. Pero, amigo mío, ten paciencia con aquellos que desean consolarte y con los que sienten la pérdida de tu primo con el mismo dolor que tú...

—Nadie ha sentido la pérdida con tanto dolor como yo —lo interrumpió Alec—, aunque ahora está de moda disimular. —La cara de Falkner se mantuvo inexpresiva, pero algo en sus ojos llevó a Sackville a la conclusión de que aquella declaración no era producto de la autocompasión, sino del cinismo.

—Holt era un buen hombre —dijo Sackville con voz queda—, estuve considerando cancelar la cacería de este año por temor a que quedara ensombrecida por el recuerdo de él en esta misma reunión el septiembre pasado.

—No temas. Ofréceles a tus distinguidos

invitados algunas botellas de buen vino —Alec hizo una pausa y tomó otro trago de brandy antes de continuar—, unas chucherías, buena música, un par de bailes..., y no tardarán en olvidarse de él.

—Falkner —dijo Sackville, frunciendo el ceño con preocupación—, no me gusta oírte hablar así. Sé que nunca has sido un alma compasiva, pero no quiero que te conviertas en alguien duro de corazón.

—¿Y qué quieres que haga? —inquirió Alec en tono burlón—. ¿Ahogar las penas en vino?

—No soy quién para decirte lo que debes o no debes hacer. Bien sabe Dios que harías justo lo contrario. Pero ha pasado más de medio año, Falkner, y, muy pronto, tus amigos dejarán de disculpar tu frialdad con la excusa de lo ocurrido a Holt y comenzarán a distanciarse de ti. Oh, sin duda seguirás teniendo gente revoloteando a tu

alrededor, pero en cuanto los amigos de verdad comiencen a abandonarte, será difícil conseguir que regresen.

Alec lo miró en silencio, con una expresión inescrutable en el rostro, y luego sonrió.

—No es propio de ti, Sackville, soltarme un sermón incluso antes de decir «hola, ¿qué tal?».

—Sólo te sermoneo cuando sé que lo necesitas.

—Lo que te convierte en un amigo de verdad —reflexionó Alec posando su enorme mano sobre la cabeza del busto y haciendo tamborilear los dedos en la suave frente de mármol—. Bien, pues... lárgame el sermón, por favor. Dime un remedio contra el cinismo. Dime cómo ver más allá de las falsas sonrisas, la falta de sinceridad y la hipocresía... Por Dios, ayúdame, pues no veo otra cosa a mi alrededor.

—Cambia de escenario —propuso Sackville—. Te vendría bien. Tal vez Italia, Francia...

—Ya he probado eso. Las mismas caras, los mismos cuadros, la misma comida..., el mismo aburrimiento.

—Un caballo nuevo...

—Tengo más caballos de los que puedo contar.

—Quizá —dijo Sackville esperanzado—, podrías encontrar sosiego en la compañía de tu familia.

Alec esbozó una sonrisa y negó con la cabeza.

—Tengo demasiados parientes. Y todos y cada uno de ellos son inaguantables.

—Entonces prueba con una mujer.

—Tengo...

—No hablo de una amante —lo interrumpió Sackville—. Hablo de una mujer de verdad. La misma mujer durante unos meses. Alguien con quien te encuentres cómodo, alguien que sepa lo que te gusta beber y cómo atar la corbata. Por Dios, ¿alguna vez has probado a mantener una

relación con una mujer sensata? Es algo maravilloso y que recomiendo plenamente.

—Pareces condenadamente entusiasmado con esa idea —comentó Alec con aire pensativo—. ¿Tiene esto que ver con los rumores que he oído sobre ti? ¿Es cierto que tienes una amante viviendo contigo en la hacienda?

Sackville sonrió ampliamente.

—La más exquisita criatura que hayas visto en tu vida —admitió—. Cálida, apasionada... Me ha llenado la vida y me ha traído el paraíso.

—Santo Dios. —Alec lo miró con una mueca en los labios—. ¿Cómo piensas manejar todo... esto... con ella viviendo aquí?

—¿Te refieres a la cacería? —preguntó Sackville, agitando la mano con un gesto despectivo—. Se mantendrá fuera de la vista la mayor parte del tiempo, leerá y cosas así en su habitación. No le gusta alternar en este tipo de

acontecimientos. Ella prefiere...

—Prefiere otras cosas y seguro que hace bien —terminó Alec por él, sonriendo con tristeza—. ¿Tiene una hermana?

—Mucho me temo que no. Es única, Falkner y... no la comparto.

La distendida conversación continuó mientras salían de la biblioteca y se dirigían arriba, donde los ayudas de cámara habían preparado las habitaciones. Siempre tenían mucho que discutir, pues a pesar de la diferencia de edad —Alec tenía veintiocho años y Sackville casi treinta más—, tenían mucho en común. Ambos habían heredado título y fortuna cuando eran muy jóvenes, y los problemas que conllevaba tener mucho poder demasiado joven.

En parte, Alec siempre se había sentido resentido por haberse visto obligado a asumir las responsabilidades de la familia, las tierras y los

arrendatarios cuando todavía era un adolescente. La muerte de su padre había obligado a Alec a convertirse en un hombre de la noche a la mañana, despojándolo de la falta de atención y haciéndolo blanco de las burlas de sus iguales. Había confiado en su primo, y compartido con él risas y compañerismo. El intrépido y temerario Holt que lo había arrastrado a muchas alocadas aventuras, y que nunca había dejado de proporcionarle un respiro en la monotonía que suponían las responsabilidades y el trabajo, solía enviarle mujeres ligeras de ropa a sus habitaciones como regalo sorpresa, o mensajes en medio de la noche en los que muy socarronamente le suplicaba que lo acompañara a antros de mala fama. Holt, travieso y vivaz, quien se enamoraba y desenamoraba al menos una vez por semana, lo había convencido en más de una ocasión de brindar con él por la inconstancia de las mujeres.

«Me necesitas a tu lado —le había dicho Holt a menudo—, todos los demás te toman demasiado en serio.» Ahora Holt se había ido, y Alec sabía sin lugar a dudas cuánta razón había tenido su primo.

Después de acompañarlo a su habitación, Sackville se marchó para recibir a sus otros invitados. Alec se paseó sin rumbo, familiarizándose de nuevo con la mansión. El interior de Sackville Manor era tan confortable como cautivador era el exterior. Había una chimenea encendida en cada estancia, obras de arte repartidas por doquier y libros interesantes, sillones cómodos y ricamente tapizados, camas con lujosos cortinajes. En las cacerías anuales de Sackville algunas de esas camas eran mucho más utilizadas que otras, pues en ocasiones como ésta imperaba la indulgencia.

El exterior de la mansión era robusto y

fortificado, pero aun así tan pintoresco que los ojos se movían fascinados de un lugar a otro. Las almenas que coronaban las fachadas y los tejados escalonados le daban la apariencia de un castillo. Particularmente llamativas eran las torrecillas altas y cuadradas que bordeaban las esquinas del edificio, pues eran exactamente iguales a las de los cuentos de hadas, en los que las princesas solían acabar prisioneras.

La habitación de Alec estaba situada al final de un pasillo, cerca de la entrada de una de las torres cuadradas. Se detuvo ante la escalera y se apoyó contra la pared para intentar atisbar lo que quizá fuera un almacén o una buhardilla utilizada por los sirvientes. De repente, sus elucubraciones se vieron interrumpidas por el sonido de pasos en las escaleras.

Mira bajaba de su dormitorio en dirección a la cocina. La cocinera y el ama de llaves estaban

ocupadas con los preparativos de los invitados, y Mira sabía que agradecerían su ayuda. Lord Sackville se enfadaba cada vez que oía que ella había levantado un dedo para ayudar, pero Mira no era de las que se quedaba con los brazos cruzados. Le gustaba sentirse útil y, en su situación actual, se sentía como una verdadera inútil. Se detuvo de repente en el último escalón al darse cuenta de que había un hombre parado frente a ella, un hombre de gran estatura. Reconoció el pelo negro como el azabache de inmediato y clavó los ojos en él con descarada curiosidad.

Tenía los ojos grises como la lluvia, cristalinos y enmarcados con espesas pestañas negras. Sus cejas, bien definidas y algo sesgadas, parecían terciopelo negro. Aquellos brillantes e impactantes ojos plateados que destacaban en esa cara morena se entrecerraron y le pareció como si

él pudiera ver cada recóndito secreto de su corazón. Tenía la boca amplia y expresiva, y la ligera curvatura de una de las comisuras revelaba que el hombre poseía un ingenio sardónico además de aquellos rasgos tan bien parecidos. De repente, Mira quiso retroceder y alejarse de él. Aquella aura de intensa fuerza masculina que había percibido de lejos era avasalladora de cerca. Cada línea del cuerpo masculino era perfecta, desde los firmes muslos embutidos en unos pantalones marrones hasta los hombros anchos, pasando por el tórax delgado cubierto por un abrigo azul y un conservador chaleco de rayas.

—Hola —dijo Alec, con el rostro desprovisto de expresión mientras la miraba. Luego sus ojos se oscurecieron como si absorbieran cada detalle de su apariencia. Notó el movimiento inquieto de los dedos de la joven cuando ella los escondió entre los pliegues del vestido—. Espero no

haberte asustado —añadió en voz baja y ronca.

—Oh, no lo ha hecho —respondió Mira, bajando las pestañas sobre las mejillas. En ese momento ella le sonrió y él se sintió fascinado por la risa que bailaba en sus ojos—. Usted es lord Falkner, ¿verdad? —Él asintió con la cabeza, recorriendo el pasillo con la mirada antes de responder. Seguro que no tardaría en aparecer una acompañante en busca de su pupila, pues una chica con ese aspecto no debería quedarse sola e indefensa demasiado tiempo. Ella interpretó correctamente su mirada y le sonrió de nuevo—. Iba camino de... —comenzó a decir y dio un paso adelante sin recordar que no había acabado de bajar las escaleras. Al sentir que se caía, Mira estiró los brazos instintivamente para no darse de bruces contra el suelo. En un acto reflejo, Alec la atrapó entre sus firmes y protectores brazos, evitando la caída.

Aturdida, Mira lo miró con el corazón martilleándole en el pecho. Él desprendía una agradable e indescriptible fragancia y una sutil mezcla de olor masculino, ropa limpia y un leve toque a laurel. Los ojos grises quedaron muy cerca de los suyos y Mira no pudo evitar notar lo bonitos que eran.

—Oh, qué torpe soy —dijo ella con voz entrecortada y amortiguada contra el abrigo.

—No, de ninguna manera. Cualquiera podría haberse...

—Me alegro de que fuese tan rápido o podría haberme...

—... sí, al suelo...

—... no sé cómo darle las gracias. —Ella levantó la mirada y los dos se quedaron quietos. Él todavía la sostenía entre sus brazos demasiado cerca de su cuerpo, y Mira supo de alguna manera que él era tan consciente de ella como

ella de él. Pero un hombre como el duque estaba prohibido para ella, siempre estaría fuera de su alcance—. Podría soltarme ahora —dijo ella a regañadientes.

Alec no aflojó los brazos.

—¿Tienes ya los pies firmes? —preguntó él con suavidad.

—Sí, creo que sí.

—Deberías tener más cuidado —murmuró él todavía sujetándola—. No me gustaría que te lastimaras. —Su cuerpo era tan suave y flexible contra el suyo que Alec era renuente a soltarla. Le pasaron un montón de preguntas por la cabeza. Se preguntó quién demonios sería ella, por qué no la había visto antes... Por qué lo miraba con inquietud y qué haría ella si la besaba. ¡Qué tentación! Sus ojos castaños y aterciopelados eran oscuros y estaban llenos de secretos, y parecía tan ansiosa por escapar que la agarró con más fuerza

—. ¿Cómo te llamas? —preguntó inclinándose ligeramente la cabeza.

—Milord, por favor. —Alarmada, ella intentó zafarse de él.

Alec la soltó a regañadientes, y sonrió cuando ella se sonrojó y apartó la mirada de la suya.

—Lo siento —dijo él con los ojos chispeantes de diversión—. Parece que los dos hemos empezado con mal pie. Por lo general soy mucho más educado.

—Y por lo general no suelo caerme —dijo ella.

—Te creo.

—Gracias por... impedirlo. Ahora debo irme.

—Espera —dijo él, estirando impulsivamente el brazo para retenerla, aunque luego dejó caer la mano al costado—. ¿Cómo te llamas? ¿Eres una de las invitadas de Sackville?

Desconcertada, Mira quiso desaparecer de su vista. Así que él no tenía ni idea de quién era ella.

La joven sabía lo que sucedería a continuación, pero el orgullo no le permitía huir de él.

—Me llamo Mira —dijo con voz tensa—. Sí, soy una invitada de lord Sackville, aunque permanente. Vivo aquí, en la torrecilla.

Al principio, Alec no podía dar crédito a lo que oía. ¿Era ella la amante de Sackville? La mirada plateada se volvió helada cuando recorrió a la joven de la cabeza a los pies, tomando nota de la suavidad de su pelo recogido y de la hermosa ropa que llevaba puesta, de la exquisita forma de su figura y de la piel inmaculada.

—Acabo de hablar con él de ti —dijo él con una voz muy fría—. Te había imaginado algo mayor.

—Pues estaba equivocado.

—Muy equivocado —convino él con suavidad.

—Tengo que marcharme —dijo ella, dándose la vuelta. Pero se detuvo al oír su voz.

—He oído que tiendes a ocultarte ahí arriba.

—Sí —respondió ella sin mirarle.

—¿Por qué?

—Porque me gusta estar sola.

Mira podía sentir los ojos masculinos demorándose en el amplio escote del vestido y en el montículo suave de sus pechos. Los ojos que antes la habían mirado con cálida admiración ahora contenían una punzante insolencia.

—No puedo evitar preguntarme algo —murmuró él—. ¿A qué te dedicabas antes?

—¿Antes? —repitió ella con cautela.

—Antes de convertirte en la amante de Sackville. ¿Eras una chica del pueblo dispuesta a venderse por ropa cara y una habitación en la hacienda? ¿O quizá la hija de un impulsivo comerciante que esperaba convencer a Sackville de que se casara contigo antes de que acabara siendo su...?

—Ninguna de las dos cosas —lo interrumpió Mira con una sonrisa desdeñosa. Así que Falkner era igual que los demás: alguien presto a juzgar a la gente, despectivo con la clase baja y convencido de que los de su rango estaban por encima de cualquier crítica o reproche—. Si me disculpa, milord. No quiero ensuciar su inmaculada presencia con mi compañía durante más tiempo.

Y lo dejó allí plantado mientras él la seguía con la mirada, con la boca apretada y una expresión helada en su hermosa cara.

Esa noche, cuando se sentó junto a los sesenta invitados de lord Sackville a la enorme mesa del comedor, Alec adoptó una máscara de encanto y amabilidad. Estaba de un humor apenas agradable y sólo tenía que pensar en la joven del traje rosa, Mira, para ponerse de un humor de perros. ¿Cómo era posible que fuera la amante de William Sackville, un hombre que le doblaba la

edad? ¿Sentiría en realidad algo distinto a la compasión por un hombre mayor, o sería sólo un acuerdo financiero? Concluyó que debía de ser por dinero al recordar el caro vestido con pedrería en el corpiño y en las mangas que llevaba la muchacha. Sí, era una mercenaria, como todas las de su género.

A pesar de su intención de disfrutar de la comida, masticó y tragó sin degustar apenas los delicados sabores. A él, el pollo trufado al horno le pareció insípido, lo mismo que la trucha al vino blanco, el estofado de ganso y las verduras glaseadas. La conversación de la cena se le hizo interminable. Sentada a su izquierda, tenía a lady Clara Ellesmere, una de las mujeres más promiscuas de Londres. Y a la derecha a lady Caroline Lamb, una joven vivaz pero algo desequilibrada. Alec apenas podía esperar a la cacería del día siguiente, al menos eso reduciría

su vida a términos más básicos y menos complicados: depredador y presa, caza y victoria. Le gustaba cazar porque era un deporte trepidante y en el campo podía olvidarse de las cosas que no tenían sentido, como Sackville y su amante.

Lo peor de cazar en la propiedad Sackville era la gran cantidad de campos vallados que había; numerosos setos y vallas que los jinetes tenían que saltar, algo que hacía que el deporte fuera más arriesgado pero también más excitante. Para evitar que los caballos se agotaran tras largas persecuciones, cada invitado llevaba consigo dos o más monturas que se intercambiaban con la frecuencia que fuera necesaria. Alec había traído tres caballos; su favorito era *Soberano*, un castaño de espíritu fogoso que necesitaba una dura

cabalgada antes del gran acontecimiento que tendría lugar a última hora de la mañana.

Más o menos una hora después de amanecer, Alec salió a cabalgar con *Soberano*. Más tarde tendría que ponerse un traje apropiado para la cacería que incluía un sombrero de copa y una chaqueta roja, pero ahora iba vestido de manera informal con una camisa blanca, pantalones tostados y botas de caña alta. El fresco aire matutino le humedecía la ropa y le salpicaba el pelo negro con brillantes gotas mientras cabalgaba a través del bosque. El caballo estaba más nervioso de lo habitual y Alec sonrió ampliamente mientras decidía dar rienda suelta al animal.

—Muy bien, chico, vamos a dejar que desfogue toda esa energía sobrante —dijo, clavando los talones en los costados del animal y saliendo disparado a través del bosque a galope tendido.

El aire limpio y fresco le llenaba los pulmones de oxígeno, despertando sus sentidos. Era en esos momentos cuando Alec se daba cuenta de lo que era sentirse completamente vivo. Era libre de no tener que pensar, de dejar que la fuerza de sus músculos, de sus reflejos y de sus movimientos tomara las riendas por él. Saltó sobre un seto, surcando el aire mientras el galope se interrumpía durante unos breves instantes. Luego, los afilados y veloces cascos se hundieron de nuevo en la tierra y la alocada carrera continuó. Más tarde saltó otro obstáculo, pero poco después de pasar por encima, Alec vio una valla justo delante de él. Era demasiado tarde para retroceder y no se estaban acercando con la velocidad suficiente para saltarla limpiamente. No tuvo tiempo de reaccionar antes de que los cascos delanteros del caballo tropezaran contra la baranda superior.

Mira paseaba por el bosque, meciendo una bolsa de tela mientras miraba el suelo atentamente. Todas las mañanas salía a recoger hierbas y raíces para hacer polvos y bálsamos. Llevaba un sencillo vestido de color azul claro, aunque debido a los innumerables lavados había adquirido un tono gris pálido. El dobladillo le quedaba entre las rodillas y los tobillos, casi a la altura de los pololos, mostrando más de lo que se consideraba respetable. Pero Mira procuraba que nadie la viera vestida de esa extraña manera. Así podía moverse con más comodidad en el bosque, ya que la tela no se le andaba enredando en las piernas como lo hacían las faldas más largas.

Se detuvo al oír el lejano retumbar de unos cascos, y se quedó escuchando hasta que el ruido se interrumpió de pronto. Se preguntó si el jinete habría sufrido alguna caída. Sólo su inusual

vestimenta impidió que corriera en la dirección de donde habían provenído los sonidos. No quería hacer el ridículo y someterse a las burlas del jinete caído, pero tampoco podía ignorar la posibilidad de que éste hubiera resultado herido. Después de caminar unos minutos, Mira se encontró un caballo sin jinete que jadeaba con una mirada salvaje. Tenía las venas del hocico y del cuello hinchadas y palpitantes. El caballo se detuvo cuando ella se acercó lentamente y le habló con voz tranquila.

—Pobrecito..., pobrecito mío, no te haré daño. *Qu'est-ce que c'est le probleme?* —De manera instintiva, Mira se dirigió al animal en francés, pues era una lengua más fluida y tranquilizadora que el brusco acento inglés—. *Où est ton maître?* —Cogió las riendas con cautela y las ató a una rama antes de avanzar en la dirección por la que había llegado el caballo.

Alec se arrastró hasta el tronco de un árbol con la respiración entrecortada por el dolor. Tenía el brazo en un ángulo extraño; no sabía si se lo había roto o si sólo se le había dislocado. Sentía como si una mano gigantesca le hubiera retorcido la extremidad hacia atrás y se la hubiera arrancado del hombro. El intenso dolor le hacía ver puntos de luz, y Alec se preguntó si no sería mucho mejor para él desmayarse. Luchó contra la pérdida de consciencia, fijando la mirada en la valla rota. Lentamente percibió que se acercaba una figura. Era... Mira. Llevaba un extraño vestido y el pelo oscuro recogido en una trenza hasta la cintura. Tenía una expresión en la cara que no pudo descifrar. Ni siquiera le preguntó por qué o cómo estaba allí.

—Vete a buscar a alguien —dijo Alec entre jadeos, con la frente salpicada de sudor.

—Su brazo...

—Creo que se me ha dislocado... Tendrán que colocar el hueso en su lugar. ¡Maldita sea, vete a buscar ayuda ya! —Alec sabía que no podría soportar mucho más el dolor, y se le retorcían las entrañas al pensar que podía habérselo roto. Había visto a hombres aullar en su situación, y ahora entendía por qué

Mira se acercó a él y lo evaluó con rapidez.

—Creo que puedo ayudarle. Muchos acuden a mí para que les cure...

—Te he dicho que te vayas —gruñó él.

—¿Puede mover los dedos? —le preguntó en voz baja mientras Alec apoyaba la cabeza contra el tronco del árbol, mirándola con ojos vidriosos.

—Si lo que quieres es vengarte de mí por lo de ayer —masculló él—, olvídale. Todavía soy capaz de... —Parpadeó en un titánico esfuerzo por centrar la atención en ella—. Todavía puedo...

—Entiendo —dijo Mira con ironía, sintiendo

una indeseada simpatía por aquel bruto irascible—. Pero le aseguro que no le di mayor importancia a lo que me dijo ayer. —Se acercó a él, manteniendo un tono bajo y suave—. Por supuesto que iré a buscar ayuda tal y como me ha pedido. ¿Le duele sólo el hombro? Si me deja ayudarle a ponerse más cómodo... —Se acercó a él lentamente, preguntándose si Falkner se habría desmayado, pues tenía los ojos cerrados y la tez pálida.

Mira estaba ahora lo suficientemente cerca para ver los húmedos mechones del color del ébano que le caían sobre la frente y oírle rechinar los dientes. Él levantó las negras pestañas cuando la miró, una mirada que provocó una ardiente ansiedad en el vientre de Mira. A pesar de su débil estado, ella no pudo evitar notar la fuerza física de ese hombre. Lo más inteligente sería dejarle allí y regresar a la mansión. A pesar de la

preocupación que él tenía sobre el daño que ella podía causarle, las intenciones de la joven eran justo las contrarias.

Pero no había nadie que pudiera ayudarle mejor que ella. El médico local era inepto y torpe, un borracho. Y aunque no había ninguna razón por la que ella debiera sentir compasión por Alec Falkner, no le gustaba que sufriera sin necesidad. Arrodillándose a su lado, le apartó con suavidad el pelo de la frente.

—Déjeme que le ayude a ponerse más cómodo —dijo ella y, antes de que Alec pudiera protestar, le exploró el hombro herido con los dedos—. Ah, ya veo cuál es el problema. No es tan malo como parece... Creo que no está roto.

Alec agarró la cintura de Mira con la mano sana, apretándole la carne con tanta fuerza que Mira hizo una mueca.

—No me toques... —comenzó a decir él con

voz ronca mientras Mira le sujetaba el hombro con una mano y la parte superior del brazo con la otra.

—Déjeme hacer.

—No... no lo...

—Chsss, sé lo que tengo que hacer —murmuró ella.

—Maldita sea, no me toques.

La protesta de Alec se desvaneció y soltó un grito ahogado cuando Mira le giró suavemente el brazo para colocarlo en su lugar. Parecía conocer las intrincadas conexiones de los músculos, huesos y nervios. Alec dio un respingo y estiró los dedos cuando notó el chasquido del hombro. De repente el dolor, aquel horrible dolor, desapareció. Abrió los ojos lentamente, con las pupilas tan dilatadas que el negro devoraba el gris. Alec clavó la mirada en la cara de ella y abrió los labios con asombro. Al principio sintió que

tenía el brazo dormido, luego sintió diminutas agujas clavándose en él. Un estremecimiento de alivio le recorrió el cuerpo.

—Tranquilo —dijo Mira, deslizando las manos por el cuello abierto de la camisa hasta el nudo tenso del hombro—. Todavía podría hacerse daño si se mueve bruscamente.

La joven buscó los nervios doloridos con la yema de los dedos, masajeándole con suavidad. Él no había esperado que aquellas pequeñas manos fueran tan fuertes. Suspirando, Alec aflojó la mano pero la mantuvo apoyada en la cintura de la joven mientras cerraba los ojos.

—¿Cómo lo has hecho? —susurró él, sintiéndose inundado por una sensación de laxitud.

—Estas cosas siempre se me han dado bien —dijo Mira, mientras le masajeaba el hombro con una expresión absorta. Falkner tenía la piel suave

y tensa sobre los músculos marcados por el ejercicio. Tenía el pecho salpicado de vello negro como un pelaje lujurioso. «Ahora sé (pensó ella irónicamente) qué se siente al quitarle una espina a un león.» En tales situaciones uno se dejaba llevar más por la compasión que por la sabiduría—. Pero es más por necesidad que por un auténtico talento —continuó ella—. Tengo...

—Según Sackville, tienes muchos talentos —la interrumpió él—. Aunque es mejor que nos centremos sólo en el de la curación. —Ella aflojó los dedos y él le apretó el brazo alrededor de la cintura. De inmediato adoptó un tono persuasivo—. No..., no te detengas.

—Para necesitar mi ayuda, se comporta de una manera muy arrogante —observó Mira, reanudando el minucioso masaje.

—Te lo agradeceré en cuanto pueda levantarme de aquí de una pieza —dijo Alec, con

los ojos todavía cerrados en un bendito éxtasis. También sentía como si fuera condenadamente natural que su brazo rodeara la cintura de la joven. El cálido aliento de Mira le acarició la mejilla cuando ella se acercó más y la sedosa trenza rozó la piel desnuda de su pecho. ¿Por qué su tacto le parecía maravilloso? ¿Por qué sus manos eran pura magia sobre su piel? «Es la amante de Sackville», se recordó Alec a sí mismo, «pertenece a otro hombre..., no es mía»—. Tu voz —murmuró—. Tu acento. Parece extranjero.

—Francés —dijo ella y, como si aquel comentario personal la hubiera asustado o molestado, hizo amago de retirarse—. Seguro que ahora se siente mejor.

Alec abrió los ojos y su pálida mirada casi sobresaltó a Mira.

—Todavía no —dijo él con voz ronca—. Me duele el cuello.

—¿Aquí? —Mira llevó los dedos un poco más arriba de los hombros.

—No, un poco más a la derecha... Oh, Dios, sí.  
—Alec se sentía completamente extasiado. De repente, parecía como un enorme gato ronroneante, y Mira se sintió ligeramente inquieta cuando él extendió los dedos en su espalda.

—Galopando por el bosque de esa manera —reprobó ella—, no es de extrañar que el caballo lo arrojara al suelo. Me sorprende no haber encontrado pedacitos suyos repartidos por todas partes.

—Puedo asegurarte que aún conservo las partes esenciales.

—Pues no da la impresión de llevar la cabeza sobre los hombros, milord. No cuando parece galopar como un demonio por...

—Ahora que mi brazo está mejor —la interrumpió Alec—, ¿puedes hacer algo con el

dolor de cabeza?

Mira se rio suavemente, rozando sin querer las puntas de los dedos contra el espeso pelo negro que se le curvaba en la nuca.

—No. Lo siento, lord Falkner, pero no soy una bruja. No puedo sacar una varita mágica ni recitar un encantamiento para hacer desaparecer los dolores de cabeza.

—Tienes unas manos mágicas —dijo Alec con voz ronca.

Mira detuvo bruscamente los movimientos de sus dedos al darse cuenta de que él se había enroscado su larga trenza en la mano y acercaba su cabeza hacia la de él.

—Suélteme —dijo ella, tensa y fría a la vez.

Él se detuvo, pero no le soltó la trenza. Sus labios estaban separados ahora por sólo unos centímetros. Mira no pudo contener el estremecimiento que la atravesó. Se sentía

envuelta y dominada por él.

Alec tragó saliva tan tentado por la deliciosa sensación de tenerla entre sus brazos que apenas podía contenerse para no estrecharla contra su cuerpo. De esa manera podría besarla sin ningún tipo de esfuerzo. ¿Qué le pasaba? No podía besarla. Si lo hacía, no dejaría que se marchara después. El olor de la joven era un potente afrodisíaco que lo hacía reaccionar como un toro en celo.

—Supongo —dijo él en un susurro— que prefieres que te paguen antes.

Mira agrandó los ojos, luego lo abofeteó, recuperando la libertad en el mismo instante en que le dejaba una marca roja en la mejilla. La cabeza de él giró con la fuerza del golpe antes de que sus miradas se encontraran de nuevo.

—Su manera de mostrar gratitud deja mucho que desear, milord. —Mira se puso en pie y se

alejó de él.

Alec sonrió con fiereza mientras la miraba. La joven estaba ruborizada y sus ojos brillaban con una oscura llama. ¿Sería ésa la imagen que ofrecía después de que Sackville le hiciera el amor?

—Particularmente no deseo sentir gratitud por ti. —Se burló él—. Y tu impresionante ayuda de esta mañana no cambia ni lo que eres ni lo que pienso de ti.

Ella lo miró con incredulidad, luego se dio la vuelta y huyó de aquella sonrisa burlona. La pálida luz del amanecer iluminó sus largas y delgadas piernas cuando echó a correr.

A Alec le costó comportarse de manera civilizada con Sackville, quien se dio cuenta de que algo iba mal aunque no preguntó qué. Por suerte, la cacería fue rápida e intensa, y no hubo

tiempo para la conversación. Todavía le dolía el hombro un poco, pero era sólo una vaga molestia. Sin embargo, cada vez que recordaba el incidente, no podía evitar pensar en las manos de Mira bajo su camisa y aquel pensamiento amenazaba con hacerle perder la cordura.

Ese día las mujeres habían decidido no participar en la caza, una afortunada circunstancia ya que la cacería perdía su gracia ante la visión de plumas, lazos o rizados femeninos. Cada vez que una mujer, no importaba lo hábil que ésta fuera, participaba en una cacería, los hombres se preocupaban más por su seguridad que por otra cosa. Pero hoy las damas habían preferido dar un paseo en carruaje por el campo o visitar las haciendas vecinas. Se dedicaron a cotillear o jugar a las cartas, formando grupos que rara vez se darían fuera de allí. Algunas se animaron a fraguar alguna travesura o a calumniar a quienes

no estaban allí para defenderse. Otras hablaron entre susurros de libros y poesía y, en alguna ocasión, de política. Muchas conversaron de moda o de interludios románticos. Había cerca de noventa invitados en aquella partida de caza y todos se reunirían de nuevo esa noche. Cenarían, bailarían, charlarían, cantarían o tocarían algún instrumento musical, y participarían en juegos tales como charadas, ajedrez o cartas. Y ese patrón se repetiría todos los días durante tres semanas, hasta que los hombres se cansaran de cazar y las mujeres de la monotonía. Entonces, todos partirían en busca de nuevas fiestas y actividades.

Mira se mantuvo apartada de todos salvo de los sirvientes de la propiedad. Se había granjeado las simpatías de las criadas, la cocinera y el ama de llaves, los lacayos e, incluso, los mozos de cuadra. Todos sabían cómo había llegado a

Sackville Manor dos años atrás, y Mira creía que eran amables con ella porque sospechaban las verdaderas razones de su posición como amante de Sackville.

Por el contrario, los invitados a la cacería y los sirvientes que les acompañaban no eran tan amables. Sabía que lord Sackville hablaba de ella a menudo, asegurándose de que todos supieran qué papel jugaba en la propiedad. No le importaba que ella rara vez se dejara ver, y que el misterio que la rodeaba sólo consiguiera intrigar aún más a las mujeres y despertara la envidia en los hombres. A Mira no le molestaba lo que Sackville comentaba de ella, pues era parte del trato que habían hecho. Parte del placer del noble era la imagen que la presencia de la joven proyectaba en la casa.

Mira disfrutaba de las horas de soledad que tenía. Leía incansablemente en la bien surtida

biblioteca. Tenía tiempo para darse un baño perfumado todos los días y para vestirse con esmero. Sackville había insistido en comprarle ropas lujosas y había dejado que fuera ella la que eligiera los diseños y telas. A Mira no le gustaba la moda imperante, ni los fríos colores pastel que estaban tan en boga: amarillo, lavanda, gris, rosa. Así que escogía colores vivos y exóticos que eran más de su gusto: rojos brillantes, azules eléctricos, violetas e incluso un vestido negro de terciopelo que hacía resaltar sus ojos oscuros y los exóticos rasgos de su rostro. Montaba a caballo o paseaba sola, y en algunas ocasiones acompañaba a Sackville en sus salidas al pueblo, haciéndole reír con las historias de sus aventuras en Francia.

La mayoría de los días comía en la habitación de la torrecilla, un lugar tan espacioso y exquisitamente decorado que, en ocasiones, Mira sentía como si viviera entre las nubes. Había sido

feliz allí durante los últimos dos años, con su orgullo intacto a pesar de su posición como amante de Sackville. Hasta ahora.

«Quizá —reflexionó Mira—, me he vuelto exageradamente vulnerable. Quizá no pueda ser feliz en un mismo lugar demasiado tiempo.»

Durante toda su vida, Mira había querido pertenecer a algún lugar, pero su vida había estado siempre en constante movimiento. Jamás había echado raíces en ningún sitio. Ése había sido el período de estabilidad más largo que había vivido. Había una gran satisfacción en familiarizarse con el lugar y las personas que la rodeaban. Había paz en crear rutinas, en saber cuándo comería y dormiría, en sentirse protegida. Por supuesto, no era totalmente feliz. No iba a negar que en ocasiones se sentía sola. Y hoy, después de que Alec Falkner le hubiera lanzado aquellas desafiantes palabras, se había sentido

muy perturbada. Pero ¿acaso la seguridad no tenía siempre un precio? ¿Un precio que incluía sentirse despreciada por un hombre arrogante que no dudaba que ella era la amante de Sackville?

«¿Qué he hecho —se preguntó para sus adentros—, para que Falkner me odie de esta manera?»

Desconcertada y molesta, Mira bajó a la salita de música y vio que estaba vacía. Cerrando la puerta para ahogar los sonidos, se sentó al pianoforte y comenzó a tocar. Durante los últimos dos años había tomado suficientes lecciones para tocar con destreza algunas melodías sencillas. Movi6 los dedos con habilidad por las teclas mientras cantaba en voz baja. La canción era de Touraine, uno de sus lugares favoritos de Francia y, por lo general, le levantaba el ánimo en cuanto tocaba la primera nota. Pero hoy no le

proporcionaba ningún placer. Mientras tocaba, no fue consciente de que se había abierto la puerta y de que alguien la observaba.

—¡Qué encantador! —Una voz femenina resonó en la estancia. Mira se giró y vio a alguien en la puerta.

Era una mujer muy hermosa de pelo rubio y piel cremosa que debía de rondar los veinticinco o treinta años. La mujer estaba elegantemente ataviada con un sofisticado vestido de seda negra que le quedaba como un guante.

—Así que usted es el pequeño tesoro de Sackville. Mi marido lleva días hablándome de las historias que Sackville cuenta sobre usted, querida. —Su voz era sedosa y ligeramente aguda.

—Lo siento —dijo Mira, levantándose de un salto del banco y retrocediendo unos pasos como si pensara huir, pero no había manera de salir de la habitación excepto por la puerta que bloqueaba

la mujer—. No tenía intención de molestar a nadie. Creí que no se me oiría entre tanto...

—Déjeme adivinar. ¿Entre tanto cotilleo? —preguntó la rubia y se rio por lo bajo—. No ha molestado a nadie, querida. Pasaba por aquí y oí la melodía. Soy lady Ellesmere, y realmente es un placer haberla conocido por fin. Puedo entender por qué Sackville está encantado con usted.

A Mira no le gustó el contraste entre las amables palabras de lady Ellesmere y la frialdad de su mirada.

—Tengo que irme —dijo acercándose a la puerta y apartando la mirada del duro y hermoso rostro de la mujer.

—Pero ¿por qué? —preguntó Clara Ellesmere, girándose con una sonrisa burlona para observar cómo Mira se escabullía por la puerta. La risa de la mujer hizo arder las orejas de la joven—. ¿Se considera demasiado buena para estar en mi

compañía? ¿O se avergüenza de la relación que mantiene con Sackville? No tiene por qué. Es una suerte que lo haya cazado. ¿Cómo lo ha hecho? Debe de ser una joven muy lista.

Mira corrió, con las mejillas ardiendo por la vergüenza, mientras la risa de la mujer la seguía por el pasillo. Lady Ellesmere se había burlado de ella. Aquello no debería haberle hecho daño, pero lo hizo. Inexplicablemente una imagen de la hermosa y sarcástica cara de Falkner apareció en su mente, y sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Y las horas dedicadas al «noble arte de la caza» han terminado —dijo Sackville, dándole una palmadita a Alec en la espalda.

—Noble arte —repitió Alec lacónicamente—. Es más una manera de cargarse a un buen

caballo.

—¿Todavía piensas en la montura de Stamford? Bueno, yo sólo vi que montaba de una manera agresiva...

—Una cosa es la agresividad y otra la falta de responsabilidad. Debería haber cambiado de caballo más a menudo.

—Y tú deberías habérselo dicho de manera más suave, Falkner.

—¿Acaso fue él suave con el condenado caballo? —preguntó Alec secamente—. ¡Hizo caer al caballo!

Hubo un breve silencio.

—Y aprendió la lección —dijo Sackville—. Intenta olvidarlo, amigo mío. Sabes que ocurren accidentes en todas las cacerías.

Alec suspiró.

—Lo sé.

—Has estado muy callado hoy —dijo Sackville,

brindándole una sonrisa conciliadora—. ¿Estás cansado? Qué demonios, ha sido un día muy largo, ¿verdad?

—Sí, en efecto.

Alec le dirigió una expresión sombría mientras se encogía de hombros bajo la chaqueta roja y comenzaba a subir la escalera, que tenía una ornamentada balaustrada, hacia su habitación. Por alguna razón, Sackville lo siguió sin dar por finalizada la conversación.

—Con suerte, atraparemos un par de zorros el fin de semana, pero espera a que llegue Berkeley con su jauría. Posee los mejores perros de caza del país y todos lo saben.

—¿Berkeley se unirá a la cacería?

—Dentro de tres semanas.

El interés de Alec se avivó a pesar de su mal humor. El conde de Berkeley y su esposa, Rosalie, vivían en Warwick, no lejos de su propiedad en

Staffordshire. La pareja era muy popular, el agudo ingenio del conde y el encanto de su esposa animarían la reunión de Sackville Manor de manera considerable.

—Lady Berkeley —dijo Alec, entrecerrando sus ojos grises pensativamente mientras subían las escaleras—. Es la mujer ideal. Hermosa, encantadora y toda una dama. —Pensó en Mira, frunció el ceño y continuó—. Una esposa fiel. Bien educada y...

—Muchos agradeceríamos que ella fuera menos perfecta —le interrumpió Sackville, riéndose entre dientes.

—No creo que tengas razones para buscar tu placer fuera de Sackville Manor.

—Cierto —admitió Sackville con una amplia sonrisa—. Mira es todo lo que un hombre puede desear en una mujer.

Mientras llegaban arriba, Sackville no notó la

larga y calculadora mirada que Alec le lanzó. Por primera vez, Alec observó la pequeña barriga de su viejo amigo, y su escaso pelo rojo. Sackville no estaba en muy buena forma física, ni poseía el vigor de la juventud. Indudablemente era generoso y bueno con su amante, pero ¿la satisfaría en la cama? Aunque a Alec le desagradaba el cariz que estaban tomando sus pensamientos, no podía evitar preguntarse esas cosas. La piel de Sackville era suave, con algunas arrugas propias de la edad, y su cuerpo había perdido la elasticidad y la fuerza que una vez había poseído. ¿No preferiría Mira, una joven de veinte años, a un hombre de su edad? ¿No preferiría a un hombre vigoroso y apasionado capaz de satisfacer a las mujeres?

De inmediato apareció una imagen en la mente de Alec: el cuerpo desnudo y delgado de Mira contorsionándose bajo el suyo, su boca

buscando la de él, sus muslos abriéndose bajo sus manos, sus caderas arqueándose hacia él. Su pelo, ese manto sedoso y oscuro, rozando el cuerpo de Alec y su dulce voz gimiendo en sus oídos mientras la hacía alcanzar el éxtasis una y otra vez.

—Maldita sea —bufó furioso consigo mismo mientras intentaba aplacar el creciente calor de su ingle. Parecía como si esa joven lo hubiera embrujado. Pero él estaba resuelto a resistir. La cacería duraría todavía tres semanas más. ¿Cómo iba a poder reprimir su deseo todo ese tiempo, sabiendo que ella estaba cerca?

—¿Has dicho algo? —preguntó Sackville.

—No. —Llegaron a la habitación de Alec y éste logró dirigir una sonrisa a su amigo—. Bueno, nos veremos en la cena.

—Hasta entonces —respondió Sackville, y su cara redonda adquirió una expresión divertida.

Mientras Alec lo observaba, Sackville comenzó a subir la escalera que conducía a la habitación de la torrecilla. Sin duda iba a ver a Mira—. Intentaré no retrasarme —murmuró el hombre de más edad en tono confidencial, guiñándole el ojo antes de seguir su camino hacia la torrecilla.

Alec entró en su dormitorio y se dejó caer en la cama con dosel colocando las manos tras la cabeza mientras clavaba la vista en el reloj. Esperó allí a solas con sus inquietantes pensamientos, soltando una ristra de suaves maldiciones cada quince minutos. Después de una hora Alec oyó el sonido de los pasos de Sackville bajando de la torrecilla.

«Una hora», pensó desolado. Había pasado una hora allí arriba con ella.

Se preguntó qué aspecto tendría ella en ese momento. Probablemente estaría desnuda bajo las sábanas. Con la piel clara marcada por las

caricias de otro hombre, con el pelo oscuro cayendo en cascada sobre las almohadas. ¿Mostrarían sus ojos satisfacción o un triste anhelo? ¿Querría que la abrazaran después de hacer el amor? ¿Querría que la acariciaran y besaran? Pensó en lo que él había sentido al sostenerla entre sus brazos esa mañana. Ella se había estremecido y se había retirado, indignada. Pero él quería volver a abrazarla.

Sintiendo que necesitaba compañía, Mira bajó las escaleras para cenar con los sirvientes de mayor rango. Los miembros más significativos de la casa de lord Sackville cenaban en esa mesa, que era presidida por el ama de llaves. Aunque el ambiente era más cálido y distendido que el de los invitados que comían arriba, en esa cena se respetaban todas las reglas de etiqueta. El

cocinero, el mayordomo, los ayudas de cámara y los lacayos se habían sentado de acuerdo a su rango, y la señora Daniel, el ama de llaves, ocupaba su lugar en la cabecera. Mira, sentada a la izquierda de la señora Daniel, dirigía sus ojos castaños con curiosidad a la puerta desde donde llegaba el sonido de los criados que comían en la otra mesa. La mayoría de los invitados de lord Sackville habían traído consigo a sus criados personales, y a ningún miembro del personal de Sackville le gustaba esa intrusión.

—Son muy bulliciosos —comentó la señora Daniel, levantando sus chispeantes ojos azules con fingida consternación. Tenía la cara rubicunda y jovial, por la buena salud y el buen humor—. Demos gracias a Dios por no tener que compartir nuestra mesa con ellos.

—Sí, demos gracias —repuso ásperamente Joseph, el ayuda de cámara—. El ayuda de

cámara del duque de Bedford es el mocoso más narcisista que yo haya conocido nunca.

Todos se rieron entre dientes, mientras comían con placer y entusiasmo. Había rosbif, pollo y embutidos, patatas, pudín al vapor y gruesas rebanadas de pan. Mira se llevó un vaso de vino aguado a la boca y miró inquisitivamente por encima del borde a uno de los lacayos que giraba la cabeza para toser. Era Pauly, un hombre alto de unos treinta y cinco años, que llevaba mucho tiempo padeciendo un resfriado de pecho.

—Pauly, no sabía que todavía tenías tos —dijo Mira, bajando el vaso y mirándolo con preocupación—. ¿Las pastillas no te aliviaron?

—Sabían mejor que otros remedios —contestó Pauly, cubriéndose la boca con una servilleta al sufrir un nuevo ataque de tos—. Tampoco me preocupa mucho, la tos se irá cuando tenga que irse, no antes.

—Debería haberles dado un sabor peor —dijo Mira suspirando y dirigiéndole una mirada traviesa—. Mientras peor saben, más efectivas son, ¿sabes?

—Yo prefiero tus remedios a los del médico, Mira —comentó la señora Daniel, y a continuación se oyó un murmullo de aprobación.

No había nadie allí que no hubiera tomado uno de los remedios de Mira. Acudían a ella cada vez que tenían una dolencia. Ella era, sin lugar a dudas, más popular que el médico local, un hombre que insistía en dar pociones al azar y en practicar sangrías a sus pacientes como remedio para todo, desde las picaduras de avispa hasta la fiebre. La compasión de Mira y su habilidad natural para aliviar los dolores había hecho que la aceptaran con facilidad en la pequeña comunidad. En otras circunstancias, la amante del señor no hubiera conseguido más que desprecio

de cualquiera de ellos.

—Te haré una tisana de calamina después de la cena, Pauly. Si eso no te alivia, nada más podrá hacerlo —dijo Mira.

Él se lo agradeció con un asentimiento de cabeza, enrojeciendo mientras contenía la tos que le impedía hablar.

—Está siendo un septiembre muy frío —comentó Percy, el ayuda de cámara de lord Sackville. Percy, un hombre mayor con canas en las sienes, siempre había sido muy amable con Mira. Ella sabía que él comprendía su relación con Sackville y, aunque no la aprobaba, Percy la trataba con el educado respeto que solía mostrarles a las damas de alta cuna—. El invierno se ha adelantado este año.

—Un invierno más —dijo con aire sombrío la señora Comfit—. Apenas puedo soportar la idea cuando hemos tenido una primavera y un verano

tan cortos.

—Es mi tercer invierno aquí —murmuró Mira, poniéndose en pie lentamente.

Tres inviernos en Sackville Manor. ¿Se despertaría una mañana para descubrir de pronto que tenía treinta años en vez de veinte? Mira observó las caras familiares que la rodeaban, desconcertada por la repentina sensación de soledad que la invadió. ¿Por qué era tan infeliz cuando todos parecían satisfechos con su vida? Quizá debería tomar alguno de mis remedios, reflexionó. Pero a pesar de todos los remedios y hierbas que llevaba en su bolsa —confrey, cilantro, lino, albahaca y demás— no tenía nada que curara aquella aflicción desconocida.

## 2

Tras una noche en vela, Alec se despertó con dificultad para descubrir con sorpresa que aún era muy temprano. Se puso unos pantalones claros, una camisa blanca, una chaqueta marrón y unas botas gastadas, y bajó a desayunar. A diferencia de la noche anterior, había pocas personas sentadas a la mesa. Lord Palmerston, el conde de Bridgewater, sir John Waide y el terrateniente Bentinck acunaban entre sus manos una taza de café o una copa de licor, mientras Sackville masticaba con fruición unos panecillos untados generosamente con mantequilla. Todos parecían tener una resaca descomunal. Tras recibir algunos saludos apagados Alec se unió al grupo y preguntó si alguien quería acompañarle a dar un

paseo a caballo.

—¿Un paseo? —repitió Sackville, limpiándose la boca con una servilleta de lino—. ¿Cuando va a comenzar la cacería en unas horas?

—El aire matutino viene bien para despejar la... —comenzó Alec, y Sackville se apresuró a interrumpirle.

—Falkner, no me interesa saber para qué sirve el aire matutino. Descansaré aquí mientras tú vas a dar ese vigorizante paseo.

—Como quieras —murmuró Alec con una sonrisa, dejando la taza de café sin acabar en la mesa antes de salir.

Esa mañana, el cielo estaba despejado de nubes y no había niebla. Parecía que iba a hacer buen día. Alec montó a *Soberano* y tomó la misma dirección que el día anterior, manteniendo al caballo bajo un férreo control. Los dolores y la tensión que se habían adueñado de su cuerpo la

noche anterior fueron desapareciendo de manera gradual. Alec disfrutó de la mañana luminosa, de la quietud que envolvía el lugar y del paseo solitario, pero aun así la paz seguía eludiéndole. Finalmente admitió que estaba buscando a Mira, que deseaba encontrarla en el bosque otra vez y, aunque se dijo que era un tonto, continuó buscándola.

No tardó mucho en verla. Estaba sentada en un tronco caído y un rayo de sol arrancaba destellos a su pelo oscuro. Alec detuvo a *Soberano* y casi se quedó sin aliento ante su apariencia. Estaba despeinada y tan hermosa que no parecía real. Sacudió la cabeza y comenzó a pelearse consigo mismo. No podía permitirse desearla por muchas razones, una de las cuales era su sentido del honor. El código según el cual se regía: un caballero no codiciaba la propiedad de un amigo, ni a su mujer.

Mira levantó la mirada del libro que estaba leyendo; tenía los pies desnudos recogidos sobre la corteza del tronco en el que estaba sentada. Al darse cuenta de que él la estaba observando, escondió las piernas bajo la descolorida y corta falda, pero no fue lo suficientemente rápida para que los ojos grises no alcanzaran a ver la curva de sus pantorrillas. Se miraron en silencio, sólo roto por el susurro del bosque y el pifiar del caballo.

La joven tenía un rostro encantador. Se notaba que existía sangre noble y refinamiento en ella, aunque también poseía unos rasgos fuertes que hablaban de unos orígenes más vigorosos. Tal como estaba vestida se la podría confundir con una hermosa campesina, pero sus ojos, inmensamente profundos y oscuros como el otoño, contenían un ansia de conocimiento impropia en alguien de su edad. Alec se preguntó de qué habría sido testigo aquella mirada

agridulce.

—¿Tiene intención de pasear por aquí todas las mañanas? —preguntó ella en voz baja y firme matizada con un acento extranjero.

A Alec le gustaba cómo hablaba; aunque tenía una pronunciación perfecta, siseaba un poco, lo que confería a su voz un sonido más fluido de lo habitual. En respuesta a su pregunta, Alec miró alrededor del pequeño y encantador claro.

—Es un sitio agradable, así que supongo que sí.

—En ese caso, buscaré otro lugar del bosque donde pasar el rato.

Alec se rio. Su sonrisa fue como un destello blanco en su atractiva cara morena.

—¿Te sientas aquí todos los días?

—Me gusta estar sola —dijo Mira con mordacidad, cerrando el libro con un chasquido.

Los ojos de Alec se desplazaron a la cubierta del libro y luego retornaron al rostro femenino.

—Jane Austen, *La abadía de Northanger*.  
Menuda sorpresa.

—¿Por qué?

—Habría esperado —dijo Alec suavemente— algo como *Afectos desconcertantes* o *Rosa o la niña mendiga*.

Pretendía molestarla con aquel comentario, ya que eran novelas románticas absurdas y sensacionalistas muy populares entre las mujeres que asistían a la cacería. Ella sonrió a regañadientes, observando el pícaro destello en los ojos de Alec, y luego se rio.

—No —dijo ella—, pero confieso que recientemente he adquirido un ejemplar de *Modales del día a día* que pienso leer detenidamente.

Alec sonrió ampliamente.

—¿De veras? No puedo imaginar por qué.

—¿Quiere que se lo preste cuando lo acabe?

Podría venirle muy bien —sugirió Mira.

—Oh, muy amable de tu parte —respondió él con exquisita cortesía—. Pero me temo que mis costumbres están demasiado arraigadas para cambiarlas.

—Qué pena.

—Sí. —Los ojos de Alec no eran tan fríos cuando la miró—. ¿Te gusta leer?

—Sí, mucho. Leo cualquier cosa que caiga en mis manos. Pero Jane Austen es mi autora favorita.

—¿Por qué?

La expresión de Mira se volvió distante. Recordó aquellos lánguidos días de verano en el pueblecito francés de Anjou, cuando tenía quince años, y Rosalie Belleau le había enseñado el complicado acento nasal del inglés. Se habían enfrascado en la lectura de poesías, periódicos y novelas de Defoe y Addison, estudiando y

leyendo hasta que la risa o el destello del sol en las páginas las interrumpían. Rosalie había ampliado los rudimentarios conocimientos de Mira, y ésta, ávida de aprender, había absorbido las lecciones con rapidez. Eso había ocurrido cinco años antes, cuando ella había sido Mireille Germain, una chica que amaba la vida, que quería a su hermano con locura, y que ignoraba los planes de éste para traicionarla; a ella, a Rosalie y a Rand Berkeley.

—Leía sus libros cuando vivía en Francia — dijo finalmente—. Gracias a ellos aprendí que el inglés era...

—¿Superficial? —preguntó Alec—.  
¿Materialista? ¿Algo edonista?

Mira tenía la sensación de que él intentaba pillarla de alguna manera. No sabía qué quería que admitiera, por eso escogió sus palabras con mucho tiento.

—Descubrí al poco tiempo de estar aquí que sus obras eran más satíricas que reales —dijo suavemente—. Pero su uso del inglés es muy preciso. Su idioma suena extraño en algunas ocasiones y es difícil de comprender. Rara vez los ingleses se pronuncian con franqueza.

—¿Y los franceses sí?

—Los que yo conocí, sí.

—¿Con qué tipo de personas alternabas en Francia?

—Creo que ya lo sabe —dijo ella, sosteniendo la mirada gris—. Es evidente que no soy de *pur sang*. Se nota que mis orígenes son diferentes a los suyos y que no soy de alta cuna como usted.

—Pues no me parece tan evidente —respondió él lentamente—. Posees un aire de orgullo impropio en alguien de pueblo.

Ella se rio.

—Alguien de pueblo. Qué esnob suena.

Alec se mostró sorprendido. ¡Qué moza tan atrevida! Nadie osaba nunca criticarle a la cara, en especial una mujer de su clase. Pero ella seguía allí sentada y se burlaba de él con un destello travieso en los ojos.

—¿Por qué parece tan sorprendido? —preguntó con gesto inocente—. ¿Acaso la gente de pueblo no tiene derecho a ser orgullosa?

—Supongo que sí —dijo él. Se le ensombreció el rostro al fruncir el ceño.

—Creo que la gente de pueblo tiene mucho de lo que enorgullecerse —dijo ella sonriendo con impertinencia, atreviéndose a provocarle un poco más, y encontrando un inexplicable placer en ello—. Tiene más mérito sacar a una familia adelante que pasarse el tiempo yendo de fiesta en fiesta. Es más importante cazar para tener comida en la mesa que perseguir a un pequeño zorro por diversión.

—Parece que serías más feliz con un hombre pobre y virtuoso que con un hombre rico y decadente —murmuró Alec—. Pero está claro cuál es la compañía que prefieres.

Había dado en el clavo y el placer de Mira se esfumó al instante. Oh, debería haberse pensado mejor el cruzar armas con alguien como Alec Falkner. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué había intentado burlarse de él? Inclino la cabeza incapaz de mirarle.

—Y ciertamente no es la suya —dijo bruscamente—. Así que ¿se va usted o me marcho yo?

Alec hizo girar a *Soberano* antes de que ella hubiese acabado de decir la frase.

—Esperaré con impaciencia la continuación de esta conversación —dijo él, y se alejó trotando con gracia, apretando aquellos poderosos muslos contra los flancos del caballo.

Mira se dirigió a otro lugar del bosque al día siguiente, pero no le sorprendió oír las fuertes pisadas de un caballo y que una voz perezosa interrumpiera sus tareas.

—¿Te alimentan tan mal que te ves obligada a recoger raíces y hierbas para completar tu dieta?

Mira se giró con una sonrisa renuente en los labios, con una raíz de forma extraña en la mano y una mancha en la tersa mejilla. Parecía una niña traviesa que hubiera estado jugando con barro, y Alec no pudo evitar sonreír ante la imagen que ofrecía. La madurez de la joven, sin embargo, quedaba de manifiesto por la firme curva de los pechos bajo el vestido suelto y descolorido, y por las piernas torneadas que revelaba el dobladillo de la prenda. Algunos rizos oscuros escapaban de la gruesa trenza y le

enmarcaban suavemente el rostro. Unos rizos que tentaban a un hombre a enredar sus dedos en ellos para alzar aquel rostro femenino y darle un beso.

—Comienzo a sospechar que me sigue.

—El bosque es pequeño —respondió Alec, girando ligeramente su caballo e ignorando el fuerte impulso de inclinarse y limpiar la mancha del rostro femenino—, es imposible evitarte.

Mira le dio la espalda apresuradamente y centró su atención en la raíz mientras Alec desmontaba y se acercaba a ella. Le parecía más atractivo cada vez que lo veía y, si bien le desagradaba, Mira no podía ignorar el peculiar efecto que parecía ejercer en ella. Se sentía atraída por él. Quizá fuera porque le recordaba a un inglés que había conocido cinco años antes, un hombre grande, saludable y muy masculino. Aunque Alec no parecía tan educado y amable

como Rand Berkeley.

—¿Qué es eso? —preguntó él, deteniéndose a unos metros de ella.

—Algo para lord Sackville —dijo ella, y luego deseó haberse mordido la lengua y no haber cometido aquel desliz. Ocultó la raíz entre los dedos.

—¿De veras? —La voz de Alec era afilada—. ¿Y qué es?

—Nada.

—Creo recordar haber visto algo parecido antes. Es una raíz de mandrágora, ¿verdad?

—Usted viene aquí sólo para atormentarme, ¿verdad? —estalló Mira, intentando cambiar de tema con un torrente de palabras irritadas—. Es... una planta medicinal. Soy la única que se atreve a recolectarla porque todos los demás son muy supersticiosos.

—¿Por qué? ¿Da mala suerte desenterrarlas?

—Sí. Se supone que le convierte a uno en un perro negro, así que a menos que quiera acabar de esa manera, debería irse de aquí.

Las siguientes palabras de Alec estaban teñidas de burla.

—Mandrágora. Si no me equivoco, los gitanos la llaman «la planta del hombre de dos piernas». Insistir en arrancar eso del suelo, no es bueno para tu reputación.

—Si de algo no tengo que preocuparme, es de mi reputación —dijo Mira—. Está algo ajada.

—Pulverizada sería un término más correcto.

—Pues la suya tampoco es muy admirable que digamos —señaló ella.

—En mi caso, la mala reputación es una característica familiar —contestó Alec, recostándose contra un tronco inclinado y cruzando sus largas piernas en un gesto relajado continuó—: De lo contrario no sería un auténtico

Falkner. Todos tenemos ese defecto, incluso mi madre. —Especialmente su madre, Juliana Penrhyn Falkner, que le había dejado bien claro antes de que él abandonara Staffordshire que esperaba oír pronto su nombre relacionado con un par de escándalos.

«Has estado muy formal desde antes de la muerte de tu primo —le había dicho con seriedad—. Siempre te he animado a ser pendenciero y problemático... Es más sano así. No te he criado para ser educado, y no toleraré que comiences a serlo ahora.» Su madre poseía una sabia y agresiva lengua viperina, pero él sospechaba que ocultaba un corazón blando, aunque nunca había estado seguro de ello.

—¿Tiene una familia numerosa? —preguntó Mira, jugueteando con una rama de cilantro llena de flores rosadas y mirándole de soslayo.

—Numerosa. Y muy excéntrica.

Mira se rio, un sonido espontáneo y natural, muy diferente a las risitas tontas y faltas de naturalidad que Alec acostumbraba oír en las mujeres.

—¿Excéntrica? ¿Qué quiere decir?

—Supongo que poseen una innumerable cantidad de defectos.

—¿Y cuáles son los suyos? —preguntó ella, desafiándole con aquellos ojos castaños a que le respondiera con sinceridad.

Alec sonrió levemente y se apartó del árbol, dirigiéndose a *Soberano*. Mira esperó en silencio, preguntándose si obtendría una respuesta o no. Con un ágil movimiento él se subió a la silla de montar, los rayos de sol acariciaron su pelo negro como el azabache mientras inclinaba la cabeza oscura para mirarla.

—Jamás pido permiso.

—¡Oh...! Supongo que eso le creará bastantes

problemas, ¿verdad?

—En lo que a ti concierne, sospecho que sí — dijo él suavemente, y clavó los talones en los flancos del caballo.

Azorada, Mira ni tan siquiera pudo decirle adiós cuando se fue.

La cuarta mañana, Mira estaba exasperada consigo misma por estar esperando de manera inconsciente que él apareciera. Antes de salir, había estado discutiendo consigo misma delante del espejo durante varios minutos mientras intentaba hacerse un peinado más elaborado que una sencilla trenza, y maldiciéndose por ello. «Estás aprendiendo algo nuevo sobre ti misma — pensó con ironía—, no sabía que fueras tan vanidosa como para querer resultar atractiva a un hombre que te desagrada. ¡Y al que es muy

probable que ni siquiera veas hoy!» Apretando los dientes, se hizo la trenza de costumbre y salió en dirección al bosque.

Los días empezaban a ser más fríos. Razón de más para que Mira disfrutara de sus paseos matutinos antes de que el clima le impidiera salir. Los bosques que rodeaban los jardines y el césped de Sackville Manor eran exuberantes y misteriosos, y despertaban su imaginación. Grandes helechos y olorosas agujas de pino alfombraban el suelo y algunas pequeñas y brillantes flores impregnaban el aire con su intenso perfume. Allí estaba oscuro, la luz quedaba oculta por las altas copas de los árboles aunque en algunos lugares los rayos de sol se colaban entre las ramas y moteaban el suelo. Suspirando con satisfacción, Mira se sentó en una enorme roca y se rodeó las rodillas con los brazos.

Cuando Alec se acercó a ella, deseó no haber

cedido al deseo de verla otra vez. Tenía que encontrar la manera de contener esa condenada fascinación que sentía por ella. Desde que la había conocido, no hacía más que pensar en ella, ni siquiera dormía. Inconscientemente, la comparaba con todas las mujeres que estaban dispuestas a darle placer, pero sólo deseaba a Mira. Para su consternación, comenzaba a sospechar que ese deseo por ella no sería algo pasajero. Desmontando del caballo, Alec ató las riendas en el tronco de un árbol y se acercó a Mira lentamente. Ella pareció no advertir su presencia, pero luego le habló con la mirada fija en algún punto lejano del bosque.

—He oído que ayer no cazaron al zorro —dijo ella.

—Lo cercamos.

—Lord Sackville me contó que muchos de los caballeros querían hacerlo salir del agujero en el

que se escondió pero que usted los convenció de lo contrario.

—Sí —respondió Alec, apoyando el hombro contra un árbol y mirándola con aquellos ojos grises como la lluvia, provocándole una cálida sensación que le hizo ruborizar las mejillas—. No es muy deportivo ir a por un zorro que ha encontrado un lugar donde esconderse.

—Viniendo de usted, me parece un inesperado gesto de misericordia —comentó Mira pensativamente.

—Por la manera en que lo dices, es evidente que tus simpatías se inclinan por el zorro —dijo él, esbozando una sonrisa divertida. Ella asintió en silencio—. ¿No has traído ningún libro hoy? —preguntó.

—No.

—¿Tampoco estás desenterrando raíces extrañas ni cogiendo flores?

Mira se rio ante sus palabras.

—No. Ya tengo de todo lo que necesito.

—¿Dónde aprendiste ese tipo de cosas?

—Siempre me ha interesado conocer los remedios para curar las enfermedades —respondió ella con una sonrisa dulce—. Cuando vivía en Francia, viajaba de un lugar a otro, y adquirí muchos conocimientos sobre medicina natural. —Hizo una pausa y añadió con los ojos brillantes—: Tengo una memoria excelente. Rara vez olvido algo que he visto o que me hayan dicho.

—Entonces, en alguna parte de esa mente tan notable —dijo Alec ignorando el último comentario—, hay información sobre tu lugar de origen. Dime, ¿dónde está tu hogar además de en Sackville Manor?

Alec sabía que ella no respondería a la pregunta.

—Mi hogar está en todas partes —dijo Mira con suavidad. La expresión perdida y ardiente en sus ojos provocó en Alec una extraña sensación—. No pertenezco a nada ni a nadie. —La expresión de la joven era sincera y traviesa a la vez como si le causara un particular placer evitar sus preguntas con ese disparate.

Alec se sintió exasperado por esa ambigüedad; quería saber más de ella, tenía que saber quién era, y no tenía ni idea de cómo obligarla a darle las respuestas que necesitaba.

—Pertenesces a quien pague tu precio —contestó Alec con estudiada frialdad.

—¿Lo cree así verdaderamente? —preguntó ella, imperturbable ante la creciente rabia del hombre—. ¿Cree que pertenezco a Sackville?

—Supongo que eso depende de lo que entiendas por lealtad.

—Tengo un fuerte sentido de la lealtad, así

que supongo que sí le pertenezco. Hummm, tiene el ceño fruncido, ¿no es ésa la respuesta que esperaba oír? Sin duda alguna sabrá apreciarla, ya que la lealtad es algo con lo que está muy familiarizado. Es usted tan leal a las reglas de la cacería que protege a un zorro por mucho que los perros y sus compañeros de armas quieran su sangre. Es tan leal con su amigo, que no intentará quitarle a su amante, aunque creo que la desea para sí mismo.

Alec apretó la boca en una línea tensa, y sus ojos ardieron con llamas plateadas.

—No te deseo —masculló—. Aunque disfrutaría mucho poniéndote sobre mis rodillas y dándote una buena zurra por tu insolencia, diablillo de Satán.

—¿Qué le detiene? —preguntó ella con suavidad.

Aquello parecía una auténtica competición

para ver quién de los dos perdería antes los nervios. Alec masculló por lo bajo. Estudió la cara de la joven y ella le sonrió de una manera encantadora, con la misma expresión de un niño que hubiera prendido un petardo y estuviera esperando a que estallara. De repente, él sonrió ampliamente, cruzó los brazos sobre el pecho y dejó que la ira se desvaneciera.

—Me sorprende —dijo—, que aún no le hayas provocado una apoplejía a Sackville.

—Lord Sackville encuentra mi conversación muy placentera.

—Entonces es que lo he subestimado imperdonablemente.

Mira se rio sin poder contenerse, ocultando la cara contra las rodillas, y el sonido de la risa ahogada de Alec fue como una cascada deliciosa para sus oídos.

—Creo que le he menospreciado, milord —dijo

ella, con voz ahogada. Luego levantó la cabeza y clavó en él una brillante y penetrante mirada.

—¿Y eso?

—Hasta ahora pensaba que sólo era un grosero pomposo y prejuicioso.

—¿Y ahora? —preguntó él.

—Ya no me parece pomposo. Ni grosero.

Alec era experto disimulando sus emociones, así que ella no pudo leer nada en su expresión. Cuando el silencio se prolongó, Mira se preguntó si habría ido demasiado lejos. Quizá se había enfadado con ella. Poseía un temperamento imprevisible que se inflamaba con rapidez. Y sospechaba que no estaba acostumbrado a que nadie pusiera a prueba su paciencia a propósito.

—Pero piensas que soy prejuicioso —dijo finalmente.

—¿Acaso me equivoco? —contraatacó ella—. Le gusta formarse opiniones con mucha rapidez...

y una vez que lo hace, no le gusta cambiarlas. — Mira estaba segura de que él era el tipo de hombre que defendería a los que amaba sin titubear, y que combatiría contra sus enemigos hasta quedarse sin fuerzas—. Es un defecto peligroso, algún día podría perder algo importante sólo porque no encaja en su esquema de las cosas.

—¿Por qué dices eso? —susurró él, pareciendo tan cauteloso y airado que Mira supo que había tocado una fibra sensible.

La joven se retrajo de inmediato con voz temblorosa.

—No-no lo sé... Sólo he pensado...

—Alguien me dijo una vez casi esas mismas palabras.

—¿Quién?

—Mi primo.

—¿El que murió mientras se batía en un duelo? —preguntó ella con timidez.

Alec la taladró con una mirada tan cruda y helada que ella deseó haber mantenido la boca cerrada.

—No fue en un duelo. Lo encontré en un callejón herido de muerte.

Alec cerró los ojos, incapaz de reprimir los sombríos recuerdos. Holt era casi idéntico a él, el mismo pelo negro y los bien definidos rasgos Falkner. Desde la infancia se habían ayudado mutuamente, y habían confiado más el uno en el otro que en sus propios hermanos. Holt había sido más amable que Alec, menos sarcástico, más despreocupado, más tierno con la gente. Era el único capaz de hacer reír a Alec en medio de una impresionante tormenta de furia... Sí, ése había sido el mayor talento de Holt: ver las ironías de la vida y las debilidades de la naturaleza humana, y querer a las personas a pesar de sus defectos. Alec y él habrían dado su vida el uno por el otro,

tenían un vínculo muy fuerte porque eran Falkner y porque se comprendían a la perfección.

Después de que Holt no apareciera una noche en el Rummer, una popular taberna londinense donde habían acordado encontrarse, Alec se puso a buscarlo. Había reunido a todos sus amigos y habían rebuscado en callejones y calles oscuras. Alec fue quien lo encontró. Oh, Dios, la imagen de aquel largo cuerpo, tirado en el suelo. «¡Holt!», había enterrado la cara en el chaleco de lino de su primo, horrorizado ante la visión de las magulladuras y la sangre que había por todas partes. En ese momento, Alec se había convertido en un desconocido incluso para sí mismo. Se había vuelto agresivo y había comenzado a gritar, incapaz de detenerse incluso después de que sus amigos lo arrancaran del cuerpo de su primo. Algunos de esos amigos seguían sin mirarle a los ojos, incluso ahora, tantos meses después de que

hubiera ocurrido aquello. Hundido en el dolor, Alec se había dejado llevar por el mal humor, odiando a todo el mundo durante meses, en especial a sí mismo. Si él hubiera sabido..., si hubiera podido ayudar a Holt. Pero después de un tiempo tuvo que superar lo sucedido y seguir adelante con su vida, aunque aún seguía obsesionado por las preguntas sin respuesta. ¿Quién había matado a Holt a golpes? Y ¿por qué razón? ¿Por qué, por el amor de Dios, si nadie se había llevado el dinero ni los objetos de valor de su primo? Ni siquiera se habían llevado el medallón de oro de los Falkner que su primo siempre llevaba al cuello. El asesino se había conformado con matarlo.

De repente, Alec supo por qué no podía quitarse de la cabeza a la amante de Sackville. Se reía de él de la misma manera que lo hacía Holt, no temía burlarse de él, ni despertar su ira.

«Cómo te reirías, Holt —pensó sombríamente—, si supieras que por fin he conocido a la mujer que podría ser mi pareja perfecta. Tiene la cara de un ángel y es más seductora que el pecado, pero... pertenece a otro hombre.»

—Tengo que irme —dijo él, y Mira asintió lentamente con la cabeza.

«Es un hombre poco paciente», pensó ella, observándole alejarse a caballo como alma que lleva el diablo.

La salita estaba abarrotada de invitados, el aroma a café, a té y a perfume flotaba en el aire. Eran las once de la noche, y todos se habían reunido tras la cacería del día y las reuniones sociales para compartir una espléndida cena. En privado, Alec consideraba que aquella habitación era la menos indicada para la velada posterior a la

cena, pues estaba decorada en un tono rojo tan brillante que hería los ojos. El oscuro papel ornamentado en tonos carmesí y dorado formaba interminables patrones entre el suelo y el techo con curvas rococó que se unían unas a otras en un intrincado diseño. Había querubines entre los diseños del papel pintado y el techo ornamentado. La habitación, las ventanas y las cortinas tenían al menos cinco metros de altura. La sala ofrecía una imagen de exceso y mal gusto.

Cuando todos se sentaron para relajarse y disfrutar del entretenimiento dispuesto, Alec hizo una mueca al observar que Clara Ellesmere había logrado sentarse a su lado. Era una mujer totalmente carente de moral, insensible a otras necesidades y deseos que no fueran los suyos; una mujer voraz que disfrutaba del placer físico en todas sus formas. Quizá la única opinión que le importaba fuera la de su marido, que parecía ser

indiferente a Clara y a todos sus reprobables hábitos. A veces, ella interrumpía sus flirteos para mirar el resignado semblante de lord Ellesmere con una mueca burlona, pero él siempre se mostraba impertérrito frente a sus actividades. Todo el mundo esperaba que algún día Ellesmere cogiera las riendas y la metiera en vereda. Las exhibiciones públicas de su esposa podían ser divertidas o exasperantes. Era muy probable que se hubiera acostado con más de la mitad de los hombres presentes en la habitación, toda una hazaña teniendo en cuenta el gran número de caballeros que allí había. Si algo lamentaba Alec era ser uno de ellos.

Había sido un gran error por su parte acostarse con Clara esa noche de hacía dos años. Había sido divertida en la cama, pero los sofisticados trucos sexuales que la mujer había utilizado sólo habían excitado su cuerpo, no su intelecto. No había

vuelto a desearla después de esa noche, todo lo contrario que ella. Era una mujer hermosa sin moral ni conciencia, una mujer lujuriosa que utilizaba a los hombres y que a su vez era utilizada por ellos. No tenía nada que ofrecer, excepto un cuerpo perfecto; nada comparable a una mujer de verdad con sentimientos sinceros.

—¿Has disfrutado hoy de la cacería? —le preguntó ella con voz sedosa.

—¿Y tú? —respondió Alec.

Ella soltó una risita tonta.

—He oído que has tenido un éxito considerable, lord Falkner.

—Más bien un éxito muy poco satisfactorio —respondió él, fijando su mirada gris en el piano cuando la condesa de Shrewsbury comenzó a tocar.

—Qué irónico —dijo Clara curvando sus labios rojos provocativamente—, a mí me pasa lo mismo.

—Bajó la voz con complicidad—. Pero jamás olvido lo que me produce satisfacción, Alec..., y tú eres muy satisfactorio. —Se arrimó más a él y comenzó a hablar en un susurro empalagoso—. ¿Recuerdas la noche que compartimos juntos? Podríamos repetirlo... Quizás esta misma noche. Lo recuerdo todo, todo lo que hicimos, y cada vez que te miro vuelvo a recordar...

—No dudo que tengas tales recuerdos —dijo él arrastrando la voz—, pero creo que me estás confundiendo con otro.

—No, jamás te confundiría, Alec —dijo ella, levantándose con un movimiento sinuoso para salir de la estancia—. Discúlpame, *mon cher*, volveré pronto.

Lord Sackville, que estaba sentado a la izquierda de Alec, le dio un golpecito en el hombro cuando Clara desapareció.

—¿Se retira ya lady Ellesmere? —preguntó

Sackville.

—Por desgracia, no, pero cuando lo haga no será conmigo.

—Pobrecito mío, cuando te aconsejé que buscaras una mujer, no me refería a una de su clase.

—Sé perfectamente qué mujer deseo —le aseguró Alec con voz seca.

—Propongo —dijo el terrateniente Osbaldeston, entre los pocos entusiastas aplausos que recibió la actuación de lady Shrewsbury, y con la cara colorada por la cantidad de vino ingerida— que mi mujer, lady Osbaldeston, os deleite con otra canción.

Alec gimió para sus adentros, y se hundió en el asiento.

Mira oyó una canción mal interpretada por

otra aspirante a cantante mientras iba a la cocina. Sonriendo ampliamente, aminoró el paso y se acercó a las puertas cerradas de la sala para oír mejor. Los invitados podían ser los aristócratas más ricos y elegantes de Inglaterra, pero carecían de talento. La voz que salía de la estancia era aguda y desafinada al cantar un poema de Byron al que recientemente habían puesto música.

—Pobrecita, ¿qué está haciendo aquí fuera? — Mira se dio la vuelta y vio a lady Clara Ellesmere detrás de ella. La sonrisa de la joven desapareció al instante. Lady Ellesmere se acercó a la puerta y ladeó la cabeza rubia para oír la horrible nota del verso final—. Oh, no es una buena interpretación, ¿verdad? —preguntó lady Ellesmere—. Pero no hay mucha gente con tanto talento como usted, cariño.

—Milady —comenzó Mira—, si me disculpa...

—Pero ¿por qué lo está oyendo aquí sola? —

preguntó lady Ellesmere con suavidad—. Debería estar con el resto de los invitados, apoyando los esfuerzos del anfitrión.

—No, debo... —Mira se interrumpió con un grito ahogado al ver que la mujer la agarraba por la muñeca con fuerza—. Ay, ¿qué hace?

El aplauso por la canción sonó amortiguado a través de las puertas.

—Venga, la acompañaré dentro —dijo lady Ellesmere con los ojos brillantes de malicia.

—¡No! —respondió Mira llena de pánico, tirando de su muñeca. La mujer era sorprendentemente fuerte; su agarre parecía inflexible—. ¡Suélteme!

Clara abrió las puertas, empujándolas con tal fuerza que golpearon contra las paredes, captando la atención de todo el mundo. Mira comenzó a temblar cuando un mar de cabezas se giró hacia ellas. Jamás había visto tantas caras, tantos ojos, y

todos centrados en ella.

—Entra, cariño —ronroneó lady Ellesmere, arrastrándola dentro de la habitación. Cuando la gente se percató de quién era ella, una multitud de murmullos y susurros envolvieron a Mira, asfixiándola. Sintió que la sangre le huía del rostro. Luego los cuchicheos cesaron y el silencio fue incluso más agobiante—. Lord Sackville —observó lady Ellesmere curvando los labios rojos en una sonrisa—, creo que todavía no nos ha presentado a esta invitada. Pero estaba escuchando detrás de la puerta como si fuera una niña abandonada, y estoy segura de que usted deseará que la incluyamos en los eventos de la velada.

Lord Sackville se puso en pie lentamente mientras Carolina Lamb y otras mujeres se reían con disimulo tras las manos enguantadas. ¡Qué escándalo! Sólo Clara Ellesmere se atrevería a

introducir a la misteriosa amante de Sackville en medio de una respetable reunión de la sociedad, y sólo ella lo haría con esa alegre malicia.

La neblina que cubría los ojos de Mira desapareció al oír la risa disimulada de las mujeres. Sus ojos castaño oscuro se pasearon por la habitación lentamente, cara por cara. Vio desprecio, interés, mofa. Sintió en la boca del estómago una rabia helada, una fría cólera que enfrió su vergüenza. Se fijó en que lord Sackville parecía molesto; un hombre que protegía su orgullo con tal ferocidad, evitaba sobre todas las cosas ser objeto de ridículo. Estaba sentado junto a Alec Falkner, que tenía una expresión ilegible y un rictus severo en la boca. Mira clavó la mirada en aquellos ojos grises y sintió que la envolvía una extraña y cálida sensación cuando él le devolvió la mirada. Sabía instintivamente que si le dirigía un gesto de súplica él la ayudaría. Pero no quería

pedirle ayuda, ni a él ni a nadie.

—¿No cree que ella debería actuar también? — le preguntó lady Ellesmere a lord Sackville—. Podría ser divertido.

Sobre la habitación se había extendido ahora un silencio sepulcral. La situación había adquirido unas proporciones absurdas. Sin duda alguna, lady Ellesmere no podía estar sugiriendo que se quedaran allí sentados mientras les entretenía nada menos que ¡la amante de Sackville! Mira miró a lord Sackville con una expresión inescrutable en el rostro. Había tocado para él en privado, y él sabía que lo hacía bien. Mira casi podía ver cómo se movían los engranajes de la mente de su protector mientras calculaba cómo resolver la situación a su favor. Tras un largo momento, él asintió con la cabeza.

—Mira, ¿por qué no tocas algo para mis invitados?

Ella asintió con la cabeza con la cara blanca como el papel.

—Será un placer, milord. En cuanto lady Ellesmere me suelte la muñeca.

Hubo una repentina risa entre la concurrencia. Clara la soltó de inmediato, la sonrisa desapareció de sus labios al darse cuenta de que corría peligro de convertirse en la villana de la historia.

Incapaz de contenerse más, Alec se puso en pie.

—¡Santo Dios, William! —siseó al oído de Sackville—. Detén esto de inmediato, ¿acaso no te importan sus sentimientos? ¡No es una posesión para ser exhibida de esa manera!

Sackville se giró y clavó sus ojos azules en él.

—¿Me estás diciendo cómo debo tratar a mi amante, Falkner? —le reprendió—. Si tanto te preocupan sus sentimientos, siéntate antes de montar una escena.

Lentamente, Alec se hundió en la silla, con todos los músculos en tensión. El sofocante silencio de la estancia sólo quedó roto por el susurro de las faldas de Mira cuando se dirigió al piano. Se movía con gracia, con la espalda erguida, con todas las miradas clavadas en ella. Llevaba un vestido de terciopelo negro, las líneas de su figura quedaban enfatizadas por la simplicidad de la prenda. Las mangas eran abultadas y ceñidas al brazo en el más puro estilo isabelino, y una hilera de diminutos botones cerraban el corpiño. La firme curva de sus pechos y la línea de la garganta destacaban contra el terciopelo negro. Se había retirado el pelo de la cara con una cinta y le caía en la espalda formando largos tirabuzones. Parecía joven y muy vulnerable. Todo lo contrario de lo que se hubiera esperado de la amante de Sackville.

Un destello de admiración asomó a los ojos de

Alec cuando Mira se sentó al piano sin ayuda. La vio sonreír de una manera despectiva al observar la estancia mientras varias mujeres la miraban y se reían detrás de los abanicos.

Mira tenía derecho a mostrarse desafiante, reflexionó Alec, torciendo la boca con cinismo. La mayoría de las mujeres presentes carecía de moralidad. El adulterio era un estilo de vida para ellas, no sabían qué era la lealtad ni la modestia. Si Mira era una fulana, entonces ellas no se quedaban atrás, pues lo habían sido durante más tiempo y con un mayor grado de discriminación. «¿Ahora la disculpas?», le preguntó una sibilina vocecita interior. Y Alec apretó los dientes.

Las oscuras pestañas de Mira descendieron cuando vaciló ante las teclas del piano. Luego puso las manos sobre el instrumento y tocó una balada francesa. La melodía era encantadora y triste a la vez, y nadie osó hacer el más mínimo

ruido mientras ella cantaba en su lengua materna. Su voz era inesperadamente baja y, aunque le faltaba refinamiento, era pura y vibrante. La descarada emoción que teñía la canción fue evidente y conmovedora. Alec la observó con los ojos entrecerrados, sospechando que ella era consciente de las reacciones que su aspecto y su música provocaban. «Gatita», pensó haciendo una mueca; tenía intención de ponerlos nerviosos a todos, y lo estaba consiguiendo. No era una canción apropiada —algo ligero y divertido habría puesto fin a la situación con dignidad—, pero había escogido una pieza apasionada y agrisada que hacía que la gente se sintiera incómoda. Las manos de la joven arrancaron sonidos de las teclas que provocaron suspiros de anhelo. Luego, la última nota flotó en el aire y, cuando la canción terminó, ella se miró las manos.

Los aplausos suaves y apagados rompieron la

concentración de Mira. Ella se puso en pie y los miró, manteniendo una mirada neutra al ver que Caroline Lamb y algunas de sus amigas cuchicheaban tras los abanicos y los pañuelos, pero ya no se reían tontamente. Mira esbozó una sonrisa forzada. Lord Sackville se puso en pie y se acercó a ella sonriendo. Se llevó los fríos dedos de la joven a los labios muy satisfecho por la manera en que todo se había resuelto.

—Todos los hombres de la sala me envidian, cariño. ¡Bien hecho! Desearía haberlo planeado. ¡Bien hecho!

Ella asintió y retiró la mano. Cuando salía de la estancia, se detuvo ante la silla de lady Ellesmere. Buscó los ojos de la mujer y le hizo una reverencia burlona.

—Espero que le haya gustado mi actuación, milady.

Clara Ellesmere asintió con frialdad.

Con calma, Mira salió de la estancia, y oyó un montón de excitados murmullos cuando cerró las puertas.

Sentía las rodillas débiles y le costó subir las escaleras. Nunca se había sentido tan agotada y entumecida. Ahora que la dura prueba había pasado y la tensión había desaparecido, se encontraba cansada por el esfuerzo de hacer frente a los invitados de lord Sackville. ¿Por qué lady Ellesmere había querido hacerla quedar en ridículo delante de todo el mundo? Qué crueles eran a veces las personas. Lentamente, Mira se dirigió a su habitación; quería meterse en la cama y no volver a levantarse. Cuando llegó a las escaleras oyó ruido de pasos a sus espaldas y se giró bruscamente.

—Lord Sackville, yo...

—Felicidades. —No era Sackville, sino Alec Falkner, quien se detuvo a unos metros de ella y

se recostó en la pared con aire indolente. Estaba entre las sombras y Mira no podía leer la expresión de su cara—. Has estado impresionante.

—He recibido clases —murmuró ella, encogiéndose de hombros despectivamente.

—No me refería a tus habilidades musicales.

—Entonces no sé a qué se refiere —contestó ella bruscamente, llevándose la mano a la frente para aliviar el dolor de cabeza. Estaba harta de aquellas batallas verbales con él, harta de tener que defenderse todo el rato. Algo en el interior de la joven pareció quebrarse y todo por culpa de él. Alec tenía la virtud de hacerle daño cuando aquella sala repleta de gente no lo había hecho.

—Admiro tu coraje. No te faltan agallas, podrías hacer cualquier cosa que...

—Me he sentido como un monito amaestrado en un número de feria —le interrumpió bruscamente—. Desprecio a los de su clase.

Ninguno de ustedes tiene derecho a juzgarme. Dígame, ¿por qué compartir la cama con Sackville me convierte en una mujer carente de sentimientos? ¿Por qué he tenido que ceder ante el capricho de una mujer vana como si no sólo hubiera vendido mi cuerpo, sino mi mente y mi alma? —Los ojos de Mira resplandecían cuando se acercó a él con los puños apretados—. ¿Por qué está aquí? —siseó—. ¿Por qué me ha seguido? Desde luego no ha sido para elogiarme. ¡Venga, adelante! Diga lo que quiera, búrlese de mí. ¡No me importa lo que diga de mí! ¡Ni usted —le dijo golpeándole en el pecho con el puño— ni ningún otro! —Lo golpeó de nuevo con la muñeca medio entumecida por el golpe anterior—. ¡No me importa!

Y entonces, repentinamente, estaba en sus brazos, estremeciéndose de pies a cabeza. Intentó apartarse, pero no podía dejar de temblar, y dejó

que la estrechara contra su poderoso cuerpo. Instintivamente se aferró a él, hundiendo la cara en las solapas de terciopelo de la chaqueta de Alec hasta que movió la mejilla y sintió la cálida piel masculina a través de la camisa.

Alec se sentó en los escalones oscuros de la torrecilla, acunándola entre sus brazos.

—Por esto te he seguido —murmuró él, inclinando la cabeza oscura sobre la joven, que le rodeó el cuello con los brazos. Mira cerró los ojos con fuerza mientras él murmuraba palabras incomprensibles contra su pelo en un tono tranquilizador, ronco y tierno.

—No se burle de mí —murmuró ella furiosa, incapaz de creer que él se hubiera transformado en aquel tierno desconocido.

—No, no voy a hacerte daño... Chsss.

—No necesito que usted...

—Lo sé, pero por qué no te callas un rato y me

dejas abrazarte.

Ella obedeció, permitiendo que el calor del cuerpo masculino penetrara en su piel, en su carne, en sus huesos, hasta que dejó de temblar. La brutal fuerza de Alec ya no era algo contra lo que tuviera que luchar, se había convertido en un escudo protector. La familiar fragancia que él emanaba la envolvió y ella inspiró profundamente el olor masculino de su piel, de la ropa cara, con un suave toque a laurel. Nunca más estaría tan cerca de él y quería atesorar ese momento. Nunca se había sentido tan segura, reconfortada, protegida.

—Todos se reían de mí —susurró ella, apretando los dientes.

—No, no lo hicieron. Lo hubieran hecho si les hubieras tenido miedo...

—Lo tenía.

—Nadie se dio cuenta. Ni siquiera yo.

—Me habría escapado si hubiera podido.

—Ya pasó..., ya pasó.

Con un suspiro roto, Mira apoyó la frente en el hombro de Alec mientras su ancho pecho subía y bajaba bajo ella. No supo cuánto tiempo estuvo así, relajándose contra él, pero poco a poco se sintió como si flotara en medio del más dulce sueño imaginable. Los labios de él le rozaron la frente, provocando un escalofrío de excitación en la espalda de la joven, y el musculoso brazo se apretó contra su nuca cuando él le alzó la cabeza.

Mira continuó con los ojos firmemente cerrados, aún sin querer abandonar aquel sueño. Su mundo era seguro ahora, lleno de una tranquila oscuridad y agradables aromas y con el calor del cuerpo de Alec inundando el de ella. El placer recorría el cuerpo de la joven, un placer que era cada vez más adictivo. La dejaba indefensa ante el ardiente deseo de ceder ante él,

de sentir sus caricias, sus labios en los de ella. Mira sintió el aliento cálido y húmedo de Alec contra su cuello, su boca rozándole la piel, deslizándose perezosamente por su garganta. Débilmente, Mira giró la cara contra el hombro masculino cuando la oscura cabeza de Alec se inclinó sobre ella, acariciando con la lengua la parte más sensible de su cuello.

—Mira —masculló, deslizando la boca con avidez sobre su piel—. Te deseo... Quiero hacerte sentir cosas que nunca has soñado. —Ella abrió los ojos, y él pareció perderse en su oscura y desconcertada mirada—. No perteneces a Sackville —dijo con voz ronca.

—Le prometí...

—Al diablo lo que sea que le hayas prometido. No es el hombre adecuado para ti. No te desea como yo. Y no me digas que él te satisface, no cuando respondes a mí de esta manera. Te

mereces un hombre que se tome su tiempo para complacerte en la cama, alguien que se ocupe de tus necesidades igual que de las tuyas. Un hombre joven y fuerte...

—Él me complace —dijo entrecortadamente, intentando levantarse de su regazo.

—Y un carajo si lo hace. Mírate, estás jadeando y aún no te he besado. He visto suficientes mujeres satisfechas en mi vida para saber que tú no eres una de ellas.

La indignación despejó la mente de Mira como una jarra de agua fría. Intentó abofetearle, pero él la detuvo cerrando su enorme mano sobre la delgada muñeca.

—No me mientas —dijo Alec quedamente.

Mira, avergonzada, hizo un esfuerzo para calmarse.

—Yo no miento. Suéltame.

—Mírame y dime sinceramente que no me

deseas y...

—Suélteme —lo interrumpió jadeante y furiosa—, engreído bastardo...

La lluvia de insultos podría haber continuado un buen rato si Alec no hubiese oído ruido de pasos.

—Silencio. Viene alguien —dijo él, levantándola de su regazo, cubriéndole la boca con una mano y arrastrándola a su habitación a través del pasillo. Mira intentó liberarse, tirando de su muñeca cuando la puerta se cerró tras ellos—. Deja de forcejear y escucha —le murmuró al oído. Mira se relajó lentamente al oír unos pasos tras la puerta. Agrandó los ojos cuando las pesadas pisadas se dirigieron a la torrecilla—. Sackville —masculló Alec con disgusto—. Sin duda irá a rematar la faena.

—¡Tengo que salir de aquí! —dijo Mira con firmeza—. Me preguntará qué he estado

haciendo.

—No te preocupes, puedes decirle que estabas considerando una proposición de lo más interesante.

Mira intentó apartarse de él, deteniéndose confusa cuando los brazos de Alec se cerraron en torno a su cintura.

—¡Déjeme salir antes de que empiece a buscarme!

—Cuando acabe contigo. Quiero saber cómo llegaste a ser la amante de Sackville. Evidentemente no fue su atractivo físico lo que te atrajo de él. Así que dime cómo y por qué...

—¡No! —Cuando los ojos de Mira se encontraron con la brillante e insensible mirada gris, intentó suavizar la respuesta—. No tengo tiempo.

—Tienes todo el tiempo del mundo —ronroneó Alec—. No voy a ir a ningún sitio.

—¡Oh, basta ya! —dijo Mira desesperada, empujándole el pecho.

—¿Es que no puedes esperar a estar con él? Tendré que decirle a William que me dé las gracias por haberte excitado de esta manera.

—¡Es usted detestable!

—Se te agota el tiempo. Y tú no vas a ir a ninguna parte hasta que me digas cómo es que has acabado unida a Sackville.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó ella, clavando los ojos en la puerta—. Vale, se lo diré. Estoy con él desde... Llevo aquí dos años. Desde que cumplí dieciocho. Lo conocí después de abandonar Francia y venir a Inglaterra.

—¿Sola?

—Sí, sola. No tenía dinero ni trabajo, y estaba a punto de morirme de hambre. Era septiembre, y hacía bastante frío. Cogí unas fiebres y me puse demasiado enferma para buscar trabajo o

encontrar comida. En Dover me acurruqué en el fondo de un vagón de heno para dormir..., y supongo que perdí la consciencia porque lo siguiente que recuerdo es que me desperté aquí. Lord Sackville es un hombre muy compasivo. Me recogió, gastó su dinero en alimentarme y vestirme hasta que me puse bien de nuevo.

Alec esperó a que continuara, arqueando una ceja negra cuando ella guardó silencio con terquedad.

—¿Acabaste en su cama por gratitud? —preguntó.

—Le he cogido cariño.

—A él, a su dinero y a vivir en su casa.

—Sí —espetó ella—. ¿Ya ha satisfecho su curiosidad?

—No. Para empezar, ¿por qué te fuiste de Francia?

Mira lo miró exasperada, soltándole una ristra

de ahogadas maldiciones en un tono tan airado y venenoso que la expresión de Alec se volvió menos seria y sus ojos comenzaron a brillar de diversión.

—¡O me deja salir ya —lo amenazó—, o echaré ruibarbo en polvo en su vino y le robaré el bacín!

Alec soltó una risita ahogada y a regañadientes apartó los brazos de su cuerpo.

—Ya que me lo pides de esa manera tan encantadora no voy a negarme —dijo él, haciendo una pequeña reverencia y una floritura al abrir la puerta. Con aire indignado ella salió al pasillo y Alec cerró la puerta. «Santo Dios. Me han amenazado con cuchillos, balas, puños, espadas y buenas manos de cartas, pero nunca con ruibarbo», reflexionó, y se echó a reír de nuevo.

Mira subió a su habitación y sonrió cándidamente al ver que lord Sackville todavía seguía allí.

—Hola, milord —dijo.

—¿Dónde te has metido?

Mira sabía mentir de manera convincente cuando tenía que hacerlo.

—He estado hablando con la señora Daniel en la cocina. ¿Lleva esperándome mucho tiempo?

—No, no mucho —dijo Sackville, negándose a sostenerle la mirada—. He subido a ver si estabas disgustada por lo de esta noche. Me ha parecido que te lo has tomado muy bien, pero quería estar seguro.

Mira pensó que parecía un niño culpable, y sonrió, sintiendo una dolorosa punzada de cariño por él. Sabía que él no había tenido intención de causarle malestar alguno. El William Sackville que ella conocía jamás haría daño a nadie a propósito.

De no ser por él, ella habría muerto de fiebre y temblores hacía dos años. Jamás podría olvidar lo bondadoso que había sido con ella.

—Debo admitir —dijo ella quedamente—, que me he quedado muy sorprendida por lo ocurrido.

—No había manera de salir de la situación de una manera elegante —se apresuró a decir Sackville—. Y luego pensé: despierta, chico, ella toca bastante bien. ¡Qué diantres, déjala tocar! Y has hecho un trabajo fantástico, Mira. ¡Un trabajo maravilloso!

—Preferiría no hablar más de ello —repuso ella—. Milord, no quiero volver a hacer algo así de nuevo.

—¡Por supuesto, por supuesto! —la tranquilizó Sackville, sacando un pañuelo del bolsillo y secándose la húmeda frente—. Me alegro de que seas tan sensata con esto. No soporto que las mujeres se enfaden conmigo, ¿sabes?

—Lo sé —dijo ella, brindándole una pequeña sonrisa. Se volvió a su tocador dorado y sacó una tela anudada—. Ya que está aquí quiero aprovechar para decirle que he encontrado otra raíz de mandrágora para usted. Sólo un poco en...

—Me conozco la dosis de sobra —dijo él, cogiendo la tela con entusiasmo y guardándola en el bolsillo—. Creo que me ayuda, de verdad que lo creo.

—Eso espero —respondió ella, ladeando la cabeza y mirándole socarronamente.

—No has contado nada de esto, ¿verdad? —le preguntó él entrecerrando los ojos azules con suspicacia. Le hacía la misma pregunta cada vez que ella encontraba una raíz para él.

Por un segundo, Mira recordó su desliz ante Alec Falkner, pero seguramente él ya no lo recordaría, ¿verdad?

—Nuestro secreto está a salvo, milord.

—Walter —preguntó Alec con aire distraído, tamborileando los dedos en un lateral de la bañera de porcelana—. ¿Sabes algo sobre hierbas o plantas?

Alec tenía el pelo tan mojado y brillante como la piel de una foca y gotas de agua en las pestañas. En su rostro moreno había aparecido un ceño fruncido.

Walter, su fiel ayuda de cámara durante los últimos cinco años, se detuvo en medio de la habitación. Era la quintaesencia del ayudante de un caballero: trabajador, educado, discreto, con un seco y sano sentido del humor que sólo mostraba en ocasiones especiales y, a los cuarenta y cuatro años, era lo suficientemente viejo para darle consejos cuando se los pedía, pero lo bastante joven para sobrevivir a los rigores de

acompañar a alguien tan inquieto y viajero como Alec.

—Milord —respondió Walter con voz tranquila—, no sé nada de plantas, no distingo un terrón de tierra de una boñiga de caballo.

—Maldita sea —suspiró Alec con expresión sombría—. Dame una toalla.

—Sin embargo —dijo Walter, tendiéndole una enorme toalla de lino para secarse—, voy recopilando información de aquí y allá, si quiere puede hacerme la pregunta de todas maneras.

—¿Por qué no? —Alec se envolvió las caderas con la toalla y cogió otra más pequeña cuando salió de la bañera—. ¿Para qué sirve exactamente la raíz de la mandrágora?

De repente, Walter comenzó a toser y se le enrojeció la cara. Por lo general, el hombre nunca se reía y ni siquiera esbozaba una sonrisa a no ser que fuera absolutamente inevitable. Alec observó

con el ceño fruncido el inusitado ataque de risa que Walter trataba de disimular. Al final, el ayuda de cámara recobró el control y su regia postura.

—¿Es que alguien le ha dicho que la necesita?  
—preguntó con voz neutra aunque se le curvaba la boca involuntariamente.

—No. Te lo pregunto por algo que escuché el otro día. —La expresión de Alec se ensombreció mientras añadía con sarcasmo—: Hasta ahora no había sospechado que ese conocimiento tan importante había sido omitido en mi educación.

—Usted sería el último hombre de Inglaterra en saberlo, milord, por la sencilla razón de que no necesita de los efectos de la raíz de la mandrágora.

—Vale, Walter, deja de esbozar esa sonrisa de satisfacción y suéltalo ya.

—Los hombres suelen utilizarla por

determinadas razones relacionadas con... los órganos reproductores. Puede aumentar la fertilidad...

«Oh, Dios —pensó Alec—, quiere que ella tenga un hijo suyo.»

—... o más frecuentemente —continuó Walter—, la utilizan con la esperanza de curar la impotencia.

Alec mantuvo el rostro imperturbable.

—Veamos, sólo para aclarar las cosas —logró decir al cabo de unos segundos—. ¿Estamos hablando de impotencia en el sentido sexual de la palabra?

Walter asintió brevemente antes de reanudar sus tareas en la habitación.

—Gracias —dijo Alec, frunciendo el ceño pensativamente antes de secarse la cabeza con la toalla.

¿A qué jugaba Mira? ¿Sería posible que sólo

conversara con Sackville? ¿Sería su amigo realmente impotente? ¿O sólo había sido una broma de Mira?

### 3

Durante los días siguientes, Mira puso especial cuidado en evitar a Alec. No se aventuró a salir por las mañanas más tiempo del necesario, si bien esa actividad se vio drásticamente reducida ante la repentina bajada de las temperaturas propia de la época otoñal. Para mantenerse alejada del hombre que con tanta facilidad la ponía nerviosa, pasaba el tiempo en la cocina, en algún lugar apartado del jardín o acurrucándose con un libro en el sillón de cualquier salita vacía. Por desgracia, a pesar de todos esos esfuerzos, no conseguía mantener a lord Falkner apartado de sus pensamientos.

Tenía que reconocer que no sería difícil enamorarse de Alec Falkner, pues la atraía en

todos los sentidos. A pesar de su mal genio y de ese sentido del humor tan sardónico, Alec podía ser encantador cuando quería. Pensar que él la deseaba la llenaba de excitación, pero también de congoja. Sabía que él no quería sentirse atraído por ella y que si pudiera evitarlo de alguna manera, lo haría. Mira pensaba a menudo en aquellos instantes vividos en la escalera de la torrecilla cuando el duque la había tomado entre sus brazos, y se preguntaba si él también pensaría en ello. Incapaz de controlar la fascinación que ese hombre ejercía sobre ella, comenzó a recabar información sobre él. Incluso había llegado a preguntarle a Sackville con discreción.

—¿Cómo lo conoció? —volvió a preguntarle a Sackville mientras le servía una taza de té y se la ofrecía con un plato de sus pastas favoritas.

La luz del fuego brillaba alrededor de la pareja sentada a solas en la salita. Sackville, que tenía la

cara sonrojada tras un largo día de caza, aceptó agradecido y estiró las piernas ante el fuego acogedor. Le gustaba charlar y relajarse con una taza de té con unas gotas de brandy después de una jornada tan intensa.

—Hace aproximadamente siete años, durante una cacería. Era un joven diablo de pelo negro, el tipo de hombre al que me gusta bajar los humos. Cuando estaba solo era un tipo agradable, educado y tranquilo, pero en compañía de su primo, el difunto Holt, era el bribón más revoltoso que haya conocido nunca.

—¿Por qué era tan diferente cuando estaba con su primo? —preguntó Mira en tono casual.

—Holt siempre lo animaba a hacer locuras. —Sackville se rio entre dientes y meneó la cabeza con aire pensativo—. Verás, aunque los dos eran parecidos físicamente, Holt era un cabeza loca, mientras que Alec siempre se ha contenido más.

Juntos, sin embargo, se complementaban a la perfección.

—¿Pero a usted le gustaba más lord Falkner?

—Al principio no me caía bien ninguno de los dos. Holt prefería perseguir a las mujeres antes que ir de caza. Y en cuanto a Alec, el primer día de la cacería discutimos sobre si un rifle Westley Richards de dos cañones era más efectivo que un Joe Morton. Hicimos una apuesta sobre quién de los dos conseguiría cazar más aves.

Mira sonrió, imaginando a un Alec más joven enzarzado en una discusión con Sackville.

—¿Quién ganó? —preguntó.

—Hicimos el recuento al final de la cacería y descubrimos que habíamos empatado. Fue el principio de nuestra amistad. No tardé en descubrir que es un arquitecto con mucho talento; me ha rediseñado parte de la hacienda, ¿lo sabías?

Mira estaba sorprendida por la revelación. Arquitecto... ¿Acaso Alec era más fascinante todavía de lo que ella había pensado? Se preguntó si se decantaría por el clásico estilo palladiano o por el estilo gótico. Cuando ella había interrogado a Sackville para conocer más detalles, él le había dirigido una extraña mirada antes de murmurar una evasiva respuesta sobre los diseños de Falkner, haciendo que Mira se contuviera al comprender que su interés por el duque se había vuelto demasiado evidente. No se había dado cuenta de que había sacado a relucir el nombre de Falkner más veces de las que debía. Y no fue consciente de ese hecho perturbador hasta un día que tomaba té en la cocina con la señora Comfit y dos de las criadas, Lizzie y Tessie.

—Éste es el grupo de caballeros más lujuriosos que lord Sackville ha invitado nunca —exclamó Lizzie haciendo oscilar sus brillantes rizos rojizos

de arriba abajo al hablar enfáticamente—. ¡Me han vuelto a pellizcar el culo esta mañana!

—¿Que han hecho qué? —preguntó fascinada Tessie, una tímida chica de diecisiete años.

—Cuando entré en una habitación con la bandeja del desayuno, su ocupante me devoró con la mirada y me pellizcó el culo, eso es lo que hizo, y luego ¡me persiguió!

—Dios mío —exclamó Tessie.

—Es el tercero esta semana —dijo Mira secamente mirando a la señora Comfit, que meneaba la cabeza con resignación. La señora Comfit, una figura sabia y alegre de compleción fuerte y rechoncha y expresión traviesa, parecía un gnomo del bosque.

—Sí, así son los hombres, Mira —dijo la cocinera—. Después de una semana de buena caza, comida y alcohol se vuelven más desinhibidos de lo que lo eran al llegar. Pero estoy

de acuerdo con Lizzie en que, en esta ocasión, los caballeros son más atrevidos de lo normal.

—Lizzie —inquirió Mira en tono casual—. ¿Recuerdas quién te pellizcó esta mañana?

—Dios mío, ¿por qué me preguntas por eso, Mira? —La criada extendió la mantequilla en la mitad de un bollo y le dio un apreciativo bocado.

—Bueno... Sólo quiero saber quién es para evitarlo —dijo Mira—. ¿Alguno de esos hombres que se te insinuaron era joven, alto y guapo? ¿De pelo oscuro?

—Santo Dios, no. De haber sido así, no me quejaría. Era como una cabra suave y blanca como la nieve, y tan viejo que podría ser mi padre.

—Mira —preguntó la señora Comfit suavemente—, ¿en quién estabas pensando?

—Oh. —Mira se puso como un tomate y se ocultó de la mirada del ama de llaves tomando un

sorbo del humeante té que casi le quemó el paladar—. Bueno, no he podido evitar observar que al duque de Stafford, lord Falkner, se le van los ojos tras las faldas. He concluido que podría ser él. Así que ten cuidado, Lizzie, y tú también, Tessie. No es alguien de fiar. Por la cuenta que os tiene será mejor que no os quedéis a solas con él..

—Santo Dios, si lo quieres para ti, sólo tienes que decirlo, Mira —dijo Lizzie estirando la mano para coger otro bollo.

—No, por supuesto que no estoy diciendo eso.

—Mira, ésta es la enésima vez que has mencionado a lord Falkner —dijo la señora Comfit con una sonrisa pensativa.

—¡No, eso no es cierto! —Mira negó la acusación, dejando la taza de té sobre la mesa y mirándolas, llena de indignación—. Yo no... —Su voz se fue desvaneciendo mientras miraba a los tres plácidos semblantes del otro lado de la mesa

—. ¿Lo he hecho?

—Sí —afirmó Tessie con rotundidad y Lizzie metió baza.

—A Mira le gusta el duque, a Mira le gusta el duque...

—¡Cierra la boca! —le espetó Mira con los ojos brillantes de rabia—. ¡Me importa un bledo ese miserable engreído! ¿Por qué no metéis las narices en vuestros asuntos y me dejáis a mí en paz? —Mira se detuvo de pronto y se llevó una mano a la boca mientras miraba horrorizada a las dos criadas—. Oh, lo siento mucho. Tengo demasiado genio. Por favor, olvidad lo que os he dicho. —Se llevó los dedos a las sienes y cerró los ojos—. Es este horrible dolor de cabeza.

—Chicas —dijo la señora Comfit serenamente—. Es hora de que enceréis los suelos para el baile de esta noche. Venga, idos y dejadme a solas con Mira.

Lizzie y Tessie se metieron los últimos bollos en los bolsillos y tras lanzar a Mira un par de miradas compasivas salieron de la habitación entre susurros y risas tontas.

—Mira —dijo la señora Comfit—, tenemos que hablar. Sé que normalmente te desahogas con la señora Daniel, pero ahora está demasiado ocupada y yo soy tan buena como cualquier otra para hablar.

—No tengo nada que decir —dijo Mira, dejando caer la cabeza en el hueco de sus brazos. Su voz sonó amortiguada cuando añadió—: Si lo hiciera, pensarías lo peor de mí.

La señora Comfit se rio con cariño.

—Sé que esto tiene que ver con lord Falkner, y no me sorprende que te sientas atraída por un hombre tan guapo. Mira, tienes veinte años, no eres la misma chica que cuando llegaste aquí hace dos años y una mujer necesita a un hombre, por

muchos quebraderos de cabeza que le dé. ¿Te has acostado con él? ¿Es eso?

Incómoda ante la franqueza de la cocinera, Mira se tuvo que contener para no estallar indignada.

—¿Cómo puedes sugerir eso? ¿Cómo puedes preguntarme tal cosa cuando sabes que estoy con lord Sackville?

—Buenooo... —La señora Comfit alargó las vocales mientras la miraba con una mezcla de ironía y reproche—. Mira, a estas alturas deberías saber que los sirvientes son peores que una familia; sabemos más cosas y somos bastante más listos. ¿Crees que Percy no sabe lo que pasó hace un año más o menos? ¿Crees que no lo sabe la señora Daniel? ¿O que no lo sé yo? ¿Por qué no eres sincera de una vez y te dejas de juegos?

—¿Juegos? —preguntó Mira desesperada, intentado ocultar sus emociones para que la

señora Comfit no le leyera la verdad en la cara.

—¿Acaso crees que Sackville nos engaña con esas visitas a tu habitación? Aunque lo apreciamos mucho, sabemos que tiene problemas, la clase de problemas que no se puede ocultar. Me imagino que los dos habéis acordado guardar el secreto, pero es evidente que tú y él sólo fingís mantener un *affair*.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Para empezar, las sábanas. Cariño, eres muy ingenua si no sabes que la ropa de cama se cambia todos los días. La señora Daniel dice que las sábanas de tu habitación siempre están limpias y las de la habitación de lord Sackville también, así que a menos que lo hagáis de pie o en el suelo...

—¡Oh, por favor! —gritó Mira, cubriéndose las orejas con las manos—. ¡No sigas!

—Eso mismo pensé yo —dijo la señora Comfit

meneando la cabeza con aire satisfecho—. Pero ahora dime: te sientes atraída por tu duque, ¿verdad?

Mira suspiró, y apoyó la frente en las manos.

—No es mi duque. Y no hay nada de qué hablar. Me odia.

—Cariño, no existe hombre que pueda odiarte.

—Te aseguro que sí —insistió Mira—. Al principio pensé que lo odiaba, pero no dejo de pensar en él todo el tiempo, imaginando toda clase de cosas que... Oh, es demasiado embarazoso. Cuando me sonrío, siento cosas de lo más extrañas y no puedo evitar notar cómo me recorren los estremecimientos. Es como si fuera una enfermedad mortal. Y no, no me he acostado con él. De hecho, algunas veces él actúa como si odiara desearme. Sin embargo —su voz se convirtió en un susurro—, me ha estrechado entre sus brazos y yo no he podido pensar en

nada que no fuera él. Aunque siempre acabo poniéndole furioso. —Mira suspiró y concluyó el soliloquio con una observación sombría—: Creo que no le caigo bien.

—¡Jesús! —dijo la señora Comfit en el silencio de la cocina—. No eres la primera ni serás la última, Mira.

—Saberlo no me ayuda. Estoy atada a lord Sackville, y lord Falkner cree que soy la amante de su amigo.

—Entonces ¡libérate! A ver, dime: ¿qué clase de futuro te espera aquí? Tienes que vivir la vida: ser una amante de verdad o ser la esposa de un buen hombre. ¿Pero cómo esperas conocer a alguien fingiendo ser la amante de Sackville? Seré la primera en lamentar que te vayas de aquí, Mira, pero creo que tienes derecho a vivir tu propia vida.

—Lo sé —dijo Mira sombríamente—. Pero no

es fácil tener que marcharme otra vez. —Había dejado atrás tantos lugares que no sabía si sería capaz de alejarse de uno más. ¿Tendría fuerzas para volver a exiliarse? Sabía que tarde o temprano Sackville se cansaría de ella.

—Entonces no lo hagas sola —la animó la señora Comfit con los ojos brillantes por el afecto y la piedad—. Podrías pedirle al duque que te llevara consigo cuando se vaya.

Aquel día, fueron a cazar a pie, en busca de las succulentas perdices y de los faisanes que abundaban en los campos. En lo que llevaba de mañana, Alec no le había acertado a ave alguna, por lo que aquellos que siempre habían envidiado su puntería se mostraban más amables con él. Una brisa suave le agitó el pelo y se quitó el sombrero para secarse la frente con el dorso de la

mano. De repente estaba irritado por la cacería. No sabía cómo, pero la emoción que siempre le había proporcionado la caza había desaparecido y ya no sentía pasión por aquel deporte. Ahora tenía la cabeza puesta en otra parte, en un tema más interesante, ideando la manera de acabar con aquella exasperante y alocada situación. Nunca había permitido que un problema lo importunara demasiado tiempo, por lo que debía tomar una decisión cuanto antes mejor. No podía permitirse perder la razón por una mozuela de ojos oscuros y sonrisa provocadora.

¿Pero qué podía decidir con respecto a Mira? Barajó todas las posibilidades. Podía secuestrarla y llevarla a su residencia de Londres, retar a Sackville abiertamente o seducirla para que lo acompañara a una de las pequeñas haciendas que poseían los Falkner... O quizá llevarla a Francia si eso era lo que ella quería. No importaba cómo

fuera, tenía que encontrar la manera de que fuera suya aunque para ello tuviera que sacrificar su amistad con Sackville y una de las pocas virtudes que le quedaban, como era la lealtad. No sabía cuánto tiempo pasaría antes de que se desvaneciera su obsesión por Mira, pero tenía intención de disfrutar de cada momento que pasara con ella. Si Mira hubiera mostrado alguna señal de ser feliz con Sackville, él se habría comportado como un caballero y se habría mantenido al margen. Pero Mira no era feliz o de lo contrario no habría respondido a él la otra noche, cuando la había abrazado; ni se habría detenido a hablar con él en aquellos paseos matutinos. No, Mira no era feliz, se veía en sus ojos.

—Falkner, viejo amigo, parece estar en otro mundo.

Kip Sanborn, un alegre joven de veinticuatro

años, se había acercado a él con paso tambaleante. Desde que había comenzado la partida de caza de Sackville hacía una semana, Sanborn se había pasado los días bebiendo sin parar. Ésta era la primera vez que los acompañaba a una cacería, y había ingerido una gran cantidad de alcohol para calmar los nervios que le producía manejar un arma. Alec lo estudió con los ojos entrecerrados, pensando que era muy probable que tardara una semana en recuperar la sobriedad.

—Voy a recargar mi arma —dijo Sanborn acucillándose junto al equipo de caza y bajando la mirada para seleccionar un cargador con una o dos balas.

—Sanborn —dijo Alec secamente—, sé que Sackville te dijo...

—¿Sackville? —le interrumpió Sanborn, cogiendo un frasquito de pólvora—. Oh, siempre

le hago caso al viejo Sack. Es un gran tipo, ¿sabes?, y...

—Por supuesto. Sé que te dije que tomaras un sándwich y un trago de brandy cada vez que te sintieras nervioso..., pero, con todos mis respetos, me gustaría que dejaras el sándwich y el licor en la bolsa mientras estemos cazando.

—Pero me calman los nervios —replicó mientras colocaba el cargador en el rifle.

—Me preocupan menos tus nervios —dijo Alec poniéndose el sombrero y bajando el ala sobre su frente—, que la presa a la que apuntes.

—No tienes de qué preocuparte —le aseguró Sanborn con entusiasmo y luego se le iluminaron los ojos cuando una bandada de pájaros pasó volando por encima de ellos.

—Espera —le espetó Alec al darse cuenta de que Sanborn no había dejado el frasquito de pólvora en el suelo—. ¡No dispaes, imbécil, la

pólv...!

Al echar a correr hacia el hombre medio borracho, Alec le oyó disparar. El frasco de pólvora estalló. La violenta explosión arrojó a Alec al suelo. Fue como si lo hubiera atravesado un rayo y sintió un intenso pitido en los oídos. Aturdido, permaneció tumbado en el suelo, apenas consciente de la tierra fría bajo la mejilla y los gritos de los otros hombres al darse cuenta de lo que había ocurrido.

—¿Sanborn? —masculló, agitando las pestañas negras ligeramente; pero el fuerte pitido de sus oídos impidió que lograra escuchar respuesta alguna, y en ese momento una nube oscura se cernió sobre él.

Mira estaba leyendo un libro en la salita de estar sentada en un sofá tapizado de color azul

con los pies recogidos bajo su cuerpo. Oía a los hombres que llegaban de la cacería y a las mujeres que regresaban de sus excursiones pues el ruido de pasos resonaba tras la puerta cerrada. Se acomodó mejor e ignoró la algarabía que reinaba fuera; sabía que ninguno de los invitados de Sackville irrumpiría en aquella salita mientras tuvieran que ir a cambiarse de ropa para la cena. De nuevo volvió a concentrarse en el libro y leyó durante una hora hasta que oyó el tintineo de los platos de la cena. Supuso que todos estarían ya en el comedor, así que cerró el libro, se puso en pie y se estiró.

En ese momento, alguien abrió la puerta y Mira vislumbró el blanco familiar de la cofia de una criada antes de que una joven asomara la cabeza.

—¿Tessie? —inquirió con curiosidad, y la criada asomó la cabeza por completo.

—Oh, por fin te encuentro.

—¿No deberías estar ayudando a servir la cena?

—Ten... tengo que contarte algo. Está en boca de todo el mundo y me he escabullido tan rápido como he podido al oírlo.

—¿De qué se trata?

—Al parecer ha habido un accidente en la cacería, una explosión, un hombre ha resultado herido y han llamado al médico.

—¿Al médico? —dijo Mira frunciendo el ceño—. *Dieu*, apuesto a que le hará una sangría al pobre hombre.

—No sé... Pero tienes que enterarte de lo más interesante. Lizzie cree que el duque se vio envuelto en la explosión.

El libro cayó al suelo con un ruido sordo. Mira se llevó la mano a la mejilla, y emitió un sonido inarticulado al pasar a toda velocidad junto a

Tessie. Se dirigió apresuradamente a las escaleras, y se ayudó del pasamanos para subir más deprisa.

—¿Seguro que se encuentra bien? —preguntó Walter con aire de desconfianza mientras Alec se hundía en el colchón con agradecimiento.

—Perfectamente bien —fue la amortiguada respuesta. Luego alzó la cara de la almohada para añadir—: Sólo estoy un poco cansado. Me he librado por los pelos.

—¿De resultar herido?

—No, de Clara Ellesmere. En cuanto llegamos, se me pegó como una lapa, y se ofreció a cuidar de mí hasta mi completa recuperación. —Se rio secamente—. Menuda enfermera.

—No creo que ella le dejara dormir ni siquiera una hora —admitió Walter—. Y hablando de dormir, ¿cuánto tiempo piensa descansar?

—Sólo una hora —dijo Alec, poniéndose boca arriba y colocando las manos bajo la cabeza—. Necesito paz y tranquilidad. Tengo mucho que pensar, y no puedo hacerlo con todos chillando a mi alrededor. Dios mío, qué día tan largo. Espero que Sanborn esté mejor.

—El médico lo está atendiendo. Varias quemaduras dolorosas pero nada grave. —Walter sonrió lleno de sarcasmo—. Me sorprende y tranquiliza que saliera casi indemne. Los tontos y los borrachos como Sanborn son más peligrosos para los demás que para sí mismos. —El ayuda de cámara hizo una pausa y le lanzó una mirada dubitativa—. ¿Está seguro de que no desea tomar un baño antes de descansar?

—Me bañaré y comeré cuando despierte. Ahora mismo no sería capaz de moverme ni aunque me fuera la vida en ello.

—Pues por lo visto eso es algo que ya ha hecho

más de una vez —añadió Walter secamente antes de salir de la habitación.

Bajo la tenue luz de la lámpara nada se movía, excepto la sombra de una polilla que revoloteaba contra la ventana. Alec bostezó y cerró los ojos, dejando que el silencio y la cálida luz de la estancia lo envolvieran como un bálsamo purificador. Finalmente se relajó y se dejó llevar por el sueño.

Mira se acercó a la puerta de Alec y se detuvo bruscamente delante de ella, con el corazón latiéndole con fuerza. Tenía miedo de descubrir que había sido él quien había resultado herido pues conocía la clase de accidentes que podían producirse en una cacería, desde perder un pie o una mano a ser alcanzado por un disparo perdido o por el estallido de los frascos de pólvora que a veces tenían las tapas defectuosas. «Por favor, que no sea nada serio», rogó mentalmente mientras

llamaba con temor a la puerta. No hubo respuesta. Con aprensión, giró el pomo y asomó la cabeza en la habitación, mordiéndose los labios cuando vio al duque tendido en la cama. Verlo así la afectó más de lo que había esperado.

—¿Lord Falkner? —susurró, deslizándose por la puerta y corriendo hacia él.

Con la cara relajada y libre de su habitual cinismo, la boca firme y suave y las pestañas negras sombreando los duros pómulos, parecía más joven que cuando estaba despierto. Tenía la bronceada piel manchada de hollín y la ropa impregnada del olor acre de la pólvora y el humo. Mira no vio ningún vendaje ni herida. ¿Quería eso decir que los daños eran internos? Mira, que nunca se había permitido llorar, se dio cuenta de que estaba al borde del llanto. Lo miró con la angustia asomando en los ojos. Apoyó una cadera contra el borde de la cama y se inclinó sobre la

gran forma masculina. Bajo la tenue luz no podía saber si el color de su piel era normal o no. «Como ese médico borracho se haya atrevido a extraerle sangre, lo mato», pensó con aire sombrío, alargando la mano con inquietud para examinarle el cuello.

Alec se movió bajo el contacto de la joven. Un suspiro somnoliento escapó de sus labios. Abrió lentamente los ojos y tensó los anchos hombros al verla.

—¿Mira?

Ella le puso los dedos fríos sobre la frente, comprobando su temperatura.

—He oído que sufrió un accidente —murmuró—. ¿Por qué no hay nadie aquí con usted?

Al ver aquellos ojos del color del otoño llenos de preocupación, y notar cómo le apartaba los mechones de la frente con esa suave caricia, Alec pensó que seguía durmiendo, en medio de un

sueño encantador.

—¿Yo...? —preguntó con inequívoco gesto de aturdimiento—. ¿Quién te ha dicho...?

—¿Cómo se ha herido?

A pesar del estado somnoliento en que se encontraba, Alec llegó a la conclusión de que merecía la pena sufrir un sinfín de heridas dolorosas con tal de sentir las caricias y los mimos de Mira. Por desgracia, no había sufrido ni un solo rasguño.

Respiró hondo cuando el embriagador perfume de la joven le inundó las fosas nasales. Movi6 la mano con cuidado hasta la punta de la trenza de la joven que reposaba sobre la colcha e introdujo los dedos entre las pesadas hebras.

—¿Lord Falkner? ¿Le duele algo? —se apresur6 a preguntar, mirándole fijamente a la cara.

—Sí, oh Dios, sí.

—¿Dónde?

—No estoy del todo seguro.

—¿Le ha visto el médico?

—No.

—Ah... Entonces aún hay esperanza para usted —dijo ella, disimulando su preocupación con un poco de humor. Alec le brindó una suave sonrisa.

—Observo que no lo tienes en alto concepto.

—El tratamiento al que somete a sus pacientes es una salvajada. No deje que se acerque a usted, ¿entendido?

—Entonces tendrás que ser tú quien se encargue de cuidarme si no quieres que mis heridas queden desatendidas y se infecten —dijo él haciendo ademán de desabrocharse la camisa. Después de forcejear con el primer botón, cayó hacia atrás con una fingida mueca de dolor y dejó caer la mano sobre la almohada.

—No se mueva —dijo Mira con el corazón en

un puño mientras observaba compungida el gesto de sufrimiento del duque.

Habría pagado el rescate de un rey por poder abrazarle y consolarle, besarle la frente y alisarle el pelo desordenado. Le desabrochó con agilidad los botones de la camisa hasta que la abrió por completo. Lo que vio no fue lo que esperaba encontrar. ¡No había ninguna herida de bala! ¡Ni un solo corte! ¡Ni quemaduras... o manchas de tierra! Tenía la piel morena y limpia, el estómago plano y musculoso y el pecho cubierto ligeramente por vello negro. En las incontables veces en que había tenido que curar heridas, había vistos a muchos hombres con el pecho desnudo, pero nunca había visto uno tan arrollador como éste. ¡Ningún hombre tenía derecho a ser tan arrebatador! Mira alzó la cabeza para descubrir que él la miraba con los ojos brillantes por la risa.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó ella furiosa, golpeando aquel pecho invulnerable—. ¡Es un canalla miserable! ¡No está herido, pero debería estarlo!

Como un gato perezoso poniéndose en movimiento, Alec le agarró los puños y, haciéndola rodar sobre la cama, la inmovilizó debajo de su cuerpo. Mira continuó insultándole con palabras obscenas que él jamás había oído antes a una mujer, con las que le deseaba un destino doloroso a ciertas partes de su anatomía, y siguió así hasta que ambos se quedaron sin aliento: ella de rabia, él de risa.

—No he podido evitarlo —dijo Alec jadeando de risa mientras le sujetaba las manos a ambos lados de la cabeza y trataba de contener su violento forcejeo—. Simplemente no he podido... Mira..., espera... Reconócelo, sabes que no puedes culparme.

—Es usted un sinvergüenza —le espetó sin dejar de forcejear contra él mientras intentaba golpearle—. ¿Cómo se atreve a fingir cuando yo estaba...? Es usted un rastrero, un miserable gusano.

Mientras hacía aquellas observaciones hirientes hacia su persona, el medallón de oro con una cadena finamente labrada que colgaba del cuello de Alec cayó sobre los pechos elevados de Mira, quemándola como si la hubieran marcado con un hierro candente. Ella apenas le prestó atención, demasiado ocupada en tratar de liberar las muñecas. Dirigió una mirada furiosa a aquellos ojos grises que brillaban de risa. Había pasado mucho tiempo desde que alguien le había gastado una broma, mucho tiempo desde que alguien había jugado con ella. Sin poder evitarlo, se le escapó una risita ahogada, un hecho que él aprovechó de inmediato.

—¡Te has reído!

—No lo he hecho —protestó Mira con vehemencia. Intentó fruncir el ceño, pero el esfuerzo quedó arruinado al soltar otra risita ahogada. Al final se dio por vencida y dejó que la rabia se desvaneciera mientras comenzaba a estremecerse de risa—. ¡Creí que estaba en el lecho de muerte! No sabía que fuera usted un actor de tanto talento.

—Los Falkner sabemos cómo fingir estar enfermos. Era la mejor manera de librarnos de nuestras lecciones.

—Debió de ser un niño terrible.

—Puede que fuera así —dijo con una amplia sonrisa—. Pero siempre fui el favorito de mi madre.

Ella se rio entre dientes y meneó la cabeza.

—Es usted imposible. —Levantó la vista hacia él, volviéndole a mirar con preocupación—. Pero

no está herido, ¿verdad? ¿Qué fue lo que ocurrió? Tiene manchas de hollín en la ropa y huele a pólvora.

—Estalló el frasco de pólvora de Sanborn y me pilló cerca. El chico está bien. Tiene algunas quemaduras, pero ya lo están curando.

—Quizá debería ir a ver si puedo hacer algo para aliviarle —dijo ella, forcejeando para salir de la cama.

Alec la sujetó con más fuerza y el pelo negro le cayó sobre la frente. Mira frunció el ceño al ser consciente de lo fácil que era para él mantenerla inmóvil. Podía luchar con todas sus fuerzas para liberarse, pero sabía que él no cedería ni un ápice.

—Yo te necesito más que él.

—Lo que usted necesita es descansar y un buen baño con agua y jabón —dijo, retorciendo las muñecas con creciente agitación—. Ya puede soltarme. No le golpearé otra vez.

—¿Cómo puedo estar seguro de eso? —  
ronroneó él, sin liberarle las muñecas.

Con inquietud, Mira cambió de posición, y por primera vez se dio cuenta de lo indefensa que estaba bajo su cuerpo.

—Lord Falkner...

—Alec —la corrigió él mirándola con aquellos ojos grises que se habían tornado más oscuros y serios, lo mismo que su expresión.

—No puedo llamarle así.

—No te soltaré hasta que lo hagas.

—¿Utiliza siempre la fuerza física para salirse con la suya?

—En tu caso, creo que es lo más conveniente.

—Alec —dijo obedientemente, e intentó apartarse, pero él siguió inmovilizándola sobre la cama.

Tenían los cuerpos entrelazados íntimamente; el torso de él presionaba los pechos de Mira y uno

de sus musculosos muslos estaba incrustado entre los de ella. Él olía a sudor, a caballos y a humo, un olor primitivo que provocó un estremecimiento en las entrañas de la joven.

—Alec, por favor —dijo, girando la cara hacia un lado, pero él se limitó a sujetarle las muñecas con una mano y a agarrarle la barbilla con la otra mientras volvía a girarle la cara hacia él. Mira se estremeció, y cerró los ojos al sentir que le ardía la piel y el corazón le latía de ansiedad—. No lo hagas —protestó débilmente.

—Mira, ¿sabes por qué no puedo soltarte? —La voz ronca y profunda de Alec le provocó a Mira un cosquilleo en el oído. Se quedó sin aliento cuando él la besó detrás de la oreja y un estremecimiento la recorrió de pies a cabeza—. ¿Sabes cuánto significas para mí? —murmuró Alec rozándole con los labios las sienes y los párpados suaves—. Me perteneces como nunca

perteneciste a Sackville... Te deseo más de lo que alguna vez te deseó Sackville. Tienes algo que me atrae, algo que no puedo resistir. No sé lo que es. No sé por qué provocas esto en mí, pero sé que tú también lo sientes. Y sabes tan bien como yo que al final acabaremos juntos, que no importa cuánto intentes resistirte a mí.

Con la suavidad de una pluma, le rozó el labio inferior con el pulgar en una caricia lenta y sensual. Ella tragó saliva y le temblaron los labios bajo la caricia. Para Alec no pasó desapercibido aquel detalle, y curvó la boca en una lenta sonrisa. Lentamente, él deslizó los dedos y le rozó la piel de la barbilla y el cuello en la misma caricia sensual. Con la punta de los dedos trazó un círculo sobre la garganta de la joven, mirándola fijamente hasta que vio que se le dilataban las pupilas, se le aceleraba la respiración y se le alzaban los pechos involuntariamente contra su

torso desnudo.

—Para ti sólo soy una novedad —dijo Mira, sorprendida ante el tono ronco de su voz—. Por eso me deseas.

—Es lo que yo pensé al principio.

—Sólo es porque soy la amante de tu amigo —dijo intentando provocar su rabia con toda intención—. Te excita la idea de poseer a alguien prohibido para ti.

Él le rozó suavemente la boca con la suya. Ella se quedó totalmente inmóvil bajo él; temerosa y confundida. Los labios de Alec eran suaves pero ella no respondía a ellos. Sin prisas, él le lamió el labio superior y luego el inferior, como si tuviese planeado pasarse toda la eternidad besándola y estrechándola entre sus brazos. Mientras la boca de Alec seguía jugueteando provocadoramente con la suya, Mira sintió que un fuego ardiente crecía en su interior. Gimió e intentó alejarse de

él, pero el pesado cuerpo masculino la mantenía prisionera contra la colcha. Era imposible, totalmente imposible, luchar contra él cuando ella lo deseaba tanto. Con un sonido ahogado, se rindió a aquel cálido y lánguido beso, permitiendo que los labios masculinos separaran los suyos.

Alec le soltó las muñecas para estrecharla con más fuerza aún contra su cuerpo, y le deslizó una mano bajo la cabeza para sostenerla. Los suaves labios femeninos se abrieron bajo los de él, hambrientos de la calidez y el sabor masculino. Él le rozó la lengua con la suya, y ella se estremeció, respondiendo tímidamente a su beso cuando el deseo le atravesó las venas, inundándola como una ola. Mira le rodeó el cuello con los brazos para acercarle más la cabeza. Ella nunca había imaginado que pudiera existir un deseo tan poderoso, tan fuerte, más intenso incluso que el

hambre o la sed. Separando su boca de la de ella, Alec la observó con una mirada en sus ojos grises llena de intensas promesas.

—Siempre he sido capaz de resistir la tentación... —susurró él, besándole una comisura y luego la otra— excepto contigo. Excepto contigo, Mira.

Alec saboreó el pequeño suspiro que Mira emitió cuando la besó de nuevo. Le deslizó la mano posesivamente por todo el cuerpo, ahuecándole un seno a través de la tela que lo cubría, acariciádoselo hasta que se le erizó el pezón bajo el suave terciopelo del vestido. Mira gimió y se arqueó contra aquella provocadora caricia con el cuerpo ardiendo de deseo. Las sombras de la habitación parecieron cernirse sobre ella y Mira sintió que se hundía en esa profunda oscuridad, una oscuridad que no era fría, sino cálida y vibrante, llena de intensas

sensaciones. Abrió los ojos y vio el brillo dorado de la piel de Alec y sus propios dedos enterrados en su pelo negro. Echó la cabeza hacia atrás cuando él le deslizó la boca por la garganta y, en ese momento, Mira sólo pudo pensar en que moriría si él no se detenía.

—Alec —susurró, acariciándole los amplios hombros y sintiendo que los músculos se tensaban involuntariamente bajo sus dedos.

—Dios mío, ¿qué estoy haciendo? —masculló él. Apartó bruscamente la boca del acelerado pulso de la garganta de Mira y respiró hondo, sacudiendo la cabeza como si quisiera despejarse—. Ahora no —dijo él, que parecía tener dificultades para hablar—. ¡Maldición! No tenemos tiempo y no quiero que sea una cosa rápida la primera vez.

Desconcertada, Mira parpadeó y apartó los brazos del cuello de Alec, estremeciéndose con

una extraña especie de frustración que nunca había sentido antes. Recuperó la cordura lentamente, dándose cuenta de lo que le había permitido hacer, de lo que le había animado a hacer. Apenas podía creer que hubiera respondido de una manera tan lasciva a él. ¿Qué peligrosa clase de embrujo poseía el duque?

—Ni ahora ni nunca —dijo ella con voz temblorosa—. *Bon Dieu, qu'est-ce que j'ai fait?* No entiendo cómo he podido hacerlo... ¡Suéltame!

Se apartó de él y con un movimiento fluido se levantó de la cama de un salto y se llevó las manos al pecho para calmar su jadeante respiración. Alec se puso de lado, apoyándose en un codo para mirarla. Tenía el largo cuerpo masculino tumbado en una postura desgarbada, como una pantera tomando el sol.

—Pareces horrorizada —observó él con serenidad, esbozando una sonrisa satisfecha

mientras aparecía un cálido brillo en sus ojos grises—. ¿Es que nunca has sentido algo parecido con Sackville?

—No estoy horrorizada —dijo ella con el pesado acento francés tiñendo las palabras. Alec sonrió ampliamente al notarlo—. Estoy disgustada —continuó con vehemencia— ¡y no quiero volver a verte nunca más! —Se encaminó hacia la puerta, pero el sonido de su voz la detuvo al girar el pomo.

—Mira.

—¿Qué? —preguntó ella con rigidez.

—Gracias por tus atentos cuidados en mis horas más aciagas. Ahora me siento mucho mejor.

Lanzándole una venenosa mirada, salió de la habitación y, muda de rabia, contuvo las ganas de cerrar de un portazo. No quería atraer la atención de nadie.

El sol de la mañana intentaba con valentía calentar el aire y la tierra, pero daba igual, pues era un frío diferente el que hacía que Mira se abrochara la chaqueta corta que llevaba puesta. El día era frío y seco, y había algunas rachas de viento que levantaban pequeñas nubes de polvo del camino. Para el paseo al pueblo, se había vestido con colores apagados para no atraer la atención de nadie y también porque se camuflaba mejor la suciedad. Llevaba un vestido azul pálido con ribetes azul marino y una faja del mismo color además de unas botas de piel de tacón bajo. Dado que todavía era demasiado temprano y poca gente podría verla, se quitó el odiado sombrerito y lo metió en la bolsa que llevaba.

La carretera era llana y estaba en buen estado, habían rellenado los baches con madera y los surcos con piedras grandes. Con frecuencia

conducían al ganado por aquel camino que atravesaba los pastos verdes. Absorta en sus pensamientos, Mira se puso a canturrear una suave melodía hasta que oyó el sonido de cascos a su espalda. Se giró y, alzando una mano para protegerse de la luz del sol, observó a un jinete que se aproximaba a ella a lomos de un brillante caballo blanco. Mira trastabilló boquiabierta por la sorpresa. Alec hizo que el garañón se pusiera al paso, y el viento le agitó el pelo negro azabache cuando se dirigió a ella con una sonrisa perezosa.

—No puedo creer que seas tú. ¿Qué estas haciendo aquí? —inquirió Mira, continuando su camino mientras le lanzaba una mirada perpleja.

Vestido con pantalones grises, un abrigo azul oscuro, una suave camisa, y un chaleco abierto de brocado, él parecía tan guapo y viril que cualquier mujer en su sano juicio se desmayaría al verle. Apartó la mirada y apretó el paso, resuelta a

permanecer indiferente ante él.

—Hay un complot contra ti en Sackville Manor —dijo él, observándola con sus cálidos ojos grises.

—¿De veras? —preguntó con frialdad.

—Esta mañana, dos criadas comentaban tus planes del día. Se detuvieron delante de mi puerta para conversar en voz alta sobre ti. Era evidente que querían que supiera...

—¡Oh! *C'est attentat!* —exclamó Mira sonrojándose de irritación—. ¡Lizzie y Tessie! ¡Me las pagarán! Si creen que... Bueno, no importa lo que ellas crean, ¡se equivocan!

—No lo han hecho con mala intención. Además, me han facilitado una información sumamente útil.

—¿Ah, sí? ¿Saber que voy a visitar a un enfermo y a su esposa, y que considero que algunas visitas podían llegar a ser un verdadero fastidio es sumamente útil para ti?

—No..., no me refiero a eso, me refiero a lo que dijeron de que era una lástima que tuvieras que hacer sola un trayecto tan largo.

—¡Me gusta caminar! ¡De haber querido hubiera cogido un caballo o un carruaje! Y tampoco es un camino tan largo. De hecho, ya casi estamos a las afueras del pueblo.

—Puedo llevarte el resto del camino. —Alec le ofreció una mano que ella ignoró con indiferencia—. Bueno, si tanto te gusta caminar...

Los cascos del caballo blanco mantuvieron un paso perfectamente acompasado al de ella.

—¿No hay alguna cacería a la que asistir? —preguntó ella sin rodeos.

—He podido ausentarme hoy debido a las secuelas del accidente de ayer.

—¡Secuelas! —se mofó ella, estornudando con fuerza cuando el fino polvo del camino le inundó las fosas nasales—. Sólo alguien con una

imaginación extraordinaria puede pensar que estás herido.

—Pero me siento muy dolorido.

—No lo creo.

—Hablo en serio. Llevo muchísimas horas dolorido, desde que me abandonaste ayer por la noche.

Mira se ruborizó, y cualquier frío que pudiera sentir se evaporó cuando cada centímetro de su piel resplandeció con un indeseado rubor.

—Lo único que resultó herido ayer fue tu orgullo —le espetó entre dientes, y se llevó la mano a la boca al volver a estornudar.

—En serio. Nunca había conocido antes a una mujer tan deseosa de abandonar mi cama. Dios bendito, ¿te molesta el polvo?

—Sí —respondió, cubriéndose la cara con la mano y estornudando otra vez—. Los cascos del caballo están levantando nubes de polvo.

—Es imposible evitarlo...

—Sí, si te das la vuelta y regresas.

—... a menos que montes conmigo.

—No lo haría ni aunque fueras el último... —

Volvió a cubrirse la nariz y la boca con la mano para protegerse del polvo—. Oh, por favor, ¡para! Me rindo, ¿vale? Pero ni se te ocurra pensar que has vuelto a salirte con la tuya de nuevo.

Una leve sonrisa dejó traslucir la satisfacción de Alec cuando se inclinó y le ofreció la mano. Ella la cogió y ambos se agarraron con fuerza por la muñeca. Mira contuvo la respiración al ver que los músculos de Alec se tensaban bajo la ropa mientras la subía al caballo con facilidad. El trasero de Mira aterrizó en la silla de montar delante de él, y sus pies colgaron por el flanco del caballo. En un acto reflejo, Mira se agarró al abrigo de Alec para no perder el equilibrio, y Alec la rodeó protectoramente con el brazo. De

inmediato, Mira fue consciente de la fuerza vital de ese cuerpo masculino y le dio la espalda mirando hacia delante y soltándole el abrigo para buscar otra cosa a la que aferrarse. Le rozó el tenso y musculoso muslo sin querer y, confundida, dio un respingo que a punto estuvo de hacerla caer del caballo.

—Deja de moverte —le dijo Alec al oído en un tono ronco y teñido de diversión—. Yo te sujeto.

Le rodeó la cintura con aquellos firmes brazos, algo que no ayudó a aliviar el estado de agitación de la joven. Por un instante Mira pensó en decirle que había cambiado de idea y que quería bajarse, pero entonces él la rodeó con el otro brazo, y cuando el enorme caballo blanco avanzó con rapidez a Mira no le quedó más remedio que apoyarse en el sólido pecho de Alec. De repente, Mira tuvo la sensación de encontrarse en el mejor lugar del mundo, rodeada por la poderosa

protección que le proporcionaba el cuerpo de Alec y con la brisa alborotándole el pelo.

—¿Dónde... dónde está tu otro caballo? — preguntó entrecortadamente. No era un tema demasiado fascinante para iniciar una conversación pero tendría que valer.

—¿*Soberano*? Lo he dejado descansando en los establos. Éste es *Réquiem*.

—¿*Réquiem*? Qué nombre tan horrible.

Sintió que él se encogía ligeramente de hombros detrás de ella.

—Le pega. Le gusta tirar a la gente que no le cae bien, a veces incluso con demasiada rudeza.

—¿Y me has invitado a subir en él? —inquirió con una mirada de indignación.

—Tranquila —repuso él, acariciándole la sien con el aliento—. No tienes de qué preocuparte. ¿Acaso me crees capaz de arriesgar tu precioso cuello? —Mira se estremeció levemente al sentir

aquel cálido aliento contra la piel, y la abrazó más estrechamente entre sus brazos—. ¿Tienes frío? —preguntó.

—Un poco —mintió sin sentirse culpable—. Hace demasiado frío para ser septiembre... Es un buen día para salir a cazar. No deberías haberte perdido la cacería.

—Puedo prescindir de la caza del zorro durante un día.

—Y de mí también —dijo ella significativamente, y él se rio entre dientes.

—Al menos admite que te alegras de no tener que caminar.

—Lo admito —reconoció ella con pesar, y se permitió relajarse contra el cuerpo masculino.

Con aquella voz aterciopelada susurrándole al oído, y aquellos cálidos e irresistibles brazos rodeándola, Alec era tan tierno con ella que Mira no pudo evitar sentirse atraída hacia él como una

polilla a la luz. Y al igual que ella, se había quedado atrapada, tan embelesada por la fascinación que Alec ejercía sobre ella que ni siquiera lamentaba el error que había cometido.

—Primero iremos a la casa de la señora Daniel —dijo ella—. Es nuestra ama de llaves... Su hijo está resfriado.

—¿Siempre te ha gustado cuidar a los enfermos y aprender todo sobre curar las enfermedades?

—Sí, comencé en Francia. Dondequiera que fuéramos... que fuera, siempre aprendía algo sobre remedios y curas. Cada lugar tiene sus propias tradiciones y recetas.

—Has dicho «fuéramos». ¿Es que viajabas con alguien más?

—No —dijo ella con rapidez, con demasiada rapidez—. Ha sido un desliz.

—¿Qué me dices de tu familia? Sin duda provienes de alguna parte.

—No tengo familia.

—¿Quién cuidó de ti cuando eras pequeña?

—¿Es por eso por lo que me has seguido? ¿Para satisfacer tu curiosidad con preguntas indiscretas?

—inquirió Mira.

—¿Por qué diablos estás tan a la defensiva conmigo? Tienes razón, son preguntas indiscretas, pero que me condenen si vuelvo a hacerte otra. Por mí puedes ser todo lo misteriosa que quieras.

Ella guardó silencio durante un minuto, tan sorprendida por la inesperada retirada de Alec, que hizo algo que nunca hubiera imaginado que haría: hablarle de Guillaume.

—Me cuidó mi hermano. Viajé con él por toda Francia. —Como Alec mantuvo un discreto silencio, Mira se atrevió a decir un poco más—. Mi hermano hacía amigos fácilmente..., pero siempre se andaba metiendo en líos así que no me quedó más remedio que aprender a curar heridas

y a encajar huesos, y acabé descubriendo que se me daba bien.

—Como hiciste con mi hombro.

—Sí. No siempre es tan fácil. Pero me encanta poder ayudar. Me hace sentir útil y nece...

—¿Necesaria? —preguntó Alec con suavidad. Mira meneó la cabeza, horrorizada por la cantidad de cosas que acababa de contarle.

—No —dijo, negando con la cabeza firmemente—. No sé lo que iba a decir. Sólo estaba divagando.

—¿Y qué me dices de Sackville? —continuó él como si no la hubiera oído—. ¿Te hace sentir útil y necesaria?

—Por supuesto que sí.

—¿De veras? —preguntó con tono feroz. Mira se puso rígida, pero él la apretó de nuevo contra su cuerpo con un ligero movimiento del brazo—. Sabes que no te necesita, Mira, no como debería.

Puede que le gustes, quizá reciba placer de ese delicioso cuerpo tuyo, pero cuando habla de ti, cuando canta tantas alabanzas de vuestra relación que me dan ganas de amordazarlo, no percibo pasión en su voz, sólo petulancia. ¿A qué crees que se debe eso, Mira?

Un violento conflicto de emociones se adueñó de Mira. Él la mantenía prisionera entre sus brazos y la obligaba a escuchar palabras que no quería oír. Estaba cada vez más cerca de la verdad y resultaba casi imposible continuar engañándolo. Parecía capaz de leer entre las evasivas y falsas respuestas de Mira, y ella no podía sentirse más que alarmada ante su aguda perspicacia.

—¿Crees que estaría viviendo con él si no me necesitase? —le respondió con otra pregunta—. ¿Acaso crees que permanezco en la mansión por un motivo distinto a ése?

—No sé por qué vives con él —admitió

bruscamente—. Pero que me condenen si es por la razón que todo el mundo asume, incluida tú. ¿Acaso te ha dicho alguna vez que te necesita?

—Todo el tiempo.

—¿Y que sueña contigo? ¿Que pierde el sentido cada vez que piensa en ti? ¿Que cuando le sonríes, el corazón le palpita como si hubiera corrido durante horas? ¿Que no había sabido lo que era vivir hasta que te conoció? ¿Que nunca ha conocido el auténtico sabor del deseo hasta que te tuvo entre sus brazos? Porque eso es ser necesario de verdad. Y no me digas que prefieres su débil pasión al verdadero deseo, porque te mostraré la diferencia que hay entre...

—Ya hemos llegado —le interrumpió con voz temblorosa. Estaba tan agitada que no creía poder serle útil a algún miembro de la familia Daniel—. Cuidado con lo que dices delante de estas personas y, por favor, por favor, no vuelvas a

hablar de eso nunca más. Hay tantas cosas que no comprendes...

Alec tiró de las riendas y desmontó primero. Sostuvo a Mira por la cintura y la miró directamente a los ojos.

—Pues espero que me las expliques —dijo con voz ronca—. Pronto. —Mira apartó la mirada incapaz de hablar, y él aprovechó ese momento para bajarla del caballo. Lentamente, la hizo resbalar contra su cuerpo y luego la sostuvo entre sus brazos, negándose a soltarla. Mira apoyó las manos en el ancho torso masculino al sentir cómo su suave cuerpo se amoldaba al de él, más duro—. Pronto —repitió él sin soltarla hasta que lo miró a los ojos y asintió con la cabeza.

Los Daniel, una pequeña familia de agricultores, vivían en una pintoresca casa de campo. El patio estaba rodeado de setos y olmos. El olor a turba impregnaba el aire y desde la parte

trasera de la casa llegaban los graznidos de los gansos. Mira se apartó de Alec con rapidez cuando la puerta de la casa se abrió de golpe. Dos niñas pequeñas, de rizado pelo castaño y mejillas sonrosadas, se acercaron corriendo a Mira entre exclamaciones y risitas tontas. Mira se puso en cuclillas, soltó la bolsa en el suelo y rebuscó en su interior.

—Éstas son las gemelas, milord. Mary y Kitty... Oh, señor, ¿cómo sabré quién es quién?... Ah, ya recuerdo. Kitty es la más tímida, ¿verdad *ma cherie*? —Mira sonrió a la niña que estaba detrás de su hermana. Alec sonrió cuando las gemelas se inclinaron y miraron en el interior de la bolsa de Mira. Las dos agitaron los rizos castaños, llenas de excitación. Con aire triunfal, Mira sacó un paquete envuelto en papel—. *C'est le cadeau*, pastas de almendras esta vez —dijo tendiéndole el paquete a Mary—. Ahora, compártelo con tu

hermana mientras hablo con vuestros padres. Este amable caballero os contará todo lo que queráis sobre su precioso caballo, pero no le hostigéis demasiado o será una mala compañía para mí en el viaje de vuelta. —Lanzó una mirada a la expresión sardónica de Alec, y se puso en pie con la bolsa en la mano—. No tardaré demasiado —murmuró.

—Tómate todo el tiempo que necesites, te esperaré —repuso Alec y Mira le dirigió una sonrisa recelosa antes de entrar en la casa.

Parecía que Rachel Daniel había pillado el mismo resfriado que su marido. Tenía la piel caliente y seca, y la nariz y la garganta congestionadas. Había poco que hacer salvo dejar que la enfermedad siguiera su curso. Mira sacó una bolsa de pasas de Corinto y se volvió hacia el fuego, lanzando una mirada compasiva a Rachel.

—Lamento mucho que los dos hayáis

enfermado a la vez y más en esta época del año.  
¿Nadie puede echaros una mano en el campo?

—Algunos amigos nos están ayudando —dijo Rachel. Se le enrojeció la cara mientras se llevaba un pañuelo a la boca y tosía bruscamente—. Rezo para que nos recuperemos lo antes posible.

—Para ello tienes que descansar.

—No tengo tiempo para descansar.

—Lo sé —dijo Mira con un suspiro compasivo. Después de verter media pinta de brandy en una cazuela abollada, dejó que el líquido se calentara lentamente antes de añadir un puñado de pasas de Corinto.

—Eso no huele muy bien —dijo Rachel casi sin voz, y Mira no pudo evitar reírse.

—Y todavía olerá peor cuando empiece a hervir. Pero tienes que tomártelo, porque no existe nada mejor para aliviar la garganta. Oh, y tengo un mensaje para ti que te hará muy feliz. La

señora Daniel se ha ofrecido a cuidar de sus nietas para que podáis descansar y evitar que pillen la enfermedad.

—¡Oh, eso es maravilloso! —exclamó Rachel con expresión radiante—. Por favor, dile que se lo agradecemos enormemente y...

—Esta tarde enviará a alguien para llevárselas a Sackville Manor.

Después de hervir las pasas, Mira añadió algunas hierbas y arrugando la nariz ante el olor del brebaje intercambió una sonrisa resignada con la otra mujer.

—Adiós. Espero que este remedio funcione.

—Rezo para que lo haga —respondió Rachel mirando con aire dudoso dentro la cazuela.

Mira dejó un puñado de velas en la esquina de la mesa, donde ellos las encontrarían después de que ella se hubiera ido.

La sorprendió la tranquila escena que se

encontró al salir de la casa. Mary y Kitty estaban sentadas en una cerca con los ojos clavados en Alec y hacían gala de buenos modales, algo sumamente inusual en ellas. Sus voces agudas subían y bajaban de tono mientras atosigaban a preguntas a Alec, que debía de responderles con algo gracioso pues las niñas soltaban unas risitas tontas al tiempo que balanceaban los pies alegremente. Mira sonrió y se acercó a ellos para descubrir que Alec estaba dibujando a las gemelas usando un trozo de carbón vegetal y el papel con el que había envuelto las pastas de almendras. Las dos observaban a Alec fijamente, encantadas de que las retrataran.

—No sabía que fueses un artista —dijo Mira suavemente.

Alec la recorrió con la mirada brevemente, con el pelo negro brillando bajo la luz del sol y la boca torcida en un gesto de diversión.

—Nada más lejos de la realidad. Aunque soy bastante bueno con carbón vegetal y papel de envolver —dijo tirando el trozo de carbón al suelo y entregándole a las gemelas el retrato finalizado—. Y, por supuesto, sólo hago retratos de las más bellas señoritas. —Girándose hacia las gemelas, las ayudó a bajar de la cerca al mismo tiempo.

Mira sintió una extraña emoción al ver cómo las pequeñas manos se agarraban firmemente al fornido brazo de Alec mientras éste las bajaba con cuidado al suelo. Eran tan frágiles, tan indefensas comparadas con Alec y, sin embargo, confiaban en él ciegamente.

Acercándose a Mary, Mira bajó la mirada al retrato y sonrió. En tan sólo unos trazos, Alec había captado la esencia de las gemelas; el aire travieso de Kitty, la timidez de Mary, el encanto de dos niñas sentadas en una cerca balanceando las piernas alegremente.

—De verdad, dibujas muy bien —dijo Mira levantando la mirada hacia él—. Es innegable el talento que posee, milord.

—Vaya, Mira —repuso él con voz ronca y una sonrisa burlona en los labios— te agradezco el cumplido, pero es una pena que no conozcas mi mayor talento... todavía.

# 4

Los últimos días de la partida de caza fueron los más espectaculares, excitantes y glamurosos. A la cena del sábado asistieron más de trescientos invitados. Las lámparas de araña y los candelabros inundaban la mansión con sus luces brillantes, y las mesas casi cedían bajo el peso de la comida y los manjares deliciosamente elaborados. Había cuencos de cristal con frutas frescas y sabrosas figurillas de azúcar en cada plato. En la cocina habían hecho falta más de cincuenta personas para preparar toda aquella comida y un ejército de sirvientes para servir las mesas. El delicioso olor a carne asada y exquisitas salsas impregnaba el aire, y el vino corría como la espuma mientras los invitados de lord Sackville charlaban

alegremente comentando que ésa había sido la mejor fiesta de la temporada. La comida no tenía nada que envidiar a las esplendorosas cenas en Brighton con cuatro tipos de sopa diferentes, una selección variada de pescado, enormes bandejas de jamón, aves y ternera, además de cuarenta entremeses.

Debido a la multitud de lámparas y a la gran cantidad de chimeneas encendidas, hacía mucho calor en el interior de la mansión. Y aunque se habían abierto las puertas y las ventanas para que entrara el aire fresco de la noche, la atmósfera seguía siendo asfixiante. El sonido de la música, las conversaciones y el tintineo de los platos flotaban en la noche y Mira, que en ese momento recorría uno de los pasillos desiertos de la mansión, se detuvo ante una de las ventanas y miró al patio. Las enormes puertas del comedor estaban abiertas y dejaban ver el suntuoso

banquete. Mordiéndose el labio inferior, Mira se regañó mentalmente por haber sucumbido a una repentina sensación de soledad. Recordó que lady Ellesmere la había llamado «pobrecilla» y era así como se sentía ahora. «La autocompasión —pensó con ironía— es seguramente el peor de todos los defectos que puede tener un ser humano.» Con un suspiro, se rodeó con los brazos y continuó mirando por la ventana.

Quizá pudiera ver a Alec, cuyo pelo negro brillaba como el azabache bajo las luces, entre la multitud de invitados. ¿Estaría sentado junto a un par de bellas mujeres que le reirían las gracias mientras se preguntaban con cuál de las dos bailarían esa noche?

No lo había vuelto a ver desde la tarde anterior, cuando la había llevado de vuelta a la mansión a lomos de *Réquiem*. Mira había desmontado antes de llegar a la propiedad,

recorriendo a pie la última parte del camino para evitar que alguien la viera con él. Falkner le había dirigido una amplia y provocativa sonrisa antes de alejarse a caballo como si le dijera que sabía que ella había estado conteniendo el aliento durante un instante mientras se preguntaba si él le daría un beso de despedida. Pero no le había dado un beso, ni le había acariciado la mejilla, sólo le había brindado aquella sonrisa arrogante. Mira se había dicho a sí misma que había sido un alivio —un inmenso alivio— no tener que soportar otro beso suyo.

Era un hombre de lo más contradictorio. ¿Cómo había podido soltarle aquellos escandalosos comentarios sobre lo mucho que la deseaba y luego ignorarla por completo? ¿Cómo había podido abrazarla tan íntimamente susurrándole dulces y escandalosas palabras al oído y luego hacer un comentario sarcástico sobre

su relación con Sackville? A partir de ahora, se dijo, no permitiría que volviera a alterarla de esa manera. Adoptaría una actitud serena y fría, y de vez en cuando le dirigiría una mirada indiferente para demostrarle lo poco que él le importaba. Ante ese pensamiento, Mira se sintió mejor. Clavó la mirada en la multitud, al otro lado del patio, y esbozó una amplia sonrisa al ver a las gemelas Mary y Kitty Daniel —que sólo habían provocado problemas desde que llegaran a la mansión la tarde anterior—, escondidas en el pequeño balcón de una de las salas que daba al patio, con las caras metidas entre los barrotes de la barandilla. Habían desaparecido después de que comenzara la cena, pero la señora Daniel había estado demasiado ocupada para ir a buscarlas.

—*Pauvres filles* —murmuró Mira, compadeciéndose de las niñas. Se apartó de la

ventana y recorrió el pasillo hasta la sala—. Son como yo. Sienten curiosidad por la música y la fiesta. —Entró silenciosamente en la sala y salió al balcón. Se arrodilló detrás de las niñas y les deslizó los brazos alrededor de los pequeños hombros—. Os está buscando vuestra abuela —susurró y las gemelas se giraron hacia ella con unas sonrisas contagiosas en sus dulces caritas.

—¡Señorita Mira! —susurró Mary—. Queremos ver la fiesta. Las damas están preciosas.

—Sí, es cierto —convino Mira, arrugando la nariz graciosamente a la niña.

—¿Podemos quedarnos hasta que acaben los fuegos artificiales? —preguntó Kitty tímidamente.

Mira se encogió de hombros.

—*Pourquoi pas?*

—¿Qué significa eso? —preguntó Mary.

—Significa, «¿por qué no?». Podéis quedaros un rato. No creo que acabe demasiado tarde, yo

os acompañaré.

Las tres permanecieron en el balcón escuchando la música que llegaba hasta ellas. Mira experimentó una extraña paz cuando las gemelas se acomodaron en su regazo sobre el vestido de terciopelo. ¿Sería eso lo que se sentía al tener hijos propios? ¿Al abrazar a aquellos cuerpecitos, oler el dulce y limpio perfume de sus cabellos y acariciar la suave piel de aquellos tiernos bracitos?

Después de que fuera servido el vino dulce y hubiera concluido la cena, los caballeros acompañaron a las damas al patio para ver los fuegos artificiales. Resultó un espectáculo magnífico. Enormes estallidos de color iluminaron el cielo, y cascadas de luces doradas, rojas y verdes cayeron como pétalos desde las alturas. Ante cada explosión de luz, los invitados prorrumpieron en alegres ovaciones hasta que el

sonido de las voces y de los cohetes formó una extraña sinfonía. Sin que nadie lo supiera, Mira y las gemelas disfrutaron de los fuegos en el balcón, con los rostros alzados al cielo.

—Mirad todas esas estrellas fugaces —murmuró Mira, consciente de la excitación de las niñas y olvidándose por un momento de buscar a Falkner entre los invitados—. ¿Por qué no pedís un deseo?

—Mi estrella ya ha desaparecido —exclamó Mary.

Mira sonrió.

—Aun así puedes pedir el deseo.

—¿Y qué es lo que usted desea?

—Yo no deseo «algo» —rio Mira entre dientes—, sino a «alguien».

—Parecen truenos —dijo Kitty dividida entre el placer y la inquietud que le producían los intensos estallidos de colores. Se acercó más a

Mira hasta acurrucarse en su regazo.

—Kitty —dijo Mary—. no seas cría.

—No soy cría. Tú sí que eres cría y...

—Mirad allí —intervino Mira, señalando una nube de destellos multicolor en un intento de distraer a las niñas que de inmediato se tranquilizaron y alzaron la cabeza al cielo.

Alec estaba contemplando los últimos fuegos artificiales con mirada vacía. Parecía un hombre con la mente en otra parte, según pudo observar lady Alice Hartley, una joven viuda que estaba acostumbrada a que los hombres le prestaran más atención de la que él le prestaba. Poseía una voluptuosa figura, tenía tirabuzones dorados y grandes ojos azules, y nunca había tenido problemas para atraer la atención de los hombres. ¿Por qué entonces, se preguntó mirándolo con un

encantador ceño fruncido, Falkner no mostraba ni el más mínimo interés por ella?

—¡Oh, señor, ése sí que ha estado muy cerca! —gritó ella cuando un cohete pasó volando por encima de sus cabezas. Se apoyó en el musculoso antebrazo de Alec y compuso una expresión indefensa mientras fingía sentirse sobrecogida por los fuegos artificiales.

Alec no dijo nada. La miró brevemente con aquellos ojos grises y luego volvió a levantar la vista al cielo. Los estúpidos flirteos teatrales de alguien como Alice Hartley le habrían divertido una o dos semanas antes, incluso habrían podido atraerlo lo suficiente como para haberse ido a la cama con ella (algo que obviamente ella esperaba esa noche). Pero al mirarla, sólo había sentido una falta de deseo impropia en él. A esas alturas, ya debería haberse acostado con la mitad de las mujeres presentes en la cacería. Demonios, ésa

era la razón por la que las mujeres asistían a un evento de ese tipo, y la mayoría de los hombres — incluyendo sus maridos—, lo sabía. Casi todos los caballeros de la edad de Alec iban de cama en cama, tomando nota mental de los defectos y las virtudes de la dama en cuestión para luego intercambiar los detalles más íntimos con los demás. Pero hasta el momento Alec no había sentido interés por nadie salvo por la única mujer que no podía tener: Mira, la inocente y materialista Mira, la bella y atormentadora Mira. Mira a secas, pues su apellido era un misterio para él. Se recriminó mentalmente, eso no era de su incumbencia.

Debería olvidarla. No era diferente al resto de las mujeres. Tenía dos ojos, una nariz, una boca, dos pechos, cinco dedos en cada mano y cada pie; no existían razones aparentes para que la deseara más que a otra. No era más que una condenada

molestia, una pequeña sabelotodo de lengua afilada con la reputación arruinada. Una mujer que prefería a una vieja figura paternal como Sackville, alguien que sólo le exigía que se quedara quieta en la cama. Se requeriría demasiado tiempo y paciencia para enseñarle a complacer a un hombre de verdad. Y para colmo de males era francesa, caprichosa y... Sólo Dios sabía por qué él se sentía tan atraído por ella.

Y vaya si se sentía atraído.

Mientras lady Hartley continuaba agarrada firmemente a su brazo sin dejar de soltar exclamaciones estúpidas, Alec tenía que contenerse para no quitársela de encima como si fuera un mosquito molesto. Una estrella plateada estalló en lo alto, y fue en ese momento cuando Alec sintió un extraño cosquilleo en la nuca. Giró la cabeza y miró por encima de la multitud que lo rodeaba y vio un pequeño balcón que quedaba

casi oculto a la vista. La brillante luz de un cohete iluminó el patio como un rayo, y Alec llegó a vislumbrar un vestido color escarlata, un brazo delgado y un pelo oscuro pulcramente recogido. Era Mira. Estaba sentada en el balcón y, a menos que estuviese equivocado, sostenía a las gemelas Daniel en su regazo mientras señalaba al cielo. Mira no le vio, y nadie más que él percibió que estaba allí. Alec sonrió para sus adentros y volvió a alzar la vista al cielo, evitando mirarla para que ningún otro invitado se diera cuenta de su presencia.

Finalmente la exhibición se acabó, y Alec miró a Alice Hartley, que lo observaba con una expresión que ella obviamente consideraba encantadora y confusa.

—Ha sido espectacular, ¿verdad? —preguntó —. Qué explosiones tan fuertes...

—Sí, lo ha sido —convino Alec, llevándose una

mano a la frente para frotarse las cejas—. De hecho, tantas explosiones han agravado el dolor de cabeza que tengo desde el accidente de caza de anteayer.

—Oh, querido, qué pena —dijo lady Hartley cuya expresión se había vuelto aburrida y decepcionada con rapidez.

—Creo que me tomaré un remedio para el dolor y que me acostaré un rato.

—Iré con usted y le refrescaré la frente con agua fría...

—No, no —se apresuró a interrumpirla Alec—. Es muy amable, pero no puedo privarla del baile para que cuide de mí. No, gracias, prefiero estar solo y tal vez pueda bajar antes de que termine la velada y bailar un vals con usted.

—Eso espero —murmuró lady Hartley y, mientras Alec le brindaba una sonrisa, pareció mirar a través de ella como si fuera invisible y sus

pensamientos estuvieran ya en otra parte. Pero eso no disminuyó el efecto de aquella arrebatadora sonrisa y ella tuvo que hacer un gran esfuerzo para permanecer impassible ante tan innegable apostura.

—Le agradezco la comprensión, lady Hartley —repuso él cortésmente—. Hasta luego.

Cuando lo observó alejarse hacia la mansión, dejándola en compañía de las otras mujeres, Alice Hartley suspiró con indisimulado disgusto.

—No sé qué más puedo hacer —comentó.

—Alice, querida —dijo Clara Ellesmere agarrándola del codo—, si el pez no pica el anzuelo es porque no estás usando el cebo correcto.

—A menos que alguien ya le haya echado el anzuelo. Que también podría ser el caso.

—¿De veras crees eso? —preguntó Clara ladeando la cabeza—. Bueno, no hay de qué

preocuparse. Los hombres como Alec no se dejan pescar durante mucho tiempo. Ya tendrás tu oportunidad con él.

—¿Oís la música? —le susurró Mira a las niñas—. Es un vals. La mejor música del mundo para bailar.

—¿Alguna vez ha bailado un vals? —preguntó Mary, apoyando la mejilla contra la rodilla doblada de Mira y entrecerrando los ojos con aire soñador ante la escena que se desarrollaba en el salón de baile.

Mira sonrió, observando también el torbellino de vestidos de satén y el centelleo de las joyas.

—Sí, no en un baile como éste, pero sí que he bailado antes un vals.

—¿Y por qué no baila ahora en este baile?

Las gemelas la miraron, expectantes. Mira

titubeó, sin saber qué contestar. No podía explicarles a las dos pequeñas que ninguna de ellas tenía cabida en un mundo como aquél, que había límites que no podían ser traspasados o sueños que nunca se harían realidad.

—Oh, no creo que encajara en esta fiesta —dijo finalmente—. Mi vestido no es tan bonito como los de esas damas.

Las niñas debieron de considerar que aquélla era una explicación bastante creíble. De repente, oyeron una suave voz masculina a sus espaldas.

—Pues yo opino que es un vestido precioso, aunque ahora mismo esté un poco arrugado.

Las tres se giraron y vieron a Alec en el umbral del balcón. Mira intentó ponerse en pie torpemente, demasiado consciente del aspecto desaliñado que ofrecía, en especial si se comparaba con el de él. Alec presentaba una estampa magnífica vestido con chaqueta negra,

pantalones blancos, una almidonada camisa blanca y corbata a juego que hacía resaltar el bronceado de su piel y la negrura de su pelo. Tenía una apariencia impresionante y Mira nunca había visto a nadie tan guapo. Se le detuvo el corazón cuando él le sonrió.

—Milord —logró tartamudear Mira que tras apartar a las gemelas de su regazo había logrado ponerse en pie para hacerle frente—. ¿Cómo sabías que nosotras... que yo... que estábamos...?

—Te vi durante los fuegos artificiales.

—Así que él debe de ser el deseo que pidió —dedujo Kitty con sagacidad.

—¿Yo? —inquirió Alec con aire perezoso, y Mira enrojeció.

—¡No, claro que no! Bueno, niñas, ha llegado la hora de irse a la cama. Vamos, os llevaré...

—No, no puedes irte aún —dijo Alec—. He venido aquí arriesgando mi honor y mi

reputación para bailar contigo, he recurrido al engaño y a...

—Eso no es nuevo para ti —le interrumpió ella. Tenía intención de sonar dura y fría, pero por alguna misteriosa razón la voz le salió tan entrecortada que Alec se rio.

—Sólo un baile. Hasta que finalice este vals.

—¡Oh, venga! —exclamó Mary.

Y Kitty añadió:

—¡Queremos verla bailar!

—Yo... no puedo —dijo Mira con voz queda, agachando la cabeza mientras intentaba pasar por su lado, pero él la agarró por la muñeca, deslizando la cálida mano en la suya.

—Sólo un baile —la tentó, acariciándole el dorso de los nudillos con el pulgar hasta que ella cerró los dedos sobre los suyos—. Sólo uno —añadió con un ronco susurro.

Todavía sin mirarle, permitió que la condujera

al centro del balcón curvo mientras la música flotaba en la noche con su suave ritmo. Mary y Kitty se apartaron a un lado y observaron la escena con deleite. Alec les sonrió y luego fijó su mirada en Mira. El etéreo vestido de terciopelo color escarlata se le ceñía en la delgada cintura antes de caer desde las caderas. El escote cuadrado era tan bajo que dejaba a la vista los exquisitos montículos de sus pálidos pechos, que contrastaban con las mangas largas ribeteadas de negro. Tenía el pelo oscuro recogido con una redecilla adornada con perlas. Algunos mechones, que habían escapado de su confinamiento, le enmarcaban la cara y hacían resaltar sus ojos marrones.

—Será difícil que bailemos si insistes en mantenerte a tanta distancia —murmuró Alec—. Esto no es una cuadrilla.

—Lo sé —dijo ella, y dio un paso adelante a

regañadientes, sintiéndose muy torpe.

—¿Por qué estás tan rígida? —preguntó él tan suavemente que casi lo susurró—. Ya has estado antes entre mis brazos.

—Esto es diferente. N-no me siento cómoda en esta situación. No deberíamos estar haciendo esto.

—Cobarde —dijo él acariciándola con sus cálidos ojos grises.

—Apenas se oye la música.

—Se oiría si guardaras silencio.

Mira sonrió, estirando la mano hacia el ancho hombro de Alec y colocando la otra mano en la de él. El duque pareció percibir su timidez, y esperó con inusitada paciencia a que se acercara un poco más. Luego le deslizó lentamente el brazo alrededor de la cintura, colocándole la mano en la parte baja de la espalda. Cuando comenzaron a moverse, Mira clavó los ojos en el

amplio torso, concentrándose en la blancura inmaculada de la camisa. Nunca hubiera supuesto que seguir los pasos de su pareja en un baile podía ser tan fácil. No sólo porque la presión de su mano en la espalda la guiaba con firmeza, sino porque había una especie de mudo entendimiento entre ellos, como si sus cuerpos supiesen con exactitud cómo moverse juntos.

El aliento de Alec le agitó el flequillo. Él sentía un fuerte deseo de acariciarle el pelo con la nariz y besarle la frente, pero se contuvo al pensar en las gemelas. Colocando a Mira de espaldas a las niñas, les pidió con gestos que se marcharan mientras les guiñaba un ojo. Las niñas se taparon la boca con sus manitas para contener las risas y se alejaron corriendo. Mira levantó la cabeza, mirando a Alec con desconcierto.

—Se han ido. ¿Dónde...? ¿Qué les has dicho?

—Si te lo digo, dejarás de bailar conmigo.

—Has dejado sueltos a dos pequeños y destructivos diablillos dentro de la mansión —dijo Mira—. Me lavo las manos de toda responsabilidad; si hacen algo será culpa tuya. — Cuando él esbozó una amplia sonrisa ella añadió obstinada—: Deberías volver con los demás, Alec.

—¿Por qué te empeñas en decirme lo que tengo que hacer?

—Porque alguien tiene que hacerlo.

—Mujer sin corazón. En realidad quieres que regrese al baile para condenarme a horas de estúpidas chácharas y bailes tediosos.

—Es el lugar que te corresponde.

—¿Y dónde está tu lugar?

—Arriba, en la cama —y, al ver el brillo diabólico en los ojos grises, se apresuró a añadir—: sola.

—Pero también tenemos derecho a escaparnos durante unos minutos de donde se supone que

debemos estar, y por eso los dos estamos aquí.

—¿De qué podrías querer escapar tú? Un hombre de tu posición...

—... que tiene también sus propios problemas —la interrumpió Alec con sequedad.

—Pequeños problemas. Supongo que uno de ellos es el aburrimiento, ¿no? Bueno, eso es prácticamente imperdonable. El aburrimiento no es tolerable, no cuando hay tantas cosas que hacer en el mundo.

—¿Y qué pasa con la soledad?

—La soledad... Bueno, eso es más difícil de resolver —dijo ella con aire pensativo—. Pero ése tampoco es tu problema, ¿verdad? Hay muchas personas que quieren estar contigo, que quieren ser tus amigas, mujeres que quieren...

—¿«Mujeres que quieren»? —repitió él con rapidez—. ¿Y qué hay de ti? ¿Quieres algo de mí? Llevo dos semanas intentando averiguarlo.

Ella no contestó y, sin dejar de observarlo, se preguntó a qué clase de juego estaba jugando con ella. Mira era demasiado transparente para él. Si no se andaba con cuidado, sabía que él descubriría cosas que a ella misma le daba miedo reconocer. La mantenía atrapada con la mirada y, aunque supo que estaba leyendo en ella como en un libro abierto, no pudo apartar los ojos de él.

Los muslos de ambos se rozaron cuando el baile los obligó a acercarse más; las palmas de sus manos estaban tan juntas que Mira no sabía dónde acababa su piel y empezaba la de él. Una vez más se vio envuelta por aquella debilidad embriagadora, por lo consciente que era de él, y el momento pareció volverse eterno, un instante robado al tiempo que recordaría durante el resto de su vida. Uno por uno, entrelazaron todos los dedos, uniendo la mano más pequeña con la de mayor tamaño. Mira no pudo articular palabra

mientras lo miraba con aquellos ojos tan negros como la medianoche; supo que estaba enamorándose de él. Aquello la hizo sentir exultante y audaz. Podía ver que las líneas duras de la amplia boca masculina eran ahora suaves igual que los duros rasgos de su rostro iluminado por las estrellas y la luz de la luna. Él era como un sueño hecho realidad. Con el rostro envuelto en plata y sombras, Alec inclinó la cabeza y la besó en la mejilla.

Ella tembló ante el roce aterciopelado de esos labios. Tenía los nervios agitados y la excitación le corría por las venas. No se resistió, no giró la cara cuando él le deslizó la boca por la mejilla. Alec fruncía ligeramente el ceño cuando levantó la cabeza para mirarla, y pareció como si estuviera debatiéndose entre impulsos contradictorios. Clavó la mirada en los suaves labios femeninos y maldijo para sus adentros antes de bajar su cálida

e insistente boca para tentarla a que separara los labios para él. Y Mira lo hizo, sucumbiendo a la magia abrasadora de su beso, cayendo contra él cuando dejaron de bailar el vals y simplemente se quedaron allí, uno junto al otro. Mira le rodeó el cuello con los brazos y le deslizó las manos por la nuca, enterrando los dedos en aquel suave pelo negro como el azabache.

Aferrándose a él, Mira respondió con pasión, amoldando la boca a la suya, pegando su cuerpo al de él mientras las manos masculinas la recorrían de arriba abajo. Alec introdujo una de sus rodillas entre las piernas de ella, ahuecándole las nalgas y alzándola ligeramente. La joven se estremeció cuando el duro muslo del duque presionó suavemente entre sus piernas, aliviando ligeramente la creciente frustración que sentía, aunque no lo suficiente; ni mucho menos. Mira ronroneó y suspiró, contorsionándose contra él en

un esfuerzo por acercarse más. La inundó la embriagadora fragancia masculina y se emborrachó de él, de la noche, y de los dulces sentimientos que la atravesaron.

Alec acarició la delgada figura de Mira envuelta en terciopelo y su pasión provocó que la sangre del duque corriera por sus venas a la velocidad del mercurio. La abrazó suavemente, procurando no avasallarla con la fuerza de su deseo. La ansiosa respuesta de la joven era la prueba palpable de lo mucho que lo deseaba, y su ingle se hinchó y endureció con dolorosa rapidez. Sintió que le temblaban las manos mientras luchaba por controlarse al tiempo que le deslizaba los dedos entre los pechos dentro del escote hasta que detuvo los nudillos contra el sensible pezón. Suavemente, los frotó contra el suave pico hasta que éste se contrajo y endureció, y Mira se estremeció y gimió contra sus labios. Alec quiso

dar voz a los pensamientos que le cruzaban por la cabeza; que ella era tan suave como la seda, que era muy hermosa, que la deseaba más de lo que había deseado nunca a una mujer, pero no podía dejar de besarla el tiempo suficiente para articular una sola palabra. Le devoró los labios con avidez, buscando la lengua de la joven con la suya en una danza erótica.

Las llamas de la pasión se incrementaron haciéndose más ardientes hasta que Alec se apartó con un gemido, y Mira parpadeó atontada cuando el aire frío le rozó los labios. Atónita, la joven se rodeó con los brazos mientras Alec se giraba y se acercaba a la barandilla soltando una ristra de maldiciones. Con la respiración jadeante, él apoyó los brazos en la balaustrada y alzó el rostro al cielo para que el aire fresco de la noche le sosegara. Respiró hondo, introduciendo aire en sus pulmones hasta que el deseo comenzó a

amainar.

Mira sentía que se le aflojaban las piernas. Despojada de las tiernas caricias de Alec, se acercó a él tímidamente y le acarició la espalda con la mano abierta. Abrió la boca para decir algo, pero se quedó callada cuando él giró la cabeza y la miró con los ojos entrecerrados.

—Vámonos a algún sitio —dijo él con voz ronca.

Un largo silencio siguió a sus palabras mientras Mira agrandaba los ojos. ¿Qué le estaba pidiendo? Quizá ninguno de los dos lo supiera.

—¿Adónde quieres ir? —preguntó Mira con voz casi inaudible.

—¿Importa?

—No —susurró ella.

Un brillante fuego inundó la mirada de Alec.

—Si te pidiera que vinieras conmigo, que dejaras a Sackville, ¿lo harías?

—Sí.

Se miraron sorprendidos y luego Alec enmarcó la menuda cara de Mira entre sus manos, liberando su cabello de la redecilla de perlas que lo sujetaba. La besó con firmeza, inclinándose sobre ella con suavidad hasta que la joven emitió un gemido ahogado.

—Vámonos —dijo él. Tomó la pequeña mano de Mira en la suya y la guió por la sala hacia el pasillo—. Nos iremos ahora, antes de que cambies de idea.

Mira lo siguió a ciegas, con el corazón palpitando con violencia. De alguna manera sabía que se iría con él. No importaban las cartas que hubiera jugado el destino para que sus caminos se hubieran cruzado, el resultado era innegable. Se necesitaban el uno al otro, se gustaban y estaban bien juntos. Alec le apretó la mano y se detuvo para murmurarle lo mucho que la deseaba. Pero

en cuanto salieron al pasillo, todo se fue al traste.

William Sackville estaba allí.

—Falkner —comenzó a decir con una agradable sonrisa en la cara—. Estaba buscándote... —Se interrumpió al percibir la figura más menuda de Mira detrás de Alec, y agrandó los ojos alarmado—. Mira —dijo con voz crispada—, pensé que a estas horas estarías en tu habitación.

—Estaba fuera, en el balcón, mirando los fuegos artificiales —dijo ella, soltándose de la mano de Alec.

El rostro normalmente rubicundo de Sackville palideció visiblemente al observar aquel diminuto movimiento y darse cuenta de que se habían estado dando la mano. Giró la cara hacia Alec, que mostraba una expresión ilegible.

—Me han dicho que no te encontrabas bien, Falkner. Que te dolía la cabeza...

—Ya me encuentro mejor —dijo Alec con sequedad, sosteniéndole la mirada.

Los tres se quedaron en silencio. Mira sintió cómo su rostro adquiriría varios tonos de rojo mientras el aire se espesaba por momentos a causa de la tensión. Tenía que decir algo para romper el silencio o se volvería loca.

—Nos encontramos aquí y salimos a ver los fuegos —tartamudeó, y luego se quedó sin palabras.

Alec, maldito fuera, los observaba con una mortífera calma y una actitud provocativa y desafiante, mientras que Sackville parecía tan dolido y desesperado... Éste alargó la mano hacia Mira con engañosa naturalidad.

—Ven aquí, Mira.

Mira sintió que Alec se ponía tenso.

«Oh, no, esto no puede estar sucediendo», pensó la joven con desesperación, dividida entre

su deseo por uno y las promesas de lealtad hacia el otro. Le importaba mucho lo que Alec pensara de ella, pero le había hecho una promesa a Sackville, un juramento en el que le había dado su palabra de honor de que no le traicionaría, y lo había hecho porque él le había salvado la vida. Se arriesgó a mirar a Alec, que en vez de devolverle la mirada mantenía una expresión impávida mientras esperaba que ella diera el siguiente paso.

«Tienes que saber que no se trata de elegir a uno u otro —quiso gritarle—. ¡Por favor no hagas esto más difícil de lo que ya es!»

Con rigidez, tomó la mano de Sackville y permitió que la apartara de Alec. Su protector le pasó el brazo por los hombros con aire posesivo mientras paseaba la mirada de la cara de Alec a la de Mira.

—Bueno, espero que mantuvierais una agradable conversación —dijo con suavidad.

Alec tensó la mandíbula. Así que Sackville pretendía dar por zanjado el asunto, fingiendo que aquella situación no existía, que entre su amigo y su amante no existía aquella evidente atracción.

—Sí —murmuró Mira, sin atreverse a mirar a Alec.

—Es hora de que subas a tu habitación —continuó Sackville, mirándola con cariño—. Espérame levantada, iré a verte dentro de un momento.

Horrorizada por la inusual franqueza del hombre y por la flagrante implicación de sus palabras, Mira lo miró sorprendida. Y se sorprendió aún más cuando él inclinó su cabeza rojiza y canosa y la besó profundamente, exhibiendo una posesión absoluta sobre la joven para que Alec tomara nota de ello. Cuando la boca fría y húmeda cubrió la de ella, el primer

impulso de Mira fue apartarle automáticamente, pero luego dejó caer los brazos a los costados mientras Sackville endurecía el beso. «¡Se lo debo! —pensó ella con firmeza—, y por Dios y mi honor que permaneceré quieta sin emitir un solo sonido de protesta.»

Alec los observaba con el rostro pétreo, pero sus ojos brillaban como astillas heladas, y algo en su interior murió ante la rabia que le provocaba aquel agravio tan doloroso.

Finalmente, Sackville levantó la cabeza y le sonrió. Mira se obligó a esbozar una temblorosa sonrisa con las mejillas ardiendo mientras resistía el impulso de pasarse el dorso de la mano por la boca. El beso de Sackville distaba mucho del de Alec, como el hielo del fuego.

—Mira, querida —dijo Sackville con satisfacción—, me reuniré contigo dentro de un rato.

Ella asintió con un nervioso gesto de cabeza y luego miró a Alec.

—Lord Falkner —murmuró educadamente.

Él no respondió, pero curvó los labios en una de las más desagradables y cínicas sonrisas que ella le hubiera visto nunca. Se alejó de los dos hombres carcomida por la angustia y se dirigió a las escaleras de la torrecilla. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no echar a correr.

—Es una mujer muy poco común —comentó Sackville.

—Está bien para ti —repuso Alec con suavidad—. Pero es un poco dócil para mí.

¿Aquellas desdeñosas palabras habrían engañado a Sackville? Probablemente no. Alec contuvo una mueca de disgusto cuando la cordura comenzó a infiltrarse en sus aturridos sentidos. Unos minutos antes debía de haber perdido la cabeza. Una simple mujer no merecía

el sacrificio de una buena amistad. ¿Cómo había llegado a pensar seriamente en robarle la mujer a un hombre que le había sido leal durante tantos años? Desde luego tendría que encontrar la manera de evitarla y de no pensar nunca más en ella.

—Sí, siempre te han gustado un poco más salvajes, ¿verdad? —dijo Sackville forzando una carcajada cordial.

Ambos fingieron que no había sucedido nada fuera de lo común. Aun así ninguno de los dos estaba contento con la charada que les había tocado jugar. Quizá las cosas seguirían siendo iguales en apariencia, pero en el fondo sabían que no era cierto. De alguna manera, el carácter de su relación había cambiado para siempre.

—Tenemos que hablar.

—Sí —respondió Mira en voz baja mientras abría la puerta de su dormitorio.

Sackville entró lentamente, con la cara mortalmente seria. El acento dandi con el que solía hablar había desaparecido.

—Con respecto a esta noche, me gustaría preguntarte si...

—No ha ocurrido nada. —Mira cerró la puerta y se apoyó contra ella mientras miraba con aprensión a su protector—. Lo siento mucho, muchísimo. No sé qué ha sucedido. Yo nunca...

—Lo sé —dijo Sackville con el rostro pálido—. Sabía que llegaría el momento en que querías ponerle fin a nuestro acuerdo. Eres una joven saludable con un... fuerte apetito por la vida. De hecho, me ha sorprendido que te quedaras tanto tiempo.

—No quiero ponerle fin a nada. ¿Es que le he impuesto mi presencia durante demasiado

tiempo? —A Mira se le nubló la vista al sentir que se le saltaban las lágrimas. Parpadeó para hacerlas desaparecer—. Debería haberme dicho que me fuera.

—Quería que te quedaras siempre y cuando estuvieras dispuesta a mantener las apariencias —repuso Sackville, cruzando las manos en la espalda y suspirando—. Tu presencia aquí ha sido buena para mí, me has ayudado a fingir el mismo estilo de vida que tenía antes. Me has permitido mantener mi orgullo intacto y siempre te estaré agradecido por ello.

—He sido muy feliz durante los dos últimos años y...

—Pero llegará un momento en que ya no podrás continuar así. —Mira se estremeció ante esa franca declaración—. He estado pensando en ti y en mí —continuó Sackville con una sonrisa cansada—, hemos sido dos buenos amigos que se

han ayudado mutuamente cuando más se han necesitado.

—Usted me salvó la vida —susurró Mira—, jamás podré pagárselo.

—Lo has hecho, querida, seguro que lo has hecho. Pero ya no podrás seguir ayudándome si te quedas, y yo tampoco podré seguir ayudándote a ocultarte del resto del mundo. ¿Cuántos... cuántos años tienes?

—Veinte.

—Veinte años... —repitió Sackville con gesto irónico y triste—. Hace veinte años, ya tenía cuarenta.

Mira sacudió la cabeza sin comprender qué tenía que ver la edad con todo eso.

—Créame, milord, cuando le digo que he vivido bastante.

Sackville se rio entre dientes.

—No lo dudo, querida. Jamás me has contado

cómo una francesita como tú acabó medio muerta en el fondo de un vagón en el sur de Inglaterra, pero imagino que tienes que haber vivido lo tuyo para que así haya sido. Nunca me has contado cómo ni por qué, pero tu cuerpo y tu alma estaban agotados y te he ofrecido la oportunidad de que te recuperaras aquí. He intentado ayudarte, hacerte brillar, educarte...

—Y lo ha hecho. Ahora soy una persona diferente. Me ha ayudado mucho y...

—Sí. Eras una chica. Ahora eres una mujer, y creo que te gusta aferrarte a la ilusión de seguridad que encuentras aquí en lugar de vivir tu vida como ha dispuesto el destino, ¿entiendes?

—Lo único que entiendo es que quiere que me vaya.

—Por tu bien y por el mío —dijo Sackville—. No lo olvides.

—¿Y cuándo quiere que lo haga? —preguntó

tragándose el nudo que tenía en la garganta.

—Creo que lo más conveniente es que te vayas después de que termine la cacería. Dentro de una semana. Te daré dinero y víveres, y buenas referencias para que encuentres un empleo respetable en Londres. Pero antes tengo que pedirte otra cosa.

—Por supuesto —dijo ella, con expresión afligida.

—Por favor, continúa con esta charada hasta que se vayan todos mis invitados. Por favor, ayúdame a hacerles creer lo que quiero que crean. Mi reputación como hombre depende de ello. Yo también necesito aferrarme a mis ilusiones, y ésta es la única manera que tengo de mantener mi orgullo intacto. Por mí, y como agradecimiento por lo que he hecho por ti, concédeme una semana más.

A Mira le temblaron las manos y entrelazó los

dedos.

—Y con respecto a lord Falkner... —comenzó con voz ronca.

—Él también deberá creérselo. Valoro su amistad y si descubriera la verdad, me perdería el respeto. No tolera la debilidad, ni siquiera se la permite a sí mismo.

Confundida, Mira sacudió la cabeza ligeramente.

—No pensé que fuera un hombre tan superficial.

—No sabes nada de los hombres como Falkner.

Su tono era pensativo. Cuando Mira miró aquellos ojos azules, supo al instante por qué Sackville quería impedir una relación entre Alec Falkner y ella. No era sólo porque temiera que Falkner ya no le respetara si descubría su secreto. Era también porque a Sackville le atraía la idea de

poseer algo que el duque deseara. Junto con su respeto por Falkner había también un insospechado indicio de competitividad. Ésa era una nueva faceta de Sackville que ella nunca hubiera imaginado que tuviera.

—Por supuesto, haré lo que me pide —dijo Mira con renuencia, incapaz de llevarle la contraria. Después de haber visto el desprecio en los ojos de Alec sabía que él ya no la querría. No tenía nada que perder continuando unos días más con aquella charada de Sackville.

—Gracias. —Sackville se detuvo antes de salir al ver el gesto compungido de Mira—. No me compadezcas, querida. Cada situación tiene su recompensa. Ya lo descubrirás algún día.

Si Mira hubiera podido pedir un deseo, habría sido evitar ver u oír hablar de Alec Falkner

durante toda la semana siguiente. Habría permanecido en su habitación sin salir hasta que él y el resto de los invitados se hubieran marchado de la mansión. Pero Sackville había planeado que aquella semana fuera el gran final de cacería, y quería valerse de Mira para mostrar una imagen de intimidad delante de sus amigos y en especial delante de Falkner. Sackville se paseaba con ella por el jardín y la galería de retratos familiares, y tomaba el té a solas con ella en una salita donde todo el mundo pudiera verlos. Hacia finales de semana, le pidió que se reuniera con él en la biblioteca para tomar una copa. Y era por esa razón que Mira se encontraba ahora sentada en el brazo del sillón de su protector con los ojos clavados en el rugiente fuego de la chimenea, ignorante de que Sackville había planeado recibir una visita de la que no le había informado. Cuando Alec entró por la

puerta con paso tranquilo, se detuvo en seco ante la imagen de ella. La luz anaranjada del fuego iluminaba los menudos y hermosos rasgos de Mira. La curvilínea cadera de la joven parecía estar en estrecho contacto con el hombro de Sackville, su vestido azul de terciopelo con ribetes blancos acentuaba su cremosa piel de porcelana y confería un misterioso resplandor a sus ojos rasgados de gata. Alec se odió a sí mismo por la punzada de deseo que sintió al verla e hizo rechinar los dientes.

—Perdón —masculló—, creí entender que querías verme aquí, William.

—¡En efecto, amigo mío! —dijo Sackville, tomando un trago de brandy y palmeando la cadera de Mira—. Déjanos solos, querida. Gracias por una tarde tan agradable.

Ella se levantó en silencio. Por un segundo sus ojos se cruzaron con los de Alec. Él la miraba con

una rabia fría, como si ni siquiera la considerara merecedora de su desprecio. Mira contuvo el aliento y se rodeó con los brazos en un gesto de protección mientras salía de la estancia.

Cada vez que Alec la miraba, tenía que enfrentarse a una prueba más de la estrecha relación entre Mira y Sackville. Sus primeras impresiones de ella comenzaban a venirse abajo. Se preguntaba si todas las señales de su inocencia habrían sido un juego. ¿Habría retozado con él para divertirse? ¿Sería una actriz consumada que, tras pensárselo mejor, había decidido quedarse con Sackville? El resentimiento y el deseo se mezclaban en las venas de Alec, haciéndole arder cada vez que la veía.

Después de pasarse la velada bebiendo, se cruzó con ella junto a los escalones de la torrecilla y ambos se miraron con dolorosa confusión. Estaban solos en el pasillo. La expresión de él era

indiferente y la de ella, incierta. De repente, él la agarró por los hombros haciéndola poner de puntillas de manera que apenas tocaba el suelo. La fulminó con la mirada.

—¿Qué diablos intentas hacerme? —exigió saber con rudeza, apretando los dedos hasta que ella jadeó de dolor—. No quiero volver a verte, ¿entiendes? No quiero volver a ver cómo Sackville te mete las manos bajo el vestido. Ni quiero más encuentros accidentales donde me muestres cómo coqueteas con otro hombre. Ya he captado la idea y puedes decirle a Sackville que no tengo el más mínimo interés en una pequeña promiscua como tú.

Aquel encolerizado monólogo se vio interrumpido cuando ella le dio una patada en la espinilla.

—¡Ay, maldita seas! —Alec la soltó de inmediato para masajearse la pierna mientras una

lluvia de improperios caía sobre su cabeza.

—¡Eres un enorme... estúpido... y ciego bárbaro! —le espetó Mira llevándose las manos a los hombros doloridos—. No vuelvas a tocarme nunca. ¡Puedes pensar lo que quieras de mí, no me importa en absoluto, pero ni se te ocurra volver a atacar a una mujer indefensa!

—¡Estás tan indefensa como una pitón! —dijo Alec con frialdad, frotándose el moratón de la espinilla al tiempo que la miraba con el ceño fruncido.

Mira se irguió con dignidad.

—Si yo soy una pitón, entonces tú eres algo mucho peor —dijo ella, con voz altiva. Luego subió los escalones hacia la torrecilla con regia dignidad, preguntándose qué era exactamente una pitón.

Desde la mansión le llegaban a Mira los sonidos del cuarteto de cuerda que amenizaba la cena. Llevaba horas sentada en un banco de piedra del jardín, tenía las piernas dobladas y se rodeaba las rodillas con los brazos mientras pensaba. Volvió a mirar el tranquilo y verde paisaje con un suspiro, pensando en lo mucho que echaría de menos el jardín de Sackville. Era un lugar hermoso y solitario, formado por inmensas praderas de césped pulcramente segado, pequeños grupos de abetos y pinos y un estanque artificial con diminutas cascadas. Sobre el estanque, había un pequeño puente que conducía a una preciosa pagoda cubierta por una enredadera. El diseño seguía las innovadoras directrices de Capability Brown, un paisajista que prefería los jardines con una apariencia natural en vez de los jardines artificiales que habían estado tan en boga años antes. Brown le había

aconsejado a Sackville que se deshiciera de la pagoda, pero éste le tenía demasiado cariño a la ligera estructura para deshacerse de ella.

Mientras escuchaba el susurro del agua y clavaba los ojos pensativamente en la pagoda, Mira se preguntó qué iba a hacer en Londres. No sería la primera vez que estaría en la enorme ciudad, concretamente en la mugrienta parte este de la urbe, algo que le había resultado mucho peor que cualquier otra cosa que hubiera visto en París. Por las mañanas el cielo era negro por el humo del carbón que ardía en cientos de chimeneas. Las calles estaban llenas de basura y borrachos, y los hombres la miraban de una manera que la asustaba. Las mujeres parecían muy cansadas, y los niños parecían haber dejado atrás la inocencia. Estaban desesperados, demasiado delgados y salvajes para actuar como niños de su edad. Mira se había sentido

desesperada al ver a esas pequeñas criaturas salvajes y no había tardado demasiado en sucumbir a la desesperanza en aquella atestada parte de Londres. Se había hundido en el fango, convirtiéndose en una más de aquellos que rebuscaban en la basura hasta que apenas pudo reconocerse a sí misma. Pero había sido demasiado vulnerable para sobrevivir allí y demasiado fuerte para morir con facilidad, así que había llegado a un punto de inflexión entre la supervivencia y la muerte cuando se había subido a aquel vagón de heno, dejando su vida a merced del destino.

—¿Cómo voy a regresar? —se preguntó Mira, conteniendo un estremecimiento. Sabía que esta vez tendría dinero y referencias, y que no tendría que volver a vivir de esa manera, pero seguía sintiendo un miedo incontenible a Londres.

De repente, oyó el crujido cercano de unos

pasos sobre la grava del camino. Permaneció inmóvil, procurando no hacer ruido, pues los senderos que recorrían los jardines estaban separados de los bancos de piedra por un seto alto y no quería que nadie la descubriera.

—... alguien debería decirle a Clara que está haciendo el ridículo —decía una de las voces llena de indignación.

La voz de la segunda persona era más calmada y divertida.

—Querida, ella ya lo sabe. Está más claro que el agua que Falkner no la desea. Sólo espero que se dé cuenta y no continúe...

—¡Bah! Eso no la desanimará demasiado tiempo. Lord Falkner es un demonio muy bien parecido, pero Clara sólo espera el momento en que aparezca el hombre que realmente desea.

—¿A quién te refieres?

—¿Cómo? ¿No lo sabes? Clara siempre ha

estado loca por Rand Berkeley, y él llegará mañana.

—Apuesto lo que sea a que lo acompaña su esposa.

—Es probable. Rosalie Berkeley... ¡hasta el nombre resulta molesto! No es suficiente que lograra cazar al conde de Berkeley, encima tiene que acompañarlo a todas partes como si fuera un perrito.

—¡Sí! Nunca se aparta de su lado y la abraza cada vez que una de nosotras intenta acercarse a él.

—¿Acaso no sabe que está pasado de moda estar demasiado pendiente de una esposa?

Las dos mujeres soltaron una risita tonta.

—Esté o no pasado de moda —concluyó una de ellas—, Rosalie vendrá con él. ¿Crees que eso impedirá que Clara...?

Las risas se desvanecieron a medida que sus

dueñas continuaron recorriendo el sendero, mientras Mira permanecía en el banco de piedra tan petrificada como una de las estatuas de mármol del jardín.

—Rand Berkeley —susurró, con los ojos muy abiertos—. Rosalie.

Sackville jamás los había mencionado antes. Mira no sabía que él los conociera siquiera. No podía creer que fueran a asistir a la cacería. Se estremeció y se le encogió el estómago al pensar en que pronto estarían allí. Se llevó una mano al abdomen y se quedó mirando al vacío cuando un horrible panorama se extendió ante ella.

Rosalie volvería a verla y se quedaría paralizada por la sorpresa mientras su precioso rostro palidecía de miedo y odio.

«Mireille. He rezado para no volver a verte nunca..., traidora, mentirosa. Me engañaste, te aprovechaste de nuestra amistad e intentaste

destruirme.»

—Yo no quería —susurró Mira—. Perdón.

«Te odio. No mereces que te perdonen por el dolor que nos causaste.»

Entonces, Mira se volvería hacia Rand sólo para ver la misma condenación helada en su rostro.

«No sólo fuiste desleal —diría él—, fuiste una cobarde. Deberías haberte quedado para asumir las consecuencias de tus actos, no deberías haber huido.»

—Temía... No sabía que... —Mira parpadeó y se meció mientras era presa del pánico—. Tengo que irme —dijo, toqueteándose con nerviosismo el borde del escote que de repente le ahogaba—. Tengo que irme... *mon Dieu*... esta misma noche.

Se echó a llorar y se llevó una mano al rostro mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Rand y Rosalie estarían allí al día

siguiente. Tenía que planear qué hacer, pero no podía pensar. Llorando con desesperación, Mira inclinó la cabeza pensando en lo ingenua que había sido al haber intentado huir del pasado. Una vez más, volvía a acosarla la pesadilla de cinco años atrás, tan clara como si hubiera ocurrido ayer mismo.

Lord Sefton estaba de buen humor, la gran cantidad de Oporto ingerida le había soltado la lengua y le había dulcificado el carácter. Sefton estaba siendo más chismoso de lo habitual, y recitaba una larga lista de rumores y acontecimientos sociales que a Alec no le importaban lo más mínimo. Uno de los inconvenientes de asistir a una cacería era que tarde o temprano se veía obligado a soportar una tediosa conversación como ésa. Ambos

caminaban despacio hacia el comedor, haciendo tiempo antes de que se sirviera la cena.

—Y dígame, ¿sabe algo de la próxima visita del rey a Hanover? Al parecer va a ir a finales de mes.

—¿Por asuntos de estado? —preguntó Alec.

—No. Según tengo entendido hay allí unas cuantas princesas protestantes a las que tiene intención de echar un vistazo más de cerca. Al parecer desea volver a casarse.

—Por supuesto —murmuró Alec con sarcasmo. Jorge IV no se había mostrado muy apenado por la muerte de su esposa, Carolina, el año anterior, a pesar de lo mucho que habían tenido en común (gordura y un aire descuidado, así como una moral flexible y vengativa). La única diferencia entre ambos había sido que mientras Carolina sólo había sido gorda, Jorge era vanidoso y superficial. Y ahora parecía que aquel rey, que siempre se había decantado por mujeres mayores,

les había echado el ojo a chicas jóvenes y saludables—. ¿Y cómo va a volver a casarse si ya tiene esposa?

—¿Se refiere a la señora Fitzherbert? Jamás se ha demostrado que estuvieran legalmente casados y, además, llevan nueve años separados...

—Separados pero no divorciados.

—¿De verdad cree que estaban casados? —preguntó Sefton.

Habiendo conocido a la señora Fitzherbert, Alec creía que los rumores sobre ese matrimonio eran ciertos. María Fitzherbert era una mujer honrada y leal, nunca había hablado mal del rey a pesar de la manera en que éste la había utilizado. No había perdido el orgullo suplicando el favor del soberano, pero no podía negar su afecto. Quizá si hubiera halagado la vanidad del rey, o si le hubiera reprochado la manera en que la había apartado de su lado, todavía seguiría siendo su

compañera, pero había algo en el sacrificio de la señora Fitzherbert por el bien de su amor que hacía que Alec la apoyara incondicionalmente.

—No importa lo que yo crea —dijo él.

Su tono distante provocó que lord Sefton mirara a su alrededor en busca de otro oyente. Resultaba evidente que aunque Falkner dominaba el arte de la charla banal, a duras penas soportaba tener que verse sometido a ella.

—Allí están el terrateniente Bentinck y su preciosa esposa —exclamó Sefton, y Alec sonrió con ironía—. Perdone, Falkner, pero debo presentarles mis respetos.

—Ciertamente —murmuró Alec, observando la rápida huida de Sefton con cierto alivio.

Las prisas de aquel hombre por alejarse de él eran a la vez divertidas y perturbadoras. «No soporto a la mayoría de ellos», pensó. Luego su diversión se desvaneció como una bocanada de

humo. ¿Qué había sucedido con su compasión y tolerancia hacia los demás? ¿Por qué no podía sentir algo más que una leve indiferencia hacia ellos?

Acercándose a la ventana, se apoyó en el alfeizar y clavó la mirada en el cielo oscuro.

Todo aquello había desaparecido con Holt. Tenía que reconocer que no era el mismo hombre de antes de que muriera su primo. Había muchas cosas que ya no le importaban, y otras que tenía que hacer antes de que sus heridas cicatrizaran del todo, antes de permitirse olvidar. Había habido sólo una pequeña promesa de consuelo, una oportunidad de ser feliz, pero ahora sabía que sólo había sido una ilusión.

—Oh, maldita sea —susurró Alec quedamente cuando sus afligidos pensamientos fueron interrumpidos por la imagen de una pequeña figura en los jardines.

Una mujer cruzaba el puentecillo que conducía a la pagoda al fondo del jardín. Estaba muy lejos para verla con claridad, pero Alec sabía que era Mira. No podía ser otra. Reconocía el oscuro cabello recogido y el vestido color zafiro. Incluso reconocía las suaves curvas de su figura.

¿Qué es lo que le ocurre?, se preguntó, ladeando la cabeza para observarla. En su prisa, la joven cayó sobre las manos y las rodillas. Luego se puso en pie y continuó corriendo hacia la pagoda. Parecía como si alguien la estuviera persiguiendo. ¿Más juegos? ¿O es que la habrían lastimado de verdad? Maldiciendo por lo bajo, Alec permaneció en el pasillo entre el gentío que se dirigía al comedor.

«No es mía», pensó con el ceño fruncido. «Sackville se encargará de ella si necesita algo.»

—Lord Falkner, ¿espera a alguien? —Una voz femenina se entrometió en sus pensamientos. Los

condes de Shrewsbury se habían detenido delante de él con gratas expresiones en sus rostros y Alec compuso una leve sonrisa.

—Me temo que sí.

—Si quiere puede acompañarnos a la cena.

—Gracias, son muy amables —repuso cordialmente—, pero creo que esperaré unos minutos más. —Intercambió unas sonrisas con la pareja y después de que ambos se fueran, Alec tamborileó los dedos con impaciencia sobre el alféizar y volvió a mirar afuera. Mira había desaparecido de la vista. No había nadie más en los jardines, ni Sackville ni ningún otro invitado —. Por todos los demonios —masculló—, no pienso salir, no si aún me queda el más mínimo sentido común.

# 5

Acurrucada en un rincón de la pagoda, Mira cerró los ojos para no ver las paredes que tenía enfrente. Había vivido huyendo durante toda su vida sin destino ni esperanza de refugio, corriendo de un lado para otro sin descanso porque no había conocido nunca otro estilo de vida. Hasta ese momento. Ahora estaba demasiado cansada para seguir huyendo. Derrotada, intentó pensar con claridad, pero no tenía fuerzas para tomar decisiones.

La imagen que Mira presentaba le recordó a Alec la de un zorro acosado que había buscado refugio en una madriguera. No había podido evitar ir a buscarla; Mira era una obsesión para él, una enorme tentación. Mientras la miraba, supo

que alguien o algo la había asustado, y se burló para sus adentros, consciente de que lo único que quería era tomarla entre sus brazos y protegerla de todo mal. Luchando contra una oleada de ternura, endureció el gesto hasta adoptar una pose de fría indiferencia.

—Bueno, bueno... —dijo con suavidad, dejando abierta la pequeña puerta de la pagoda para que entrara la luz del crepúsculo—. Me pareció que eras tú desde la ventana. ¿Has acudido a una cita secreta?

El callado llanto de la joven se detuvo bruscamente.

—Vete de aquí —dijo ella, con un pequeño temblor traidor en la voz.

Alec se sentó frente a ella, estirando las piernas hasta que sus pies descansaron sobre el cojín que Mira tenía a su lado. La joven dirigió una mirada venenosa a sus botas poco antes de llevarse el

pañuelo a la nariz, sonarse y apoyar la frente sobre sus rodillas dobladas.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada. —Mira se negó a mirarle—. ¡Oh, Dios, no quiero hablar contigo! ¡Por favor, ten compasión de mí y vete! No soporto tu compañía en este momento, y no sé por qué estás aquí, pero...

—¿No lo sabes? Tal vez no haya podido reprimir mi incontenible curiosidad. O tal vez esté jugando al buen samaritano.

—¿Buen samaritano? —repitió Mira, atragantándose con una repentina mezcla de diversión y desdén—. ¿Tú? Vaya ridiculez. Jamás he conocido a nadie a quien le vaya menos ese papel. Puede que tengas un buen corazón de vez en cuando, pero nada más. E incluso aunque pudieras ayudarme, no te dejaría hacerlo porque sé que quieres algo a cambio. Todos los de tu

clase quieren algo a cambio de...

—Tranquila, tranquila... —dijo Alec levantando las manos en un gesto de rendición—. No he venido aquí para que te ensañes conmigo. Sólo quería ver qué tiempo hacía afuera. Me ha parecido ver algunas nubes.

—No hay nada que pueda contarte —dijo ella, sin entrar en su juego—. ¡No lo comprenderías!

—Sé lo que es tener problemas. —Alec se recostó contra los cojines y la miró fijamente—. Tengo una vasta experiencia en meterme en líos. Y si algo he aprendido de ellos es que las cosas se ven mejor retrospectivamente.

—No sé ni por dónde empezar a explicártelo.

—¿Por qué? ¿Acaso crees que podrías dejarme horrorizado?

Por raro que pareciera, fue el tono burlón de la voz de Alec lo que provocó que Mira considerara el hablar con él. Levantando la cabeza para

mirarle, soltó un suspiro. Él no era más que una sombra enorme dentro de la pagoda, una sombra diabólica en medio de la oscuridad. No, no creía que pudiera dejarle horrorizado, pues si algo sabía de Alec, era que no se escandalizaba con facilidad. En ciertos aspectos era uno de los hombres más cínicos que conocía.

—Supongo que es posible que me comprendieras. Quiero decir que... es probable que hayas hecho cosas indeseables a lo largo de tu vida, pero...

—Y he disfrutado de la mayor parte de ellas sin avergonzarme en lo más mínimo —añadió él solícitamente.

—... me pregunto cuáles son tus motivos para querer escuchar mi confesión —concluyó ella con un tono suavemente ácido—. ¿Acaso estás aburrido? ¿Te gustaría que te entretuviera con anécdotas de mi sórdido pasado durante los pocos

minutos que faltan para la cena?

—De hecho, sí, me gustaría. No es que no tenga alguna idea del tipo de problema que tienes, pero me gustaría oír tu versión.

—¡No eres quién para juzgarme!

—Oh, no te juzgo —repuso él sarcásticamente—. Como tú misma has dicho, no soy quién para hacerlo. Sólo me ofrezco a escucharte.

Mirándole con recelo, Mira decidió confiarse a él. Sólo un poco, porque aunque no tenía nada que perder tampoco quería correr riesgos.

—T-tengo que irme esta noche —dijo, esperando alguna reacción por su parte, pero no oyó ninguna—. Quiero decir marcharme, irme para siempre. Hoy he averiguado algo que no sabía, y es por eso que no puedo quedarme. Verás, Rand Berkeley y su esposa llegarán aquí mañana.

—Berkeley —puntualizó Alec con la mirada

clavada en la joven—. ¿Quiere eso decir que lo conoces de antes?

—Sí. Lo conocí en Francia.

Alec barajó las posibles conexiones que Mira podría tener con el conde de Berkeley, que era conocido por todo el mundo por ser uno de los más poderosos y atractivos hombres de Inglaterra y no se sintió complacido ante la respuesta más evidente.

—¿Has sido su amante? —preguntó con brusquedad.

Mira se sintió demasiado molesta por la franca pregunta para notar los celos que le teñían la voz.

—No —contestó con frialdad—. Cree lo que quieras, pero yo nunca he tenido un... —se interrumpió bruscamente y cerró la boca de golpe.

—Adelante —dijo Alec, tamborileando impacientemente con los dedos en el muslo—, háblame de Berkeley.

—No sabe que estoy en Inglaterra. Cuando me conoció, yo me llamaba Mireille Germain.

—Mireille —repitió Alec, saboreando el sonido. Lo había pronunciado de una manera diferente a ella; su brusco acento inglés era muy diferente del acento francés con que Mira decía su nombre—. Un nombre precioso. ¿Por qué te lo has cambiado?

—Porque Mireille era una joven que no era consciente de los errores que cometía. No sabía lo suficiente para avergonzarse de lo que era.

—¿Y Mira sí?

—Sí. —Escondió la cara entre las manos y comenzó a llorar de nuevo.

Alec la dejó desahogarse un par de minutos, descubriendo que le resultaba muy difícil contenerse y quedarse donde estaba en vez de tomarla entre sus brazos y estrecharla con suavidad contra su cuerpo. Se obligó a

concentrarse en las cuestiones más desconcertantes, en los misterios que rodeaban a Mira. ¿Qué clase de vida había llevado en el pasado? ¿Qué complicadas experiencias la habían convertido en una criatura tan contradictoria? Tenía la fuerza de una mujer y la vulnerabilidad de una niña y Alec se veía constantemente dividido entre el deseo salvaje que provocaba en él y el impulso alarmante de protegerla de todo. En ese momento, Alec habría dado una fortuna por que ella fuera cualquier otra cosa que la amante de su mejor amigo. ¿Por qué no podía ser la hija de una respetable familia jamás mancillada por otro hombre? ¿O una prima lejana, lo suficientemente lejana para que pudiera prestarle atención sin tener que despertar murmuraciones? ¿O incluso la hija de un comerciante? Podría haberla cortejado en cualquiera de esas circunstancias, no habría tenido ninguna duda ni

obstáculos en su camino.

Mira dejó de llorar y soltando un fuerte suspiro se recompuso por fin, ignorante por completo de los pensamientos que cruzaban por la cabeza de su acompañante.

—¿Berkeley te hizo daño? —preguntó Alec con voz suave y fría.

Mira negó con la cabeza mientras se enjugaba los ojos con el dorso de la mano.

—No me hizo daño. Fue justo lo contrario. Yo le hice daño a él y a la mujer que ama. Y él jamás olvida ni perdona a quien lastima a Rosalie.

—¿Qué demonios les hiciste?

—Antes tengo que hablarte de Guillaume, mi hermano. Él tiene mucho que ver en esto. La primera vez que lo vi, yo tenía doce años. Nuestra madre acababa de morir, ella era...

Mira se interrumpió de golpe, dándose cuenta de que eso era algo que no podía decirle. Miró

directamente a aquellos perspicaces ojos grises y se dio cuenta de que todos sus instintos la instaban a guardar el secreto sobre su madre. Él no lo entendería. Alec y ella provenían de extremos opuestos de un amplio espectro, y él era totalmente ajeno al tipo de vida que ella había llevado. Alec Falkner provenía de un entorno de riqueza y prosperidad. Su lugar estaba en un mundo de opulencia y tiempo libre, donde primaban los modales exquisitos y la reputación intachable. Se había criado en las mejores instituciones, vestía ropa cara, montaba caballos de pura raza, bebía y comía los manjares más suculentos, y se relacionaba con las personas más ricas de Inglaterra. Se sentiría ofendido al saber que la madre de Mira había sido una prostituta y consideraría a Mira un trapo sucio. Ya no se sentiría atraído por ella..., ni querría volver a tocarla.

—Mira —dijo Alec con sequedad—, no te vuelvas tímida ahora. Con total franqueza, nunca he creído que procedieras de una buena familia. ¿Qué ibas a decir de tu madre?

—Nada —susurró Mira.

—¿Qué hizo que tu madre...?

—¡Nada! —repitió ella furiosa.

Alec soltó un suspiro de exasperación y dejó pasar el tema.

—Está bien, pues no hablaremos de ella. ¿Qué me ibas a decir de tu hermano?

—Cuidó de mí después de que mi madre muriese —dijo Mira suavemente—. Fue mi única familia. Íbamos juntos a todos lados. Ganaba dinero aquí y allá, trabajando en cualquier cosa. Pero no era suficiente para vivir, y tuvimos que hacer... tuvo que hacer algunas cosas desagradables para conseguir más dinero. Guillaume me enseñó muchas cosas. A robar, a

mentir, a engañar. —Guillaume había estado encantado de que ella pudiera hacer amigos con facilidad, porque aunque le caían bien, podía aprovecharse de ellos con más facilidad—. Yo lo odiaba. Siempre odié lo que teníamos que hacer para conseguir dinero. Odiaba hacer daño a la gente, pero odiaba más pasar hambre. Eso es algo que tú no puedes entender.

Alec no respondió mientras la taladraba con una mirada sagaz.

—E incluso aunque no tuviera tanto miedo de pasar hambre —continuó Mira—, lo habría hecho por complacer a Guillaume. Era la única persona en el mundo que se preocupaba por mí. Me quería, sé que lo hacía, y sin él habría estado sola. Me aterraba quedarme sola. Pero todo cambió cuando cumplí quince años. Trabajaba en un hotel de París como camarera cuando Guillaume me abandonó durante algunas semanas.

Una joven sola en París, trabajando en un hotel. Alec sabía que ella tenía que haber sido extraordinariamente fuerte para poder sobrevivir. Tenía que haberse visto expuesta al peligro muy a menudo. Pero no estaba pidiendo que la compadeciera, se limitaba a contar los hechos. A regañadientes, Alec sintió una dolorosa punzada de admiración por ella. Como ya había dicho en otra ocasión, a Mira no le faltaban agallas.

—En el hotel —dijo Mira—, conocí a Rand Berkeley. Había una mujer con él, no estaban casados pero parecían cuidar el uno del otro. La mujer era Rosalie Belleau. Estaba enferma y lo ayudé a cuidar de ella mientras se hospedaron en el hotel. Me trasladé con Berkeley y Rosalie cuando se marcharon al campo para que ella se recuperara. Durante ese verano fui su acompañante y nos cogimos mucho cariño. — Mira sonrió con tristeza—. Pero había muchas

cosas que no sabía de Rosalie, incluyendo la gran polémica que tenía lugar en Inglaterra en ese momento. Se rumoreaba que era la hija ilegítima de Beau Brummell.

—Ah —asintió Alec pensativamente—. Recuerdo el escándalo. Salió en todos los periódicos. Los Berkeley encubrieron el asunto muy bien, pero lo cierto es que lady Rosalie tiene un pasado escabroso.

—Sí. Guillaume, mi hermano, vino a buscarme y me siguió hasta el *château* donde nos alojábamos. Estaba involucrado con gente poco recomendable, una organización que se extendía desde Inglaterra a Francia. Lo convencieron para que hiciera cosas terribles. Yo no sabía lo que tenían planeado, pero sí que Guillaume utilizaría mi amistad con lord Berkeley y Rosalie, y que se aprovecharía de la confianza que me profesaban. No dije nada, esperando ingenuamente que él no

hiciera nada malo. Era feliz por primera vez en mi vida. Tenía casa y me sentía segura, y quería que siguiera siendo así siempre. Berkeley y Rosalie me pidieron que regresara con ellos a Inglaterra. Y yo quería hacerlo, pero entonces, entonces...

—¿Se entrometió Guillaume?

Mira asintió lentamente.

—Sí, Guillaume, echó por tierra todo aquello. Lo planeó todo para secuestrar a Rosalie, bajo las propias narices de Berkeley. La... la vendió a alguien por una gran cantidad de dinero, a alguien que la quería porque era la hija de Brummell. Y fui yo quien, sin querer, hizo que eso fuera posible. Mi amistad con Berkeley y Rosalie casi les arruinó la vida. —Cerró los ojos y se los frotó suavemente—. Huí como un cobarde cuando averigüé lo que Guillaume había hecho. No podía enfrentarme a Berkeley. Temí que me matara. Yo adoraba a Rosalie y quise morirme

cuando descubrí lo que podía haber sufrido. No sé cómo Berkeley logró recuperarla, pero lo hizo. Después averigüé que las cosas les habían ido bien, pero me sentía demasiado culpable y avergonzada para acercarme a ellos. Durante mi estancia con los Berkeley aprendí muchas cosas y me di cuenta de cuánto daño había hecho a la gente, de cuántas cosas malas le había ayudado a hacer a Guillaume. Así que lo abandoné y me vine aquí. Él me siguió, pero huí y me oculté, ya no quería su cariño.

—¿Por eso estás tan afligida? ¿Por la llegada de los Berkeley? —preguntó Alec cuando pareció que Mira había acabado. Su tono era seco y algo burlón, como si el miedo y la vergüenza de Mira fueran infundados.

—De no ser por mí, esa gente no habría sufrido tanto, y no hubieran secuestrado a Rosalie...

—Espera, espera un segundo. ¿Ayudaste a Guillaume a planear el secuestro?

—No, pero...

—En ese caso no tienes por qué culparte de nada —dijo con firmeza.

—Pero todas esas personas a las que robé...

—¿De verdad crees que les importan algo tus remordimientos de conciencia? No. Ya se han olvidado de la jugada que les hizo cierta vez un duendecillo francés, y siguen viviendo su vida mientras tú te atormentas y te agobias por nada. Mira, mi pequeño diablillo confuso, deberías emplear tus energías en algo mejor que eso.

—En verdad nunca había pensado demasiado en ello —dijo Mira con pesar aunque confortada por su práctica valoración de la situación—. Pero mi problema ahora es cómo irme de aquí.

De repente, el rostro de Alec se endureció.

—Eso es muy sencillo, cariño. Sólo tienes que

elegir un par de tus vestidos favoritos, una muda interior y un par de zapatos buenos. Mételes en una bolsa y procura sacarle un poco de dinero a Sackville antes de irte. ¿No crees que eso te resolvería el problema? ¿O hay algo más que te impida salir por la puerta? ¿Quizá Sackville te importe más de lo que pensabas? ¿O quizá te resulte difícil dejar atrás todos estos lujos?

—Ahora estás siendo odioso —dijo Mira furiosa, clavando los ojos en la puerta abierta de la pagoda.

¿Por qué Alec tenía esos bruscos cambios de humor? ¿Por qué de repente se dedicaba a fustigarla verbalmente cuando había sido tan amable con ella hacía sólo unos minutos?

—¿Por qué irte ahora? ¿Es que te da miedo lo que los Berkeley puedan decir cuando te vean?

—¡Sí! ¡Por supuesto que tengo miedo! ¡Sería una estúpida si no lo tuviera! Berkeley me

aplastará como a una hormiga para averiguar dónde está Guillaume. Y yo no lo sé. Hace años que no le veo..., pero Berkeley no me creerá.

—Entonces dile a Sackville que te proteja.

Seguía burlándose de ella. Mira se mordisqueó el labio inferior en un esfuerzo por contener la ira. Alec sabía lo indefenso que estaría Sackville contra alguien tan poderoso como Rand Berkeley. Mira rechinó los dientes mientras intentaba buscar una respuesta apropiada.

—Quizá lo haga —dijo ella, y él bufó. Mira le recriminó con impotencia—. ¡No te burles de mí! Sabes tan bien como yo que Sackville se desmoronaría como un castillo de naipes. Y no hay nadie más que... —Mira lo miró y se detuvo—. Bueno, tú podrías encargarte de Berkeley. No se atrevería a enfrentarse a alguien como tú, y no me haría daño si estuvieras ahí para... Pero no estás dispuesto a ayudarme, ¿verdad?

—Podría, si me lo pides amablemente.

Mira le dirigió una mirada recelosa.

—¿Qué exigirías a cambio de tu protección?

Alec sonrió.

—Aprendes muy deprisa, ¿verdad? Lo razonable sería que el pago dependiera del esfuerzo que tuviera que hacer para mantenerte a salvo.

—Ya me debes un favor —señaló Mira pensando con rapidez—. ¿Recuerdas lo que hice por ti la mañana que *Soberano* te arrojó al suelo?

—Claro que lo recuerdo —dijo él con suavidad—. Pero no te debo nada por eso. No pedí tu ayuda.

—¡Menudo ingrato!

—Cuidado con lo que dices, querida. Podrías herir mis sentimientos y ahora mismo no puedes permitirte ese lujo.

—¿Acaso tienes sentimientos? —preguntó ella,

finjiendo asombro—. Oh, lo siento..., no tenía ni idea.

—Te lo he advertido —dijo él—. Y sólo por eso, quizás exija mi pago ahora. —La miró de la misma manera que antes, con los ojos brillantes, y la pagoda pareció encoger de tamaño—. ¿Qué pagarías por mi protección? —preguntó él, descruzando sus largas piernas y acercándose adonde Mira estaba sentada.

La joven se sintió inquieta por la forma lenta y depredadora en que él se sentó en el cojín a su lado, pero intentó mostrarse despreocupada.

—Por favor, esto es algo serio. Deja de jugar conmigo —dijo, dando un respingo cuando él se inclinó sobre ella colocando las manos a ambos lados de sus caderas. En esa posición, Mira podía ver las pestañas negras que enmarcaban sus ojos grises y la sombra sutil de la barba en la parte inferior de su rostro. Sus labios sólo estaban

separados por unos centímetros, provocando que el pulso de la joven se disparara y que sus nervios se retorcieran de inquietud—. ¿Qué clase de pago reclamas? —preguntó con desdén—. ¿Un beso? ¿O crees que merecerías algo más por rebajarte a protegerme? Quizá debería dejar que me pusieras las manos encima y que obtuvieras lo que sea que quieras...

—Lo que sea que quiero —repitió Alec, pronunciando las palabras casi contra sus labios—. ¿Sabes lo que quiero de verdad? Saber por qué la amante de Sackville me mira con tanta inocencia desconcertada cuando la toco. Saber por qué cuando me besaste me pareció que era la primera vez que te besaban. —Hizo una pausa y luego su susurro hizo arder las orejas de Mira—. El único pago que exijo es que me respondas a una pregunta. Sólo a una, Mira.

—Lo sabes todo sobre mí —dijo ella con aire

inseguro—. Te he contado todo lo...

—No. No me lo has contado todo.

—Entonces, hazme la pregunta.

—¿Eres realmente la amante de Sackville?

Mira intentó apartarse de él, pero Alec la atrapó por la cintura con facilidad, haciendo que cayera contra su fuerte y amplio pecho. Ella se retorció para escapar del brazo que la rodeaba. El pánico de la joven se incrementó cuando el duque inclinó la cabeza para susurrarle al oído:

—Quizá debería hacerte la pregunta de otra manera —ronroneó—. ¿Es Sackville lo suficiente hombre para ti? ¿Alguna vez has pertenecido a un hombre? Yo creo que la respuesta es no.

Ella emitió un pequeño gemido.

—Suéltame —dijo sin aliento, intentando zafarse de él.

—De hecho, llegaría a apostar lo que fuera a que jamás te has acostado con nadie. Puede que

me equivoque. Pero, a pesar de todo lo que has hecho, a pesar de todas tus desventuras, tienes menos experiencia de lo que quieres hacer ver, ¿no es cierto? Y después de que me respondas a eso, dime cuánto hace que Sackville es impotente. Es lo único que explicaría lo que observo desde hace tiempo.

—¡Oh, te odio! —gimió ella, sollozando entrecortadamente—. ¡Para de una vez! Estás equivocado. Sí, he estado antes con otros hombres, con centenares de ellos, centenares...

—Mentirosilla. Pero deja que lo compruebe por mí mismo antes de tomarte la palabra.

—¡Oh, no lo hagas! —Mira se puso rígida cuando sintió que le alzaba las faldas, deslizando la mano con rudeza hasta encontrar la fina suavidad de los pololos—. ¿Qué estás haciendo? ¡Detente!

Alec cerró los dedos en el tenso muslo de la

joven y, de repente, su voz contenía lo que parecía ser un rastro de desesperación.

—Mira, escúchame.

—¡No puedo decírtelo, no puedo!

—Sé que le has hecho algún tipo de promesa. Sé que temes romperla pero, por el amor de Dios, tengo que saberlo o me volveré loco. No me importa si eres virgen o no. No me importa si has estado con centenares de hombres. Sólo quiero saber si en realidad eres la amante de Sackville. Dímelo... Tengo que saber la verdad. —Movi6 la mano lentamente de arriba abajo por el interior del muslo de la joven, haciéndola arder con una caricia suave a través de la fina tela—. ¿Eres la amante de Sackville?

—Alec... —dijo ella casi sin aliento.

Él volvió a subir la mano, acercándose peligrosamente a la cálida hendidura entre sus muslos.

—Dime la verdad, Mira.

—No puedo...

—¿Eres la amante de Sackville?

—Oh...

—¿Lo eres? —insistió él.

De repente, Mira se hundió entre sus brazos.

No podía seguir luchando contra él.

—No —sollozó.

Con un gemido de alivio, él la rodeó con sus brazos y la aplastó contra su cuerpo. Ella sintió sus labios contra el pelo. Después pareció como si la abrazara durante horas entre sus firmes y posesivos brazos. Mira soltó un trémulo suspiro y lo abrazó con desesperación, dejando que la sostuviera, sin querer moverse nunca de su lado. Resultaba inútil negar por más tiempo que amaba a Alec Falkner; jamás amaría a otro hombre de esa manera. Lo amaba todo de él, la forma en que la intimidaba, cómo bromeaba con ella y luego la

consolaba. La forma en que se reía y la abrazaba; su ira y su deseo... Lo amaba con todas sus fuerzas sin importar cuáles fueran sus defectos.

—Sackville tuvo un accidente de equitación antes de que yo entrara en su vida —dijo ella, acurrucándose contra él y enterrando la cara en su cuello—. Se hizo daño en la espalda. Tardó mucho tiempo en recuperarse, pero estaba bastante bien cuando yo llegué aquí. Me convirtió en una especie de proyecto especial.

—Me lo imagino.

—Si no hubiera sido por su bondad, habría muerto. Cuando me recuperé, me dijo que había estado cuidándome y que quería... que fuera su amante. Sabía que le debía la vida, y no tenía otra manera de pagarle. Acudió a mi cama algunas veces..., pero nunca pudo... ya sabes.

—Lo sé.

—El accidente acabó con su habilidad para...

hacer el amor. Pero es un hombre orgulloso y temía que alguien lo descubriese. Sackville me dijo que todavía podía ayudarme si fingía ser su amante. Es muy orgulloso y teme lo que la gente pueda pensar de él. Le prometí que jamás se lo diría a nadie y que le ayudaría a convencerte de que...

—Está bien. —Alec aflojó su abrazo castigador. Le ahuecó la cabeza con una mano y le hizo alzar la cara para poder mirarla directamente a los ojos —. No vas a marcharte de aquí —dijo él con voz queda—. Por lo que puedo observar, siempre has resuelto tus problemas huyendo. No vas a volver a hacerlo.

Mira se revolvió para intentar escapar de él. Alec no sabía toda la verdad. No se imaginaba que su pasado era demasiado complicado, que había demasiados obstáculos que no podían resolverse y olvidarse así sin más. Tarde o

temprano volverían a alzarse contra ella, amenazándola durante el resto de su vida. Tenía que huir de allí, era su única salida.

—No quiero enfrentarme a ellos —dijo ella.

—No puedes pasarte la vida huyendo de los Berkeley. No tendrás nada que temer una vez que te enfrentes a ellos.

Mira quería creerle, ¿y cómo podía no hacerlo cuando él hablaba con tal autoridad, con tan absoluta certeza? Asintió con renuencia, cerrando los ojos cuando él depositó un beso en su frente. La boca de Alec era cálida y suave, y le encendió los sentidos de una manera placentera. Mira recordó el apretón de su mano en el muslo y, de repente, se sintió indignada, excitada y nerviosa a la vez.

—¿Alec? —preguntó con voz queda—. ¿Tienes...? ¿Alguna vez has mantenido una amante?

En ese momento, Mira deseó haber tenido un tercer pie con el que darse una patada en el trasero al ver cómo él sonreía en respuesta. Parecía saber con exactitud lo que ella había estado pensando. Tenía una expresión sardónica y divertida en el rostro mientras bajaba la mirada hacia ella y subía la mano libre hasta las frágiles líneas de la garganta de la joven con una suave caricia sensual.

—Vayamos paso a paso, cariño —murmuró él—. Resolvamos este lío primero antes de meternos en otro.

—No preguntaba por... —empezó a decir cuadrando los hombros con rigidez.

—Sé por qué lo has preguntado.

—Bueno, lo cierto es que no me importa...

—La respuesta es no. Jamás he conocido a una mujer capaz de encandilarme durante tanto tiempo. Nunca he tenido interés en mantener

una amante a la que dedicar todo mi tiempo y satisfacer todas sus necesidades.

—Dios ayude a la mujer con la que decidas casarte —dijo Mira bruscamente—. ¡Una sola mujer jamás sería capaz de satisfacerte!

—Oh, en eso no estoy de acuerdo. No pienso andar mariposeando por ahí después de casarme. Ya que exigiré fidelidad absoluta a mi mujer, es justo que yo le ofrezca lo mismo, ¿no crees?

—Oh. Sí, creo que eso es muy... muy...

—Práctico —dijo él mientras ella buscaba inútilmente la palabra adecuada—. Y muy conveniente. Por no mencionar que es bastante más barato mantener a una esposa que a una amante. Aunque la tarea de encontrar a la esposa adecuada no resulta tan fácil.

Mira se sintió inquieta ante el giro que había dado la conversación. Era evidente, pensó tristemente, que ella no era el tipo de mujer con

la que podría casarse alguien como él. Pero si tenía que ser la amante de alguien... Entonces no sería tan terrible ser la de Alec. En absoluto.

—Supongo que tus exigencias son muy elevadas —comentó lentamente.

—Elevadas, pero no imposibles. Además, soy muy abierto de miras —dijo con una sonrisa burlona—. Te aseguro que si no fuera por tu temperamento, por tu pasado turbulento y tu costumbre de mirarme con el ceño fruncido, serías mi primera opción.

¿Por qué le gustaba burlarse de ella de esa manera?

—No sé por qué me molesto en hablar contigo —dijo Mira secamente.

—Probablemente porque la mayoría de las veces no te condeno por ser como eres. Estamos cortados por el mismo patrón y, por alguna misteriosa razón, a los dos nos va bien el traje.

¿Cómo podía decir eso?, se preguntó Mira, conteniendo las ganas de echarse a reír o gritar ante esas palabras. Él no sabía que era hija de una prostituta. ¿Cortados por el mismo patrón? Aunque eso fuera cierto, había diferencias significativas entre ellos. Eran opuestos en todos los sentidos. Abrió la boca para decírselo, pero él la interrumpió.

—No te molestes en negarlo. Tienes una mente rápida y nunca te dejas engañar por las apariencias. Igual que yo. Tampoco respetas a la mayoría de la gente..., como yo.

—Es evidente que a mí, particularmente, no me respetas, o no estarías hablándome con tal grosería —repuso Mira furiosa—. ¿Es ésta la idea que tienes de mostrar simpatía? ¿Recitar una lista con todos mis defectos?

—Pero para mí no son defectos, mi preciosa diablilla. De hecho, acabo de hacerte un

cumplido.

—¡Pues espero que dejes de hacerme esa clase de cumplidos!

—Si tanto te molesta mi compañía, puedes irte —sugirió Alec.

Y se rio cuando ella hizo precisamente eso.

El reloj dio las once. Mira estaba sentada ante el tocador en una silla con respaldo de lira, con la barbilla apoyada en la palma de la mano. Una sola vela iluminaba la superficie de la mesa y su cara reflejada en el espejo, donde también podían verse las sombras iluminadas por la tenue luz de las estrellas que entraba por las ventanas. La habitación de la torrecilla tenía unos muebles muy femeninos y delicados de madera pintada de blanco; el empapelado de la pared estaba adornado con intrincados diseños de rosas a

juego con las cortinas y los tapizados. Los vestidos de Mira estaban guardados en un armario de caoba, y los guantes y sombreros en una cómoda con tiradores de latón. Era una estancia cómoda y funcional, con multitud de objetos de alfarería pintada, útiles de costura y adornos de porcelana china. En otro tiempo Mira nunca se hubiera imaginado en una habitación tan lujosa como aquélla, con sus gruesas alfombras de lana sobre el suelo pulido de roble, y los cepillos con mango de marfil que hasta entonces habían sido desconocidos para ella.

La primera vez que había conocido aquella clase de vida tan lujosa había sido cuando había vivido con Rosalie y Rand Berkeley en el *château* d'Angoux. En vez de sentirse intimidada por un mundo tan extraño, Mira se había acostumbrado a él de inmediato. Poseía una naturaleza curiosa y una mente despierta. Aprender nunca había sido

un problema para ella. Absorbía las lenguas extranjeras y otros conocimientos con suma facilidad, había aprendido a imitar los buenos modales con tal rapidez que enseguida se habían convertido en una costumbre arraigada en ella. Con tiempo suficiente, Mira podía adaptarse a cualquier situación. Era un talento natural que poseía y de no haber sido así, jamás hubiera sobrevivido a sus primeros años de vida. Había sido muchas cosas hasta ese momento: actriz, camarera, acompañante, amante. ¿Qué más papeles adoptaría en el futuro? Sólo el tiempo lo diría.

Se miró con curiosidad en el espejo, preguntándose qué rasgos de su rostro la habían delatado ante Alec Falkner. ¿Por qué podía leer con tanta facilidad en ella? Mientras observaba sus grandes ojos castaños en el espejo, su reflejo se difuminó y sólo pudo ver la cara de su

hermano, los ojos de Guillaume. A pesar de haber tenido padres diferentes, ambos podrían haber sido gemelos.

Cansada, Mira cerró los ojos y se frotó las sienes, pero la imagen de su hermano no desapareció de su mente. Tenía los ojos oscuros, del agrisulce color del otoño, una sonrisa radiante que lo mismo podía significar cordialidad, malicia o buen humor. El pelo era oscuro, casi negro, y le caía ligeramente rizado sobre la frente. Mira había creído que realmente la quería. Pero qué extraño había sido descubrir que el hermano que siempre había parecido ser tan sabio y sagaz podía llegar a ser realmente cruel cuando se dejaba llevar por la avaricia y la desesperación. Mira había comprendido su sed por la seguridad que proporcionaba el dinero, pero no podía perdonarle lo que aquello le había impulsado a hacer. Herir a otras personas había

estado mal y ella había tenido tanta culpa como él. Pero destrozar a la gente a propósito era imperdonable y Guillaume había sabido tan bien como ella que separar a Rand Berkeley y a Rosalie era la mejor manera de destruirlos a ambos; había sido despiadado.

—Oh, Guillaume —dijo en voz alta, poniéndose en pie y apagando la vela de un soplido—. ¿Qué habrá sido de ti? ¿Dónde estarás ahora? —Ojalá dejara de preocuparse por su desaparecido hermano. Pero a pesar de todas las cosas que había hecho, seguía sintiendo un profundo cariño por él.

A Mira le costó quedarse dormida. Permaneció tumbada en la cama con los ojos abiertos y la mirada clavada en la oscuridad de la noche hasta que por fin la venció el sueño. Allí la esperaban inquietantes imágenes que llenaron su mente de extrañas impresiones. Se vio sentada en un jardín

florido con Rosalie, con el aire impregnado por el aroma de los helechos y las rosas, los cálidos rayos de sol les calentaban la nuca mientras leían juntas. Rosalie sonreía, con la cara pálida y vulnerable y los ojos del azul más intenso imaginable.

—Aprendes muy rápido —dijo Rosalie con ternura. Luego señaló con el dedo un largo pasaje y añadió—: Prueba con éste.

Mira se inclinó alegremente sobre el libro. En ese momento oyó un sonido ahogado y un susurro amenazador. Cuando levantó la mirada, Rosalie había desaparecido. El jardín verde estaba tranquilo y misteriosamente vacío.

«¡Rosalie! ¿Dónde estás? —intentó gritar Mira, pero las palabras no le salieron de la boca. Se levantó con dificultad en medio de un espantoso silencio—. ¡Guillaume! ¡Guillaume se ha llevado a Rosalie!»

Echó a correr, pero le costaba mover los pies. Los sentía pesados, como si tuviera losas en vez de pies. Comenzó a caminar a tuestas y unas manos enormes la agarraron por los hombros.

—¿Qué le ha ocurrido a Rose? ¿Dónde está? —gruñó una voz masculina en su oído.

Mira se encontró mirando la cara adusta y los ojos dorados de Rand Berkeley. Estaba furioso. Se estremeció de miedo, incapaz de hablar. Berkeley la tiró al suelo y ella sintió que caía muy, muy abajo como una piedra en un estanque, y presa del pánico estiró los brazos para agarrarse a algo. De improviso, la escena cambió y se vio en el fondo de un valle rodeada de altas colinas. Arriba estaban Berkeley y Guillaume luchando, batiéndose con espadas. Al escuchar los agudos sonidos de metal contra metal y ver los destellos de las hojas brillantes, Mira sintió cómo las lágrimas se le deslizaban por la cara y el cuello.

Tras subir la colina abrió la boca para llamarles, pero no pudo articular sonido alguno y ambos la ignoraron cuando se acercó a ellos. En un feroz movimiento, Guillaume le clavó a Rand la espada en el pecho. Berkeley cayó; su enorme cuerpo se derrumbó en el suelo. Sollozando de terror y tristeza, Mira gateó hacia la figura caída mientras Guillaume escapaba.

Pequeños riachuelos de sangre corrían al suelo desde el pecho de Rand, donde era absorbida por la tierra como una lluvia oscura. Luego la dolorosa pena de Mira se transformó en desesperación, pues vio que el hombre herido no era Rand Berkeley. Acunó la oscura cabeza en su regazo y unos enormes sollozos escaparon de su garganta al inclinarse sobre el cuerpo herido mientras intentaba contener la sangre con las manos. Los vidriosos ojos plateados se entreabrieron y él pareció sonreír burlonamente

ante su angustiado pánico. Alec Falkner se moría entre sus brazos y ella no podía hacer nada para evitarlo. Una fría neblina los rodeó, y Mira se aferró a Alec con todas sus fuerzas. De repente, recuperó la voz y un horrible grito salió de su garganta.

Mira se incorporó de golpe, sacudió la cabeza y abrió los ojos, con el pecho subiendo y bajando por los jadeos entrecortados. Tenía la cara húmeda por las lágrimas y el cuerpo tenso. Llevándose una mano al corazón, intentó calmar los frenéticos latidos mientras miraba a su alrededor. Sólo había sido un sueño, pensó. Aunque sentía que comenzaba a tranquilizarse poco a poco, el miedo aún seguía paralizándola.

Luego un par de firmes golpes resonaron en la puerta. Mira clavó los ojos en ella incapaz de moverse. Pero los golpes sonaron con más fuerza y esta vez se levantó y sin detenerse a ponerse una

bata sobre el camisón, abrió la puerta con manos temblorosas. Apenas podía creer lo que veía. Pero no había duda: Alec Falkner estaba allí con el rostro somnoliento, irritado y algo preocupado. Su bata de seda gris oscuro brillaba tenuemente en la penumbra de la habitación. ¿Cómo había sabido él que lo necesitaba? ¿Por qué se había molestado en subir hasta allí?

Alec suspiró al ver que ella estaba bien.

—Has debido de tener una pesadilla. Estaba en mi habitación cuando te oí gritar y pensé que... Bueno. Parece que estás bien, así que regresaré a la...

Alec se interrumpió cuando Mira le echó los brazos al cuello y, alterada y temblorosa, soltó un rápido torrente de palabras.

—Estaba soñando, pero parecía real, y no podía hablar. Ha sido horrible, horrible... Guillaume estaba aquí, y todo volvía a suceder

una vez más. Se había llevado a Rosalie y...

—Chsss... —En los ojos de Alec asomó una repentina simpatía. Cerró la puerta y la rodeó con los brazos. La joven llevaba un delgado camisón de cuello alto. Una prenda modesta que caía con gracia sobre su cuerpo. Alec le acarició la espalda con suavidad, rozándole la curva de la columna con la yema de los dedos—. Sólo ha sido una pesadilla.

—... y no podía encontrar... no podía hablar ni decirle a nadie...

—No importa lo real que te pareciera, no ha ocurrido. Sabes que las pesadillas no son reales.

—Sí, algunas veces lo son —dijo ella entre lágrimas, abrazándose a él con desesperación.

Alec la cogió en brazos y la llevó a la cama. Mira se aferró a él, clavando los dedos en la seda que le cubría los anchos hombros. El cuerpo de Alec era grande, reconfortante y sólido, y le hacía

sentir como si nada ni nadie pudiera hacerle daño mientras estuviera con él. Mira no le soltó ni siquiera cuando él le deslizó un par de almohadas detrás de la espalda, le recolocó el camisón arrugado y le puso detrás de la oreja un mechón oscuro que le había caído sobre la frente húmeda. Sus gestos eran tranquilizadores, casi fraternales. Mira se agarró a las solapas de la bata de Alec cuando él se acomodó a su lado, haciendo que inclinara la cabeza para que oyera su trémulo susurro.

—Gracias. M-me da miedo estar sola.

—No hay de qué —dijo él, sonriéndole y añadiendo con desenfado—: Tengo mucha experiencia en llevar a las mujeres a la cama.

En lugar de reírse o molestarse por aquel comentario provocador, Mira lo miró con seriedad, con los ojos brillantes por las lágrimas no derramadas.

—Gracias por preocuparte por mí.

—Pero será mejor que no me quede mucho tiempo. —Alec señaló la puerta con un gesto de la cabeza. Ahora que estaba tranquila en la cama y que sus miedos iniciales habían desaparecido, Mira se percató de que él estaba inquieto y agitado—. Tengo el presentimiento de que se desatará el infierno si alguien me encuentra aquí contigo —dijo.

Ella no quería que se fuera.

—Aquí no viene nadie salvo Sackville, y jamás lo hace de noche.

—Cierra los ojos y duerme —murmuró Alec con una sonrisa sardónica en los labios—. De todas maneras tengo que irme, pues aunque en algunas cosas soy capaz de controlarme, en otras me falta disciplina, como me ocurre ahora.

Bajó la mirada hacia ella con una insólita ternura. Entonces, como si no pudiera resistirse,

inclinó la cabeza y rozó los labios de Mira con los suyos en un beso platónico. A ciegas, Mira le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo hacia sí, abriendo la boca bajo la de él. Alec se puso rígido y, al instante, un gemido ahogado resonó en su garganta. La besó con una pasión abrasadora, y exploró con la lengua el suave interior de la boca de la joven con una experta sensualidad que la hizo encoger los dedos de los pies. En ese momento, Mira se dio cuenta sorprendida de que él le había metido la lengua en la boca. Se estremeció mientras el juego sensual continuaba; luego comprendió que sus bocas estaban imitando el acto de amor, y un suave y ardiente resplandor comenzó a crecer en su interior y a inundar cada célula de su cuerpo.

Lentamente, Alec finalizó el beso y tomó aire profundamente. Intentó apartarse de ella pero los brazos de Mira todavía le rodeaban el cuello.

—No te vayas —dijo ella con voz entrecortada  
—. Todavía tengo miedo...

—¿Miedo de qué?

—De estar sola. Jamás he pertenecido a nadie. Ni a ningún lugar. Tengo miedo de que eso no ocurra jamás... Necesito pertenecer a alguien aunque sólo sea por un breve instante.

—Mira...

—No quiero hablar. Las palabras no me sirven de nada. —Sus ojos brillaban de pasión, su voz y sus manos temblaban de excitación y sus labios se habían suavizado por el beso—. Hazme el amor, Alec. Haz el amor conmigo.

Alec la miró y su corazón palpitó a toda velocidad mientras contenía la respiración. Se obligó a recordar que ella estaba asustada y que no sabía lo que le estaba pidiendo.

—No quiero aprovecharme... —comentó, y ella silenció sus palabras con los labios, deslizándole

las manos por el cuello de la bata y apretando las palmas contra aquella suave y dura espalda—. Pequeño diablillo —añadió él sin aliento, riéndose entrecortadamente mientras levantaba la cabeza para mirarla—. Estás muerta de miedo y yo casi no tengo control. No me siento muy noble en este momento, así que será mejor que estés preparada para atenerte a las consecuencias. — Hizo una pausa y maldijo por lo bajo cuando sintió que ella forcejeaba con el cinturón de su bata. Los ojos de Alec brillaron de risa. Le cogió las delgadas muñecas con una mano y detuvo sus torpes movimientos mientras la miraba fijamente —. Sólo recuerda quién dio el primer paso cuando terminemos —dijo con voz ronca.

Con avidez, le abrió los labios con los suyos y la besó profundamente; el sabor de Mira era más adictivo que el vino. Le soltó las muñecas y, llevando las manos al cuello del camisón,

comenzó a abrirle uno a uno la larga hilera de botones. Mira se estremeció al sentir los lentos movimientos de los dedos de Alec en su ropa; sabía que pronto no habría nada que impidiera que la poseyera por completo.

Alec le subió el camisón a la cintura. La joven no pudo evitar ponerse rígida cuando la mano del duque se movió con atrevimiento desde su pierna suave a su cadera desnuda. Ella cruzó los brazos sobre el estómago cuando él intentó subirle aún más el camisón.

—¿Quieres desnudarme por completo? —susurró ella confundida—. ¿Es lo normal?

—Levanta los brazos —dijo Alec, dividido entre la diversión y una impaciencia candente y voraz.

Fue la impaciencia quien salió victoriosa pues, de repente, no era capaz de despojar a Mira del camisón con la rapidez suficiente. Alec se

encontró con que aquel ardiente deseo lo volvía sorprendentemente torpe ante una tarea tan sencilla. «No seas rudo con ella», se advirtió a sí mismo, obligándose a tener paciencia. Estaba preparado para ella en ese mismo instante. Su virilidad, tensa y dolorida, quería introducirse en ella sin más dilación, pero no podía permitírselo. Tenía que conseguir que Mira lo deseara tanto como él la deseaba a ella.

Cuando la acarició con sus cálidas manos, Mira gimió y se removió con inquietud; jamás en su vida se había sentido tan vulnerable ante otro ser humano. Alec eclipsaba completamente aquel entorno femenino, los encajes y los volantes fruncidos de la cama; su mera presencia parecía una invasión en la habitación de la torrecilla. Al quitarse la bata, sus anchos hombros bloquearon la vista de Mira.

Se puso sobre ella y la atrajo contra su cuerpo,

deslizándole las manos por la espalda para estrecharla con fuerza, buscando con los labios el hueco sensible de su garganta.

—Mira —le dijo con voz ronca—, nunca en mi vida he deseado a nadie tanto como te deseo a ti.

—Yo también te deseo —repuso ella con suavidad, acariciándole con la nariz detrás de la oreja, arqueando su cuerpo desnudo hacia el de él, con el corazón desbordante de amor.

—Desde la primera vez que te vi... No podía creer lo hermosa que eres... Me has hecho pasar un infierno.

—No era mi intención.

—No puedo soportar la idea de que alguien más que yo te posea.

—Nadie lo ha hecho —dijo ella, y él rodó con ella hasta ponerla bajo su cuerpo. Luego la miró directamente a los ojos.

—¿Qué has dicho? —susurró.

—Quiero que tú seas el primero... Quiero...

Mira no pudo acabar la frase porque la boca de Alec cayó sobre la suya y sus manos la acariciaron con una vertiginosa lentitud. Las sensaciones, dulces y vibrantes, parecían surgir de los dedos masculinos allí donde la tocaban. Alec le ahuecó el pecho con la mano y la acarició con una suavidad exquisita hasta que el pezón se irguió con firmeza contra su palma. Mira soltó un jadeo ahogado, ofreciéndole los pechos, y él le frotó el duro pico con el pulgar mientras jugueteaba con la comisura de su boca, prodigándole pequeños y tiernos besos.

Alec deslizó los labios por el cuello de la joven hasta la curva superior de sus senos, lamiendo la suave piel que encontró a su paso. Su aliento, profundo e irregular, se extendió sobre la piel de Mira antes de que su boca tomara posesión del sensible pezón, excitándolo y envolviéndolo en un

húmedo calor. Mira se sintió flotar en un mar de placer, un placer líquido que invadía cada poro y célula de su cuerpo. Se removió con impaciencia bajo él y gimió su nombre, estremeciéndose con aquellas sensaciones que jamás había sentido antes. Protestó débilmente cuando Alec levantó la cabeza.

—Tranquila —dijo él con suavidad, acariciándole la pequeña curva de la cintura y la cadera con un gesto tranquilizador—. Ten paciencia, cariño. Quiero amarte despacio... Tenemos todo el tiempo del mundo.

Jadeando, ella se obligó a relajar los dedos con los que se aferraba a sus hombros. Lentamente, él volvió a deslizar la boca por la cima palpitante de su seno, y ella le rodeó el cuello con los brazos, hundiendo la cara en el suave pelo negro de Alec.

—Alec —sollozó ella cuando él le exploró con la lengua el duro y sensible pezón, alternando las

suaves caricias con otras más duras.

Poco a poco le fue mostrado un nuevo tipo de comunicación entre ellos, con palabras entrecortadas, con tiernos besos, con lentas y provocadoras caricias. Mientras pasaban los minutos envuelta en una neblina de deseo, Mira pensó que Alec la conocía mejor que nadie en su vida.

—Yo cuidaré de ti ahora —susurró él, moviendo sus manos morenas por la pálida piel de la joven como una sombra sobre la nieve de invierno—. Te dije que al final serías mía, y jamás lo lamentarás. Te conozco, sé cómo hacerte feliz.

—Oh, por favor, no hagas promesas —dijo ella, girando la cara hacia la almohada.

—Oh, claro que las haré —murmuró él, mordisqueándole el cuello—. Y tendrás que aprender a aceptarlas, porque yo siempre cumplo mis promesas.

—Hay tantas cosas que no sabes de mí...

—No importan. Lo único que importa es que te deseo..., que te he deseado desde el primer momento en que te vi, con ese pelo de gitana, esos grandes ojos castaños y esa sonrisa provocativa. Desde ese instante quise saberlo todo sobre ti, conocer el sabor de tus labios, el tacto de tu piel...

Alec deslizó la mano desde la base del cuello hasta el valle entre sus pechos, acariciándole suavemente con el pulgar. Mira se sonrojó cuando él paseó los dedos por su estómago. La tocaba como si la poseyera, como si conociera todos los secretos de su cuerpo. Mira jadeó cuando le rozó el triángulo de rizos oscuros entre sus piernas y, a continuación, tiró ligeramente del suave vello rizado, provocando una oleada de sorpresa que atravesó el cuerpo de la joven. Mira agrandó los ojos cuando él deslizó un muslo entre

sus rodillas, acariciándole suavemente las piernas con aquella extremidad cubierta de vello.

Ella se quedó paralizada presa de una desconcertante mezcla de temor, deseo y creciente expectación. Sin apartar los ojos del rostro de la joven, Alec se aventuró más abajo, indagando con la punta de los dedos hasta encontrar el diminuto nudo de nervios. Lo tocó y acarició con suavidad. Mira cerró los ojos y separó los labios, y él sintió una oleada de fiera satisfacción al ver la fina película de sudor que cubría la piel femenina.

Mira clavó los ojos en la oscuridad y se estremeció mientras oía sus propios e incoherentes susurros. Tenía la voz quebrada mientras le pedía que por favor aliviara aquel tormento. Ardía con un deseo incontrolable, pero aun así, las puntas de los dedos de Alec no la liberaron del tumulto que causaban.

—No luches contra ello —dijo Alec con voz ronca, acariciando los sensibles pliegues entre sus muslos y pegándole su ardiente boca contra la garganta—. No luches... Déjame, déjame hacer.

El dedo índice de Alec jugueteó en la entrada del cuerpo de Mira, y luego se deslizó dentro con suavidad. Él se quedó aturdido ante la presión con la que aquella carne virgen envolvió su dedo indagador. Incluso en medio de la pasión, Alec no pudo evitar sonreír contra la curva del cuello femenino, con el corazón saltándose un latido al sentir una punzada de pura ternura. Alarmada por aquella íntima intrusión, Mira soltó un grito ahogado e intentó apartarse.

—Oh... Oh, detente, Alec.

—No puedo detenerme ahora —dijo él con voz ronca—. Estás casi... casi... —Deliberadamente acarició aquel húmedo y sedoso calor, indagando con el dedo en su interior y apretando la palma

de la mano contra el pequeño nudo de nervios. De repente, Mira gritó y se estremeció como si hubiera sido azotada por una tormenta, y sintió cómo la envolvía una inmensa y rugiente oleada de placer. Atrapó la mano de Alec con los muslos y se quedó sin respiración cuando alcanzó el éxtasis con una fuerza violenta—. Sí, eso es —ronroneó él, moviendo los dedos para buscar otra estremecida respuesta del indefenso cuerpo femenino mientras le susurraba suavemente al oído.

Después la abrazó mientras el fuego interior de Mira disminuía gradualmente. La dejó descansar un buen rato medio tumbada sobre él, con la cabeza de la joven sobre el hombro y su cuerpo acurrucado contra el suyo.

—No puedo creer que hicieras eso —susurró ella apoyando la ruborizada mejilla contra su hombro.

—Te dije que te haría feliz —murmuró él, pasando las manos por las largas y brillantes guedejas del pelo de Mira—. Y eso sólo ha sido el principio.

—Yo también quiero hacerte feliz —dijo ella, jugueteando tímidamente con el vello del pecho de Alec y alzando la cara para besarle en la base de la garganta.

—Y voy a serlo.

Alec rodó con ella en un ágil movimiento, tumbándola sobre el colchón. Un brillante halo dorado captó la mirada de Mira; un medallón de oro colgaba de una cadena en el cuello de Alec. El objeto, que parecía una moneda, cayó sobre la almohada y se deslizó por el colchón cuando Alec bajó la cabeza hacia ella. Mira recordaba haber visto antes ese medallón e iba a preguntarle sobre él cuando Alec capturó bruscamente su atención. Mira sintió que las manos masculinas volvían a

recorrerle todo el cuerpo, encendiendo nuevos fuegos, despertando su respuesta una vez más con sensual habilidad.

—Eres muy pequeña —dijo él, acercando tanto su boca a la de ella que Mira pudo sentir el susurro de sus palabras contra los labios—. Te va a doler y, demonios, yo no quiero hacerte daño.

—No me importa —dijo ella con voz ronca—. De veras que no. Lo quiero todo... todo de ti...

Alec le mordisqueó ligeramente las puntas de los pechos y luego los lamió suavemente con los labios y la lengua mientras Mira clavaba las uñas en el colchón.

—Todavía no estás preparada —murmuró Alec, acariciándole con la nariz el hueco de la garganta—. Puedes tocarme.

—¿Dónde quieres que te toque?

—Donde quieras. Me gustará todo lo que hagas.

Muy suavemente, Mira le deslizó las pequeñas manos por la espalda, desde los hombros musculosos a la delgada cintura. La piel de Alec era tersa al tacto y se tensaba sobre los músculos duros.

—Eres tan fuerte —dijo ella, casi atemorizada por la fuerza vigorosa del cuerpo masculino—. Y tan hermoso.

—Esperaba que pensaras así —replicó él con una sonrisa de infarto—, simplifica mucho tu seducción.

—¿Mi seducción? Pensaba que era yo quien te había seducido. —Con curiosidad, deslizó las manos por la espalda de Alec, deteniéndose en las pequeñas oquedades de su columna vertebral.

—Y lo has hecho. —Alec se estremeció y tomó aire entrecortadamente. Animada, Mira continuó explorando la ancha superficie de su espalda, arañándole la piel delicadamente con sus uñas,

desde la cintura a los omóplatos—. Sí —dijo él, traicionado por el pequeño temblor de su voz—. Como sigas excitándome de esta manera, no dejaré que te apartes de mí nunca.

Mira sonrió, se recreó en el recién descubierto poder de excitarle. Con creciente confianza le acarició libremente guiada por sus impulsos. Dibujó círculos con las yemas de los dedos en el sedoso vello del pecho, le rozó las diminutas cimas de sus tetillas planas con los pulgares, y le acarició las costillas y los poderosos músculos del abdomen.

De repente, ella se detuvo, indecisa.

—¿Hay algún lugar —preguntó con vacilación— donde no deba tocarte?

—No —dijo él con suavidad, sabiendo con exactitud a qué se refería—. Si quieres dame la mano y yo te enseñaré.

—No, deja que te toque yo. Yo sola.

Con cautela bajó las manos hasta su erguida virilidad. Estaba nerviosa y Alec gimió cuando sintió esos fríos y temblorosos dedos rodeándole. Ninguna sensación anterior, ni de placer ni de dolor, le habían aflojado las rodillas de aquella manera. Estaba dolorosamente duro y palpitante con aquellas lentas caricias que ella le prodigaba. Sintió cómo Mira bajaba la palma de la mano por su miembro y cómo volvía a subirla de nuevo. Sus dedos eran como el terciopelo y, cuando ella levantó la cara hacia él, Alec le cubrió la boca con la suya. Gimiendo su nombre, Alec empujó un par de veces contra aquellas manos tan exquisitamente suaves. Unas cálidas sensaciones inundaron a Mira ante los habilidosos labios de Alec, la implacable fuerza de su masculinidad entre sus manos y el anhelo febril de su propio cuerpo. Poco a poco, Mira sintió que un húmedo calor la inundaba entre sus piernas, y comenzó a

estremecerse cuando él le separó las rodillas con las suyas. Mira le rodeó apasionadamente el cuello con los brazos y ladeó la cabeza para recibir los profundos besos de Alec.

Procurando no aplastarla, Alec se colocó sobre ella, apoyando su torso contra la plenitud de los pechos femeninos, y los codos a ambos lados de la cabeza de Mira. Ella quedó aprisionada entre la maciza jaula que formaban los brazos y el pecho de Alec, y el sutil olor masculino le inundó las fosas nasales. El abrasador calor de la virilidad de Alec anidaba entre la cuna de los muslos de Mira. Ambos contuvieron la respiración ante el electrizante contacto de sus pieles desnudas, contrajeron el vientre y se apretaron el uno contra el otro a la vez.

—Alec —dijo Mira en tono inquisitivo.

Él la miró fijamente, apartándole los mechones de pelo de la frente con la punta de los dedos.

—¿Qué?

—No esperes más.

A Alec le brillaron los ojos de una manera extraña cuando la miró.

—Seré suave —prometió con voz ronca.

Mira cerró los puños sobre la espalda masculina al sentir una dura e insistente presión entre las piernas. Él bajó su cuerpo lentamente, pero cuando comenzó a deslizarse lánguidamente dentro de ella, Mira jadeó. La fusión de la larga forma masculina en el cuerpo femenino no era fácil, y ella se mordió el labio inferior para contener un gemido de dolor. Por puro instinto se movió para escapar del exigente empuje, pero el movimiento de sus caderas sólo sirvió para que él la penetrara con mayor profundidad. Mira intentó albergarle en su interior con todas sus fuerzas, relajando los músculos, abriéndose para él, y él siguió penetrándola todavía más hasta

quedar totalmente enterrado en su interior. Por un instante, Alec hundió la cara en el pelo de Mira, aturdido por la increíble dulzura de estar envuelto por la carne tensa de Mira. Consciente de la incomodidad de la joven, le murmuró palabras tranquilizadoras contra la sien.

—Chsss. Espera un momento. Mira, mi amor. —Alec movió los dedos adonde sus cuerpos se unían y la tocó íntimamente, rozándola y acariciándola—. Ahora eres mía —dijo él y se deslizó en ella. Luego se apartó y volvió a penetrarla profundamente. Lentamente, Mira abrió los puños sobre sus hombros. Dejó de sollozar y, poco a poco, comenzó a gemir de placer. Tenía las piernas abiertas y las rodillas dobladas—. Tranquila —suspiró Alec, penetrando más hondo con cada envite—. Muévete conmigo... Oh, así, es tan condenadamente bueno.

El ritmo era primitivo, tan básico como el latir de sus corazones. Tras el leve dolor de la posesión, Mira sintió que un extraño e increíble éxtasis la invadía hasta que finalmente se arqueó contra Alec, transfigurada por el placer. Alec salía a su encuentro entre jadeos, y el cuerpo masculino se estremeció cuando él también se rindió al inconmensurable placer de la unión.

Se dejaron caer uno en los brazos del otro, llenos de una profunda laxitud. Una brisa fresca agitó las cortinas de la ventana y atravesó la habitación. El aire de la noche era húmedo y dulce. Mira respiró hondo mientras se acurrucaba contra el hombre que tenía al lado. Alec la abrazó con más fuerza acariciándole la cabeza con la nariz mientras el pelo de Mira caía sobre su pecho como una cortina de seda.

—Ahora eres mía —repitió Alec con somnolencia, y sólo cuando él se sumió en el

sueño dejó Mira que las lágrimas abandonaran sus ojos.

# 6

Mira se relajó en la pequeña pero profunda bañera y recostó la cabeza contra el borde. Con gesto distraído trazó con el dedo la forma de la concha de porcelana, luego deslizó la mirada hacia las volutas de vapor que salían del agua. El baño impregnaba su piel de un ligero aroma floral mientras relajaba cada centímetro de su cuerpo. Dio la bienvenida al efecto tranquilizador que el agua caliente tenía sobre sus nervios. No había sabido qué pensar o sentir al despertarse esa mañana y encontrar que Alec se había ido.

Sentía vagas molestias en todo el cuerpo y la mente llena con recuerdos de la noche anterior. Había revivido bajo las caricias de Alec y ahora conocía sensaciones que jamás había imaginado

antes. Qué afortunada era de haber disfrutado de una noche gloriosa con el hombre que amaba, de haber conocido su ternura, su pasión. Era más de lo que muchas mujeres tendrían alguna vez, y no se atrevía a pedir más. Suspirando se hundió profundamente en el agua, disfrutando de aquel inquieto placer. Todos los detalles de lo que habían compartido estaban vívidos en su mente y jamás olvidaría ninguno de ellos. Se había despertado varias veces durante la noche, acurrucada contra el enorme y cálido cuerpo de Alec, con la cara sobre la almohada al lado del hombro masculino y los dedos enredados en la larga cadena de oro que descansaba sobre su pecho.

—¿Qué es esto? —le había preguntado durante una de aquellas agradables conversaciones que habían mantenido entre susurros, sosteniendo en alto el medallón para examinarlo a la luz de la

luna que se filtraba en la estancia. Tenía un diseño intrincado en ambas caras: un halcón alzando el vuelo con las alas extendidas. El sólido objeto de oro estaba adornado con diminutas joyas brillantes. Rubíes en los ojos del ave y esmeraldas en las hojas de las ramas de acebo que habían sido grabadas encima de la cabeza del halcón.

—Es el blasón de los Falkner. Este medallón fue un regalo de Jorge II para mi bisabuelo como recompensa por entrenar a los halcones reales.

—¿Tu bisabuelo era halconero?

—Era una tradición familiar que se extinguió hace varios años. —Alec había pasado entonces la punta de los dedos por la muñeca de Mira y trazado el diseño del medallón—. Pero aún había halcones en casa cuando era pequeño. Mi primo Holt y yo nos sentábamos a mirarlos durante horas. Mientras las aves estaban atadas, por

supuesto. ¿Ves las garras? Es con ellas con las que golpean y matan a sus presas.

Mira se había estremecido.

—¿Por qué hay una rama de acebo sobre la cabeza del ave?

—Forma parte de una broma privada entre mi bisabuelo y el rey. —Alec había esbozado una sonrisa torcida—. El acebo es un tipo de madera dura y resistente. Casi no posee elasticidad, y se resquebraja y rompe antes de doblarse. Al parecer, el rey Jorge consideraba que mi bisabuelo era un hombre malencarado y obstinado, así que ordenó que se incluyera el acebo en el medallón. Desde entonces aparece en el blasón de mi familia.

—Tú has heredado esa obstinación —había dicho Mira y Alec se había reído entre dientes.

—No siempre soy testarudo, no cuando utilizan la persuasión adecuada —había replicado

él y luego había bajado la boca para robarle un beso, y otro, y otro más hasta que Mira había soltado el medallón y le había rodeado el cuello con los brazos.

Al despertar, Mira había encontrado la cadena rodeándole las caderas y el medallón descansando sobre su vientre. Como una marca. Una señal de posesión. Había mirado aturdida el adorno y había sentido que un extraño pánico se apoderaba de ella hasta que descubrió cómo abrir la cadena de oro y quitarse el collar. ¿Se lo había puesto Alec como si fuera un regalo? ¿O había mostrado una parte de aquel humor oscuro que poseía encadenándola a él?

El medallón era hermoso, pero Mira no estaba segura de querer poseerlo. Jamás podría mirarlo sin recordar aquella noche, quizá la única noche de amor que tendría en su vida. No necesitaba ni deseaba ningún recordatorio visible, aunque

amarle había valido cualquier precio que tuviera que pagar, incluso aunque tuviera que pasarse añorándole todas las noches del resto de su vida. Nadie podría robarle aquellos recuerdos, nadie, ni siquiera el propio Alec podría destruirlos. De ahora en adelante, la tratará con bondad o con malicia, nada podría borrar aquella noche. Los recuerdos permanecerían siempre en su mente.

Tras levantarse de la bañera y secarse con un paño de felpa, Mira se puso un vestido de oscuro color chocolate con adornos en seda color crema. El color de las prendas intensificaba sus ojos oscuros hasta hacerlos parecer casi negros. Llevaba una faja del mismo color crema atada con un elegante lazo a un lado de las caderas, y las mangas fruncidas y ceñidas en las muñecas. El dobladillo estaba adornado con un ribete de la misma seda que el corpiño. Mira se sentía satisfecha con su apariencia y, como toque final,

había añadido una redecilla de perlas para recogerse el pelo. Era importante que ese día mostrara su mejor imagen. Si tenía que enfrentarse a los Berkeley, lo haría presentando el mejor aspecto posible.

Mira se sentía muy nerviosa al comprender que finalmente tendría que volver a ver a Rosalie. Quizá Rosalie podría perdonarle por lo ocurrido cinco años antes; Mira deseaba con desesperación que así fuera. Mordiéndose una uña con aire distraído, se sentó en el borde de la cama y soltó un largo suspiro. ¿Qué debería hacer cuando llegaran?, se preguntó con inquietud. ¿Enviarles una nota a su habitación? No sería inteligente aparecer ante ellos sin previo aviso. Quizá debería esperar la oportunidad de encontrarse con Rosalie a solas mientras Berkeley estaba cazando. Pero una cosa era cierta: no se acercaría a ellos a menos que Alec estuviera a su lado. No sabía cómo

reaccionaría Rand Berkeley ante su presencia pues, aunque era un hombre justo, jamás perdonaría u olvidaría a quien de alguna manera había colaborado en el secuestro de Rosalie.

No había jauría de perros de caza en el país — ni siquiera en las perreras reales en Windsor— que pudiera igualar las de Berkeley. Los perros de caza de Rand Berkeley poseían una velocidad increíble y un espíritu indomable. Las jaurías que habían participado en los últimos días de la cacería de Sackville demoraban la hora de salida considerablemente, pero los perros de Berkeley rastrearían al zorro incluso a primeras horas de la mañana, cuando el animal era más rápido ya que tenía la barriga casi vacía al romper el día y por lo tanto presentaba un mayor reto para los perros de caza.

La filosofía general del conde de Berkeley era evitar siempre hacer las cosas a medias. O se involucraba por completo en algo o no se involucraba. Y esa actitud se extendía incluso a su trato con los animales de los que exigía informes frecuentes y meticulosos sobre sus progresos y comportamientos. A diferencia de los entrenadores de otras perreras, los de Berkeley no tenían permiso para llevar a cabo las tradicionales costumbres de desangrar a los perros antes de comenzar la cacería ni de darles oporto. No es que fuera un entrenamiento poco ortodoxo, simplemente era conservador y práctico. Los perros salían a pasear por el monte a menudo. De hecho, algunos de los arrendatarios del conde eran remunerados por pasear a los animales. En ocasiones, los perros de caza de Berkeley eran una mezcla de yarborough y meynell que poseían una mayor velocidad, aguante y superioridad física.

En previsión de la cacería Sackville, habían enviado los perros de caza un día antes y ya estaban alojados en las perreras de la hacienda.

La esperada llegada de los condes de Berkeley tendría lugar a última hora de la mañana, a tiempo para que se instalaran en su habitación y se prepararan para el baile que se ofrecería en su honor esa noche. Sackville y muchos de los invitados se habían preparado para recibir a la famosa pareja. Sackville había repasado varias veces algunos documentos para informarse a fondo de la actualidad política y financiera, pues el conde de Berkeley poseía prósperos negocios que algún día harían la competencia a la Compañía Holandesa de las Indias Orientales. Por otra parte, las damas recababan los últimos chismes para contárselos a lady Berkeley, que se había convertido en una figura muy popular. No había mujer que no imitara hasta el último detalle

de sus peinados y vestidos, y todas estaban impacientes por ver las prendas que la condesa vestiría durante el fin de semana.

Mientras los preparativos se llevaban a cabo en Sackville Manor, un carruaje traqueteaba por la tortuosa carretera de Warwick a Hampshire. La librea de los sirvientes y la carrocería era de color azul marino y rojo, tonalidades que destacaban contra el silencioso paisaje. El vehículo de seis ruedas avanzaba sin prisas por la carretera cubierta de lodo y los fangosos caminos secundarios. Los cuatro caballos negros trotaban con gracia por aquellos caminos vecinales, tirando del vehículo con paso tranquilo. Incluso el cochero tenía una apariencia intachable, ataviado con lujosas prendas con botonadura dorada, una peluca blanca y un bonete en la cabeza. Dos lacayos de escolta y dos doncellas vestidas con la misma espléndida exquisitez completaban la

estampa. Las cortinillas de las ventanas del carruaje estaban cerradas para que los dos ocupantes del vehículo pudieran disfrutar de cierta intimidad. Intimidad que estaban aprovechando a fondo.

—Deberías avergonzarte —dijo Rosalie, pasando la mano por el vello dorado que cubría el pecho de su marido—. Por tu culpa tengo el pelo hecho un desastre, los botones abiertos y la ropa arrugada. Y debemos de estar a punto de llegar a Sackville Manor.

Berkeley esbozó una amplia sonrisa, con los adustos rasgos masculinos suavizados por la pasión compartida. Era un hombre de fuerte voluntad y temperamento temible, pero en los cinco años que llevaban casados, Rosalie había aprendido que después de hacer el amor, Berkeley siempre estaba de muy buen humor. Era en momentos como ése cuando su marido

aceptaba muchos de sus planes y peticiones aun en contra de su buen juicio, pues era incapaz de negarle nada cuando se encontraba tan sumamente satisfecho. A Rosalie le resultaba muy divertido que Rand Berkeley pudiera intimidar a los hombres más poderosos de Inglaterra, y sin embargo ella tuviera el poder de hacerle bailar en la palma de la mano. Que era como debería ser, pensó feliz Rosalie, acurrucándose contra aquel cálido pecho.

—Y estoy avergonzado —respondió Rand, acariciándola con sus ojos color avellana claro y jugueteando con los tirabuzones negros que caían como una cascada sobre la espalda de la joven—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que hice el amor contigo en un carruaje. —Le mordisqueó el cuello mientras añadía—: No te preocupes. Sabes que siempre te doy tiempo de sobra para que te arregles antes de que lleguemos.

—Menudo diablo estás hecho. Jamás me das el tiempo que necesito —replicó Rosalie empezando a irritarse—. ¿Arreglarme? Sabes tan bien como yo que nunca logro lucir una apariencia decente después de retozar contigo.

—Disiento. Yo siempre apruebo la apariencia que tienes.

Rosalie soltó una risita tonta y acarició las líneas definidas de los labios de su marido. Él atrapó sus dedos entre los dientes blancos y le acarició las yemas con la lengua.

—El caso es que cuando me miran, siempre tengo la desconcertante impresión de que todos saben lo que hemos estado haciendo.

—*Fleur*, por supuesto que lo saben. No soy el tipo de hombre que pierde el tiempo cuando está a solas con su esposa.

—Dios me libre —dijo Rosalie con voz ronca—. Siempre había oído que la pasión entre los

esposos desaparece tras los primeros años de matrimonio, pero tú te muestras incluso más apasionado ahora que cuando nos casamos. Créeme, no es que me queje y... ¿por qué frunces el ceño?

—Acabo de acordarme de Christian. —La expresión de Berkeley se hizo menos complaciente y frunció todavía más el ceño—. Me pregunto si estará bien.

Rosalie intentó ocultar la amplia sonrisa que se le dibujaba en la boca. Jamás había imaginado que Rand Berkeley, en otro tiempo un libertino y soltero empedernido, resultara ser un padre tan amoroso y complaciente. Habían llevado a su hijo con ellos a muchos lugares exóticos y lejanos, y el joven Christian, con sólo tres años, se había convertido en un veterano viajero y en un niño muy independiente. Rosalie sabía que Rand apenas soportaba la idea de alejarse de él aunque

sólo fuera un fin de semana; no importaba lo mucho que intentara disimularlo.

—Cariño —dijo ella con paciencia—. Siempre comentamos lo mismo cada vez que vamos a algún sitio sin él. Christian está bien, lo hemos dejado al cuidado de un montón de personas que harán cualquier cosa por complacerle. Es como un pequeño maharajá y, aunque yo también pienso que es un niño maravilloso, estoy de acuerdo con lo que me dijeron el otro día: «Se está convirtiendo en un niño mimado.»

—¿Quién se ha atrevido a decir eso de mi hijo? —preguntó Rand con el ceño fruncido.

—Eso no importa —dijo Rosalie con rapidez, sabiendo que cualquiera que se atreviera a criticar al angelical, travieso y rubio Christian se ganaría la animadversión de Rand. Jamás había conocido a un padre tan encandilado con su hijo—. El caso es, querido, que se pasa más tiempo contigo que

con su niñera, y en lugar de hacer lo que los demás niños, se pasa el tiempo contigo en la agencia marítima o visitando a los arrendatarios. Está aprendiendo a imitarte demasiado bien. Estarás de acuerdo conmigo en que tiene una actitud demasiado dictatorial para un niño de su edad, ¿no crees?

—¿Y qué demonios debería hacer para comportarse como los demás niños?

—Bueno, supongo que montar en poni. Pasar tiempo en el jardín, o jugar a juegos de niños.

—Juegos de niños —repitió Rand enigmáticamente.

—Exacto.

Rand se movió con rapidez y la puso boca arriba en el asiento acolchado. Inclinando la cabeza, la recorrió lentamente con la mirada, deslizando sus ojos por aquel rostro dulce y vivaz, la seductora piel desnuda y los arrugados volantes

fruncidos del vestido. Tras cinco años de matrimonio el amor que se tenían era más fuerte que nunca. Desde la primera vez que se vieron, ninguno había tenido ojos para otra persona. El amor había reformado a Rand y colmado la vida de Rosalie. Había hecho que el lugar más corriente pareciera especial y que lo imposible fuera posible. Rand se quedó sin aliento cuando su mujer le sonrió. La amaba con una pasión que tardaría en consumirse toda la eternidad.

—Yo sí que tengo en la mente un bonito juego para ti —la informó con voz ronca mientras ella emitía una risita tonta e intentaba liberarse.

—Rand, no te atrevas... No tenemos tiempo.

La mano de Berkeley se deslizó con osadía entre la multitud de volantes del vestido.

—¿Qué te parece esto? Siempre te ha gustado que...

—¡Quita la mano de ahí!

Se enzarzaron en una dulce pelea. Rand se rio de los divertidos intentos de Rosalie por zafarse de él. Los dos sabían que tras una breve pugna, Rosalie le dejaría ganar. Siempre lo hacía.

En la biblioteca se respiraba un ambiente agradable. Alec, Sackville y el terrateniente Osbaldeston estaban sentados alrededor de una mesa de caoba, disfrutando del calor del fuego y de la brillante luz del sol que entraba por las ventanas. En vista de que la cacería del día se había retrasado, los invitados y residentes de Sackville Manor se habían reunido en pequeños grupos que charlaban por toda la hacienda. Alec estaba de buen humor, tenía una cálida mirada en sus ojos grises y una sonrisa que no era habitual en él. Se había reclinado en el sillón con una actitud de profunda satisfacción masculina.

Era plenamente consciente de que aquella inusual sensación de bienestar se debía a lo ocurrido la noche anterior, y no hacía más que recordar todo lo que había experimentado en la pequeña estancia de la torrecilla.

Había sido un infierno abandonar la cálida cama de Mira esa mañana, desenredarse del cuerpo menudo y delgado de la joven cuando todo lo que deseaba era volver a hacer el amor con ella. Pero Mira estaba tan exhausta que ni siquiera se había movido cuando la dejó. Alec había optado por no despertarla, no sólo para que la joven descansara, sino porque no había tenido ni idea de qué decirle esa mañana. En lo que a Mira se refería, las emociones de Alec eran confusas y frustrantes. ¿Qué demonios iba a hacer para desenredar la madeja que había tejido?

—Falkner, ¿ha oído lo que acabo de decir? —le preguntó el terrateniente Osbaldeston,

disfrutando de una copa de oporto a pesar de que sólo eran las once de la mañana.

Era un individuo rubicundo y musculoso que rondaba los cincuenta, dicharachero por naturaleza y con una característica voz ronca y atronadora. Era imposible ignorarlo, pues su fuerte voz se correspondía con una personalidad vigorosa que no dejaba a nadie indiferente.

—Cada palabra —mintió Alec mientras extendía una mano hacia el escritorio para coger una cuartilla de papel que se puso sobre el regazo—. Deme la pluma. —Se concentró en recordar las últimas palabras del reciente monólogo de Osbaldeston—. Ha comentado algunos planes que tiene para una nueva casa en sus propiedades...

—¡Lo que he dicho es que soy condenadamente infeliz! —explotó el terrateniente—. ¡Un maldito palacio griego!

Enormes columnas, estatuas por todas partes. Frío mármol allá donde quiera aposentar mi trasero. Y todo porque permití que las geniales ideas de lady Osbaldeston me nublaran el sentido común. Le daré un buen consejo, joven: jamás haga caso de las palabras de su esposa. Serán más felices de esa manera.

Alec sonrió ampliamente, mojando la pluma en un pequeño tintero.

—El estilo griego es muy popular en este momento, terrateniente Osbaldeston —dijo en tono razonable—. El clásico, sin embargo, es más adecuado para oficinas y lugares públicos que para residencias privadas...

—Yo quiero vivir en una casa, no en un altar —dijo Osbaldeston con gravedad—. En realidad los arquitectos cambian de estilo todos los meses como si las casas se adquirieran como sombreros.

—Falkner —intervino Sackville—, le he

mencionado a Osbaldeston que eres un arquitecto de talento. ¿Serías capaz de hacer un diseño que complazca los gustos de él y los de su esposa? Parece ser que lady Osbaldeston prefiere el estilo neoclásico, mientras que el terrateniente se inclina por las casas de corte gótico... como ésta.

—Una batalla más entre lo clásico y lo gótico —comentó Alec con una sonrisa—. O incluso peor, una batalla entre un buen hombre y su esposa. Terrateniente Osbaldeston, ¿qué le parecería que su casa tuviera la fachada delantera de un estilo y la trasera de otro? —Los ojos grises de Alec eran todo inocencia mientras hacía la sugerencia.

De repente, el terrateniente se rio, olvidándose de su mal humor.

—Joven cachorro. No, esta vez quiero que la casa se diseñe a mi gusto. Algo cálido y confortable como la mansión del regente en York.

O la mansión Berkeley en Warwick.

—Sí —murmuró Alec, trazando líneas sobre la cuartilla—. Esa última la diseñé yo.

—Oh, bien, bien —exclamó el terrateniente mientras se le iluminaban los pequeños ojos azules—. Pero quiero que la mía tenga los tejados más inclinados. Y quizá ventanas de vidrieras y barandillas de hierro forjado, ¿qué le parece?

—Creo que se sentiría como si viviera en una iglesia —respondió Alec, sin levantar la vista del bosquejo.

La declaración pareció desconcertar a Osbaldeston.

—Oh, demonios, no lo había pensado.

—Quizá le gustara más un estilo neogótico, algo más pintoresco pero con líneas clásicas. De esa manera se satisfarían su deseo de comodidad y las expectativas de lady Osbaldeston. Muchas ventanas, muchas chimeneas, torrecillas

redondas, algunos arcos... Un estilo romántico más simple, pero con buen gusto. Tendría las cualidades estéticas de un castillo gótico aunque sin sus incomodidades.

Osbaldeston se sintió intrigado y se levantó para mirar por encima del hombro de Alec al croquis que éste había esbozado.

—¡Por el rey Jorge! Eso es justo lo que quiero.

Alec sonrió, terminó el bosquejo y se lo ofreció.

—Ésa es la idea general —dijo Alec.

—¡Sackville, mire esto! —explotó Osbaldeston eufórico.

—Tienes un gran talento, Falkner —dijo Sackville, meneando la cabeza con admiración al ver el boceto.

—Ya me lo han dicho —repuso Alec.

—Y un ego terrible.

—También me lo han dicho.

—¿Podría encargarse de este proyecto? —le

pidió Osbaldeston a Alec, que vaciló antes de responder.

—Si yo no puedo, le recomendaré a alguien que hará un magnífico trabajo para usted. Aunque me encantaría encargarme del proyecto, me temo que no dispongo de mucho tiempo...

—¿Que no dispone de mucho tiempo? —repitió Osbaldeston con el ceño fruncido—. ¿Y eso?

—Quiero centrarme en otras tareas.

—¿Como cuáles? —siguió indagando Osbaldeston.

Alec se encogió de hombros ligeramente y esbozó una sonrisa enigmática.

—Es posible que me dedique a buscar esposa.

—¿Esposa? —dijo Osbaldeston, y Sackville se enderezó en su sillón con una expresión de sorpresa—. Mi buen amigo —continuó el terrateniente—, ésa es una tarea poco aconsejable

en esta época del año. Es difícil cortejar a las damas en invierno, por el clima y... Bueno, hágame caso. No busque esposa en temporada baja. Espere a primavera, cuando llegará una nueva remesa de bonitas damiselas. Las más codiciadas de la temporada ya han sido acaparadas este año.

—Le agradezco el consejo —repuso Alec educadamente, con la risa asomando a sus ojos—. Pero hay veces en que un hombre no puede esperar a ver cumplidos sus deseos. Y en este momento no me apetece pasar el próximo invierno durmiendo solo entre unas sábanas frías.

—Entonces —intervino Sackville con una mueca burlona—, asegúrate, Falkner, de que eliges a una mujer que tenga inclinación por calentar tus sábanas y no las de otro hombre.

—Eso haré —dijo Alec muy serio. Y luego guardó silencio.

Mira se detuvo en la puerta de la biblioteca antes de llamar. Sabía que Sackville había estado conversando durante más de dos horas con alguien. Pero acababa de ver la figura corpulenta de Osbaldeston abandonar la biblioteca y quizás ahora podía disponer de unos minutos en privado para hablar con Sackville. Después de haberse pasado la mañana pensando en los Berkeley, había decidido comunicarle a Sackville de que probablemente tendría que marcharse antes de lo previsto. Si su presencia resultaba intolerable para ellos, Mira se iría ese mismo día, pues no deseaba infligirles más dolor. Le parecía justo avisar a Sackville de su repentina marcha, aunque aún no sabía qué razones le daría.

—Adelante —oyó que decía Sackville, y abrió la puerta con cautela.

Al instante, Mira se dio cuenta de su error. Sackville no estaba solo. Alec también estaba en la biblioteca sentado delante de un pesado escritorio de madera y vestido con unos pantalones gris perla, una camisa estilo pirata y unas botas Hessian. Lentamente, él levantó la cabeza, y sus ojos grises brillaron con ardor cuando la miró.

—Perdón —le dijo Mira a Sackville, comenzando a retroceder—. No sabía que estaba reunido...

—Por favor, no te disculpes —dijo Sackville al instante, agarrándola por el brazo y haciéndola entrar en la estancia—. Estaba conversando con Falkner. Pero estoy seguro de que a él tampoco le importará una interrupción tan agradable.

—En absoluto —dijo Alec con suavidad.

—Después de todo —continuó Sackville, deslizándole el brazo alrededor de la cintura—, es un viejo amigo y ya conoce la verdadera

naturaleza de nuestra relación.

Mira tuvo que hacer un esfuerzo para no ponerse colorada como un tomate. Volvió los ojos con rapidez a la cara impasible de Alec, y él asintió ligeramente con la cabeza. Mira habría jurado que incluso parecía divertido por la inconsciente exactitud de las palabras de Sackville. Pero cuando éste la estrechó contra su cuerpo, Mira observó que Alec apretaba los labios en una línea tensa. Y cuando Sackville movió sus gruesos dedos para acariciarle la cintura, Alec parecía un hombre que había olvidado lo que era la diversión. De repente, Mira sintió una explosiva tensión en la estancia y frunció el ceño con inquietud.

—Milord —le dijo a Sackville—, quería hablar con usted en privado. Pero mejor vengo más tarde, ahora le dejo y...

—Estás muy guapa esta mañana —declaró

Sackville, adoptando su papel—. Una bella estampa, hermosa como una flor.

Inclinó la cabeza para besarla en la comisura de los labios. Mira se quedó paralizada y asqueada. Ya era intolerable que la besara cualquier hombre que no fuera Alec, pero que él estuviera delante de ella observándolo todo era incluso peor.

—Por favor, lord Sackville —le dijo con rigidez.

En respuesta a la evidente reticencia de Mira, Sackville se mostró juguetón, abrazándola con más fuerza.

—Es la mujer perfecta —le dijo a Alec—. Sabe cuándo bromear y cuándo ser cariñosa. Un hombre no se aburre nunca con una mujer como ella.

Alec no respondió y adoptó una expresión inescrutable mientras Mira intentaba escabullirse de Sackville sin conseguirlo.

—Lord Sackville —dijo ella, forcejeando para zafarse de él.

Éste no dejaba de acariciarle la cintura, y se acercaba peligrosamente a la curva de su pecho. «¿Qué trata de probar?», pensó Mira a punto de volverse loca.

—Ni te imaginas los sorprendentes pensamientos que hay en esta cabecita —comentó Sackville, guiñándole el ojo a Alec, que entrecerró los ojos mientras seguía con la mirada el errático movimiento de la mano que su amigo deslizaba por el costado de Mira—. Nunca dirías con sólo mirarla el increíble talento que tiene para...

—¡Por favor! —gimió Mira, sonrojándose cuando Sackville le acarició la curva de la cadera.

Alec no pudo soportarlo más.

—¿Desenterrar raíces de mandrágora? —preguntó. La hiriente pregunta fue hecha en un tono casualmente suave. Alec se puso en pie

lentamente, lanzando un suspiro casi imperceptible cuando la mano de Sackville abandonó el cuerpo de Mira. La bilis que le subía por la garganta al observar cómo otro hombre tocaba a la joven descendió levemente, pero Alec todavía tenía que contener el impulso de apartarla de Sackville—. No es necesario que sigas interpretando esta charada delante de mí. Lo sé todo. Absolutamente todo.

Tanto Sackville como Mira clavaron los ojos en él como si no pudieran creer lo que estaban oyendo. Luego, Sackville se volvió hacia la joven con una mirada aturdida en sus ojos azules.

—¿Qué le has dicho?

Mira se obligó a sostenerle la mirada, sintiéndose como una traidora.

—Lo siento —susurró.

—¡Confíe en ti! —dijo Sackville con voz áspera, con la cara retorcida en una mueca de dolor.

—Lo sé. N-no sé qué decir.

—No quería decírmelo —la interrumpió Alec en voz baja—. Yo la obligué.

Sackville no se molestó en mirar a Falkner. Continuó con los ojos clavados en Mira, con la cara contraída y la respiración entrecortada.

—Se lo has dicho. Me prometiste que no se lo dirías a nadie. Sabías lo importante que era para mí que nadie lo supiera. Después de todo lo que he hecho por ti, después de acogerte en mi casa en vez de arrojarte de vuelta a las calles. —A Sackville se le quebró la voz—. Mentirosa desleal. No eres lo suficientemente buena ni... para pisotearte. Me has decepcionado. Por Dios, debería matarte.

Mira se derrumbó y agachó la cabeza. En la alfombra vio alzarse la sombra de un brazo para golpearla. Fue incapaz de moverse mientras veía cómo el brazo comenzaba a caer. Cerró los ojos y

esperó durante una fracción de segundo el golpe y el dolor que seguiría.

En un rápido movimiento, Alec sujetó la muñeca de Sackville, apretando los dientes mientras ejercía la fuerza necesaria para contener el puño. Alec se sorprendió de la fuerza que tenía su amigo.

—Dios mío —dijo Alec, sujetando la gruesa muñeca mientras clavaba los ojos en el puño tembloroso de Sackville—. Ibas a golpear a una mujer, ¿sabes cuánto daño podrías haberle hecho? Es una joven muy menuda. —Los ojos grises del duque mostraban compasión, sorpresa y una furia sin límites—. Podrías... —Se interrumpió y miró la cabizbaja cabeza de Mira y la delicada estructura de su barbilla. Por un momento, a Alec se le secó la boca y no pudo hablar.

Mira levantó la mirada hacia él.

—¿Cómo has podido? —le preguntó con una vocecita temblorosa—. Jamás debería habértelo dicho, pero nunca imaginé que lo utilizarías contra él. —Aunque su voz sonó vacía, no pudo ocultar el dolor y la rabia que había en sus ojos.

La charada había terminado.

«Vaya tres», pensó ella. Había traicionado a Sackville al contarle su secreto a Alec que a su vez había traicionado la confianza que ella había depositado en él, y Sackville los había traicionado a los dos: a ella por obligarla a mentir a todo el mundo y a Alec porque sabía que algo estaba surgiendo entre ellos.

—No pude contenerme —susurró Sackville con la voz rota por la tensión y la confusión—. No sabía lo que hacía. Estoy arruinado. —Entrecerró los ojos y miró a Alec y a Mira, parecía desconcertado y asustado y bastante afectado.

—Te serviré una copa —dijo Alec, obligando a

Sackville a sentarse en una silla—. Mira, vete. Hablaré contigo más tarde.

Mira huyó de la estancia sin pensárselo dos veces y sin fijarse en qué dirección tomaban sus pies. Salió por la puerta principal y bajó volando las escaleras con la intención de dirigirse al bosque donde no había nadie, ni palabras hirientes, ni dolor. Sólo una bendita paz y soledad. Necesitaba un lugar para lamerse las heridas, para descansar.

Cuando puso el pie en el camino de grava, Mira se detuvo con repentina confusión. Se encontraba bajo la sombra de un carruaje recién llegado. Los caballos coceaban con impaciencia mientras unos lacayos muy bien vestidos descargaban el equipaje del vehículo. Un hombre alto con un pelo dorado que le resultaba familiar estaba de espaldas a ella hablando con un cochero con peluca. Otro lacayo ayudaba a bajar a una

mujer del carruaje y Mira se dio cuenta de que se había detenido justo delante de ella. De alguna manera supo quién era y con una profunda sensación de irrealidad, Mira clavó los ojos en la cara de la mujer, encontrándose con un par de ojos azul violeta que sólo podían pertenecer a una persona. Le pareció que se le detenía el corazón.

Fue justo en ese momento cuando se dio cuenta de lo que Rosalie Berkeley había sido para ella: una hermana, una amiga, quizás incluso una madre. Rosalie era totalmente distinta a ella, abierta y sincera, vulnerable y cariñosa. A Rosalie no le daba miedo admitir que necesitaba a la gente, y la animaba a que la necesitaran con la misma franqueza. Incluso Guillaume se había sentido encandilado por ella, todo lo encandilado que podía ser, claro está. Rosalie era el tipo de mujer que parecía incapaz de albergar un mal pensamiento de nadie. Era todo lo que Mira

había deseado ser.

Recordaba a Rosalie como a una chica de una inusual hermosura que sonreía y se ruborizaba con facilidad, con una cara serena y, a la vez, sincera e ingenua. Pero la mujer delgada que apareció ante ella era sorprendentemente bella, una encantadora criatura que irradiaba confianza y seguridad. Llevaba puesto un vestido de seda de color aguamarina y blanco, con mangas abullonadas de gasa. El corpiño verde contrastaba con el blanco impoluto de la falda. Llevaba el pelo castaño retirado de la cara con una diadema también de gasa que revelaba un perfecto rostro ovalado y unos pómulos más marcados que cinco años atrás. Rosalie parecía más mujer y más sofisticada. Y la dulzura innata de su cara quedaba empañada por la emoción que le provocaba aquel encuentro.

—Recuerdo a una jovencita —dijo Rosalie,

levantando la mano—, no más alta que esto. — Luego se secó las lágrimas que habían asomado a sus ojos—. Mireille... No puedo creer que seas tú. ¿Cuándo has llegado a Inglaterra?

Mira vaciló y observó a Rosalie con una mirada atormentada.

—Yo... —Mira se detuvo ante el sonido de su propia voz y luego se obligó a continuar—. Veo que *Monsieur* Berkeley la encontró. Me sentí... me sentí muy feliz cuando me enteré de que se habían casado.

Rosalie se llevó una mano a la cara, apretándose la sien en un gesto vulnerable antes de volver a mirar a Mira.

—Llevamos cinco años buscándote. ¿Por qué no te pusiste en contacto con nosotros?

—Porque pensé que no querría verme.

Rosalie soltó una risita ahogada y meneó la cabeza.

—Llevamos años intentando localizarte. Me volvía loca de preocupación cada vez que pensaba en ti.

—Pero Guillaume... Lo que hizo... Sabía que me odiarían por lo que les hizo.

—Eras sólo una niña, una niña asustada. Rand y yo jamás te echamos la culpa. Nunca, Mireille. Siempre te hemos considerado una amiga, sobre todo yo. —Se le quebró la voz y torció el gesto—. Jamás te hemos culpado de nada.

Mira se echó a llorar y Rosalie se acercó a ella para abrazarla. Sintióse como si fuera la niña que había sido cinco años antes, Mira hundió la cara en el hombro cubierto de seda y lloró sin poder contenerse. Rosalie era lo único bueno que había habido en su pasado. No tenía casa, ni familia, ni ningún amigo al que recurrir, pero de repente, los Berkeley estaban allí, y eran reales como nada más lo había sido en el pasado.

—Mireille —dijo Rosalie, dándole palmaditas en la espalda al darse cuenta de que Mira no lloraba de alegría sino de confusión y tristeza—. Por favor, no llores más. Ya no hay razón para llorar. Estás a salvo. ¿Qué es lo que te ha roto el corazón?

—Todo está mal —sollozó Mira, sin poder ya controlarse. Pensó en Alec y las lágrimas afloraron con más fuerza—. Lo he hecho todo mal. Ahora ya no puedo remediarlo...

—No llores —la consoló Rosalie con voz maternal—. Nada puede ser tan grave. Nosotros te ayudaremos a resolver cualquier problema.

—No pueden. —Mira sorbió por la nariz. Estaba a punto de explicárselo todo cuando levantó la mirada y vio la cara morena de Rand Berkeley. Sus ojos de color avellana eran tan feroces y penetrantes como siempre. Se estremeció de miedo y se quedó paralizada de

terror—. *Monsieur* —dijo con voz ronca, esperando que una nube de rabia ensombreciera aquellos atractivos rasgos masculinos. Pero él no parecía estar enfadado. De hecho, tenía una expresión amable mientras le hablaba con aquella suave y resonante voz que ella recordaba tan bien.

—Mireille Germain. Por todos los demonios. —Una mano enorme se posó sobre el hombro de Mira en un gesto cálido y fuerte. Luego, en vista de que Mira parecía incapaz de hablar de manera racional, le palmeó el brazo brevemente y miró a su esposa. Siempre pendiente del bienestar de Rosalie, Rand decidió apartar a ambas mujeres de las miradas curiosas de los lacayos y los cada vez más numerosos espectadores—. Rose, ¿por qué no habláis dentro del carruaje? —susurró en el oído de Rosalie—. Sobre todo, averigua qué diantres hace en Sackville Manor. Y lo que es más importante aún, pregúntale dónde...

—Le preguntaré sobre Guillaume más adelante —murmuró Rosalie—. Le ha pasado algo terrible, Rand, y quiero ayudarla, no interrogarla. Ya tendremos tiempo de preguntarle por su hermano.

Berkeley estaba a punto de rebatir sus palabras, ya que su principal interés era localizar a Guillaume Germain, pero ver los ojos empañados de lágrimas de Rosalie fue demasiado para él. Mascullando por lo bajo, asintió con la cabeza y las ayudó a subir al carruaje. Después se giró para lanzar una mirada asesina a la mansión y vio la figura oscura y apenas visible de un hombre en una de las ventanas de la planta baja, un hombre que observaba la escena del camino fijamente, con los dedos curvados como garras contra el cristal.

Rosalie descendió del carruaje unos minutos más tarde. Con una sonrisa, se agarró a la mano que su marido le tendía para ayudarla a bajar, pero en su rostro había una expresión preocupada que no podía ocultar. Ambos estaban tan compenetrados que podían leerse los pensamientos y emociones a la perfección, y sólo necesitaban mirarse a los ojos para establecer una discusión privada sin palabras. Con paso lento, se alejaron unos metros del vehículo.

—Aún no puedo creérmelo —susurró Rosalie y Berkeley tuvo que inclinar la cabeza para oírla—. Después de cinco años, por fin la hemos encontrado.

—Sería más correcto decir que fue ella quien nos encontró a nosotros —murmuró Rand.

Rosalie se encogió de hombros con impaciencia.

—No es el momento para entrar en una

discusión dialéctica, Rand.

—Ni tampoco el lugar, cariño. Me molesta profundamente que aireemos nuestra vida privada en medio del camino para diversión de los invitados de Sackville. ¿No sería mejor mantener esta discusión en nuestra habitación de la mansión?

—Todavía no —respondió Rosalie, enlazando su brazo con el de él y mirándolo con preocupación—. Todo esto resulta un poco confuso. Bueno, en realidad es normal que esté confundida dados los acontecimientos de la última media hora. Me resulta tan extraño mirar la cara de esa joven y ver los ojos de Mireille. ¿Te das cuenta de que ya tiene la misma edad que yo tenía cuando nos conocimos?

Berkeley negó con la cabeza distraídamente.

—De alguna manera seguía imaginándomela como una niña.

—No sabes cuántas veces durante los últimos años he pensado en ella, preguntándome dónde estaría.

—Igual que yo lo he hecho con su hermano —respondió Berkeley sombríamente—. ¿Te ha dicho dónde está?

—Cariño, no hemos hablado de Guillaume. Está tan alterada que apenas he logrado comprender algo de lo que ha dicho. —Rosalie le agarró el brazo con más fuerza y él le puso la otra mano encima en un gesto automático—. No sé demasiado bien lo que le ha ocurrido, pero sí que pasó algún tiempo en Londres cuando llegó a Inglaterra. —Se estremeció antes de continuar—. Apenas puedo soportar pensar en... Mi Mireille allí en ese...

—Infierno —concluyó Berkeley, dejando a un lado su predilección por concluir las frases de una manera más distinguida.

—Exacto. Pero... Rand, la situación es todavía más complicada. Hay algo más que tengo que decirte.

—Te escucho.

—Creo que ha sido la amante de lord Sackville durante los últimos dos años. No es que me lo haya confesado, pero...

—Oh, Dios —masculló él.

Rosalie se irguió como una gallina protegiendo a sus polluelos.

—Rand Berkeley, ni se te ocurra decir una palabra al respecto —susurró ella con rapidez—. Ha hecho lo que tenía que hacer. Y sabes tan bien como yo que una vez me tuviste en la misma posición. ¿¡Acaso no recuerdas que fui tu amante durante tres meses antes de casarnos!?

Rand dio un respingo, y alzó la mano para taparle la boca.

—No puedes comparar aquello con esto —dijo

él—. En primer lugar, no te doblaba la edad...

—No veo qué tiene que ver la edad en todo esto.

—Veo, Rose, que cuando te conviene tienes un código moral de lo más ambiguo.

—Por favor, milord —dijo Rosalie frunciendo el ceño—, sólo intento hacerte comprender cómo puede ser la vida para una mujer sola y desamparada. Una vez estuve en esa misma situación y estaba muerta de miedo. De alguna manera, Mireille ha logrado sobrevivir, pero le han hecho daño...

—¿Daño? ¿A qué te refieres? —A pesar de su conducta mundana, Berkeley era un hombre compasivo, y el tono suave de su voz revelaba lo preocupado que estaba.

—La verdad es que aún no lo sé, pero está claro que Mireille necesita descanso y atenciones. Era una niña sumamente confiada, y ahora no es

capaz ni de mirarme a la cara. Parece tan desanimada y desesperada que me preocupa profundamente. De hecho, está tan disgustada que se niega a regresar a la mansión. No sé cómo vamos a sacar sus cosas de allí.

—Espera. No tan deprisa. ¿Qué quieres decir? ¿De qué cosas hablas?

—Rand —dijo ella, lanzándole una mirada suplicante—, me ayudó tanto en Francia. Fue mi única amiga cuando más necesitaba una. Me cuidó cuando estaba enferma, y ahora me gustaría devolverle el favor.

—¿Estás diciéndome que quieres que regrese a Warwickshire con nosotros? —preguntó él con aire resignado.

—No te importaba hace cinco años —le recordó Rosalie—. ¿No recuerdas que me dijiste que podía vivir con nosotros?

Berkeley alzó la mirada al cielo.

—Maldita sea, no se te pasa ni una... Sí. La oferta todavía sigue en pie.

Rosalie le apretó la mano.

—Oh, te adoro.

—Antes de que me colmes con palabras de afecto, te advierto de que pienso interrogarla con respecto a Guillaume.

—Por supuesto, mi querido marido.

—Creo que he sido demasiado indulgente contigo últimamente —se quejó Rand, encantado con la radiante sonrisa que ella le brindó—. No sé ni para qué me pides permiso.

—Pues tengo que pedirte una cosa más. ¿Puedo llevármela a Warwickshire ahora?

—¿Ahora? —repitió Rand, frunciendo el ceño con verdadero disgusto—. ¿Y perdernos la cacería?

—No sé qué más hacer con Mireille. No quiere pasar ni una noche más en Sackville. Además

sabes que no me gusta la cacería ni mucho menos la mayoría de las mujeres que hay aquí cuya compañía habría tenido que soportar.

—¿Te das cuenta de lo que parecerá si te das la vuelta y regresas a casa dejándome aquí solo?

—En primer lugar, si en realidad te importara lo que la gente piensa, no te habrías casado conmigo —dijo Rosalie con suavidad, acariciándole con los dedos el dorso de la mano, aplacando su ira como sólo ella podía hacerlo—. Sabes que me aterra la idea de dormir un par de noches sin ti y que esperaré con impaciencia tu regreso. —Se puso de puntillas para susurrarle al oído—. Y, en cuanto llegues, prometo recompensarte por todo esto.

—¿Cómo? —preguntó Berkeley, yendo directo al grano como era su costumbre.

Ella sonrió lentamente antes de susurrarle las palabras correctas. Sus promesas obtuvieron la

respuesta esperada, pues él no volvió a discutir.

# 7

Rodeado por frondosos bosques y grutas naturales, Berkeley Hall parecía formar parte de una fantasía. Resplandecía en medio de Warwickshire como un diamante tallado. Parecía suspendido entre la tierra y el cielo con sus arcos abovedados y sus altas almenas pulcramente recortadas que desaparecían entre las nubes. Las ventanas de arcos trebolados y los pilares estriados daban a la edificación un aire alegre. Cuando dos lacayos ayudaron a Rosalie y Mira a salir del carruaje y las escoltaron hasta el vestíbulo, Mira descubrió que el interior de la casa era todavía más bello que el exterior, con suelos de mármol amarillo importado de Siena, brillantes paneles de caoba, barandillas de bronce

y retratos lujosamente enmarcados.

—¡Lady Berkeley! —exclamó con alegría una corpulenta mujer, que parecía ser el ama de llaves, acercándose a ellas. La seguían dos criadas, una de las cuales parecía compungida—. Ha regresado antes de lo previsto.

—Sí, señora Grayson —respondió Rosalie—. Ha habido cambio de planes porque... —hizo una pausa y frunció el ceño al observar la cara manchada de lágrimas de una de las criadas—. Madre mía, Nell. ¿Por qué lloras?

—Tenemos un problema de disciplina —dijo la señora Grayson con seriedad—. Nell prefiere cotorrear y cotillear durante todo el día en vez de hacer su trabajo.

A pesar de que Mira tenía sus propios problemas, observó los hombros caídos de la criada y casi sonrió con simpatía. Y al parecer, Rosalie también sintió una punzada de lástima,

pues su voz era muy suave al hablarle a la joven.

—Había creído que esto ya se había solucionado la última vez que hablamos sobre tus costumbres, Nell. Me ocuparé de ti en cuanto acompañe a mi invitada a su habitación.

—Sí, señora —repuso la chica, lanzándole una mirada triunfante al ama de llaves.

Mira descubrió más tarde que, aunque la señora Grayson era una eficaz ama de llaves, era Rosalie quien en realidad dirigía Berkeley Hall. Se encargaba de los innumerables problemas que surgían y tomaba todas las decisiones, empleando todas las artimañas de un experimentado diplomático para mantener a los sirvientes satisfechos y en buena armonía. Jamás perdía los nervios y, aunque participaba activamente en diversos proyectos benéficos y se relacionaba con vecinos y parientes, pasaba mucho tiempo con su hijo y se ocupaba de todas las necesidades de su

marido. Y, aunque sus jornadas eran en algunas ocasiones largas y difíciles, jamás decía una palabra más alta que otra y sus modales siempre eran suaves y amables. ¿Cómo lograba hacer todo aquello sin ningún esfuerzo aparente?

La mayoría de los sirvientes y arrendatarios de Berkeley siempre acudían primero a Rosalie para que se encargara de sus problemas, ya que era sabido por todos que no sólo era compasiva y comprensiva, sino que además tenía la virtud de influir en su marido como ninguna otra persona. Los invitados y familiares que pasaban tiempo en Berkeley también solicitaban su tiempo y atención, disfrutando de su compañía y procurando acapararla tanto como era posible. Todo a espaldas de Rand Berkeley y con suma discreción, pues era bien sabido que era un marido muy celoso y protector, y que cualquier cosa que alguien solicitara a su esposa le irritaba

profundamente. Había dejado muy claro que él era la primera responsabilidad de Rosalie y no soportaba que nadie se atreviera a interferir en el tiempo que pasaban juntos.

En ese momento un lacayo y otras dos criadas se acercaron a Rosalie, tratando de hablar a la vez.

—Mireille, sé que estás exhausta —dijo Rosalie, sin parecer alterada por la pequeña multitud que se había concentrado delante de ellas—. Perdona el alboroto —le dirigió una significativa mirada al grupo de criados que seguía reclamando su atención—, pero tengo que ocuparme de algunos asuntos. ¿Te gustaría tomar una taza de té caliente mientras me encargo de ellos?

Rosalie ordenó a una regordeta y bonita criada que le sirvieran el té y luego condujo a Mira a una salita. De camino, le fue señalando diversas figuras de esfinges aladas y grifos que les sonreían

y fruncían el ceño desde las molduras del techo.

—Esto es precioso —dijo Mira después de que Rosalie la hiciera pasar a una estancia bellamente decorada con delicado estuco y mármol rosado.

Se acercaron a unas sillas de brocado junto a una chimenea con el tiro adornado a juego con los grabados dorados de las paredes. Rosalie esbozó una amplia sonrisa ante el cumplido.

—Gracias. Poco después de casarnos nos diseñó la casa un conocido nuestro, el duque de Stafford.

—¿Alec Falkner? —tartamudeó Mira, sintiéndose repentinamente atrapada en aquella casa que tan encantadora le había parecido un minuto antes.

—¿Has oído hablar de él? —preguntó Rosalie, acercándose a la ventana para enderezar una de las cortinas.

—Sí —dijo Mira débilmente—. ¿Lo ven a

menudo? ¿Es un amigo íntimo?

—No realmente —respondió Rosalie, con una mirada pensativa en sus ojos y frunciendo el ceño ligeramente mientras reconsideraba la pregunta—. Bueno, supongo que sí es un amigo, después de todo, no sólo ha diseñado la casa, sino que además mantenemos muy buenas relaciones con toda la familia Falkner en general. Las pocas veces que he visto a lord Falkner me pareció sumamente educado y cordial, y a Rand también le cae bien, pero... no deja de resultarme un poco inquietante. No sé cómo explicarlo, es un hombre muy cortés, pero aun así... —Frunció el ceño con rapidez y cambió de tema, brindándole a Mira una sonrisa alegre—. Bueno, de todas maneras, no creo que te encuentres aquí con él.

Mira asintió con incertidumbre.

—Milady...

—Preferiría que me llamaras Rosalie.

—Rosalie, pues. Me gustaría darte las gracias por invitarme a quedarme aquí. Te lo agradezco muchísimo y me encantaría aceptar tu hospitalidad. Pero me temo que no podré quedarme mucho tiempo.

—Mireille, no pienses ahora en cuándo te irás —se apresuró a decir Rosalie. Luego sonrió y continuó con su serenidad habitual—. Dentro de unas semanas llegará el invierno y muchos de los miembros de la familia Berkeley se alojarán con nosotros. Como puedes observar es una casa muy grande y tiene un excelente sistema de calefacción que atrae a muchos parientes y amigos durante los meses de clima más rudo. Constituyen una compañía interesante, así que aunque no puedo garantizarte que descanses mucho, sí puedo prometerte una estancia entretenida. No serás ninguna molestia, ya que un invitado más o menos no supondrá diferencia alguna para

nosotros y además quiero que te quedes conmigo. Me ayudaste una vez cuando estaba enferma y necesitaba amigos. No me prives de recompensarte por tu bondad.

—No creo —dijo Mira lentamente, con una mirada afligida en sus ojos castaños— que me debas nada. Creo que nunca podré olvidar lo que ocurrió en Francia. T-te traicioné...

—Pero no consciente ni voluntariamente — insistió Rosalie. Luego se mordió los labios y dirigió una mirada preocupada a la puerta—. Hablaremos de eso más tarde, cuando hayas descansado y yo no ande tan escasa de tiempo. Por ahora, sólo quiero decirte lo feliz que me hace que estés aquí. Ya está aquí Mary con el té. Vuelvo enseguida.

Rosalie salió con un susurro de faldas, pero el suave olor de su perfume permaneció mucho tiempo en la estancia.

Mira se sentó en una silla con tapizado de brocado y cogió una taza de té, mirando los hermosos jardines a través de las ventanas. Aunque la luz del sol podría decolorar con el tiempo los vivos colores de la alfombra y los muebles, Rosalie siempre había insistido en dejar que el sol entrara en todas las habitaciones. Era una costumbre que Mira recordaba de los días pasados en Francia. La mayoría de la gente prefería la semioscuridad y mantener las cortinas cerradas, pero Rosalie no dejaba que nadie dictara sus preferencias.

Así que había sido Alec quien había diseñado Berkeley Hall, reflexionó Mira, sintiendo una intensa curiosidad al respecto. Conociéndole, no le sorprendían los toques de fantasía que amenizaban lo poco que había visto de la casa, como los grifos del pasillo o los armarios ocultos de esa misma habitación decorados con aves

chinas, o el cristal de espejo que enmarcaba las ventanas. Sonrió ligeramente ante la ironía de la situación. Había escapado de Alec para acabar refugiándose en un lugar que había sido creado por él.

Sabía con exactitud por qué Alec provocaba esas sensaciones en Rosalie que ella misma no sabía explicar. Rosalie estaba acostumbrada a los hombres sinceros como Rand Berkeley, no a los que decían una cosa pero querían decir otra. Alec era un hombre demasiado intenso para que Rosalie se sintiera a gusto en su compañía, era demasiado guapo, demasiado imprevisible, demasiado perceptivo. «Cualquier mujer que le ame es completamente idiota», pensó Mira. Mientras se recriminaba en silencio, una lágrima rodó por su mejilla y cayó en el té. Luego le siguió otra y dejó la taza en la bandeja para buscar un pañuelo.

—No más lágrimas por hoy —dijo una voz desde la puerta, y Mira volvió la cabeza para encontrarse con la cálida mirada de Rosalie.

—¿Ya has terminado? —preguntó con voz ronca, dejando de buscar el pañuelo.

—He logrado posponer los problemas de menor importancia para más tarde. Les he dicho a los sirvientes que tenemos una invitada muy especial que se quedará aquí indefinidamente, y a la que deberán tratar como a una reina.

—Soy la última persona de Inglaterra a la que deberían tratar como a una reina —dijo Mira amargamente, echándose más azúcar en el té y revolviéndolo nerviosamente hasta mucho después de que se hubiera disuelto—. No sabes quién o qué soy...

—Lo sé —dijo Rosalie con voz queda. Sus miradas se encontraron y el inquieto movimiento de la cucharilla de Mira se detuvo bruscamente—.

Guillaume le contó a Rand muchas cosas hace cinco años... Antes de que nos separáramos. Sé lo de tu madre. Y conozco tu educación y tus antecedentes.

—¿Lo sabes? —Mira se quedó paralizada por el asombro—. Lo sabes y ¿aun así me has pedido que me quede contigo?

—Oh, Mireille. —Rosalie se sentó en una silla cercana, se alisó las faldas con gesto automático y cruzó las manos sobre el regazo. Su expresión era compasiva y cariñosa, y un poco divertida—. Desde el día en que nací pensé que era hija de un pastelero y una institutriz..., que era una criada. Cuando me fui haciendo mayor, tuve que trabajar duramente en algunas ocasiones, fregué y pulí el suelo, supe lo que era recibir órdenes. Pero cuando tenía tu edad, descubrí que era el producto de un amor secreto entre una mujer de la nobleza y el dandi más famoso del mundo...

—¿Beau Brummell?

—Sí, Brummell. —La sonrisa de Rosalie se volvió melancólica—. Es mi padre. Pero descubrí que ser su hija no era distinto ni mejor que ser la hija de un pastelero. Fueran mis padres quienes fueran... todavía era la misma mujer. Ahora la gente me ve como lady Berkeley, y algunos no escatiman en reverencias, otros murmuran sobre mi oscuro pasado, pero la mayoría de ellos jamás imaginarían que una vez subí las escaleras con cubos de carbón para las chimeneas, temiendo que me tiraran de las orejas por no ser lo suficientemente rápida. Y si las cosas cambiaron de una manera tan radical para mí, también pueden cambiar para ti.

—Pero una cosa es ser hija de un pastelero y otra, lo que yo soy —Mira se obligó a decir las palabras con la cara blanca como el papel—, la hija de una prostituta. —Jamás lo había dicho

antes en voz alta—. Eso me convierte en lo más bajo...

—No lo digas. —Los ojos azules de Rosalie destellaron, y de repente, su cara pareció estar tallada en marfil. Luego añadió con una lentitud significativa—: No quiero que vuelvas a decir jamás algo así. No por mí, ni por Rand, sino por ti. Tu futuro depende de ello, ¿entiendes?

Mira negó con la cabeza, intimidada por la repentina severidad que transformaba la expresión de Rosalie.

—No, me temo que no te entiendo. Yo no tengo ninguna clase de futuro.

—Tienes un futuro maravilloso —la corrigió Rosalie con determinación—. Me aseguraré de que así sea. —Continuó hablando en un tono más suave al percatarse del creciente desconcierto de Mira—. Yo me encargaré de todo. Tenemos que actuar con suma discreción. Créeme, soy toda una

autoridad acerca de cómo sobrevivir a un escándalo. Los dos primeros años después de que Rand y yo nos casáramos..., bueno, es una historia muy larga. Durante los próximos meses descansarás aquí mientras los chismorreos sobre tu relación con Sackville desaparecen.

—No lo harán.

—Lo harán. Los chismorreos sólo interesan cuando son nuevos. Acabarán por desaparecer. Y cuando lo hagan, y todos te hayan olvidado, yo te convertiré en una mujer diferente.

—*Sang de Dieu*, ¿qué quieres decir? —preguntó Mira totalmente horrorizada—. ¡No puedes hacer eso!

—Claro que puedo. Te convertiremos en la pupila de Rand. Mireille Germain, una joven tímida que se crio en Francia con una respetable y antigua familia francesa que cedió la custodia de su protegida a Berkeley junto con una muy

atractiva dote.

—No tengo dote.

—Por supuesto que la tienes. Yo me encargaré de eso.

—No lo aceptaré. Además, hay centenares, miles, de maneras en las que la gente puede descubrir mi verdadera historia.

—Aún recuerdo lo fantástica actriz que eras. Serás tan convincente que la gente no dudará de lo que tiene delante de sus ojos.

—¿Y qué pasa con las personas que me vieron en Sackville Manor? —preguntó Mira con desesperación—. Me recordarán, y todos saben que no procedo de una respetable familia francesa.

—Ése es un problema menor.

—¡Es un problema enorme!

—Rand nos ayudará a hilvanar una buena historia. Y convencerá a Sackville de que no la

desmienta. Rand sabe ser muy persuasivo.

—Hay otro problema —dijo Mira con voz ronca, pensando en Alec, en su mirada cuando le sonreía, en sus labios besándola tiernamente. No quería a ningún otro hombre, sólo a él, y sólo de pensar en pertenecer a otro le resultaba insoportable—. No quiero casarme. Ni con un deshollinador ni con el rey de Inglaterra, ni con ningún otro. Así que no merecen la pena tantos esfuerzos, ni las mentiras, ni las historias ni nada que ayude a encontrarme un marido. No quiero casarme.

—¿Qué? —preguntó Rosalie asombrada—. ¿Por supuesto que quieres! No querrás quedarte sola toda la vida, ¿verdad?

—Sí, quiero. Quiero estar sola.

—No, ni hablar. Puedes pensar que sí en este momento, pero sabes que no es cierto —insistió Rosalie. Estaba a punto de sermonear a su

protegida sobre los beneficios del matrimonio y los problemas de quedarse sola, pero al ver la expresión obstinada en la cara de Mira, lo dejó para otro momento—. No hablemos ahora de ello —dijo con una sonrisa—. Mientras descansas, dispondré de varios meses para convencerte de cuánto necesitas un marido.

—No cambiaré de idea.

—Pareces cansada. ¿Por qué no echas una siesta durante un par de horas? Mientras aprovecharé para estar con Christian.

—No sé si podré dormir —dijo Mira inquieta—. Tengo demasiadas cosas en las que pensar.

—Piensa sólo en esto —dijo Rosalie, poniéndose en pie y mirándola cariñosamente—. En cuanto llesves aquí unos días, comenzarás a ver las cosas de otra manera. ¿Recuerdas lo alegre y vivaz que eras? Jamás he conocido a nadie que viviera la vida con tanta energía como tú.

—Lo único que recuerdo es que siempre estaba metida en líos —dijo Mira.

—Eso, al menos, no ha cambiado.

Resultó imposible combatir el implacable optimismo de Rosalie. Mira sintió que se animaba un poco cuando su amiga la condujo hasta un encantador dormitorio decorado con cortinas azules y blancas, y muebles de nogal y roble. Los vestidos que se había traído de Hampshire ya habían sido colgados en el armario de palisandro y sus complementos colocados pulcramente en una cómoda de cajones estilo Carlos II. Mira jugueteó distraídamente con los tiradores de los cajones de la cómoda mientras observaba el resto de la habitación. Había un juego de cepillos con mango de marfil encima de un tocador reina Ana, y unos frascos de peltre pintados con figuras

chinas encima de la repisa de la chimenea. No era difícil dormir en una estancia tan agradable como aquélla, y Mira se despertó un par de horas después con una extraña sensación de paz. Con la ayuda de la criada tímida y regordeta que le había servido el té antes, se cambió de ropa y se cepilló el pelo enredado, recogién dose sus espesos cabellos negros con una redecilla adornada con perlas.

Luego paseó con Rosalie y Christian por los hermosos jardines disfrutando del frío aire de octubre y de la incansable vitalidad del hijo de Rosalie. Christian era el niño más encantador que Mira hubiera visto nunca. Tenía el pelo rubio y los ojos verdes, la carita redonda y las piernas regordetas. Vestido con una sencilla camisa y pantalones, corría a toda velocidad de un lado a otro mientras las dos jóvenes recorrían los caminos del jardín, interrumpiéndolas en

ocasiones con preguntas y observaciones sinceras.

—Es muy inteligente para tener sólo tres años —dijo Mira después de que Christian recitara el nombre de todos los tipos de hojas que estaba recogiendo, y Rosalie se rio con deleite.

—Eso es lo que dice su padre. Y, por desgracia, Christian es un Berkeley de los pies a la cabeza.

—¿Y es malo ser un Berkeley de los pies a la cabeza?

—Presagia un gran número de problemas —dijo Rosalie, levantando la mano en un gesto indefenso y sonriendo con aire resignado—. Los Berkeley son muy temerarios y entre sus antepasados se encuentran salteadores de caminos, incendiarios, buscapleitos y... No tengo la menor duda de que Christian seguirá la tradición familiar.

—Pero lord Berkeley es un hombre muy responsable —señaló Mira.

—Eso es gracias a mi influencia.

—He observado lo mucho que le ha cambiado el matrimonio —dijo Mira, pensando en aquel largo verano en Francia. Berkeley había sido más joven, más brusco e irritable cada vez que tenía que separarse de Rosalie.

—Especialmente desde que nació Christian —dijo Rosalie, mirando con ojos brillantes cómo su hijo correteaba de un lado a otro—. Este niño ha sacado a la luz un aspecto de Rand que no había visto antes. Se ha vuelto más accesible, más tierno... —Rosalie esbozó una amplia y traviesa sonrisa—. Solía intimidar a la mayoría de la gente de una manera terrible.

Como si ya no lo hiciera.

—Lo recuerdo —dijo Mira con sequedad.

—Pero ahora, Rand y yo estamos más unidos de lo que nunca soñé que podríamos estarlo. Al oír hablar a mis amigas de las dudas y

preocupaciones sobre la fidelidad y la falta de confianza de sus maridos, sé que jamás tendré esos temores.

—Eres muy afortunada —comentó Mira con suavidad, y mientras miraba al niño que tenían delante, sintió una punzada de anhelo por la clase de amor y seguridad que Rosalie había descrito.

—Tú tendrás lo mismo algún día —dijo Rosalie.

Mira se encogió de hombros, ocultando sus emociones con una sonrisa forzada.

—Quizá —dijo sin comprometerse, sabiendo que si negaba la declaración de su amiga le echaría otro sermón.

—¿Has conocido algún hombre del que...? Bueno, ¿te has enamorado alguna vez?

Mira vaciló antes de contestar. No quería mentirle a Rosalie, pero había cosas que no podía contar a nadie. El hecho de que Alec Falkner

hubiera sido su amante siempre sería un secreto.

—Sí —murmuró.

—Lord Sackville —dijo Rosalie, frunciendo el ceño, perpleja.

—No puedo decirte ni que sí ni que no.

—Mireille, si fuera lord Sackville —dijo Rosalie con suavidad—, creo que en ese caso ha sido más como un padre para ti que otra cosa. —Se interrumpió con inquietud y suspiró—. Supongo que no debería opinar sobre algo de lo que sé tan poco. Pero te aseguro que el amor de verdad sólo surge entre dos personas que tienen mucho más en común de lo que tenéis lord Sackville y tú.

—Sé lo que es el amor de verdad —repuso Mira quedamente mientras los recuerdos cruzaban por su mente como un relámpago: Alec sosteniéndola contra su ancho pecho desnudo, sus ojos chispeando con picardía o ardiente furia, o simplemente serios. Recordaba aquella

vulnerabilidad que ocultaba a todo el mundo. La expresión contenida y hambrienta que a veces aparecía en su rostro cuando la miraba. «Oh, Alec (susurró su corazón con desesperación), ¿por qué permitiste que te dejara?»—. Aunque mis sentimientos no fueron correspondidos —se obligó a continuar— he amado tan profundamente que no me queda nada que ofrecer. No podría amar a nadie más de esa manera, me resultaría imposible.

—Eres demasiado joven para decir eso —dijo Rosalie—. ¿Sabes qué creen los gitanos? Que los hombres y las mujeres son mitades de una sola unidad que ha sido cortada y separada, y que vagamos en busca de nuestro compañero del alma, ese al que estamos destinados. Si de veras estás enamorada de Sackville...

—No he dicho que sea Sackville...

—Si de veras estás enamorada de ese hombre

—corrigió Rosalie— el destino hará que estéis juntos. Y si no, tu compañero del alma estará todavía ahí fuera, esperándote en algún sitio.

—¿Y me estará esperando en la próxima temporada?

—Sí —dijo Rosalie, riéndose—. Seguro que aparece después de haberse pasado un invierno frío, largo y solitario.

—¿Solitario? —repitió Mira—. No, no creo que sea un invierno solitario para él.

En medio de su angustia sintió una repentina punzada de ira, e intentó aferrarse a ella. La ira era una emoción mucho más saludable que la pena y, quizá si tenía suerte, podría convertirse en indiferencia. Jamás podría superar del todo sus sentimientos por Alec Falkner, pero encontraría la manera de sobrevivir.

—¿Quieres desayunar, milord?

—Gracias, pero no.

Georgiana Bradbourne, la recientemente condesa viuda de Helmsley, cruzó descalza la estancia hacia la mesita donde había puesto la bandeja del desayuno. El olor amargo del café flotaba en la estancia. La mujer vertió el líquido con ágiles movimientos, sosteniendo con gracia entre sus delgadas manos blancas la cafetera de plata y las tazas de porcelana china. Mientras la observaba, Alec reflexionó sobre la pulcritud con que realizaba todo aquella mujer, ya fuera bailar, coquetear, servir el café o hacer el amor. No había sorpresas en Georgiana. Incluso su cuerpo, claramente visible a través de la bata semitransparente que llevaba puesta, era suave y normal, sin marcas de nacimiento ni lunares que estropearan su piel aterciopelada. Tenía una conversación agradable, pues rara vez discutía,

prefiriendo siempre mostrarse de acuerdo con él. La mayoría de los hombres se sentirían bendecidos si poseyeran el afecto de lady Bradbourne, una mujer que casi rozaba la perfección. Alec frunció el ceño ligeramente, dándose cuenta de que la infinita perfección de Georgiana comenzaba a aburrirle. Se incorporó y apoyó los hombros contra el cabecero con paneles de la cama, cogiendo el borde de la sábana que se le deslizaba por las caderas.

—No subas la sábana —dijo Georgiana, sonriendo y acercándose para sentarse en el borde de la cama mientras tomaba el café—. Me gusta mirarte.

Era una mujer hermosa, una rubia voluptuosa de piel pálida y modales regios.

Sabiendo lo que esperaba de él, Alec le cogió la mano libre y se la llevó a los labios, depositando un beso en el centro de la palma.

—Como siempre, la perspectiva de abandonar tu cama es algo terrible para mí —dijo, y ella soltó una risita.

—Como siempre, no quiero que te vayas. Puede que seas un malnacido sin principios, pero eres un amante maravilloso.

—Espero que la función haya cumplido tus expectativas —murmuró Alec en un tono que provocó que la sonrisa felina de Georgiana vacilara un instante.

—Espero que haya sido más que una función —dijo ella—. Cuando estamos juntos, me siento mucho más cerca de ti de lo que... nunca me sentí de mi marido. Sabes cómo llegar a mi corazón y mi alma. Cada vez que hacemos el amor, siento como si te perteneciera.

Alec la miró con los ojos grises entrecerrados. Georgiana era una buena actriz. Parecía hablar con sinceridad con aquel rostro suave y cándido.

Pero había algo más en su expresión: una actitud expectante que traicionaba sus pensamientos. Había decidido que quería ser la esposa de Alec, pero no por amor como quería hacerle creer. Era bien conocido que sus deudas iban en aumento, que los acreedores llamaban a su puerta. Si estaba esperando que él se declarara, estaba perdiendo más tiempo del que podía permitirse una mujer en su posición. Aunque su cara y su figura eran atractivas, pronto comenzaría su declive debido a los rigores de su indulgente estilo de vida. Bebía demasiado, y pasaba mucho tiempo en fiestas y salones de juego, algo que ya hacía antes de que aconteciera la reciente muerte de su anciano marido.

—Georgia —dijo él con suavidad, usando un diminutivo que ella no toleraría en nadie más—. ¿Por qué no dejas que pague tus deudas?

—Yo... —pareció alarmada ante la sugerencia

—. Yo... no entiendo por qué sacas a colación ese tema, querido.

Tomó un sorbo de café, y cerró los ojos mientras tragaba.

—Dejémonos de juegos —dijo Alec con voz queda—. Rechazas mis regalos por la misma razón por la que no permites que salde tus deudas..., porque te gusta imaginar que eres algo más que mi mantenida.

—¡No soy tu mantenida! —exclamó Georgiana poniéndose en pie—. Soy tu amante.

—Georgia, no deseo ni necesito casarme con nadie —le aclaró con firmeza—. Llámalo como quieras, mantenida, amante o amiga, pero eso no cambia los hechos, nuestra relación no va a ser más profunda. En otras palabras, las cosas no van a ir más lejos de lo que ya han ido, así que puedes aprovecharte de la situación, ya que jamás recibirás la propuesta de matrimonio que deseas.

Nunca serás la duquesa de Stafford, pero puedes beneficiarte de haber sido mi amante. Estoy dispuesto a ser generoso contigo...

—Por favor. Por favor, no digas eso —dijo ella, mientras se le nublaban los claros ojos azules—. No comprendo lo que...

—No te servirá de nada recurrir a las lágrimas —dijo Alec, con una pizca de burla en la voz—. Soy insensible a ellas.

—Bastardo.

Las lágrimas de cocodrilo de Georgiana desaparecieron al instante, y ella le brindó una mirada fría mientras se acercaba al tocador y se sentaba para cepillarse el pelo. Alec sonrió sardónicamente, sosteniéndole la mirada en el espejo.

—Por fin aparece la genuina Georgia —comentó. Sus sólidos hombros ondularon cuando él dobló los brazos detrás de la cabeza—. De

repente me resultas más interesante que nunca.

—Eso es porque eres el tipo de hombre que sólo desea a las mujeres que le desprecian. No te gusta que se sea amable contigo.

—Me gusta que la gente se muestre tal y como es —repuso Alec, bajando las tupidas pestañas para ocultar la expresión de sus ojos—. Me gusta la gente franca. Es difícil encontrar a una mujer que no finja en la cama.

—Todas lo hacemos —le informó Georgiana lacónicamente, pasándose el cepillo por el pelo rubio—. A los pobres estúpidos no les gustamos tal como somos. Les gusta tener una virgen cada vez.

Alec sonrió ampliamente.

—Dios me guarde de las mujeres que fingen ser vírgenes cuando no lo son... O peor aún, de las damas —dijo él, y la sonrisa desapareció de su rostro como si un desagradable recuerdo le

hubiera cruzado por la cabeza—. Ante la auténtica experiencia, las imitaciones dejan mucho que desear.

—¿En quién estás pensando? ¿En una virgen de verdad o en una dama de verdad? —le preguntó Georgiana, trayéndole de vuelta al presente con su voz aguda.

—En ambas —dijo Alec, pasándose la mano por el pecho con aire distraído. Había llevado el medallón Falkner en el cuello durante tanto tiempo que todavía no se había acostumbrado a su ausencia—. Aún no has contestado a mi pregunta. ¿Quieres que salde tus deudas o no?

—¿Pagar unas cuentas ridículas es todo lo que me ofreces? —le preguntó con voz sedosa, y Alec se echó a reír.

—Por lo que he oído, distan mucho de ser ridículas. Pero no me importará pagarlas como regalo por tu maravillosa...

—Esmeraldas.

—Diamantes —le corrigió Alec suavemente, desmerezándose y poniéndose en pie—. No vales las esmeraldas, Georgia, aunque debo admitir que esta mañana has sido de lo más divertida.

—Quizá pueda convencerte de lo que valgo —dijo. Se acercó lentamente a él, con la mirada clavada en las líneas firmes y desnudas del cuerpo de Alec—. En unos minutos me suplicarás que acepte las esmeraldas.

De una manera tentadora, Georgiana dejó caer la bata. Los ojos grises de Alec se deslizaron pensativamente por su cuerpo desnudo. Al cabo de un rato, él sonrió con despreocupación y le dio un beso en la frente con una soltura que la enfureció.

—Se acabó, Georgia. No volveré a visitarte. Pero gracias por la invitación, es agradable saber que le desean a uno.

—Bastardo —dijo ella por segunda vez, encogiéndose de hombros y dándole la espalda—. Me quedaré con los diamantes entonces.

Las tierras de Berkeley estaban cubiertas por un montón de mesas que habían sido dispuestas con la más ingente cantidad de comida que Mira hubiera visto en su vida. Los jamones asados llegaban de la cocina en cuanto eran cortados y servidos, y una multitud de gente se reunía en torno a los pudines, panes y demás viandas. Tras llevar un mes viviendo con los Berkeley, Mira se había acostumbrado finalmente a esa manera de hacer las cosas por todo lo alto, pero aun así estaba impresionada por la cantidad de asistentes a la reunión que se celebraba ese día y que concluiría con un despliegue de fuegos artificiales al caer la noche. Era una fiesta para los

arrendatarios de la hacienda y los vecinos de los pueblos colindantes, pero también los miembros de la clase acomodada local disfrutaban de la comida, la bebida y el jolgorio.

—Debe de haber más de mil personas aquí —dijo Mira asombrada, metiendo las manos en el manguito de plumón de cisne para resguardarlas de la brisa fresca que le azotaba las mejillas.

Rosalie sonrió, saludando con la cabeza a las personas que pasaban a su lado por el césped.

—Cada año parece que hay más —admitió Rosalie—. Pero ¿cómo podríamos dejar a alguien fuera? La mayoría de estas personas son aldeanos que trabajan muy duro todos los días del año. Ojalá pudiera ofrecerles algo más que este pequeño momento de placer.

—He oído a mucha gente comentar lo generosos que sois lord Berkeley y tú. Vuestros arrendatarios deben de ser los mejor alimentados

y felices de Inglaterra.

—A Rand le gustaría hacer más por ellos. Está considerando reclamarle al rey Jorge su puesto en el Parlamento. O eso o encontrará un distrito al que representar. Ahora que la compañía naviera marcha sobre ruedas y no requiere su constante presencia, necesita buscar nuevos retos. Me alegraré cuando se involucre más en la política, pues eso distraerá su atención de mis pequeños secretos.

Mira le dirigió a Rosalie una mirada de curiosidad.

—¿Tienes secretos para él? Había pensado que no teníais secretos el uno para el otro.

—¿De veras? Bueno, ciertamente eso sería de lo más aburrido. No, Rand no conoce todas mis actividades, y espero que nunca lo haga. No quiero que deje de creer que es él quien tiene la sartén por el mango.

—¿Y, exactamente, qué...? —comenzó a decir Mira, luego se interrumpió con una risita ahogada —. No, mejor no pregunto.

—Te lo contaré si me prometes que jamás se lo dirás a nadie. —Rosalie echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie las estaba escuchando y luego bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Sabes que Brummell, mi padre, lleva algunos años exiliado en Francia. Contrajo tantas deudas por las apuestas y el juego que no podía pagarlas y después de que el rey Jorge le retirara su favor, debía acabar en la cárcel de deudores. Aunque tiene muchos amigos ricos y poderosos en Inglaterra, Brummell tiene mala cabeza para el dinero y no sabe cómo controlarse. Insiste en comprar sólo lo mejor, y derrocha sin ton ni son. Y para colmo, su orgullo le impide aceptar mi dinero.

—Qué horrible debe de ser no poder ayudar a

alguien que se quiere.

—Sí, pero el orgullo de un hombre es algo frágil. En algunos aspectos, los hombres son más débiles que las mujeres. —Rosalie suspiró—. Por varias razones, mi padre y mi marido se aborrecen. Lo único que tienen en común es que ninguno de los dos reconoce mi parentesco con Brummell. Pero a pesar de que existen buenas razones para ignorarlo, ¡él es mi padre! Mi padre natural. Y no puedo olvidarlo, no me importa si a Rand le gusta o no.

—Claro que no —murmuró Mira.

—Así que, en secreto, me he encargado de solventar algunos de los problemas financieros de Brummell. Por ejemplo, pago anónimamente aquellas facturas que no pueden despertar las sospechas de Rand o del propio Brummell.

—¿Y qué pasa con la familia de Brummell? Si no dispone de dinero, ¿por qué no le ayudan?

Rosalie frunció el ceño, meneando la cabeza con disgusto.

—Le toleraron mientras era rico e influyente, pero ahora sólo es una vergüenza para ellos. Les gusta fingir que no existe y, por supuesto, que yo tampoco existo. Así que no se molestan en ayudarme. —Una suave sonrisa curvó los labios de Rosalie—. Mireille, esto que te voy a contar es un secreto, pero mi padre ya ha venido dos veces a Inglaterra para verme a escondidas, sólo durante unas horas. Me he reunido con él sin que mi marido lo supiera. Rand me lo prohibiría.

—Seguro que no —protestó Mira, con la certeza de que Berkeley no le negaría a su esposa nada que ella deseara de verdad.

—Bueno, quizá no —concedió Rosalie tras pensarlo durante un momento—, pero sé que insistiría en acompañarme, con lo que sólo conseguiría empeorar las cosas. Imagínate cómo

sería hablar con Brummell, que siempre está alterado por cualquier cosa, estando Rand al lado mirándonos con el ceño fruncido.

—Entiendo lo que quieres decir —dijo Mira, y ambas sonrieron con ironía.

—La razón por la que te cuento esto —continuó Rosalie—, es porque ayer por la mañana recibí noticias de Brummell. Al parecer llegará a Inglaterra dentro de unos días, y seguramente ésta será su última visita. Quiere hablar con su abogado sobre unos fondos secretos que tiene en Londres, y también quiere hablar con un editor sobre un libro que está escribiendo de moda y ropa. Es un reconocido experto en el tema y quizá los ingresos de la venta del libro le ayuden a cubrir sus deudas y gastos.

—¿Y cómo piensas reunirte con él sin que lo sepa lord Berkeley?

—Pues como las veces anteriores. Le diré a

Rand que voy a visitar a mi madre que vive en una casita en Londres. Pero esta vez, prefiero no ir sola. ¿Te importaría...?

—Me encantará acompañarte —dijo Mira.

El rostro de Rosalie resplandeció de felicidad.

—¡Qué feliz me haces! Gracias. Te encantará conocer a Brummell, te lo aseguro. —Cerró los ojos por un instante, como si intentara contener una abrumadora oleada de excitación—. Pronto veré a mi padre —susurró, como si quisiera convencerse de que era cierto—. Podría morir de dicha. Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que le vi. Debes de pensar que es extraño que quiera tanto a una persona a la que apenas conozco —dijo con voz ronca.

—En absoluto —repuso Mira, apartando la mirada y mordiéndose los labios—. En absoluto.

Tras una agradable pero no memorable cena en Bedford House, los invitados se retiraron al salón de baile donde había dos pequeñas orquestas. Tras haber puesto fin a su relación con lady Georgiana Bradbourne, Alec era considerado oficialmente el soltero más codiciado de Londres, y era la inconveniencia de tal posición lo que le hacía sentirse más incómodo según avanzaba la velada. No podía mirar a su alrededor sin percibir las invitadoras miradas de las mujeres. No se había visto involucrado en ninguna conversación que no incluyera temas prohibidos como su vida amorosa, sus intenciones sobre alguna mujer o sus futuros planes de matrimonio. Habiendo sorteado el tema lo mejor que había podido, Alec comenzó a preguntarse si seguirían acosándolo de esa manera durante el resto del invierno.

—Será todavía peor cuando comience la temporada —se inmiscuyó una voz en sus

pensamientos y Alec se volvió para encontrarse con la clara e inteligente mirada de lord Melbourne.

—Explíquese, por favor —dijo Alec, permitiendo que una débil sonrisa le curvara los labios.

Le caía bien Melbourne por su franqueza y su risa fácil. Melbourne era un estadista que siempre decía lo que pensaba, pero de una manera tan encantadora que incluso cuando sus opiniones no eran del agrado de los demás se le respetaba y trataba con afecto. El tacto y la honradez raras veces iban de la mano en una misma persona.

—Está acabado —comentó Melbourne lacónicamente, agitando la mano enguantada con elegancia—. En cuanto llegue la primavera, estará perdido. Se lanzarán sobre usted como arponeros sobre una ballena varada. Apuesto toda mi fortuna a que dentro de un año está casado.

—Será mejor que arriesgue su fortuna en una causa más noble —dijo Alec con los ojos chispeantes de risa—. No tengo intención de casarme todavía.

—Mi querido amigo, no tendrá otra alternativa. Ningún hombre piensa casarse, pero antes o después todos acabamos haciéndolo. Maldita sea. Yo mismo no pensaba casarme, pero una mañana me desperté y descubrí que la mujer que dormía a mi lado era mi esposa.

—Y fue así como terminó el agradable sueño de la soltería, ¿no? Un buen día despertó y ya estaba casado.

—Exacto —dijo Melbourne, a punto de añadir algo más cuando clavó los ojos en algo detrás de Alec. Pareció quedarse helado—. Oh, Dios mío —dijo suavemente, frunciendo el ceño—. ¿Quién es? Había pensado que...

Alec se dio la vuelta y miró con rapidez al

hombre que acababa de entrar. Apretó los dedos en torno a la copa de oporto que sostenía, y luego volvió a centrar su atención en Melbourne, que pareció recobrase con rapidez.

—Es Carr Falkner. Que llega tarde, como siempre —dijo Alec adoptando una actitud relajada aunque su mirada seguía siendo dura—. Acaba de llegar de un largo viaje por el extranjero. Es el hermano menor de Holt, creo que ronda los veintidós años.

Melbourne asintió con la cabeza, sonrojándose levemente. El parecido entre Holt y Carr debía de haber sorprendido, y mucho, a Melbourne, ya que era un hombre que solía mantener la compostura en todo momento.

—Conocía a su primo —dijo Melbourne con voz queda—, pero no al resto de la familia. No sabía que tenía un hermano pequeño con el que guardara tal parecido.

—Carr jamás ha frecuentado Londres. Siempre ha preferido permanecer en el campo o encerrado en sus estudios —dijo Alec frunciendo el ceño—. Hasta ahora.

—No se lo tome en cuenta —le aconsejó Melbourne con suavidad—. Ha cumplido una edad en la que todos los jóvenes quieren experimentar las tentaciones de la vida: mujeres, juego...

—Creo que sus razones para venir a Londres son más complicadas que éstas —dijo Alec, recordando el frío y afligido rostro del joven Carr el día que enterraron a su hermano. Al igual que el propio Holt cuando tenía veintidós años, el cambio gradual en el comportamiento de Carr había pasado de una tranquilidad natural a una imprudencia temeraria. La misma imprudencia de Holt—. Me temo que Carr esté tratando de seguir los pasos de su hermano.

—¿A propósito?

—No lo sé —admitió Alec, tensando los hombros al oír la risa de Carr.

Era la misma risa de Holt. Y cuando se dedicaba a hacer payasadas con la misma sonrisa torcida que su hermano, a Alec le recordaba tanto a Holt que no podía evitar sentir una oleada de rabia y dolor.

Cuando era niño, Carr siempre había sido un crío travieso, muy querido por toda la familia con sus grandes ojos verdes y su encantadora sonrisa. Un pequeño picaruelo con cara de ángel. Holt y Alec habían visto más de una vez sus planes frustrados y sus secretos revelados por la molesta costumbre de Carr de escuchar a escondidas y repetir lo que oía. Al crecer, Carr se había convertido en un estudioso, algo poco sorprendente considerando su prodigiosa memoria y su habilidad para repetir todo lo que

oía. Ahora ya no era un niño, pero Alec recordaba lo taimado y poco fiable que había sido el hermano pequeño de Holt, y dudaba que Carr hubiera cambiado mucho. Y si había algo que Alec odiaba eran los hombres en los que no se podía confiar.

—Veo que se acerca con la clara intención de hablar con usted —dijo Melbourne, y Alec curvó la boca en una media sonrisa.

—Me pregunto para qué. —Dios era testigo de que no habían tenido mucho que decirse en los últimos años, ni siquiera en el entierro de Holt.

—Hola, Alec —dijo Carr mientras se detenía frente a ellos, tendiéndole la mano con aire resuelto.

Tras unas rápidas presentaciones, Melbourne dio un paso atrás y los miró con inquietud.

—Ahora debo bailar con mi esposa antes de que me recrimine mi falta de atención —dijo

paseando la mirada de un Falkner al otro con evidente diversión—. Me alegro de haberle conocido —le dijo a Carr, luego se volvió hacia Alec con una sonrisa sardónica y le saludó con la cabeza—. Le deseo toda la suerte del mundo.

—Gracias —dijo Alec, observando pensativamente a Melbourne mientras se alejaba, sabiendo por qué aquel caballero se había alterado tanto. Había bastante parecido físico entre Alec y Carr, pues ambos poseían los rasgos distintivos de los Falkner. Al igual que él, Carr tenía el pelo negro como el azabache, una frente ancha, la piel morena, los pómulos afilados, y la mandíbula fuerte. Pero los ojos de Carr eran de un tono verde oscuro en vez de grises como los suyos, y era algo más bajo. Mostraba una graciosa elegancia de la que él carecía—. Te veo muy bien —comentó Alec, sin perder detalle del nuevo aspecto de su primo. Se había cortado los rebeldes

mechones de pelo negro, y su ropa, en tonos blancos y negros, estaba hecha a medida. No parecía el mismo chico que se pasaba el tiempo entre montañas de libros.

—No esperaba menos —dijo Carr con voz arrastrada, imitando el acento dandi—. Esta ropa me ha costado una fortuna como bien sabes.

—¿Qué tal el viaje? —inquirió Alec lacónicamente, y Carr se puso serio al instante.

—Agradable. No, más bien tolerable. —Sus ojos verde oscuro sostuvieron la mirada de Alec, y un breve destello de desesperación iluminó su mirada—. Ha sido una mierda —concluyó—. Tengo que hablar contigo.

—Cuéntale tus problemas a otra persona —le dijo Alec con suavidad—. Sabes tan bien como yo que no nos llevamos demasiado bien y que no soy considerado la persona más compasiva de la familia.

—No, por supuesto que no —lo interrumpió Carr con vacilación, como si se preguntara por qué se había acercado a su primo—. Pero eres el único que puede comprenderme.

Consciente de que eran el blanco de muchas miradas, Alec vaciló y luego asintió brevemente con la cabeza.

—Si estás dispuesto a arriesgarte a que alguien nos oiga...

—Nadie está lo suficientemente cerca para escuchar —dijo Carr, recorriendo la estancia con la mirada antes volver a mirar a su primo.

—Adelante.

—El viaje fue un asco. A pesar de tener todos los paisajes y sonidos del Continente a mis pies, no era capaz de centrarme en nada. No oía nada. No podía dormir. Todas las noches pensaba en lo mismo y me volvía loco. Todas esas preguntas sin respuesta me están matando poco a poco.

—¿Holt? —preguntó Alec con suavidad, y Carr asintió con la cabeza.

—Sí... Holt. Hubiera podido aceptar su muerte de haber habido una razón para ella. Pero no había ninguna, no existe una explicación para lo que le sucedió y por qué se... —Carr se detuvo y se obligó a hablar con más serenidad—. Necesito saber por qué. Tengo que averiguar quién... ¿Por qué me miras de esa manera?

—Estás siendo demasiado sincero. Me pregunto si de veras lo eres o si sólo estás actuando.

—¡Actuando! ¿Por qué te cuesta tanto creer que me importaba mi hermano?

—Porque te conozco, y sé cómo eran las cosas entre Holt y tú. Rara vez os sincerabais el uno con el otro.

—No podía hablar con él —dijo Carr con una mirada franca—. Me sentía demasiado

impresionado por él. Tú no sabes cómo era realmente mi vida; todo el mundo hablaba de lo perfecto que era Holt, mientras que yo era un cero a la izquierda que nunca lograba estar a su altura. Pero quería a mi hermano, y tengo que averiguar quién lo mató o será algo que me perseguirá durante el resto de mi vida. Al menos tengo que intentarlo, o nunca encontraré la paz. No sabes lo que han sido estos últimos meses...

—Lo sé —lo interrumpió Alec. Había una nota de rudeza en su tono que silenció al instante a su joven primo—. Pero no hay pistas. Ningún rastro que seguir.

—Podemos buscarlas.

—¿De verdad crees —preguntó Alec fríamente — que vamos a conseguir algo con todo esto? Haz como yo y acepta lo ocurrido.

—No puedo —dijo Carr tristemente—. Alec, eres la única persona que pensé que me ayudaría

a buscar al asesino de Holt. Creía que Holt te importaba tanto como a mí.

—Maldita sea —dijo Alec con una mirada furiosa—. Sigue hablándome de esa manera, joven cachorro, y acabaremos esta conversación fuera. Holt era más hermano mío que tuyo. Otro comentario como ése y me lío a puñetazos contigo. Acabarás saliendo de aquí con el rabo entre las piernas.

—Lo siento —dijo Carr, agachando la cabeza.

Aquel gesto era tan similar al del Holt cuando estaba arrepentido que Alec apartó la mirada y apretó los dientes.

—Maldita sea —repitió.

—Olvídate del asunto por ahora —dijo Carr—. Me voy a la taberna de Goodman. Estaré allí hasta bien entrada la noche. Si quieres reúnete conmigo más tarde, te invitaré a unas cervezas a modo de disculpa. No debería haberte abordado

de esta manera.

Alec no respondió, mantuvo una expresión neutra mientras Carr se alejaba. Dejando la copa de oporto en una mesa, miró el mantel con el ceño fruncido mientras los recuerdos irrumpían en su mente: Holt entrando en el despacho de Alec sin avisar, tan amable como siempre era cuando estaba medio borracho.

—Soy yo, tu primo más responsable y trabajador —había anunciado Holt, depositando una botella de ginebra sobre los documentos que estaban encima del escritorio de Alec.

Después de observar cómo el cerco del alcohol se mezclaba con la tinta, Alec había mirado a los chispeantes ojos de Holt con fingido enojo.

—Si has venido buscando dinero, no tengo.

—Que me condenen si vengo por eso, pero no, no he venido a por dinero —le había informado Holt con altivez, agitando el dedo de la misma

manera que el severo tutor que les había enseñado matemáticas a los dos—. He venido a rescatarte de tus obligaciones antes de que tu mente se reseque como todas esas cuartillas. Voy a encontrarte una mujer. —Cogiendo la botella de ginebra, Holt se había tomado un buen trago antes de añadir—. Necesitas una mujer, una como mi Leila. Piénsalo, quizá Leila tenga alguna amiga que...

—Maldito si necesito tu ayuda para encontrar una mujer —había dicho Alec, esbozando de repente una amplia sonrisa y dejando la pluma sobre el escritorio. Había cogido la botella de ginebra y había tomado un trago—. Encontraré a mi propia mujer esta noche, una que hará que Leila parezca salida de la carreta de un vendedor de pescado.

—Jajaja —se había reído Holt con satisfacción, dirigiéndose a la puerta y abriéndola con un gesto

deferente—. Sólo por el honor de Leila, voy a patearte el culo, pero cuando esté sobrio. —Había dicho, esbozando una sonrisa torcida que revelaba su estado de embriaguez—. Por ahora no corres peligro.

Alec suspiró, volviendo al presente cuando la orquesta comenzó a tocar una polonesa. Se dio cuenta de que necesitaba con desesperación otra copa. O una mujer. O cualquier cosa que le borrara de la cabeza aquellos recuerdos. La culpa lo envolvía con fuerza, lo atenazaba hasta dejarlo entumecido por la presión. «No puedes hacer que regrese», se dijo, y se sintió sobrecogido por la brusca punzada de soledad que lo embargó. Él estaba vivo y Holt muerto, y no podía hacer otra cosa que seguir adelante con su vida. Pero saberlo no aliviaba su dolor.

De repente se acordó de Mira y fue incapaz de apartarla de sus pensamientos. Aquellos ojos

oscuros y brillantes de risa, sus dedos acariciándole y masajeándole los hombros, deslizándose por su piel en una dulce y suave caricia. Su boca moviéndose bajo la de él, sus labios abriéndose para recibir los suyos. El tacto adictivo de su cuerpo, la pasión que sólo ella había podido provocar y satisfacer con tal profundidad. Necesitaba volver a rodear con los brazos aquella menuda figura y enterrar el rostro en su pelo. Mira podría ayudarle a olvidar el dolor. Pero Mira no era suya. Le había abandonado, y él se había convencido en aquel momento de que era mejor dejarla ir. No había creído que la necesitaría tanto... y aún seguía sin poder creerlo.

Quizá, reflexionó Alec con mal humor, debería reunirse con Carr en la taberna. En aquel momento, unas cuantas copas bien valían el esfuerzo de soportar la compañía de Carr.

Cuadrando los hombros y pasándose la mano por el pelo negro, comenzó a abrirse paso entre la multitud que se agrupaba a los lados del salón de baile.

Justo entonces divisó algo que le provocó un estremecimiento de reconocimiento. De espaldas a él, había una mujer con los oscuros mechones de pelo confinados pulcramente en una redecilla adornada con joyas que brillaban bajo las luces resplandecientes de la lámpara de araña. Estaba sola y parecía esperar que alguien le trajera una copa de vino o un aperitivo. Deteniéndose en seco, Alec clavó los ojos en ella con una mezcla de repentina sorpresa y furioso deseo. Aunque no podía verle la cara, sabía que tenía que ser Mira. Era la única que se recogía el pelo de esa manera. Estaba más delgada de lo que recordaba, su figura era ahora menos voluptuosa, pero daba lo mismo. Sentía tal ardiente deseo por ella que nada más

importaba, salvo que ella estaba allí y que iba a abrazarla, a hablar con ella, a tocarla de nuevo. Quería arrastrarla a algún lugar escondido en los jardines cercanos, estrecharla entre sus brazos y aplastarle los labios con los suyos, sin molestarse en preguntarle por qué estaba allí, ni con quién había venido al baile. Se acercó a ella en dos largas zancadas.

—Disculpe —le dijo y, cuando la mujer se dio la vuelta, el deseo de Alec se convirtió al instante en desencanto. No era Mira. Su cara era más delgada, sus rasgos menos marcados, sus cejas más arqueadas. Incluso a pesar de su decepción, Alec se dio cuenta de que era una mujer atractiva; poseía unos suaves ojos azules y una sonrisa invitadora, pero no tenía la belleza incomparable de Mira. Sus ojos no brillaban con la misma vivaz inteligencia, ni su boca se curvaba en la misma provocativa sonrisa. Era una réplica imperfecta de

la mujer que él deseaba—. Por favor, disculpe mi atrevimiento —dijo él mientras el fuego de sus ojos se desvanecía con rapidez—. Me temo que la he confundido con otra persona.

—Qué horror —dijo la mujer con una sonrisa y un ligero acento en la voz. Evidentemente pensaba que él había querido conocerla pero que no había encontrado a nadie que la presentara de la manera correcta—. A las mujeres no nos gusta que nos confundan con nadie. Hierde nuestra vanidad.

Alec esbozó una sonrisa al reconocer su acento. Francés, de origen aristocrático. Volvió a sentir un ligero interés.

—Es un error que no volveré a cometer —dijo, bajando hacia ella sus ojos plateados.

—¿Y por qué no? —respondió ella, agitando las pestañas mientras lo observaba.

—Porque jamás podré olvidar una cara tan

hermosa como la suya —dijo él, y ella soltó una risita tonta.

—No estoy segura de creerle.

—Entonces no me crea —dijo Alec, brindándole una sonrisa que seguramente aceleró el corazón de la dama—, límitese a bailar conmigo.

No era Mira, pero se le parecía bastante.

—¿Cómo aprendiste a conducir un faetón? —preguntó Mira, agarrándose con firmeza a los cojines del pescante del vehículo.

Era un carruaje abierto, y el viento húmedo y frío de octubre le daba en la cara mientras Rosalie conducía al caballo castaño con rapidez por las calles de Londres. Rosalie sujetaba las riendas con mano firme y segura, inclinándose hacia delante para controlar mejor el caballo mientras las

ruedas volaban por la calzada. Se suponía que sólo los jóvenes temerarios conducían faetones, no las damas bien educadas como Rosalie.

—No es tan difícil —respondió Rosalie, soplando para apartar un mechón de cabello que le había caído sobre los labios—. Cuando Rand y yo paseamos por Warwickshire, me deja tomar las riendas cuando nadie nos observa. Ni que decir tiene que no sabe que también lo hago cuando estoy sola.

—Todavía me asombra que tu madre no haya mencionado que hemos salido sin escolta ni lacayos...

—Sabe que esto tiene que ver con Brummell y no se atreve a interferir. Aunque no es mi madre natural, me ha criado y siempre ha sabido cuánto deseaba tener un padre. Ahora que he descubierto quién es, ¿crees que me impedirá verlo o hacer cualquier otra cosa, sabiendo cuánto

he deseado conocerlo?

—¿Este faetón es suyo? —preguntó Mira, ciñéndose la capucha de la capa con más fuerza para que el viento no se la bajara. La pesada prenda estaba hecha con una tela impermeable de lana, seda y piel de camello.

—Casi. Lo cierto es que pertenece al barón Winthrop, el hombre que... eh... paga la ropa y la casa de mi madre... Ya sabes.

—Oh.

Mira reflexionó sobre esa información durante varios segundos. No era de extrañar, pensó con ironía, que Rosalie no se hubiera sentido escandalizada al pensar que había sido amante de lord Sackville. Cuando la propia madre de una estaba en una posición similar, era difícil lanzar la primera piedra.

—Ya hemos llegado. The Savoy Stairs — anunció Rosalie, tirando de las riendas para

frenar al caballo.

Estaban a orillas del Támesis donde el agua se mecía suavemente y del que emergía un hedor repugnante. Mira giró la cabeza para mirar las ruinas del castillo cercano. Los muros tenían por lo menos medio metro de ancho.

—¿Por qué quiere Brummell que nos reunamos en este lugar? —preguntó con expresión de repugnancia, temblando ligeramente.

—Le pedí que nos encontráramos aquí. Es lo más conveniente para él, ya que tiene que pasar por aquí para ir a Threadneedle.

—Este lugar deja mucho que desear —observó Mira con inquietud—. ¿No era ésta la calle por la que íbamos al Strand? ¿No es allí donde se reúnen todas las prostitutas...?

—Sí. Pero nosotras nos encontramos en el West End, y los *charleys* que patrullan las calles

podrán protegernos. En realidad no estamos muy lejos de la casa de mi madre. Nos reuniremos con Brummell aquí porque cruzará el río en un bote.

—¿En una de esas pequeñas barcas azules? — preguntó Mira, incapaz de imaginar al famoso Brummell acurrucado en uno de los estrechos botes de alquiler.

—Sí —respondió Rosalie, clavando los ojos en el agua oscura del río que se extendía borroso ante ellas—. Mira allí, ese barco se llamaba *Insensato*. Hace cincuenta años la gente alquilaba botes para ir a él. Era un antro de perdición; había bebida, música, rameras, habitaciones de alquiler. Ninguna mujer decente iba allí, pero sí los jóvenes caballeros. —Sonrió con picardía—. Rand me ha contado que más de un Berkeley estuvo allí, pero por supuesto, la familia lo niega.

Mira le devolvió la sonrisa. Estaba a punto de hacerle más preguntas, cuando un sonido lejano,

como un disparo, rompió el silencio. El ruido la sobresaltó y se aferró con fuerza a su bolsito con forma de diamante.

—¿Qué llevas ahí dentro? —preguntó Rosalie.

—Nada que quiera usar esta noche —repuso Mira gravemente. A diferencia de Rosalie, Mira había tenido contacto con lo más bajo y ruin de Londres. Sí, podían estar en las calles de la clase acomodada, con bonitas casitas con miradores, farolas y lujosas galerías, pero estaban peligrosamente cerca de los callejones y las callejuelas de los barrios bajos donde se ocultaban todo tipo de sabandijas, incluyendo las humanas. Rosalie podía permitirse el lujo de mostrarse indiferente ante la situación, ya que nunca había conocido el peligro al que Mira se había visto enfrentada. Además, salvo algunas aventuras de las que había salido ilesa, Rosalie siempre había estado protegida y, de hecho, poseía una fe en su

propia invulnerabilidad que preocupaba mucho a Mira. La confianza podía ayudar en algunas ocasiones, pero el exceso de ella podía llegar a resultar muy peligrosa—. Dentro de poco empezaré a preguntarme si no habremos sido demasiado impulsivas al negarnos a traer una escolta —confesó Mira—. Es peligroso estar cerca del río. Está demasiado oscuro para ver bien, y no me gustan todos esos lugares en sombras que...

—Estamos perfectamente a salvo —afirmó Rosalie con brío—. Además, no puedo confiar en nadie más con respecto a este tema. En ocasiones, la gente que tiene toda tu confianza es la primera en traicionarte.

—Eso es cierto —dijo Mira con voz queda—. Sólo espero que Brummell llegue pronto, eso es todo.

—Lo hará.

La taberna de Goodman estaba especialmente concurrida esa noche con una provocativa combinación de descaradas mozas de taberna y licor sin aguar. Alec entró e ignoró la manera en que la suela de sus botas se pegaba al suelo de madera sin fregar. Goodman era uno de los lugares más populares y visitados de los barrios bajos, tenía la atmósfera adecuada y estaba localizada en una zona donde los crímenes no eran tan frecuentes como en otras partes de la ciudad. Carr estaba sentado solo a una mesa, rodeado de un montón de vasos vacíos y botellas abiertas. Levantó la mirada con sorpresa cuando Alec se dejó caer a su lado en una silla desgastada.

—Así que al final has decidido unirme a mí — dijo Carr mientras colocaba todos los vasos frente a él y le lanzaba a Alec una mirada aviesa.

—He venido para tomar una copa, no por tu compañía.

—Ten —respondió Carr, ofreciéndole un vaso—. Creo que éste está casi limpio. ¿O prefieres que venga una moza de la taberna a servirte? Hay algunas muy bonitas.

—No. Dios mío, no más mujeres por esta noche —masculló Alec, tomando el vaso y examinándolo sin entusiasmo—. ¿Hay brandy en alguna de esas botellas?

—El mejor brandy de Romeville. —Carr miró las botellas con los ojos entrecerrados y seleccionó una—. Ahí tienes. —Vertió una buena cantidad de licor mientras ladeaba la cabeza—. Creo que mañana voy a tener un dolor de cabeza de mil diablos —dijo con tristeza, llenando también su vaso—. Puede que no se me note, pero estoy borracho.

—¿No sabes que no hay nada peor que mezclar

varios licores?

—Eso no importa para alguien que bebe por las razones que yo lo hago.

—Supongo que no. —Alec hizo una mueca al beber un trago de brandy y luego cogió la botella.

Bebieron en silencio durante unos minutos hasta que Alec comenzó a sentir el placentero ardor del alcohol en sus entrañas. Su estado de ánimo mejoró y se reclinó en la silla.

—¿No has tenido suerte esta noche? —preguntó Carr finalmente, con los ojos verdes muy brillantes por el exceso de ginebra—. Poco antes de salir te vi hablando con una apetecible morena.

—No demasiada —dijo Alec con voz ahogada al llevarse las manos a los ojos.

Había bailado con la joven, había coqueteado con ella, había disfrutado de un par de besos así como de otros preliminares que prometían una

noche de sexo inútil. Aburrido. La facilidad de la conquista lo había despojado de todo interés. No había aceptado la invitación de ir a un lugar más tranquilo y privado donde llevar a buen término todos aquellos preliminares.

—La quería utilizar para olvidar a otra mujer —masculló—. Pero no hubiera funcionado. Sólo me siento atraído por una mujer en particular, y no sé la razón. Es una locura. —Alec jamás habría admitido tal cosa estando sobrio, pero la fuerte bebida y un poco de compañerismo llevaban a los hombres a confesar hasta las verdades más profundas.

—No lo entiendo —replicó Carr, comenzando a articular mal la última sílaba de las palabras.

—No hago más que verla por todas partes. — Alec recorrió el borde del vaso con la punta del dedo mientras reflexionaba sobre aquel problema sin precedentes—. Cada vez que miro a otra

mujer, veo su cara. Nunca pensé que pudiera ocurrirme eso..., nunca pensé que ella sería un problema. No hago más que preguntarme por qué. Ni siquiera es mi tipo...

—No —convino Carr, negando con la cabeza.

—No es más alta que un chico, maldice como un diablo, no tiene padres, ni familia y es una bruja insolente. Y yo no soporto a las brujas insolentes.

Carr levantó la cabeza y miró a Alec con una expresión que se volvía por momentos tan verde como sus ojos.

—Creo que saldré afuera. Me da vueltas la cabeza.

Alec suspiró y llamó por señas a una de las mozas de la taberna. Ella sonrió y le lanzó una mirada coqueta mientras él dejaba caer unas monedas en la palma de su mano.

—Por lo general me las echan en el corpiño —

dijo la moza con una mirada sugerente.

—¿Por qué no? —masculló Carr, levantándose y buscando tambaleante la salida—. Hay habitaciones de sobra ahí dentro.

Manteniendo un férreo control sobre sus rasgos, Alec le dio a la chica otro soberano y siguió a su tambaleante primo fuera de la taberna. Sonrió levemente cuando observó la inestable salida de Carr.

De repente, el rápido y ruidoso paso de un faetón descontrolado inundó la calle, y Carr se echó hacia atrás para evitar ser atropellado. Mientras los caballos pasaban de largo, Alec clavó los ojos en el conductor del vehículo, cuya capucha había caído hacia atrás.

—¡Qué diablos! —exclamó Carr, mirando con los ojos entrecerrados cómo desaparecía el faetón—. Van por las calles como si fueran demonios del infierno. Alec, dime, ¿he bebido demasiado o

eran dos mujeres solas?

—Lo eran —dijo Alec, al que parecía haber fulminado un rayo—. Y no eran dos mujeres cualquiera, sino... —vaciló y luego soltó una ristra de maldiciones con los ojos brillando de disgusto—. Creo que veo espejismos.

—Ha sido una noche infernal. Me voy a casa —dijo Carr, apretándose las sienes con los dedos y sacudiendo la cabeza.

—¿Has podido verlas con claridad? —le presionó Alec mirando fijamente la calle vacía—. ¿No te resultaban familiares?

—¿Quiénes crees que eran?

—Una me pareció lady Rosalie Berkeley.

—Sólo la he visto una vez. La verdad es que no podría asegurarlo. ¿Importa?

—El caso es que conozco a su marido —dijo Alec con aire ausente. Berkeley jamás permitiría que su esposa frecuentara aquella parte de

Londres a esas horas de la noche, en especial sin escolta. Y si de verdad era Rosalie Berkeley, su acompañante no podría ser otra que... Cerró los ojos soltando un suspiro de exasperación. Seguro que lo era. «Maldita sea, esa mujer no trae más que problemas. Pero no voy a hacer el tonto peinando las calles de Londres para buscarla. No merece la pena, ninguna mujer vale más que el orgullo de un hombre. Voy a olvidarme de ello.» Miró detrás de él, observando que su primo había desaparecido. Evidentemente, Carr había decidido marcharse. Alec volvió a mirar la calle vacía.

Si realmente era lady Berkeley la mujer que conducía el faetón, entonces su acompañante tenía que ser Mira. Si no era lady Berkeley, él era tonto perdido porque ya estaba pensando a quién pedir prestado un caballo o faetón. Pero tenía el fuerte presentimiento de que esa noche iba a ver

a Mira y la sangre le ardía en las venas sólo de pensarlo.

—Mira, ¿en qué demonios estás metida ahora?

—masculló, y de repente se sintió consumido por el deseo.

## 8

Cuando el bote azul de alquiler se acercó, Rosalie se puso pálida y comenzó a temblar como si estuviera preparándose para afrontar una terrible catástrofe. Esa reacción fue tan evidente que Mira la observó alarmada.

—¿Estás mareada? —le preguntó acercándose a ella.

Rosalie negó con la cabeza con los ojos brillantes por las lágrimas.

—No... Yo... No te preocupes. Estoy un poco abrumada, eso es todo.

Mira asintió, evitando mirar a Rosalie mientras ésta se enjugaba los ojos, se aclaraba la garganta y recobraba la compostura. El primer hombre que salió del bote debía de rondar la treintena, un

tipo fuerte y alto con la cara redonda y atractiva. Tenía una mirada agradable y una sonrisa cordial. Llevaba el pelo peinado como el perfecto dandi que era, y sus cálidos ojos oscuros brillaban sobre una nariz ridículamente pequeña.

—Lord Alvanley —murmuró Rosalie, tendiéndole una mano que él se llevó educadamente a los labios. Más tarde le diría a Mira que Alvanley era uno de los más leales amigos de Brummell, que intercedía por él cada vez que Brummell necesitaba ayuda.

—Lady Berkeley. Siempre es un placer volver a verla —dijo Alvanley.

—Gracias, milord. También es un placer para mí. Me gustaría presentarle a la señorita Mireille Germain, mi compañera de conspiración y pupila de lord Berkeley.

Alvanley tomó la mano de Mira con cortesía mientras esbozaba una amplia sonrisa.

—Así que usted es la misteriosa mujer que los Berkeley guardan bajo siete llaves —murmuró—. Una querida amiga, de hecho, ya que lady Berkeley le ha confiado nuestro pequeño encuentro. Puedo ver qué le ha llevado a depositar tal confianza en usted.

Mira bajó la mirada de una manera que esperaba fuera apropiadamente tímida. Ya que Alvanley era una destacada figura social en Londres, su aprobación era crucial. Una buena opinión por su parte le abriría muchas puertas y acallaría cualquier rumor que circulara sobre ella.

—Me honra conocerle —dijo ella, mirándole con modestia y admiración a la vez.

—Pero que hayan venido solas... —continuó Alvanley, mirando a su alrededor con desaprobación—. No está bien. Confieso avergonzado que estaba demasiado preocupado por los asuntos de Brummell para pensar en su

seguridad. Perdónenme, pero no debería haber aceptado que nos reuniéramos en un lugar tan peligroso como éste.

—No se preocupe por nuestra seguridad —le aseguró Mira con rapidez—. Mantenerlo todo en secreto es lo que verdaderamente importa. Sé que es muy peligroso que el señor Brummell venga a Inglaterra; es por él por quien debemos preocuparnos.

Alvanley le dirigió una cálida sonrisa.

—Qué buen corazón tiene.

—No, de ningún modo.

—Lady Berkeley, debería felicitarla por lo bien que elige a sus compañeras de conspiración.

—En ese caso, habría que felicitar también al señor Brummell —se atrevió a decir Mira, provocando que Alvanley se riera encantado.

Rosalie se adelantó para ayudar a salir al segundo hombre del bote. El tercer ocupante, un

muchacho nativo del East End londinense, era quien había manejado los remos; recibió una pequeña bolsa de monedas que se metió en el bolsillo del abrigo y se apartó de la orilla para remar de vuelta al otro lado del río.

—Señor Brummell —dijo Rosalie, con una vocecita que sorprendió a Mira. La intrépida y resuelta Rosalie sonaba casi asustada cuando se enfrentó al hombre que la había engendrado.

—Lady Berkeley.

No se tocaron. No se abrazaron ni se dijeron en voz alta los pensamientos que debían de haber estado acosando sus mentes. Sólo se quedaron allí parados y se miraron con unos ojos idénticos y muy abiertos.

Brummell era la viva imagen de la elegancia aun en los tiempos más duros, pero además poseía una presencia que Rosalie jamás había visto en otro hombre. Tenía un carisma que no

era producto de lo que decía o hacía, sino del simple hecho de su existencia. Su ropa, que una vez había sido asombrosamente cara y hecha a medida, estaba pulcramente limpia. Su corbata tenía un blanco cegador y brillaba bajo la farola de gas que iluminaba el lugar. Tenía el pelo mucho más claro que el de Rosalie y perfectamente peinado, y su cutis brillaba con el mismo tono pálido y aristocrático que el de su hija. Tenía la boca pequeña y arqueada, unos labios que hablaban de un gran ingenio y encanto latente, pero también de falta de determinación y voluntad. Y en su mirada se reflejaba la misma completa incertidumbre que había en los ojos de Rosalie.

—L-le he traído un pequeño presente, señor.  
—Rosalie le ofreció un paquete sencillamente envuelto que Mira sabía que contenía una docena de pañuelos de seda india.

—Muy amable por su parte, querida —replicó Brummell, que pareció relajarse al encontrarse en un terreno más familiar. No tenía experiencia en conversar con su hija, pero sí en recibir regalos y agradecerlos como era debido—. Le aseguro que no era necesario.

—No estaba segura de que viniera.

—Mi vida se ha vuelto muy irregular —repuso Brummell con tristeza—. Ya no disfruto de ninguno de los pequeños placeres que siempre había dado por sentados en Inglaterra. Pero tengo fe en que todo cambiará tras esta visita.

—Así lo espero. —Rosalie hizo una pausa y luego añadió con una timidez poco habitual en ella—: Señor Brummell, sabe que estoy en posición de ayudarle, si alguna vez necesita...

—No, no..., por favor —la interrumpió él, agrandando los ojos con creciente alarma—. Nunca le pediría nada salvo el privilegio de volver

a verla. —Vaciló unos breves instantes y luego le brindó una tímida sonrisa—. ¿Cómo está... su hijo?

—Christian es un niño muy dulce y brillante. La gente me dice a menudo que es muy guapo.

—Debe de parecerse a usted.

—Lo cierto es que se parece a su padre; rubio, encantador y muy testarudo.

—No me sorprende. La sangre de los Berkeleyy es muy fuerte.

—También la de los Brummell —dijo Rosalie, intercambiando una sonrisa con su padre.

Luego hubo un largo silencio, tan largo que incluso Mira sintió la tensión casi palpable que los rodeaba. Dirigiéndole una rápida mirada a lord Alvanley, le rogó en silencio que hiciera algo para romper aquella tirantez. Él se adelantó para tocar el codo de Beau.

—Brummell, aún nos quedan muchas cosas

por hacer esta noche. Lamento disponer de tan poco tiempo, pero deberíamos partir de inmediato a Threadneedle Street, si queremos concluir nuestros asuntos en tan breve tiempo. Sin embargo, antes de irnos, me gustaría presentarle a la señorita Mireille Germain, invitada de lady Berkeley, quien será la sensación de Londres la próxima temporada.

Mira negó con la cabeza, avergonzada.

—Lord Alvanley, es usted muy amable, pero dudo mucho...

—Si Alvanley dice que será la sensación de Londres —dijo Brummell, tomando su mano y haciendo una reverencia—, no tenga ninguna duda de que lo será. Su aprobación es todo lo que se necesita.

—Nunca se me ocurriría contradecir cualquier cosa que él dijera, señor —dijo Mira en tono respetuoso, y Brummell se rio alegremente.

—Es usted una mujer encantadora, querida, no dudo que llegará lejos. —La miró con aire enigmático sin perderse detalle de la menuda cara de Mira. Cuando una ráfaga de aire frío hizo ondular un mechón del cabello oscuro de Mira, haciéndolo caer sobre su hombro, Brummell le habló a Rosalie con la autoridad de un hombre acostumbrado a dar consejos—. No es la típica joven y eso la ayudará a dar una buena impresión. Cuando comience la temporada, asegúrese de que su vestido sea algo exótico. Sencillo, pero exótico.

—Así lo haré —prometió Rosalie. Sus ojos azules brillaron mientras lo miraba—. Me ha alegrado mucho volver a verlo. La próxima vez, iré yo a Francia.

—Preferiría que no lo hiciera hasta que mejoren mis circunstancias —susurró Brummell—. Entonces la invitaré a tomar el té y

mantendremos una larga conversación.

—Sí, eso estaría bien —repuso Rosalie con la voz algo temblorosa cuando él le cogió la mano y se la estrechó ligeramente.

—Bien.

Brummell soltó la mano de Rosalie y se despidió de Mira con una cordial inclinación de cabeza antes de darse la vuelta y ajustarse los guantes y el abrigo.

—Mi carruaje privado está aquí cerca —le dijo Alvanley a Brummell. Luego se inclinó hacia Rosalie y le murmuró al oído—: Convenza a su marido de que hable con el ministro de Asuntos Exteriores sobre darle un cargo a Brummell. Quizá como cónsul en Calais. Lo necesita con urgencia.

Rosalie asintió con la cabeza, y miró a Beau, que parecía totalmente concentrado en su apariencia y no había oído ni una palabra. Luego

los dos hombres se alejaron lentamente.

—¿Rosalie? —preguntó Mira cuando los dos hombres desaparecieron, posando su pequeña mano sobre el delgado hombro de su amiga en un gesto protector.

—No estoy muy segura de qué quiero que me diga. —En los ojos de Rosalie brillaban las lágrimas de frustración—. Pero sea lo que sea, nunca lo dice. Siempre seremos unos desconocidos el uno para el otro. Cuando me mira con tanta tristeza en los ojos ¿es porque lamenta no conocerme? ¿O porque lamenta que yo haya nacido?

Mientras acompañaba a su amiga de regreso al faetón, Mira observó que parecían haberse intercambiado los papeles. Por una vez, era ella quien tranquilizaba a Rosalie en vez de a la inversa.

—Por supuesto que se alegra de que hayas

nacido. ¿Cómo no iba a estar orgulloso de tener una hija como tú? Quizá, sencillamente, no sabe qué decir. Tú misma me comentaste que tiene miedo a los enfrentamientos y a las escenas emotivas.

—Lo sé. —Rosalie sacó un pañuelo de su ridículo y se enjugó los ojos.

Intuitivamente, Mira sintió la necesidad que tenía Rosalie de hablar de sus sentimientos con alguien que comprendiera la situación mejor que ella.

—¿Por qué no hablas con tu madre? Seguro que ella entiende tu situación.

—Ojalá Rand estuviera aquí —dijo Rosalie entre hipidos—. Nadie me entiende mejor que él. Pero no puedo hacerlo porque se enfadaría mucho si supiera que he venido aquí.

Arrugó la cara cuando la embargó una nueva oleada de emociones, y al momento se rio entre

lágrimas ante la penosa escena que estaba montando. Era una de las cualidades más encantadoras de Rosalie. La habilidad de reírse de sí misma.

Mira también se rio entre dientes.

—Por supuesto que puedes hablar con él. Mañana regresaremos a Warwick. Deberías decírselo. No creo que se enfade tanto.

—Puede que tengas razón.

Mientras se acercaban al faetón, una voz ronca rompió el silencio de la noche.

—¡Alto!

Las dos se detuvieron y se dieron la vuelta al unísono. Al lado del charco de luz que arrojaba una farola, había un joven algo mayor que Mira. Estaba sucio, delgado y tenía el pelo desgredado. Había algo perturbador y desesperado en la expresión de ese rostro ajado por años de necesidad. Mira había conocido a otros como él

antes, jóvenes cuyos ojos estaban vacíos de cualquier cosa que no fuera hambre. En su mano brillaba la hoja acerada de un cuchillo.

—Quiero las cadenas —dijo con voz firme.

—Santo Dios —susurró Rosalie, con el rostro pálido.

—Las cadenas y las pulseras —repitió el joven con impaciencia, y Rosalie negó con la cabeza, confundida.

—No sé qué quiere decir.

—Quiere las joyas —tradujo Mira con suavidad, pues unos años antes había conocido las complejidades de la jerga callejera.

Rosalie levantó los brazos para quitarse los pendientes de zafiros mientras Mira miraba al desconocido en silencio. Esa tarde había tenido el presentimiento de que podría ocurrir algo como eso. ¿Por qué no había hecho caso a sus instintos? Porque, pensó con frialdad, durante las últimas

semanas había dejado de escuchar las silenciosas llamadas de su corazón.

El joven se volvió hacia ella.

—Muévete o te corto el pescuezo. —Su voz era áspera y tenía un profundo acento del East End.

—No llevo joyas.

—Pues entonces te daré una cuchillada.

—No llevo nada encima —dijo Mira, asombrada de escuchar lo calmada que sonaba su voz cuando su corazón latía con tanta fuerza en su pecho.

Resultaba evidente que él no se creía ni una sola palabra. Cuando el joven abrió la boca para responder, se volvió al oír el tintineo de las joyas de Rosalie. Ésta sostenía los pendientes y el collar de zafiros en la mano, que temblaba visiblemente, mientras miraba al joven. Él la observó de una manera peculiar, con ojos ardientes e insolentes.

—¿Qué más quieres de...? —comenzó a decir

Rosalie con un hilo de voz.

—Mételos en el bolso y tráelo aquí.

—Mételos en el bolso, pero no te acerques a él  
—interpuso Mira.

En cuanto se pusieran al alcance del cuchillo del desconocido, estarían a su merced... y ella dudaba que aquel joven conociera la misericordia. Rosalie lanzó una mirada asustada a Mira antes de inclinarse y lanzar el bolso, que aterrizó en el suelo, a los pies del hombre, con un ruido sordo.

—Recógelo y dámelo —dijo él, con la mirada clavada en la pálida cara de Rosalie.

Si sólo quisiera dinero o joyas, Mira no habría hecho nada. El contenido del bolso de Rosalie era un precio pequeño a pagar por su integridad física, y los Berkeley podían permitirse aquella pequeña pérdida. Pero Mira reconocía la mirada en los ojos del desconocido. La había visto muchas veces antes y sabía lo que significaba.

Quería hacerle daño a Rosalie por lo que ella representaba y por lo que tenía. Quería lastimarla por la sensación de control que le daría. Lentamente, Mira metió la mano en el bolso, y movió los dedos con cautela hasta sentir el tacto frío de la hoja de su pequeño cuchillo. Se lo había regalado Guillaume hacía varios años, y le había enseñado cómo usarlo. No era una experta, pero lo había utilizado antes con buenos resultados.

—Por favor —vaciló Rosalie.

—¡Ahora!

Las lecciones de Guillaume cruzaron por la mente de Mira como un relámpago. «No lo arrojes por el mango, sino por la hoja.» Apuntaría a aquella parte del cuerpo del joven que no estaba protegida por los huesos. En un veloz movimiento, sacó el arma del ridículo y se la arrojó, apuntando a la base de la garganta y conteniendo el aliento cuando el arma surcó el

aire. Rosalie soltó un grito ahogado. El desconocido reaccionó al instante, girándose y golpeando el misil con su propio cuchillo, la velocidad de su reacción fue inesperada.

—Por todos los demonios —juró Mira sin pensar, y el joven la fulminó con la mirada.

—¡Pequeña perra! —exclamó, caminando hacia ella con determinación—. ¡Pagarás por esto!

En el mismo momento que Mira comenzó a retroceder, una sombra oscura surgió de las ruinas del castillo, moviéndose con tal sigilosa rapidez que al principio Mira pensó que era una alimaña. El desconocido sujetó y golpeó la muñeca del joven contra un muslo poderoso. El asaltante soltó el cuchillo, que se deslizó por el pavimento. Mira parpadeó con asombro, observando cómo su rescatador le daba un buen uso a su puño. El brazo surcó el aire y luego sonó un golpe sordo seguido de un repugnante crujido.

Eso, junto con el chillido asustado de Rosalie, puso a Mira en acción. Asió el brazo de Rosalie y comenzó a arrastrarla hacia el faetón, maldiciendo para sus adentros las faldas y las capas pesadas que dificultaban sus movimientos. Se quedó paralizada al oír la voz del recién llegado.

—¿Están bien?

Mira se quedó sin aliento al darse cuenta de quién era. «No. No podía ser él.» Se dio la vuelta y lo miró mientras un escalofrío le recorría la espalda. Oh, Dios, sí que era él. E incluso lo deseaba más ahora de lo que recordaba haberle deseado antes. Haría cualquier cosa, cualquiera, por que él volviera a abrazarla de nuevo. La embargó un frenético deseo de correr hacia él y estallar en lágrimas, de buscar refugio entre sus brazos, pero él la miraba como si no la conociera.

—¿Están bien? —repitió quedamente,

dirigiéndose hacia ellas—. ¿Están heridas?

Rosalie negó con la cabeza jadeando.

—Estamos bien —dijo Mira, con los ojos clavados en su cara. Intentó buscar las palabras, intentó hablar y se encontró con que se había quedado sin voz—. ¿Cómo...?

Fue lo único que pudo decir, y Alec pareció comprender la multitud de preguntas que encerraba esa única palabra.

—Casi arrollaron a mi joven primo con el faetón cuando salíamos de una taberna. —Su sonrisa brilló en la oscuridad al mirar a Rosalie y añadir—: Su manera de conducir es asombrosa. —Rosalie se puso roja con una mezcla de vergüenza y consternación. Él le hizo una reverencia y le tendió el bolso que había arrojado al suelo antes de añadir—: Conozco un poco esta zona de la ciudad y me preocupé por su bienestar. Me he tomado la libertad de seguirlos.

—Hemos sido muy afortunadas de que lo haya hecho. —Rosalie se llevó la mano enguantada a la mejilla ardiente.

—Supongo que su marido no conoce sus actividades de esta noche.

—No —repuso Rosalie, sin atreverse a mirarle—. Lord Falkner, tiene mi palabra de que no...

—No tengo el derecho ni el deseo de saber qué estaban haciendo. Sólo quiero saber si prefiere que no comente lo sucedido esta noche.

—Por favor —dijo Rosalie, volviendo a sonrojarse—. Le estaría muy agradecida.

Mira observó a Alec un poco confundida. Jamás le había visto actuar de esa manera antes. Desde luego, a ella nunca la había tratado como trataba a Rosalie, como si fuera una criatura frágil y etérea que no pudiera tolerar la dureza o la censura. Permanecía quieto y se mostraba caballeroso. Su voz era serena, como si sospechara

que ponía nerviosa a Rosalie y estuviera haciendo lo imposible por tranquilizarla. «Así es como trata a una mujer que respeta», pensó Mira, molesta por que aún no hubiera reconocido su presencia.

—Discúlpenme —dijo en voz baja, y los dos la miraron—. Mientras hablan, voy a recuperar mi cuchillo.

—Espera —dijo Rosalie, cada vez más nerviosa—. Lo siento mucho, estoy tan alterada que no se me ha ocurrido presentarles. Lord Falkner, ésta es la señorita Germain, una íntima amiga e invitada mía. Mireille, te presento a lord Alec Falkner.

—Señorita Germain —la saludó Alec, curvando la boca en una sonrisa perezosa cuando Mira se negó a darle la mano.

—Las dos le estamos muy agradecidas —dijo Rosalie, haciendo un apresurado esfuerzo por disculpar el mudo desaire de Mira—. La señorita Germain le agradece su intervención...

—Sí. —Mira no pudo evitar notar el olor a brandy que Alec desprendía y hacer hincapié en ello—. Agradezco que estuviera lo suficientemente sobrio para poder ayudarnos.

Rosalie agrandó los ojos ante la rudeza del comentario.

—Milord —dijo con inquietud—, lo que la señorita Germain quiere decir es que...

—Sé muy bien lo que quiere decir —dijo Alec secamente.

—Voy a buscar mi cuchillo —murmuró Mira, dándose la vuelta y dirigiéndose al lugar donde el asaltante todavía yacía inconsciente.

—Permítame que la ayude.

Alec se puso a su lado, mirándola a ella en vez de al suelo. Quería sacudirla por la preocupación que le había causado. Tenía un millar de palabras en la punta de la lengua, pero con tantas emociones, tenía miedo de que se le escapara

alguna señal de lo mucho que la había echado de menos o de cuánto la deseaba.

Mira no dijo ni una sola palabra mientras se alejaban de Rosalie y del faetón, hasta que vio la delgada hoja del cuchillo.

—Allí está.

—Maldita idiota —dijo Alec, incapaz de contenerse por más tiempo. Se inclinó y recogió el cuchillo. Mirando de soslayo a Rosalie, bajó la voz para asegurarse de que no oía nada de lo que le decía a Mira—. ¿Qué creías que estabas haciendo? —le preguntó en un susurro abrasador—. No puedes andar lanzando cuchillos como un gitano de segunda.

—¿Y qué querías que hiciera? —espetó Mira indignada—. ¿Que me echara a temblar y me desmayara, rezando por que alguien nos rescatara? No tenía ni idea de que tú, de todas las personas del mundo, estabas acechando en las

sombras.

—Ni siquiera deberías haber estado aquí.

—Rosalie me pidió...

—Lady Berkeley es demasiado ingenua e impetuosa para su propio bien. Conozco a los Berkeley desde hace tiempo y no es la primera vez que se mete en líos. No envidio a su marido por tener que mantenerla apartada de los problemas, pero tú, ¡tú sabes demasiado bien que no debes involucrarte en este tipo de cosas!

—Ni se te ocurra sermonearme. No tienes derecho a decirme lo que debo o no debo hacer.

—¡Maldita sea! Lo que necesitas es una buena zurra. —Alec se pasó los dedos por el pelo negro y suave como la piel de una foca.

—Dame mi cuchillo.

—Querrás decir tu juguete. —Alec observó con disgusto la pequeña arma que tenía en la mano—. ¿Qué esperabas conseguir con esto?

—Pensaba clavárselo en la garganta. Tengo una puntería excelente.

—No tengo duda de que podrías haber acertado a un blanco inmóvil —dijo Alec sombríamente—, pero lo arrojaste tan despacio que tuvo tiempo de esquivarlo. No tienes la suficiente fuerza para lanzarlo con destreza. Hasta un niño podría...

—¡Dámelo!

—No lo entiendes —dijo Alec con paciencia, ignorando su petición—. No eres capaz de defenderte con esto, y no deberías meterte en aquellas situaciones en las que te vieras obligada a usarlo. ¿Tienes más?

—¡No! —dijo Mira, tendiéndole la mano.

—Bien. —Alec se metió el cuchillo en el bolsillo y brindó una agradable sonrisa a la cara ruborizada de Mira.

Mira tardó varios segundos en recuperar el

habla.

—¡Maldito bastardo! Perro odioso y arrogante... En vez de meter la nariz en mis asuntos, ¿por qué no te ocupas de tus...?

—Bueno, bueno, señorita Germain —murmuró él solícitamente, ampliando su sonrisa—. No sabía que conociera tal vocabulario.

—Sí que lo sabías. Te he llamado cosas peores.

—Y con menos razón —se rio él suavemente—. Qué versátil eres, en un momento eres una tímida señorita de la sociedad, y al siguiente una granuja patosa.

—No soy una granuja patosa —replicó ella, molesta porque le hubiera señalado su torpeza.

—¿No? —Los ojos de Alec la recorrieron con calculada lentitud. Luego le miró las manos que apenas temblaban. Tensó la boca, y un músculo le palpitó en la mandíbula. Cuando habló, su voz sonó dura, pero no por la rabia o la preocupación,

sino por un sentimiento más fuerte—. No vuelvas a hacer algo así de nuevo, Mira.

—¿Algo como qué?

—Correr riesgos. Puede que haya habido una época en tu vida en la que podías hacerlo. Pero ya no. No juegues con tu vida. ¿Sabes cuántas mujeres desaparecen en esta zona de la ciudad cada semana? ¿Sabes lo que les ocurre luego?

—Pero los *charleys* patrullan por aquí y pueden protegernos.

—Oh, ¿de veras? —Alec lanzó una mirada alrededor de la calle vacía—. Ya veo que no debo preocuparme por tu seguridad con semejante despliegue policial.

—No necesito que me protejas de nada —lo interrumpió Mira indignada.

No era su dueño... No tenía derecho a decirle lo que debía o no debía hacer. No le importaba su seguridad, o la habría buscado cuando abandonó

Sackville Manor. Le había dejado bien claro que sólo había sido una noche de diversión para él.

—Claro que lo necesitas. No puedes seguir coqueteando con el desastre. Alguien tiene que pararte los pies. Si no eres capaz de controlarte, necesitas que alguien lo haga por ti.

—¿Sabes qué necesitas tú? ¡Necesitas que alguien te recuerde que no eres quién para decirle a nadie lo que debe hacer! ¡Necesitas que alguien te deje bien claro que no le impresiona tu engreída y arrogante actitud! ¡Necesitas que alguien te ponga en tu lugar! ¡Napoleón de segunda! —concluyó ella con tono triunfal.

Se sostuvieron la mirada, tan furiosos el uno con el otro como consigo mismos porque aún se seguían deseando con la misma desesperación de antes. Porque estaban llenos de preguntas que sabían que nunca se harían.

Como si aún se quisieran.

—¿Mira? —Era la voz inquieta de Rosalie desde el faetón, y Mira apartó la mirada de él para regresar rápidamente junto a su amiga.

—No lo hemos encontrado —le dijo y Rosalie se estremeció.

—Me alegro. Jamás imaginé que llevaras algo así en el ridículo. Prométeme que no volverás a hacerlo.

—Te lo prometo.

—¿Quiere que las acompañe, lady Berkeley? —le preguntó Alec a Rosalie acercándose al carruaje—. Puedo atar mi caballo a la parte trasera del faetón...

—Gracias, pero creo que puedo arreglármelas. Pasaremos la noche en casa de mi madre en Red Lion Square. Creo que puedo llegar allí sin contratiempos.

—Conduzca más despacio esta vez —sugirió Alec, y Rosalie sonrió a regañadientes.

Mira tomó la mano que Alec le ofreció y se subió al faetón, soltándole en cuanto se sentó. Los dedos le ardían donde la había tocado.

—Una cosa más —dijo Mira, clavando la mirada en la cara inescrutable de Alec—. ¿Qué le pasará a ese hombre?

—Lord Falkner —preguntó Rosalie con seriedad—, ¿deberíamos entregarlo a una de esas asociaciones que hacen cumplir la ley?

—Si lo desea —respondió Alec, con expresión neutra y un tono educado—. ¿Cuál prefiere? ¿La sociedad para la supresión de la mendicidad o la sociedad para la reforma de buenos modales? —Sólo Mira se dio cuenta de la mofa absoluta de sus preguntas, y deseó decirle dónde podía meterse sus sugerencias.

—¿Qué pasaría si lo entregamos a alguna de ellas? —preguntó Rosalie.

—Lo más probable es que acabe colgando de

una cuerda.

—¿Podríamos dejarle escapar? —le rogó Rosalie—. Creo que no soportaría tener su muerte en mi conciencia.

—Por supuesto —contestó Alec, pasándole las riendas. Miró a Mira—. *Au revoir*. —Golpeó el anca del caballo cuando el faetón se apartó de la orilla del Támesis.

Mira intentó no volver la mirada hacia él. «*Au revoir*.» A diferencia del formal *adieu*, aquella otra expresión sugería que esperaba que se volvieran a ver.

—Estuviste hablando con él —observó Rosalie con las manos blancas por la tensión mientras sujetaba las riendas y guiaba al caballo por las calles.

—Sí —repuso Mira aturdida, preguntándose si las dos últimas horas no habrían sido un sueño.

—Parecíaís discutir.

—Tuvimos un intercambio de palabras.

—¿Os conocíais de antes?

—Sí. Era uno de los invitados en la cacería de Sackville. Casi todos los asistentes sabían quién era yo y por qué estaba allí.

—Todas esas cosas que le dijiste después de que acudiera en nuestra ayuda... Mireille, ¡jamás te había visto actuar con tal grosería! Creo que deberías ser más educada con él si quieres....

—Sólo estaba asustada —dijo Mira al instante—. Apenas sabía lo que decía.

Por supuesto que sabía perfectamente lo que había dicho. Pero para su tranquilidad de espíritu su pasada relación con Alec debería quedar en el olvido. Y la única manera de conseguirlo era asegurarse de que no volvían a verse. La pregunta era: ¿estaría Alec de acuerdo con eso?

—Pues es un alivio —dijo Rosalie sin sonar muy convencida—. Ciertamente no me hubiera

gustado saber que estuviste relacionada con él de alguna manera.

Mira frunció el ceño y la miró con curiosidad.

—Parece como si él te disgustara.

—Para serte sincera, me temo que eso es cierto.

Agradezco lo que ha hecho por nosotras, y no niego que es un hombre encantador cuando quiere, pero... —la voz de Rosalie casi se perdió en el viento— no es un caballero. He oído muchas cosas de él. Tiene mal genio. Y no es sincero. Dice una cosa cuando quiere decir otra y parece ser un hombre de poca confianza. Circulan muchas historias sobre su implicación en varios escándalos, aunque nadie puede asegurar nada...

—Pero en mi caso, sería un tanto hipócrita si me preocuparan los escándalos de otra persona, ¿no crees? —señaló Mira. Como Rosalie no respondió, añadió—: ¿Me ocultas algo? ¿Alguna vez hizo algo que te desagradara?

Rosalie suspiró con inquietud.

—No me gusta cómo trata a la gente, en especial a las mujeres. Una de mis amigas se enamoró de él, ahora está casada pero en ese momento no estaba comprometida, y él no correspondió a su afecto. Podría haber tolerado su compañía hasta que ella se cansara de él, como hubiera hecho cualquier caballero, pero no, se comportó de una manera cruel y fría con ella, le rompió el corazón e hizo que perdiera la confianza en sí misma. Y aunque sé que puede ser dulce como la miel, jamás me olvidaré de lo cruel que fue con mi amiga. Trata a las mujeres como si fueran objetos. Todo el mundo lo sabe. Jamás ha durado con una amante más de una semana, y ¿sabes por qué? Porque las mujeres sólo son algo conveniente y pueril para él.

—Ya veo.

Mira no podía pensar en nada que pudiera

disculpar el comportamiento de Alec. Lo que Rosalie le había contado era algo que él podía haber hecho. Sabía que era capaz de ser amable y cortés, pero también podía ser brutal, y no toleraba la compañía de aquellos que le desagradaban.

—Sólo espero que no diga nada de lo que vio esta noche —dijo Rosalie—. Me pregunto dónde estaba cuando hablamos con Brummell y Alvanley. No mencionó sus nombres, pero me pregunto...

—La verdad es que yo tampoco sé lo que vio.

—Oh —gimió Rosalie con suavidad—. Odio pensar que mis secretos dependen del sentido del honor de ese hombre.

—Yo también.

Según pasaban los días, y luego las semanas, el

miedo de Mira a que Alec hiciera algo desapareció por la sencilla y desconcertante razón de que no oyó hablar de él; ni siquiera una frase. Al parecer, Alec se había olvidado de ella. Era extraño, pero el alivio que había esperado sentir no le llegó al corazón. En un momento de debilidad había admitido para sus adentros que estaba lejos de sentirse aliviada. Estaba frustrada, desanimada, y muy decepcionada. Había pensado que durante el tiempo que pasaron juntos en la cacería Sackville, ella había significado algo para él..., que la había necesitado; incluso había llegado a pensar que se preocupaba por ella. ¿O es que había sido una tonta por haberse creído aquellas palabras y promesas vacías?

Una tarde, sacó el medallón de Falkner y enrollando la cadena de oro en la muñeca, sostuvo el disco redondo en la palma de la mano. A esas alturas, el emblema del halcón le resultaba

muy familiar; había cogido el medallón a menudo y había pensado en Alec mientras lo miraba. Incluso lo había llevado bajo la ropa algunas veces impulsada por unas ridículas razones sentimentales. Aún no sabía por qué Alec se lo había dado a sabiendas de que era una reliquia familiar. Si hubiera querido pagarle por los «servicios prestados», podría haberle ofrecido dinero o joyas, pero que le hubiera regalado el medallón había sido ciertamente desconcertante.

Mira se había sentido muy intrigada cuando, el día antes de Navidad, un chico había entregado un paquete en Berkeley Hall de un remitente anónimo. El paquete estaba dirigido a la señorita Mireille Germain y tenía una nota con una caligrafía que nadie reconocía. «De un admirador.» Las palabras estaban escritas con tinta negra y trazos claros en una tarjeta blanca sin ninguna identificación y venía acompañada

del más hermoso lote de libros que Mira hubiera visto en su vida. Tenían la cubierta de color rojo Marruecos y los cantos de las páginas dorados. Durante las fiestas, distintos parientes e invitados de los Berkeley habían jugado a adivinar quién era el admirador de Mira.

Los Berkeley, los treinta miembros de la familia que habían decidido quedarse en Berkeley Hall durante los meses más duros del invierno, eran un grupo curioso, cómico y pretencioso. Siempre se sabía qué esperar de un Berkeley; sólo respetaban a aquellos con riqueza o influencia política, eran ferozmente protectores con los suyos, aunque no les importaba cotillear sobre ellos y les encantaban los chistes subidos de tono pero consideraban que era de mal gusto reírlos. Aunque todos poseían una apariencia impecable, los hombres de la familia —con excepción de Rand— se habían ganado una reputación de

mujeriegos y adúlteros, mientras que las mujeres llevaban una vida social muy activa. Casi todos poseían un indudable atractivo, la mayoría eran altos, de piel blanca y rubios. Era tal la proliferación de rubios en la familia que en una ocasión Rand le había comentado sardónicamente a Mira que era una suerte haberse casado con una morena pues así podía distinguir a su esposa de las demás mujeres de la familia.

A menudo, las reuniones familiares iban acompañadas de broncas y tontas discusiones en las que todo el mundo participaba salvo Rosalie, que era la única Berkeley a la que todos los miembros de la familia toleraban. Quizá fuera así porque llevarse bien con ella era la única manera de ganarse la aprobación de Rand que, después de todo, era el cabeza de familia. O quizá porque Rosalie era la única que prefería escuchar los problemas de los demás antes que quejarse de los

suyos. Fuera cual fuese la razón, todos se esforzaban en complacerla y, por fortuna, aquella buena voluntad parecía haberse extendido a Mira.

Con tiempo y calma, Rosalie había presentado a Mira a los miembros de la familia. Tras varias tardes de té, costura, música y cotilleos, tras largos debates en los cuales Mira había sorteado un montón de preguntas maliciosas, la joven había sido aceptada por la familia. Como Rosalie le había aconsejado, Mira jamás mencionó a lord Sackville, limitándose a decir que había sido una invitada de su cacería.

—¿Cómo vamos a explicarlo exactamente? —le había preguntado a Rosalie en privado. Y al momento, Rosalie había adoptado una expresión avergonzada.

—No te preocupes, Mireille, ya me he ocupado de eso.

—Pero ¿cómo? ¿Y por qué parece sentirte tan culpable cada vez que menciono ese nombre?

—¿Culpable? Pues no sé por qué. Al fin y al cabo no he hecho nada malo. Sólo he movido algunos hilos aquí y allá y hecho algún que otro sacrificio para salvar tu reputación.

—¿Sacrificio? —había repetido Mira con tanto recelo que un leve sonrojo había teñido los pómulos y la nariz de Rosalie—. No me importa la historia que hayas estado contando, siempre y cuando no haya afectado a la reputación de Sackville.

—Bueno, no te enfades, pero puede que haya adornado la verdad un poquito. Pero ha sido sólo por su bien.

Mira la había mirado entonces con los ojos muy abiertos y horrorizados.

—No es propio de ti ir contando mentiras.

—Lo haría —había dicho Rosalie quedamente

—, para proteger a alguien que me importa.

—¡Pero la reputación de lord Sackville es lo más importante para él! Si ha sido perjudicada de alguna manera, me sentiría muy culpable.

—Se aprovechó de ti —había dicho Rosalie con firmeza y cualquier rastro de culpabilidad había desaparecido de su rostro—. Rand me contó que Sackville se jactaba de ti delante de sus amigos más íntimos. No quiero que te enfades por esto, pero es el tipo de pedantería que ningún caballero que se precie... Bien, ya sabes lo que quiero decir. Te utilizó para darse importancia, y a mi parecer no hay nada malo en hacer lo mismo para ayudarte.

—¿De qué manera has socavado su reputación? —preguntó Mira, pero Rosalie no había respondido.

No había importado cuánto insistiera Mira, Rosalie no había dicho ni una palabra más sobre

Sackville. Sin embargo, la «campana» de su amiga había sido increíblemente inteligente y sutil, y había dado como resultado el ostracismo de Sackville. Nadie había vuelto a mencionar su nombre, rara vez se le veía en alguna fiesta, y tampoco oía hablar de él. A Mira le remordía la conciencia cada vez que pensaba en él, pues directa o indirectamente, ella había sido la causa de su desgracia, y se sentía todavía peor al pensar en Rosalie quien, por culpa de Mira, se había visto obligada a comprometer su integridad.

Un día, después de que cayeran las primeras nevadas del invierno, un grueso manto blanco rodeaba Berkeley Hall y en las chimeneas ardían unos fuegos brillantes y calientes, Mira se puso sobre el regazo uno de los libros que le habían regalado y comenzó a hojearlo. La estancia estaba

llena de miembros de la familia Berkeley y de la conversación lánguida y susurrante de los más jóvenes, mientras los mayores estaban adormecidos junto al fuego de la chimenea. Rosalie estaba sentada cerca de ella con Christian en brazos, acariciando el pelo del niño con la nariz mientras éste dibujaba cuadrados con el dedo en una ventana cubierta de escarcha.

—Quizá podríamos averiguar quién envió los libros por los títulos y los autores —dijo Wilhelmina Berkeley mientras clavaba sus ojos azules en Mira—. ¿Podría ser una pista?

—Me temo que no —respondió Mira, suspirando para sus adentros al ver que la conversación derivaba de nuevo al tema de la identidad de su «admirador secreto».

Era algo que le cansaba y exasperaba, ya que ella sí sabía quién había enviado aquellas novelas. Todas eran de Jane Austen, y Mira recordaba

haber hablado con Alec de aquella autora en particular. Pero ¿por qué le había regalado él aquellos libros y por qué había firmado como «un admirador»? Jamás había profesado ningún tipo de admiración por ella antes. A pesar de todas aquellas preguntas e incertidumbres, Mira no podía evitar disfrutar de aquellos libros, pues eran hermosos y olían a nuevo.

—¿Está absolutamente segura —insistió Wilhelmina— de que no sabe qué caballero podría haberle enviado los libros?

—Totalmente —dijo Mira con firmeza.

Pero al sentirse observada, levantó los ojos y se encontró con la mirada de Rosalie. Su amiga parecía muy alterada y resultaba evidente que tenía una ligera idea de quién le había enviado las novelas, aunque todavía no le había hecho a Mira ni una sola pregunta al respecto.

—Lady Berkeley —la voz modulada de una

criada interrumpió la conversación, y Rosalie recogió la bandeja de plata con invitaciones y tarjetas de visita.

Había poco que hacer en invierno, salvo visitar a los vecinos o acudir a las fiestas que se celebraban, así que la llegada de aquella bandeja fue recibida con un gran interés.

—Hummm —dijo Rosalie con aire distraído, levantando una tarjeta de color azul claro y sonriendo mientras los Berkeley guardaban un expectante silencio—. Parece que hay una fiesta de trineos esta tarde. Lord y lady Stamford nos invitan a tomar un ponche caliente en su casa más tarde.

Varios murmullos del tipo «eso suena encantador» y «qué idea tan espléndida» llenaron la estancia, mientras Mira miraba a Rosalie con aire inquisitivo. Salvo relacionarse con la familia Berkeley, Mira había estado apartada de las

fiestas y reuniones sociales mientras morían los rumores de su relación con Sackville. Rosalie leyó la callada pregunta en los ojos de la joven y asintió con la cabeza.

—Creo que es una buena idea —dijo Rosalie en voz alta.

Y, aunque hablaba para todos en general, Mira sabía que aquellas palabras iban dirigidas a ella. Sintió un insoportable hormigueo de excitación. ¿A qué clase de personas conocería? ¿Qué le dirían? ¿Le preguntarían sobre Sackville reconociendo de esa manera que sabían que había sido su supuesta amante?

Todos se fueron a sus habitaciones para prepararse para la salida de esa tarde, y Mira rebuscó entre su ropa algo que ponerse. El vestido de lana color escarlata con ribetes de piel de marta era perfecto, pero ¿sería apropiado aquel color? No, si había la más mínima duda sobre su

reputación no podía llevar un vestido de ese tono tan atrevido. ¿Un vestido de color *beige* pálido, quizá? No, aquel color hacía que su piel pareciera cetrina. ¿Uno azul? No, la tela era demasiado fina y no quería pasar frío. Frunciendo el ceño, Mira se decidió por el vestido color escarlata y llamó a la doncella para que la ayudara a vestirse.

En cuanto estuvo arreglada, enterró las manos en un pequeño manguito de piel de marta y se dispuso a bajar las escaleras hacia el vestíbulo principal donde ya se habían congregado muchos miembros de la familia Berkeley. Se reunían en grupos de cuatro o cinco mientras se preparaban los trineos. Mira se detuvo en seco cuando llegó a las escaleras y se dio cuenta con inquietud de que muchas personas fijaban la mirada en ella. Se preguntó si sería por su ropa. A diferencia de otras mujeres, Mira no llevaba pelliza ni un sombrero que le ocultara el cabello. En cambio,

había elegido una capa corta de piel oscura y con capucha que le caía desde los hombros en un estilo suave y romántico. No sabía que la excitación de la salida había teñido de rojo sus mejillas y que el vestido escarlata hacía resaltar sus ojos castaño oscuro; de repente, una joven tranquila y reservada se había convertido en una mujer muy hermosa.

—Está encantadora —dijo Wilhelmina Berkeley con una expresión de envidia en sus rasgos pálidos—. Sin embargo, no vamos a una fiesta de disfraces, señorita Germain. Su capa es preciosa, pero ¿no cree que debería haberse puesto un atavío más convencional? Ya me he fijado antes en su ropa y, en ocasiones, dista de lo que se considera adecuado.

—Aprecio su preocupación —la interrumpió Mira con voz queda—. Pero me gusta mi atuendo.

—Lo cierto es que está magnífica —dijo Wilhelmina con una mirada resuelta en sus ojos azules—, pero si insiste en vestirse de esa manera tan llamativa a los demás, podría atraer una atención indebida hacia su persona. Demuestra vanidad, y proyecta una imagen que podría perjudicarnos a todos. No me gustaría que me avergonzara al exhibirse de esa manera tan extravagante.

Un completo silencio cayó sobre el vestíbulo. Wilhelmina no se habría atrevido a pronunciar tal crítica de un invitado, en especial de Mira, si Rosalie hubiera estado presente. Pero dado que Rosalie y su marido aún seguían arriba, Mira tuvo que defenderse sola.

—Me vestiré como me plazca, señorita Berkeley —repuso con frialdad—. Y confío en no avergonzarla hoy, pues siempre había oído que en Inglaterra están mejor considerados los modales

que la apariencia de uno. Y le aseguro que mis modales son impecables.

—Bravo —dijo una voz desde lo alto de las escaleras, y todos se volvieron para ver a Rand Berkeley escoltando a Rosalie escaleras abajo. Eran una pareja muy atractiva; la belleza y la delicadeza de Rosalie contrastaba con el magnetismo brutal de su marido. Un aura rodeaba a Rand Berkeley, infundiendo respeto en quienes lo rodeaban, pues era un hombre que irradiaba autoridad, que trataba los temas más serios con la medida adecuada o con la afilada irreverencia de un cuchillo. Todo el mundo quería su aprobación, a la vez que temía su desaprobación. Nadie en su sano juicio se enfrentaba a Rand—. Muy bien dicho, señorita Germain —continuó con sus ojos brillando como el oro—. Le ruego disculpe las palabras de mi prima. Pero, como cualquiera de nosotros sabe,

cuando uno es un Berkeley, a menudo tiene que disculparse por las peculiaridades de la familia.

Mira le sonrió con gratitud. Sabía que sus palabras eran una sutil advertencia para el resto de los Berkeley. Después de eso, nadie volvería a decir nada remotamente ofensivo sobre ella. Fue en el trineo de Rand y Rosalie, disfrutando de una animada conversación en la que intercambiaron comentarios sarcásticos sobre la familia Berkeley hasta que Mira se rio sin poder contenerse.

—Estás igual que cuando tenías quince años —dijo Rosalie con satisfacción mientras Mira descansaba la cabeza contra el respaldo del asiento y suspiraba de placer—. Llena de alegría y ganas de vivir.

—¿De veras? —preguntó Mira, comenzando a reír entre dientes otra vez—. Hace sólo tres meses no podía hablar sin que los ojos se me llenaran de

lágrimas. Me sentía muy... —hizo una pausa y adoptó una expresión pensativa— herida y despreciada. Utilizada. Me pregunto por qué he cambiado tanto.

—Porque ya no estás sola —respondió Rosalie con sencillez.

—Siempre tienes la respuesta perfecta —dijo Mira, sonriendo.

—Cierto —dijo Rand, llevándose la mano de su esposa a los labios y besándola en el dorso—. Es una de las razones por las que me casé con ella.

El cochero detuvo el trineo en medio de un gran despliegue de vehículos parecidos. Algunos tenían un tercer asiento para el conductor, mientras que otros eran más pequeños y estaban pensados para que los caballeros sostuvieran las riendas ellos mismos. Conducir en vez de contratar a un cochero era una actividad que se estaba extendiendo con rapidez debido a su gran

popularidad.

Entre los murmullos de la animada conversación de los invitados recién llegados, Rand ayudó a su esposa y a Mira a bajar del trineo y las acompañó a la enorme mansión palladiana, donde degustarían un gran surtido de viandas mientras esperaban a que los trineos se dispusieran en fila a lo largo del camino. Como Rosalie le había explicado antes a Mira, todos formarían una larga hilera y recorrerían los campos cantando, hablando y riendo.

Mira echó una mirada a su alrededor, pero no vio ninguna cara familiar, lo que estaba bien. Sonriendo con alegría, permitió que Rosalie le presentara a varias personas, todas amables y muy simpáticas. La joven se sintió más animada tras varios minutos de alegre conversación. ¡Les caía bien a aquellas personas! No era difícil encajar allí, al menos en apariencia. Mira había cambiado.

Ya no era la torpe chica de pueblo, ni la tímida amante falsa de un viejo solterón. Era joven y vivaz, una «criatura encantadora» según había oído decir a alguien un minuto antes. Una mujer que vestía ropa cara con elegancia y que podía hablar de muchos temas diferentes. Su confianza aumentaba a cada minuto que pasaba, y se atrevió a alejarse un poco de Rosalie.

El buen humor de Mira se vio ligeramente alterado cuando Rosalie se acercó con un joven que respondía al nombre de Edgar Onslow. Quizás algún día fuera un hombre atractivo, pero en ese momento no era más que un chico nervioso que se sonrojó y apretó la mano de Mira con demasiada fuerza cuando los presentaron. Tenía el pelo rojo, algo que no combinaba bien con aquella piel rosada y brillante.

—El señor Onslow es un joven muy agradable —dijo Rosalie, que evidentemente disfrutaba de

la situación—. Por supuesto, señorita Germain, no podía dejar pasar la oportunidad de presentarlos.

Había una traicionera nota de satisfacción en la voz de su amiga, y Mira esbozó una débil sonrisa cuando resultó evidente que ése era el tipo de hombre que Rosalie consideraba un candidato perfecto para un cortejo.

«Oh, Rosalie —pensó Mira con una mueca interior, observando con pánico creciente cómo Edgar Onslow la miraba con obvia fascinación—, sé que quieres que me case con un joven educado que jamás me haga daño. Pero no soy tan frágil como piensas. Necesito a alguien con quien pueda discutir de vez en cuando, alguien que me haga frente, alguien que no se deje intimidar por mí. No quiero a alguien más débil que yo.»

—Bueno, voy a ver si encuentro a mi marido —dijo Rosalie, y desapareció antes de que Mira pudiera decir palabra.

Onslow era un joven dulce y sincero, y posiblemente el hombre más aburrido que Mira hubiera conocido nunca. Intentó que se involucrara en la conversación, pero lo único que recibió a cambio de sus fallidos intentos fueron respuestas monosilábicas. O bien Onslow se había quedado prendado de ella o no se le daban bien las palabras. Cuando fue evidente que Rosalie no pensaba volver a por ella, Mira reconoció para sí misma que el excitante paseo en trineo se convertiría en un viaje aburrido si nadie la rescataba de Onslow.

—Señorita Germain, ¿le apetece un vaso de ponche? —preguntó Onslow educadamente, al parecer tan frustrado como ella por la tediosa conversación, y Mira asintió aliviada.

—Gracias, señor Onslow.

En cuanto él se alejó, Rosalie surgió de la nada y se acercó a Mira con rapidez.

—¿Te ha pedido que vayas en su trineo? —le preguntó con los ojos azules resplandeciendo de entusiasmo.

—Aún no hemos llegado a eso —contestó Mira un tanto desencantada.

—¿Y has dejado que se vaya?

—No, ha ido a traerme un ponche.

—*Sacrebleu*, voy a seguirle para asegurarme de que lo hace. He visto cómo esa lagarta de Letty Wheaton lo observaba desde una esquina.

Mira estaba a punto de señalar que ninguna mujer iba a matarse por los encantos de Onslow, pero notó que Rosalie estaba firmemente decidida a hacer de casamentera. Mira suspiró cuando su amiga dijo antes de ir en persecución del joven con la intención de traerlo de vuelta:

—Letty Wheaton pierde el tiempo —susurró por lo bajo, y desapareció.

Mira oyó en ese momento una risa sorda y baja

tras ella.

—Siempre había pensado que lady Berkeley tenía un gusto perfecto. Pero bueno, todos podemos cometer un pequeño error de vez en cuando.

Mira se volvió con rapidez y levantó la mirada para encontrarse con la de Alec Falkner. Él le brindó una lenta y amplia sonrisa que provocó que se le acelerara el corazón.

—Rosalie es casi perfecta —logró decir Mira en respuesta a su comentario, y Alec curvó los labios con diversión.

—Un jovenzuelo con el rostro encendido que se pone tan nervioso junto a ti, es probable que acabe volcando su trineo. No, por nuestra vieja amistad, no puedo permitir que eso ocurra.

—No tenemos una vieja amistad —le informó Mira lacónicamente.

Alec vaciló antes de responder. Al bajar la vista

hacia ella, sintió una punzada de deseo, un deseo que no podía compararse a nada que hubiera sentido antes. Que sólo podía aliviarse al verla, al oír su voz, al inhalar su perfume. Lo último que él quería en el mundo era sentir eso por ella. El amor era algo que podría racionalizar, que podía obligarse a olvidar, pero ese deseo voraz era una realidad de la que no podía escapar. El amor podía ignorarse, reemplazarse u olvidarse. El deseo era tangible y molesto, y obnubilaba los pensamientos de un hombre hasta que éste no podía hacer otra cosa que satisfacerlo.

—Perdona —dijo él con voz ronca—. Asumí que tenías tan buena memoria como yo. No sólo recuerdo haber tenido una vieja amistad contigo, también recuerdo haber compartido ciertas intimidades...

—Por favor, cállate —le imploró Mira, mirando a su alrededor para ver si alguien lo había

escuchado—. Es de mala educación sacar a colación algo así. Y tus críticas al señor Onslow... Supongo que piensas que sería mejor que fuera en el trineo de alguien como tú.

—Eso es exactamente lo que pienso —repuso Alec.

Conmocionada, Mira permaneció en silencio mientras clavaba la mirada en los ojos grises de Alec. No vio mofa ni burla. Le estaba pidiendo en serio que fuera en el trineo de él, y no sabía qué responder.

Tenía sobradas razones para no confiar en él.

Pero también estaba desesperadamente enamorada de él.

Todo lo que tenía que hacer era negarse. Falkner no le suplicaría que aceptara, y no volvería a pedírselo. Alec sonrió ampliamente ante la expresión vacilante de la joven, y mientras clavaba los ojos en él, Mira no pudo evitar

devolverle la sonrisa. Era imposible que rechazara la oportunidad de estar con él.

«Estás loca —se dijo—. Te merecerás todo lo que te ocurra si aceptas ir con él, ¡estás pidiendo problemas a gritos!»

—Acepto la invitación —le dijo a Alec, y con una risa repentina bailando en sus ojos oscuros añadió—: pero será mejor que nos apresuremos y salgamos deprisa, antes de que Rosalie vuelva con Onslow y me vea obligada a ir con él y escuchar sus aventuras escolares.

—Pobre mocoso —murmuró Alec con compasión, y sonrió ampliamente mientras le ofrecía el brazo.

# 9

Después de que Mira aceptara el brazo de Alec, cruzaron el vestíbulo y se dirigieron a las puertas. Al cabo de unos segundos Mira fue consciente de que habían atraído una considerable atención. Aunque era objeto de algunas miradas, la gente observaba principalmente a Alec. Había pocos hombres como él, capaces de atraer la atención sin esfuerzo alguno; era imposible pasar por alto su presencia. Era excitante estar junto a Alec, era atractivo y agudo, poseía una sonrisa audaz y un temperamento que variaba con la velocidad de un rayo. Era difícil predecir qué cosas se tomaría en broma o en serio, pero ése era uno de los rasgos más atractivos de su carácter. Mientras la

acompañaba fuera, ella admiró la aparente indiferencia de su pareja ante aquella multitud de miradas.

—¿Siempre atraes tanto interés? —preguntó con sequedad.

—Claro. ¿Acaso no lo sabías? Soy uno de los solteros más cotizados de la temporada. Estoy en el primer lugar de la lista. No dejarán de mirarme o acosarme hasta que alguien me eche el lazo y me arrastre al altar.

—Quizá debería dejarte en manos de alguien que valore un poco más tu compañía que yo. Yo no tengo intención de echar el lazo a nadie.

—Qué interesante. Y yo que tenía la impresión de que estabas aquí precisamente para eso. Con lady Berkeley de madrina, no te sería difícil cazar marido. Edgar Onslow aparte, sería fascinante ver qué otros caballeros pesca para ti.

—Ella no hará tal cosa —dijo Mira, y soltó una

exclamación ahogada antes de añadir—. ¡Se me había olvidado lo desagradable que eres!

—Pues yo no he olvidado nada de ti.

—¿Incluyendo mi gusto por la lectura? Fuiste tú quien me envió los libros, ¿no?

Él no respondió mientras la ayudaba a subir al trineo. Un lacayo colocó unos ladrillos calientes en el suelo del vehículo para que ella apoyara los pies allí, y luego le extendió una manta sobre las rodillas. Estremeciéndose levemente por el placer del calor y la comodidad del trineo, Mira enterró las manos en el manguito.

—¿Tienes frío? —preguntó Alec con suavidad, y ella negó con la cabeza.

—¿Los libros? —le recordó.

—¿Te han gustado?

—Por supuesto que me han gustado. Sólo que no quiero..., no quiero tener que deberte nada.

—No me debes nada —dijo él con aire

despreocupado—, no por un poco de papel y cuero.

—Escribiste «de un admirador» en la tarjeta — comentó ella, con ojos inquisitivos, y él se encogió de hombros.

—Siento una gran admiración por ti. —Lo dijo con tal ligereza que no parecía un auténtico cumplido—. No importa lo que te pase, Mira, eres la clase de persona que siempre sale adelante; posees talento para hacerte amiga de aquellos que pueden ayudarte.

—Eso no suena muy halagador.

—¿De veras? —preguntó Alec adoptando una actitud perezosa—. Te aseguro que lo es.

Cuando los primeros trineos comenzaron a deslizarse por la gruesa capa de nieve, las campanas de las bridas de los caballos repicaron en alegre sintonía con los cascos. En contra de lo que Mira esperaba, los trineos no formaban una

sola hilera, pues algunos se desviaban del grupo principal. Unos cuantos jovenzuelos comenzaron a jugar a pasar de un lado a otro de la fila a pesar de las protestas de las jóvenes que les acompañaban. Otros trineos se quedaron sospechosamente rezagados; no había ninguna duda de lo que sus ocupantes pretendían hacer. Robarse besos o tomarse otro tipo de libertades era algo habitual en una fiesta de trineos. Justo delante de ellos, un joven de pelo castaño rojizo cogió un terrón de nieve y lo metió en el cuello de la joven que le acompañaba, que lanzó chillidos indignados en respuesta. Mira se rio entre dientes y miró a Alec.

—¿Quién es?

—Spencer Whitebrook —replicó Alec con los ojos brillantes—. Un joven de tu edad, conocido por cortejar de una manera muy original.

—Ah... Tomo nota. Le diré a Rosalie que lo

tache de la lista de posibles pretendientes.

—Antes de que comiences a tachar nombres de esa lista, deberías saber que no tienes mucho donde elegir. Y antes de que me dirijas esa gélida mirada tuya déjame terminar. No es por ti, bien sabe Dios que tienes todo lo que hace falta para atraer la atención de un hombre, es sólo que este año hay muy pocos jóvenes casaderos.

—Eso explica por qué eres uno de los solteros más cotizados.

Alec arqueó la ceja.

—¿Está diciendo, señorita Germain, que si hubiera más solteros disponibles yo no estaría en el primer lugar de la lista?

—Quizás en el medio.

—Acabas de herir mis sentimientos —dijo Alec, riéndose suavemente—. ¿Por qué tienes una opinión tan baja de mí? Según me han dicho suelo ser muy tolerable.

—Algunas veces lo eres. Mucho, de hecho, pero otras eres totalmente intolerable.

—Una descripción justa.

—No, porque eres intolerable la mayoría de las veces.

—Antes de que decida que eres muy poco encantadora, ¿por qué no me cuentas que tal te va con los Berkeley?

—Muy bien, gracias.

—Qué comedida y educada. Se nota la influencia de lady Berkeley. Dime la verdad, solías decírmela antes.

—Y ya ves para lo que me sirvió. Esperaste doce horas exactas antes de traicionar mi confianza.

Alec no se inmutó por la acusación.

—Hubo circunstancias atenuantes. Como el hecho de que él te tratara como a una furcia de Fleet Street delante de mí.

—¡Ésa no es una excusa! No tenías ningún derecho a hacerlo. Me intimidaste para que te desvelara el secreto de Sackville, y como una tonta creí que nunca lo usarías contra él. Fue algo deshonesto y...

—No te atrevas a hablar del honor —dijo Alec con suavidad, lanzándole una mirada de advertencia—. Yo no me tomo el honor a broma, mi pequeña amiga, y lamento haberlo olvidado al conocerte. A pesar de todos los sentimientos que inspiras en los hombres, el honor no parece formar parte de ellos, y tampoco la honradez. Sé exactamente lo que hice, y lo que hizo Sackville, y por qué.

—No me mires como si yo tuviera la culpa de todo —dijo ella entrecerrando sus ojos castaños. Él estaba siendo tan odioso como siempre, pero ¡qué alivio era hablar con total libertad! Era el único hombre del mundo al que podía hablarle

con franqueza. Debido a la intimidad compartida, podía hablar con él de una manera que jamás haría con nadie, incluida Rosalie—. Te conviene culparme por la manera en la que Sackville y tú os comportasteis, pero, sinceramente, habría esperado más justicia por tu parte.

—Y ¿por qué —preguntó Alec secamente— ibas a esperar tal cosa?

—Porque no deberías atreverte a juzgarme cuando tú eres todavía menos escrupuloso que yo.

Alec se rio entre dientes.

—*Touché.*

—Bien. Y ahora preferiría no hablar más de esto.

—Has sido tú quien ha sacado el tema.

—Hablábamos de los Berkeley —dijo Mira, haciendo un esfuerzo por cambiar de tema. No quería pasarse todo el paseo en trineo

intercambiando recriminaciones.

—Sí, y me decías lo que pensabas de ellos. ¿Te tratan bien?

Ella lo miró con rapidez, asombrada ante el tono de su voz. Casi sonaba preocupado, aunque su expresión era neutra.

—El conde y lady Berkeley me tratan muy bien —respondió—, pero todos los demás me parecen muy...

—Críticos.

—Sí, eso. Cada vez que Rosalie me deja sola, parece que sólo me encuentran defectos.

—Si eso es todo, entonces no pasa nada. Los Berkeley son conocidos por eso. No lanzan sus críticas a una persona en particular, sino a todos en general.

—Bueno, me alegra saber que no es algo personal. Pero reconozco que no es fácil vivir con ellos.

—Míralo por el lado bueno. Yo pertenezco a la familia Falkner, que son todavía peor que los Berkeley. A los Falkner les gusta discutir y sacar a relucir los trapos sucios de los demás, por no decir que tienen un temperamento temible.

—¿Como el tuyo?

—Peor incluso. Yo soy el corderito de la familia.

Mira se rio.

—*Dieu*, eso sí que da miedo. ¿De quién habéis heredado ese formidable temperamento?

—De mi padre. Él era muy impulsivo, mientras que mi madre se enorgullece de ser fría y práctica. Se ha suavizado con la edad, pero dicen que en su juventud era la mujer con el corazón más duro de Inglaterra.

—¿Y cómo fue que se casó con tu padre?

—A base de perseverancia. Ella se rindió después de un incidente en un torneo medieval

que se celebró en Staffordshire hace más de treinta años. Edward Penrhyn, que siempre mostró un gran interés por la historia medieval y que se consideraba un caballero moderno, fue quien auspició tal acontecimiento. En el torneo hubo justas y escaramuzas, tradiciones y ropa de la época...

—¿Justas? ¿No era demasiado peligroso? ¿No hubiera sido más seguro un torneo simulado?

—Supongo que dependía de lo que te involucraras en el juego. A Penrhyn le entusiasmaba la idea por dos cosas. La historia era una de ellas.

—¿Y la otra?

—Una mujer escurridiza y con mucho carácter. Mi madre, Juliana Penrhyn.

—¿Penrhyn? ¿Estaban emparentados?

—Eran primos. Tras la muerte de su primer marido, Juliana había decidido volver a casarse, y

había centrado sus miras en Edward. Habría sido el partido perfecto, pero John Falkner, un joven de la zona, había decidido que la quería para él, y la persiguió sin descanso, aunque mi madre no quería tener nada que ver con él.

—¿Por qué?

—Mi padre era cuatro años menor que ella, y poseía muy mal genio. Mi madre, de carácter frío, consideraba que tal unión sería un desastre. Por otro lado, John era el segundón del duque, con lo cual ella jamás tendría título ni dinero.

—Pero ¿a quién amaba ella?

—Amaba a mi padre —continuó Alec tras una larga pausa—. Pero ella no pensaba consentir que eso afectara a su decisión de casarse con Edward. No creía en el romanticismo.

—Imposible —dijo Mira con firmeza—. Aún no he conocido a una mujer que no sea una romántica en el fondo, por mucho que diga lo

contrario.

—Eso es porque no has conocido a Juliana.

Mira negó con la cabeza y sonrió.

—¿Qué pasó en el torneo?

—Asistieron más de setenta mil personas, incluyendo al rey y su familia. Mi padre se apuntó en la lista para competir en la justa con el nombre del Caballero de la Rosa Blanca. Le tocó batirse contra el que era favorito para ganar el torneo, el Caballero del León Rojo.

—Que era el primo de Juliana, Edward, ¿no?

—Exacto. Juliana se sentó en las gradas cubiertas para ver la justa. Había sido elegida reina de la belleza, por lo que sería ella quien colocaría la corona de flores en la cabeza del ganador. Tras varias carreras y golpes certeros con la lanza, Edward desmontó a mi padre y ganó el torneo. Así que Penrhyn fue el vencedor del día, mientras que mi padre salía del campo con un

brazo en cabestrillo y el orgullo herido.

—¿Qué hizo Juliana? —preguntó Mira con suavidad.

—Según cuentan mis tías, ella se arrodilló junto a él y le prometió el cielo y la tierra. Pensaba que estaba malherido, ¿sabes?, y puede que temiera que el resultado de aquel encuentro fuera una muerte temprana. —Alec se rio entre dientes mientras imaginaba la escena—. Dios, me habría encantado verlo.

—Al parecer fingirse enfermo es un talento que poseen todos los hombres de tu familia —observó Mira con sequedad.

—Funcionó —señaló Alec—. Anunciaron el compromiso en el baile y banquete que se celebró esa noche.

Mira sonrió ampliamente.

—Creo que a pesar de lo que dices, tu madre es una romántica.

—No más que tú.

Aunque Mira intentó ignorar la sonrisa provocadora de Alec, no pudo evitar que la atravesara una oleada de calor.

—Hay una cosa que no comprendo —dijo ella—. ¿Cómo tienes tú el título si tu padre era el segundón?

—Mi tío mayor murió antes de tener hijos. Mi padre se mató en un accidente de equitación hace diez años.

Mira asintió en silencio. Luego se dio cuenta de que durante su conversación Alec había refrenado el paso del caballo y estaban al final de la fila de trineos.

—¿Por qué vamos tan despacio? ¿Está cansado el caballo?

Había un brillo malicioso en los ojos de Alec, un brillo que la hizo recelar.

—Vamos a coger un atajo.

—No me has pedido permiso.

—Ya te lo dije una vez, no me gusta pedir permiso.

—¿Qué clase de atajo?

—Todos van a rodear el bosque por el camino que conduce de regreso a la hacienda Stamford. Nosotros iremos por ese camino de ahí y nos reuniremos con ellos al otro lado.

—Escúcheme bien, milord, puede que usted esté dispuesto a arriesgar su reputación, pero yo...

—Ya te dije una vez que me llamaras Alec y...

—Han cambiado muchas cosas desde entonces.

— ... nadie nos echará de menos.

—¡Rosalie sí!

—¿Y crees que dirá algo si se da cuenta? —preguntó Alec, azuzando al caballo—. No, a menos que esté dispuesta a que el rumor de su reunión con Brummell se extienda por todo

Londres.

—¿Serías capaz de chantajearla? —le espetó Mira, agarrándose al borde del trineo cuando él hizo girar el vehículo y lo alejó con rapidez de los demás.

—Prefiero pensar que me guardará el secreto como yo guardaré el suyo.

—¡Eres un sinvergüenza! No me extraña en absoluto que me dijera que tú...

—¿Que yo qué? —la apremió Alec, sonriendo ampliamente mientras ella guardaba silencio, furiosa. El trineo avanzó deprisa entre unos pinos llenos de carámbanos—. No importa. Déjame que adivine. La pongo nerviosa, ¿verdad? No confía en mí.

—Evidentemente, posee un instinto excelente.

—Y no me quiere cerca de su pobre corderita. La pobre e indefensa Mira que siempre lleva unos juguetes interesantes en su ridículo.

—No llevo nada hoy.

—¿Ninguna daga?

—¡No!

—No importa —dijo él, deteniendo el trineo en la linde del bosque—. Puedes herir mucho más con tus palabras.

La quietud del bosque invernal quedaba rota por el chisporroteo del hielo en las ramas. Era un mundo suspendido en el tiempo, un mundo quebradizo y hermoso.

—Nadie puede herirte. Mis palabras rebotan en ti como flechas sin punta —repuso ella con voz queda.

Alec negó con la cabeza y su sonrisa se desvaneció. De repente, estaba serio y clavaba una mirada tierna en ella como si acabara de darse cuenta de algo que no había comprendido antes.

—De eso nada. Se me clavan profundamente a

pesar de mis esfuerzos por arrancarlas.

—Alec —susurró ella—, me temo que no te creo.

—Tienes la voz temblorosa. No me tendrás miedo, ¿verdad?

—Tengo frío.

—No te haré daño. —Se acercó a ella y le acarició la curva de la barbilla con la punta de un dedo enguantado.

Mira cerró los ojos ante el tacto del frío cuero en su piel, y la expectación la mantuvo inmóvil cuando él inclinó su cabeza oscura y le rozó la boca con la suya. Los labios de Alec eran cálidos y suaves. La dulzura del beso la hizo arder profundamente. Aunque sus cuerpos estaban separados por capas de ropa gruesa, Mira sintió que ardía suave e intensamente al sentir aquel cálido e íntimo beso. Había pasado tanto tiempo, tanto tiempo desde que se había sentido querida.

Alec la hacía sentirse especial, la hacía sentir que era la única mujer que deseaba en el mundo. Despertaba en ella un fuerte latido sensual que le nublaban los sentidos y hacía que respondiera a él ciegamente.

Cuando tomó aire temblorosamente, el crudo aire del invierno le inundó las fosas nasales. Necesitando sentirlo más cerca de ella, sacó la mano del manguito y llevó los dedos a la mejilla de Alec. La aspereza de la piel masculina raspó la punta de sus dedos y Mira curvó la mano con suavidad ahuecándole la mandíbula mientras disfrutaba de la libertad de tocarle. Alec tensó el brazo en su espalda, deseando saborearla con mayor profundidad, y amoldó su boca a la de ella buscando su lengua con la de él, presionando los labios hasta que Mira se sintió demasiado abrumada para continuar y apartó la cara con un jadeo ahogado.

—¿Por qué me abandonaste en Hampshire sin decirme nada? —murmuró él, rozándole la mandíbula con su suave y cálido aliento.

No había ninguna acusación en su tono, pero sí algo que ella no entendió. Mira cerró los ojos al recordar el dolor que había sentido el día que abandonó Sackville Manor.

—No me dejaste otra alternativa —le dijo con voz neutra—. Los Berkeley estaban allí, querían que me fuera con ellos. Y Sackville me había pedido que me marchara al cabo de unos días.

—No me lo dijiste.

—¿Habría supuesto alguna diferencia que lo hubieras sabido? Jamás me prometiste nada. No me propusiste nada, ni siquiera después de la noche que nosotros...

—Sabías que todo lo que tenías que hacer era pedirme ayuda —dijo Alec con voz queda, apartándose de ella y mirándola fijamente—. Te

habría proporcionado un lugar donde quedarte, si eso era lo que querías...

—Si hubiera consentido ser tu amante. —Mira sonrió con frialdad—. Y en aquel entonces era tan tonta que probablemente habría aceptado. Pero no ahora, ni por un palacio, ni por todo el oro del mundo. He cambiado desde entonces, y me he dado cuenta de que quiero más de lo que tú podrías ofrecerme.

Él la agarró por los brazos. Sus manos enguantadas eran como grilletes de acero cubiertos de terciopelo.

—¿Y qué esperas que te ofrezca? —inquirió con un repentino arranque de ira y la voz dura por la frustración—. Conoces mi posición y la responsabilidad que conlleva. Dios mío, todavía te deseo, no lo dudes, pero soy un Falkner. El hijo primogénito. Tengo que encargarme del resto de la familia, y algún día tener herederos que lleven

mi nombre. Si fueras diferente... Si fueras alguien distinto...

—Entiendo —dijo Mira con voz queda, sintiendo que se helaba por dentro—. Lo entiendo perfectamente.

—Entonces, por el amor de Dios, ¿intentarás aceptar lo que puedo darte? Podría dártelo todo menos mi nombre. Podría hacerte feliz...

—No, no podrías —le interrumpió ella con rapidez—. Antes tal vez, pero no ahora. No es culpa tuya que todo haya cambiado. No necesito ropa hermosa ni dinero para ser feliz. No necesito palcos en el teatro ni bailes. No necesito pasión. Ni ser encandilada. Todo lo que quiero es una vida tranquila y mi propia familia..., y eso es lo que intentaré conseguir con la ayuda de Dios. No sé por qué he venido aquí contigo. Sé que no debería haberlo hecho. Rosalie tenía razón, habría sido mucho mejor que hubiera ido en el trineo de

alguien como Onslow. —Mira sintió que Alec se tensaba a su lado, pero continuó—. Después de que volvamos con los demás y lleguemos a la hacienda Stamford, no quiero volver a hablar contigo. No quiero volver a verte. Por fortuna, no asistiré más que a un par de fiestas hasta la primavera, y sólo te pido que hagas el mismo esfuerzo que yo para evitarnos.

—Quizá sea lo mejor —convino Alec fríamente, y agitó las riendas para unirse a la hilera de trineos que se acercaba a ellos.

Mira permaneció tan lejos de él como le fue posible durante el resto del frío paseo. No intercambiaron más palabras, ni siquiera cuando Alec la ayudó a bajar del trineo y la acompañó al interior de la mansión con el resto de los invitados. Cuando ella estuvo a salvo, la dejó y ni siquiera le dirigió la mirada durante el resto de la velada.

—Lo siento —le dijo Mira a Rosalie en cuanto tuvieron oportunidad de hablar. Su voz contenía una sinceridad que evitó la reprimenda que Rosalie tenía en la punta de la lengua—. He cometido un terrible error. No debería haber ido con él. Tenías razón.

—No me complace tener razón —repuso Rosalie, mirándola fijamente con sus ojos azules—. No cuando pareces tan apenada por ello.

El invierno no pasó tan lentamente como Mira había temido. Encontró bastantes cosas en las que ocupar su tiempo, una de las cuales fue tratar las diversas dolencias que habían surgido entre los invitados y arrendatarios de la hacienda Berkeley. El aire frío contenía una humedad que traspasaba la ropa y la piel y llegaba hasta los huesos, y la sopa caliente, el ánimo y los cálidos fuegos de las

chimeneas no parecían ser suficientes para calentar los cuerpos de aquellos que pasaban algunas horas a la intemperie. Por fortuna las cocinas estaban bien aprovisionadas de plantas secas y hierbas que Mira solía utilizar para tratar los resfriados y la tos, así como el dolor de huesos, de garganta y de oídos.

Durante esos días, hizo multitud de cataplasmas de linaza y gotas para el oído con los jugos que obtenía de las plantas aplastadas. Para los dolores de artritis, reumatismo y gota hizo una loción a base de geranio y germandrina. Para el dolor de oído, garganta y cuello, hizo cataplasmas calientes de cebada hervida, zaragatona, miel y aceite de lirio. Dado que el clima era inclemente, no había nadie en la hacienda que no solicitara sus recetas y remedios.

Sin embargo, sólo una semana de aquel gélido invierno resultó verdaderamente insoportable

para todos los residentes de Berkeley Hall, y fue la semana de marzo cuando Rosalie enfermó. Sólo fue un resfriado con algo de fiebre, pero la enfermedad de Rosalie desbarató toda la organización y eventos de Berkeley Hall. No obstante, el peor problema fue Rand. Cuando iba a visitar a su esposa, febril y con la nariz roja, se comportaba de una manera tierna y cortés, pero siempre que ella echaba una siesta, o estaba fuera de su vista, se transformaba en un hombre caprichoso e irritable al que nadie osaba acercarse. Mira lo observaba todo con humor y simpatía disimulada, sabiendo por experiencia que Rand no soportaba cualquier cosa que amenazara la salud ni la felicidad de Rosalie.

—Tienes que mejorar pronto, Rosalie —le dijo Mira una tarde cuando le llevó una taza de tisana caliente al dormitorio de los Berkeleyy.

Rosalie frunció la nariz al tiempo que alargaba

la mano para coger la taza.

—¿Qué lleva esto? ¿Más de esas hierbas espantosas?

—Té y miel.

—Oh, gracias a Dios. —Rosalie tomó un largo sorbo del dulce té y suspiró de placer—. Ahora explícame por qué tengo que mejorar tan pronto. Sólo llevo un par de días en la cama.

—Tu marido se está volviendo insoportable.

—¿De veras? Conmigo se comporta de una manera extraordinariamente dulce.

—Contigo sí —dijo Mira y se rio entre dientes—. Pero sabes de sobra cómo se comporta con todos los demás. Las paredes no son tan gruesas.

—Mi pobre Randall —dijo Rosalie con suavidad, riéndose tontamente y estornudando a la vez—. Puede que proteste un poco, pero en realidad no pretende disgustaros a todos con...

—No te disculpes por él. Límitate a ponerte

bien tan pronto como sea posible. Está teniendo un comportamiento aterrador con todo el mundo.

—Pobre Mira. —Rosalie le lanzó una mirada especulativa y frunció el ceño—. Estás un poco más delgada y eso no me gusta nada. Te pasas el día ocupándote de todo el mundo y no te traje aquí para eso. Necesitas descansar más y... ¿Has comido bien?

—Aún faltan dos meses para el comienzo de temporada. No te preocupes, para entonces estaré presentable.

—No bromees con eso. Dentro de un mes comenzaremos a hacer visitas y presentaciones sociales, y no quiero que estés cansada y ocupada en otras cosas. Parece como si estuvieras sufriendo por alguien.

—¿Sufriendo? —se burló Mira, pasándose la mano por el pelo en un gesto nervioso—. ¿Por quién? ¿Por Edgar Onslow?

—Ojalá fuera eso. Sería un problema de fácil solución.

—No sufro por nadie —dijo Mira con brusquedad.

—Pero hay algo que te preocupa.

—Claro que hay algo que me preocupa, llevo semanas diciéndotelo. —Mira estaba sentada a los pies de la cama y se frotó la cara con aire ausente, dejándose una huella dorada en el puente de la nariz—. Pronto comenzará la temporada y, por fin, pondré en práctica todas las reglas del juego que me has enseñado —dijo con suavidad, cerrando los ojos y suspirando—. Jamás me han gustado los juegos, y menos éste. Me voy a convertir en una impostora, lo que me hace sentir muy incómoda. No me siento a gusto conmigo misma. No sé si llegaré a pertenecer a algún sitio.

—Pero tú ya perteneces a un sitio —dijo Rosalie con ansiedad—. Perteneces a aquí.

—No digo que no me alegre de estar aquí, pero éste es tu hogar, y tu familia.

—Algún día tendrás tu propio hogar y tu propia familia —insistió Rosalie—. Y todo esto dejará de preocuparte.

Mira le dirigió una sonrisa triste, y abriendo los ojos observó a Rosalie de manera inquisitiva.

—¿De verdad crees que la respuesta es el matrimonio? —preguntó—. Yo no. Para mí sólo es un nuevo papel que tendré que adoptar, y aunque me aterroriza fracasar, sé que no hay nada que pueda hacer para evitarlo.

El matrimonio era sólo una ceremonia cuya finalidad era unir a dos personas para toda la vida, y ella sabía que ningún ritual, juramento o ceremonia podía disipar la sensación de soledad que sentía. El matrimonio no cambiaría nada, ni tampoco cambiaría aquella certeza interior de que ella no encajaba en ninguna parte.

—No comprendo esa fijación tuya sobre los papeles y los sitios —dijo Rosalie desconcertada—. No desempeñas un papel en la vida, simplemente vives.

—Que yo sepa, ya he vivido varias vidas cuando todo lo que quería era vivir una. —Se frotó la frente con gesto cansado—. Oh, qué vieja, qué estropeada me sentiré al lado de esas chicas de diecisiete y dieciocho años. No saben nada del mundo, pero sí saben cuál es su lugar en él. Ya saben quiénes son y qué harán con su vida. Son tan maravillosamente convencionales que no puedo por menos que sentir envidia de ellas.

—No creo que puedas juzgarte a ti misma por los estándares convencionales.

—Pero eso es lo que harán todos los demás. ¿No lo ves? Esto es un error..., es un error pretender que encaje en tu mundo. Me siento como un ladrón que intentara entrar

furtivamente por la puerta lateral de una casa para ocupar un lugar que no me corresponde. ¿No sería mejor encontrar un empleo para mí en alguna otra parte? Algún lugar seguro y apartado donde no llamara la atención.

—No serías más feliz de esa manera —dijo Rosalie con terquedad—. Y si lo que dices es cierto, y en realidad no perteneces a ningún sitio, entonces bien puedes aceptar los planes que tengo para ti. Tanto te dará casarte con un barón que con un panadero.

—¿No crees que estás siendo un poco extremista?

—Tú no eres una persona convencional. Tienes tus propias reglas, y piensas y sientes de acuerdo a ellas. Eres mucho más hermosa que las jóvenes que dices envidiar, eres mucho más interesante y digna de amor que ellas. Eres... —Rosalie suspiró y la miró con impotencia—. Eres

Mireille Germain, eres diferente y especial. Y eso no va a cambiar.

Mira guardó silencio durante un buen rato, meditando las palabras de su amiga hasta que adquirieron un extraño sentido para ella. Con el innato sentido práctico que había heredado de sus antepasados franceses, Mira comenzó a darse cuenta de lo inútil que era lamentarse por lo que nunca podría llegar a ser. Ella era quien era y, como Rosalie había señalado, no podía hacer nada para cambiarlo. ¿Tan difícil era sacarle partido a la situación? ¿Acaso tenía otra elección?

—Sí, soy Mireille Germain —dijo con una sonrisa cansada—..., y supongo que podría haber sido alguien mucho peor, ¿verdad?

Carr entró en el despacho de Alec mientras se ajustaba el nudo de la corbata. La habitación

donde Alec trabajaba era muy sencilla, casi espartana. Estaba decorada con motivos egipcios y tenía un amplio escritorio de caoba entre dos ventanas. Alec se pasaba muchas horas trabajando allí, ya fuera en sus diseños arquitectónicos o en la contabilidad familiar o en diversos intereses nacionales e internacionales. Había asumido sus responsabilidades cuando tenía dieciocho años y se había acostumbrado a ejercer su autoridad y absoluto control en las haciendas y propiedades Falkner.

—Así que has recibido un mensaje de Juliana —dijo Alec, levantando la vista del escritorio.

—Es tu madre —dijo Carr en tono razonable, inclinándose sobre el escritorio y brindándole a Alec una sonrisa conciliadora—. Le gusta verte de vez en cuando. En especial después de la última vez que la visitaste, ¿cuánto hace? ¿Tres meses?

—Dos meses.

—Lo que sea. Se quedó preocupada. Me ha dicho que parecías un condenado franchute, pálido y delgado.

—¿Cómo es que ahora te has convertido en el mensajero de mi madre? —gruñó Alec—. ¿No tienes nada mejor que hacer?

—Pero por lo que puedo ver tienes mejor aspecto. Has cogido peso y vuelves a tener buen color.

—Cuando quiera un diagnóstico, llamaré a un médico.

Alec sabía que había tenido mal aspecto la última vez que había visitado la hacienda Falkner. Unas semanas de disipación, entregado al vicio de la bebida, solían provocar eso en un hombre. Tras el perturbador episodio con Mira en la fiesta de trineos se había pasado un mes en Londres, bebiendo sin freno para ahogar los pensamientos y el insaciable anhelo que sentía por ella. Se había

pasado las noches en Brooks, jugando con sus compañeros de juerga hasta altas horas de la madrugada, acostándose cuando llegaba el alba. Pero no había importado lo cansado que estuviera, pues ni siquiera en sueños había podido escapar del recuerdo de Mira. Lo único que había conseguido con aquella actitud era que sus ojos se hundieran y su tez palidciera, y que su boca se frunciera con descontento.

Pero después de que el invierno diera paso a la primavera, se había examinado a sí mismo y se había sentido asqueado. Él no podía gemir y suspirar como Byron por una mujer que jamás sería suya. Nunca había sido dado a revolcarse en la melancolía, ni a la disipación de los dandis, y había cortado de raíz aquel comportamiento. Había vuelto a beber moderadamente, y a montar a caballo con frecuencia. Se buscó mejores compañías que los jugadores y dandis de Brooks.

Y cuando iba al club era para cenar, no para apostar. Estaba en forma de nuevo y su aspecto era totalmente diferente. Ojalá fuera tan fácil volver a ser él mismo por dentro como por fuera. No era capaz de mentirse diciéndose que alguna mujer podría sustituir a Mira.

—Puedes decirle a mi madre que iré a visitarla al campo este mismo fin de semana.

—Estará encantada de volver a verte —dijo Carr con una sonrisa descarada y los ojos verdes chispeantes.

—¿Alguna cosa más? —preguntó Alec, cogiendo una pluma y pasando el pulgar por ella.

La sonrisa de Carr cambió, volviéndose cauta y un poco a la defensiva.

—Sí. Quería hacerte una pregunta. El otro día estuve hablando con Jules Wyatt. Ya sabes, aquel hombre alto que seguía a Holt a todas partes y que intentaba imitar...

—Lo recuerdo.

—He estado haciendo preguntas aquí y allá. Nada concreto, sólo para satisfacer mi curiosidad. He hablado con Wyatt sobre Holt. Ya sabes, recordando los viejos tiempos. Me sorprendió que Wyatt mencionara algo que jamás había sabido de Holt antes.

La mirada plateada de Alec se agudizó.

—¿Qué te ha dicho?

—Que antes de morir, Holt estuvo viéndose con una joven, una chica llamada Leila. Al parecer era muy importante para él. Wyatt me dijo que Holt estaba loco por ella. Pero Holt nunca me la mencionó y, por lo general, solía hacer alarde de sus conquistas románticas. Parece como si esta joven hubiera lanzado algún hechizo sobre él. Wyatt me dijo que Holt incluso le había hablado de casarse con ella.

—Sí —dijo Alec, encogiéndose de hombros con

despreocupación—. Pero ¿a quién le importa eso ahora?

—A mí. ¿Cómo se apellidaba? ¿Lo sabes? ¿Te lo dijo alguna vez?

—No lo recuerdo. ¿Por qué te parece tan importante esa joven?

—Según Wyatt, Leila desapareció una semana antes de que Holt muriera. Cuando digo que desapareció, quiero decir que desapareció por completo. Fue como si la hubieran borrado de la faz de la tierra. Como si nunca hubiera nacido. — Carr frunció el ceño, visiblemente alterado por el rumbo que tomaban sus pensamientos—. Si pudiera averiguar lo que le sucedió, podría encontrar la clave para saber por qué Holt fue asesinado. ¡Lo siento en las entrañas!

Alec entrecerró los ojos y lo miró fijamente. Por una vez, se encontró con que no podía hacer caso omiso de las palabras de su joven primo;

también él sospechaba que la supuesta desaparición de Leila y el asesinato de Holt estaban relacionados.

—Leila Holburn —dijo con suavidad.

—Holburn. ¿Estás seguro? —preguntó Carr, balbuceando de excitación.

—Sí, estoy seguro. Jamás la vi ni la conocí. Pero siempre me hablaba de ella.

—Tengo que encontrar a su familia... Quizás ellos puedan contarme...

—No. —Alec se reclinó en la silla, apoyó las botas encima del escritorio y se estudió los pies con aire pensativo—. Yo lo haré. —Alec siempre había establecido su autoridad con tanta firmeza que ningún varón de la familia Falkner, ni siquiera los propios tíos de Alec, ponían en tela de juicio ninguna de sus decisiones. Pero, de improviso, clavó los ojos grises en la cara de Carr y añadió muy despacio—: Si no tienes nada que

objetar al respecto, claro.

Carr parpadeó, evidentemente sorprendido. Alec estaba invitándolo a mostrarse en desacuerdo, a preguntar, a comentar el asunto. Era un privilegio del que sólo había disfrutado Holt, y Carr era plenamente consciente de ello.

—No, no tengo nada que objetar —dijo, pero no pudo evitar añadir—: siempre que me dejes tomar parte.

Para alivio de Carr, su primo se rio entre dientes.

—¿Por qué no?

Alec encontraba que no le molestaba la presencia de Carr tanto como había temido. Carr era diferente a Holt, pero poseía un tipo de valor temerario que Alec comenzaba a apreciar.

—Empezaba a preguntarme —dijo Juliana con

frialdad—, qué había sido de ti.

Alec sonrió y se inclinó para besar a su madre en la mejilla. Ella giró la cara con aire regio y los labios de su hijo sólo rozaron el aire, pero a Alec no le molestaba aquella frialdad, se la esperaba. Había cosas en las que Juliana jamás cambiaría. Aunque sus ojos, de un azulado gris metálico, habían perdido brillo con la edad, todavía poseían una expresión aguda, firme e inteligente. Juliana era la única persona que Alec conocía a la que jamás le había preocupado lo que la gente pensara de ella; su madre siempre creía tener razón y que cualquiera que le llevara la contraria estaba equivocado. Sólo admitía haber cometido un error en su vida, y fue cuando pensó en casarse con Edward Penrhyn en vez de con John Falkner. Pero incluso así, consideraba que sólo había sido un paso en falso, pues había rectificado a tiempo.

El mayor cumplido que le había hecho alguna

vez a Alec era admitir que se parecía más a ella que a su padre. Su hermano menor, Douglas, era mucho más parecido a John Falkner, con un temperamento contenido y dulce, conciliador y complaciente, e incluso autodespreciativo. Aunque había amado con locura a su marido, Juliana no tenía en alta estima ninguna de sus cualidades, pues ninguna de ellas le había ayudado a convertirse en una de las mujeres más poderosas e influyentes de su época. Siempre obligaba a la gente a competir por su aprobación, a ganarse su estima y afecto. En su opinión, la mejor arma que alguien podía poseer era la habilidad de conseguir que los demás lo necesitaran a uno. Nadie era tan arisca y enérgica como Juliana, que podía hacer cualquier cosa que se propusiera menos mostrar ternura materna.

—Carr me comentó que tú...

—Carr —bufó Juliana, cogiendo su taza de té

de la mesa Sheraton que tenía al lado—. Me sorprende incluso que consiguiera transmitirte el mensaje. Es un chico banal y caprichoso. Pero no se puede esperar más de un Falkner que se casa con otro Falkner.

El tío de Alec, Hugo, se había casado con una prima lejana de los Falkner, una unión que en opinión de Juliana sólo produciría niños simples. Tras haber observado la imprudencia de Holt en el pasado y la creciente irreverencia de Carr, concluyó que no se había equivocado demasiado.

—¿Por qué estás ahí de pie? —preguntó Juliana de repente, mirando a Alec con los ojos entrecerrados y señalando el elaborado sofá de brocado—. Siéntate ahí para que pueda verte.

—No me quedaré mucho rato —dijo Alec con voz queda, sentándose donde ella le había indicado. La vista de Juliana comenzaba a fallar, un hecho que ella se negaba a reconocer. Sometió

a Alec a un intenso escrutinio y luego asintió con aprobación—. Observo que has seguido mis consejos desde la última vez que nos vimos.

—Siempre escucho tus consejos.

—Ahora pareces mi hijo otra vez; fuerte y saludable. De nuevo vuelve a correr sangre Penrhyn por tus venas.

—Eso debe de ser —convino Alec, con los ojos brillantes de risa.

—Puede que parezcas un Falkner, pero en el fondo eres un Penrhyn y siempre lo serás. —Juliana bajó conspiradoramente la voz—. Y aunque siempre he considerado que casarse entre parientes produce mala sangre, no me importaría que añadieras un poco de sangre Penrhyn más a esta familia. ¿Has visto a la hija de mi sobrina Elizabeth últimamente? Se ha convertido en una jovencita atractiva y...

—No voy a casarme con una Penrhyn —dijo

Alec con firmeza—. Ni tampoco con una Falkner, algo que supongo me agradecerás. De hecho —añadió con sequedad—, estoy considerando seriamente la perspectiva de seguir soltero toda mi vida.

—Tonterías, quiero que te cases. Es más, quiero que te cases pronto.

—¿Por alguna razón en particular?

—Tienes veintiocho años, eres tres años mayor de lo que era tu padre cuando se casó conmigo.

—Pero tú ya habías cumplido los veintinueve cuando te casaste con papá —dijo Alec con fingida inocencia.

—Jovenzuelo provocador... No vas a distraerme esta vez. Te diré lo que tengo que decirte.

—Jamás me atrevería a disuadirte.

—Durante los últimos años te he observado pasar temporada tras temporada sin sentar

cabeza. He visto cómo perdías el tiempo con esas jóvenes rubias y tontas, y se me revolvía el estómago al pensar que alguna de ellas pudiera convertirse en mi nuera.

Alec se aclaró la garganta, pareciendo algo divertido.

—Veo que has decidido hablar con franqueza.

—Eres demasiado terco y orgulloso para cortejar al tipo de mujer que más te conviene..., una mujer como yo. Esas chicas rubias y tontas son muy populares, por supuesto y, aunque sé que tú siempre quieres a la *crème de la crème*, una dieta a base de crema y sin leche es mala para el estómago. Espero que comprendas lo que quiero decir.

—Que desaprubas mi gusto en mujeres — indicó Alec, adoptando una expresión de educado interés a la que su madre respondió con brío.

—Lo desapruebo enérgicamente. Son todas vanas. No tienen corazón, ni agallas, ni fuerza. Aplastarías a cualquiera de ellas sin ni siquiera intentarlo, ¿y de qué te servirían entonces?

—Aprecio tu preocupación maternal —dijo él, brindándole una cálida sonrisa—. Pero dudo que alguna vez te quedes satisfecha con alguna...

—Me quedaré satisfecha —le interrumpió Juliana—, cuando elijas a tus mujeres con el mismo criterio que eliges tus caballos y tus licores.

Alec se rio echando hacia atrás la cabeza oscura. Después la miró con una sonrisa en los labios.

—Te haré una promesa. Te doy permiso para que esta temporada busques a quien consideres adecuada para mí. Quiero satisfacer mi curiosidad sobre el tipo de mujer que aprobarías. Y le ofreceré a esa candidata la atención debida. Mi única condición es que no sea ni una Penrhyn, ni

una Falkner... y que tengas en cuenta mi predilección por las rubias.

—Rubias —masculló Juliana—. Qué asco, los hombres son criaturas odiosas. Todos y cada uno de ellos, incluyendo mis propios hijos.

El Pabellón Real de Brighton parecía un templo erigido con el único fin de estimular y celebrar los diferentes tipos de placeres que los sentidos podían experimentar. Era un monstruo creado a partir de una delirante mezcla de exóticos estilos arquitectónicos que desconcertaba la vista. Una parte del edificio había sido construida en estilo griego, otra en estilo chino y egipcio y la enorme cúpula central, en estilo turco. Era un diseño del famoso arquitecto John Nash y había costado una cantidad exorbitante, sólo para satisfacer el capricho del rey Jorge. Adornado con

palmeras, dragones y extraños embudos invertidos, el edificio provocó en Mira una sensación de admiración e inquietud. Tenía la impresión de haber entrado en un suntuoso harén.

—Adorarás este lugar —dijo Rosalie con la cara radiante de excitación mientras atravesaban la galería china y levantaban la vista hacia los dragones verdes y dorados que los miraban desde el techo.

—Sí —añadió Rand Berkeley con los ojos dorados brillando maliciosamente mientras acompañaba a las dos mujeres por varias galerías orientales—. Es insípido pero divertido.

—Siempre hay algún evento interesante —continuó Rosalie animadamente—. Fiestas, subastas, cenas o banquetes, conciertos, bailes, actuaciones...

—Me siento exhausta sólo de pensarlo —dijo

Mira, pero sonrió mientras hablaba, imaginando todos los sonidos e imágenes que experimentaría en el Pabellón durante los próximos días.

Se detuvieron a admirar una pared pintada con discretos diseños orientales.

—Y siempre hay algún concierto, pues el rey es un apasionado de la música y tiene una orquesta privada que actúa todas las mañanas y tardes.

—Estoy deseando conocerle —confesó Mira.

Había oído tantas historias sobre el rey Jorge que ya no sabía qué creer. Robusto y bien vestido, era conocido por tener el mejor porte y los modales más elegantes de toda Inglaterra. Durante su conversación en el largo viaje de Warwick a Brighton, Rand le había explicado que Jorge IV sólo invitaba a Brighton a aquellos que podrían serle de utilidad en algún momento. Un gran número de prominentes figuras sociales y políticas estaban allí. Mira sabía que Rosalie

esperaba que George Canning, el ministro de Asuntos Exteriores, estuviera allí. Rosalie estaba resuelta a hablar con él para pedirle que le buscara un puesto a Brummell en Francia, y Mira estaba dispuesta a ayudarla en esa misión.

—Me gustaría que ambas vigilarais vuestros pasos durante los próximos días —dijo Rand.

Rosalie y Mira intercambiaron una mirada culpable. Rand seguía sin saber nada del encuentro secreto con Brummell ni del plan de Rosalie para hablar con el ministro a solas, y ambas se ponían nerviosas al tener que ocultarle ese secreto. El marido de Rosalie no era tonto y muy pocas cosas se le pasaban por alto.

—¿Qué quieres decir, milord? —preguntó Rosalie con una falsa sonrisa.

Rand le dirigió a su esposa una mirada escrutadora antes de responder.

—Sólo quiero que tengáis en cuenta que el

gusto del rey por las mujeres mayores ha cambiado. Ahora parece sentirse atraído por mujeres jóvenes y atractivas con buena disposición. Se sentiría fácilmente animado por una palabra amable o una simple sonrisa... y ni siquiera yo podría liberaros de tal situación, su orgullo es muy frágil y no es un hombre que perdone fácilmente.

—Lo sabemos. —Rosalie se puso nerviosa—. Y probablemente le divertiría verme en una situación comprometida ya que habrá oído los rumores sobre Brummell y yo. Jamás perdonó a mi padre después de que sus relaciones se enfriaran, aunque Brummell le envió su mejor tabaquera e hizo lo imposible para recuperar su amistad. El rey podría lograr fácilmente la vuelta de mi padre a Inglaterra, pero no lo hará, porque es un ingrato y siente celos de él...

—Chsss —susurró Rand con suavidad,

deslizando la mano en la nuca de Rosalie y acariciándole la base de la garganta con el pulgar —. Lo sé, *fleur*.

Comprendía mejor que nadie lo que Brummell significaba para Rosalie, y sabía lo alterada que se ponía cuando surgía el tema de su padre. Respirando hondo y tranquilizándose ante la caricia de su marido, Rosalie levantó sus ojos azules hacia él.

Mira apartó la vista de aquel gesto íntimo, azorada y afectada por la reveladora escena. A veces, Rand y Rosalie parecían desconectar del resto del mundo. En unos segundos eran capaces de leerse los pensamientos y de sentir las necesidades del otro sin importar dónde o con quién estuvieran. Como en ese momento, según pudo observar Mira.

Al apartar la mirada de la pareja, Mira oyó el sonido de pasos al final del pasillo, unos pasos

firmes y de largas zancadas. Miró a la figura que apareció y de repente su corazón comenzó a latir a toda velocidad. Alec. Se llevó la mano a la garganta, sintiendo que la sangre abandonaba su rostro. Tenía que ser Alec. Le había echado tanto de menos que todo su ser se moría por volver a verle. ¿Era o no era Alec? El pelo era oscuro como el carbón, la figura alta y ancha de hombros, los rasgos eran perfectos y agraciados con una blanca y radiante sonrisa pero, cuando se acercó, Mira se dio cuenta con absoluto desconcierto de que el recién llegado no era Alec. Era demasiado joven, y de alguna manera parecía menos refinado, sin la seguridad en sí mismo que poseía Alec. Y sus ojos... no eran gris plateado, sino de un verde profundo.

El joven se detuvo en seco al verla. Parpadeó unas cuantas veces y luego sonrió.

—Me parece que me he perdido —dijo,

clavando los ojos en Mira con mucha atención.

Ella, confundida, no respondió.

—Vaya... Carr Falkner —dijo Rosalie, acercándose a Mira—. Me alegro de encontrarle aquí.

—Lady Berkeley —respondió el hombre sin dejar de mirar a Mira—. Parece ser un día de gratos encuentros.

Dándole a Mira un codazo imperceptible, Rosalie los presentó y Mira permitió que el extraño le tomara la pequeña mano fría en la suya más grande y cálida. «Carr Falkner», pensó, recobrándose lentamente de la sorpresa. Rezó para poder reaccionar mejor si se tropezaba con algún otro Falkner en el Pabellón Real; encontrarse cara a cara con otro hombre tan parecido a Alec sería más de lo que podría aguantar. No importaba lo atractivos y misteriosos que fueran el resto de los Falkner, ninguno sería

nunca nada más que una burda y decepcionante imitación de Alec.

—Es primo del duque de Stafford —murmuró Rosalie en el oído de Mira—. ¿Recuerdas al duque?

«¿Te refieres al hombre que me acompañó en la fiesta de trineos? —pensó Mira con frialdad—. ¿Del que me enamoré en la cacería de Sackville? ¿El que conoce todos mis secretos? ¿El que me arrebató la virginidad? Sí, creo que lo recuerdo...»

# 10

—Debemos tener cuidado —dijo Rosalie—, mirándose en el espejo de cuerpo entero y ajustando el cordón del corpiño de su magnífico vestido de terciopelo. Mary, la doncella que las había acompañado desde Berkeley Hall, se arrodilló detrás de ella con aguja e hilo para hacer algunos ajustes en el dobladillo de la falda—. Esta noche trataré de hallar la manera de hablar con el ministro sobre Brummell, quizá durante el baile. Pero necesitaré tu ayuda y, recuerda, hay que actuar con absoluto sigilo. Cualquier comportamiento inusual será advertido de inmediato, ya que siempre hay gente fijándose en estas cosas, y no hay mejor lugar que éste para que estalle un escándalo.

—Tampoco me sorprende —repuso Mira, prendiéndose en el cabello un pequeño sombrero de terciopelo verde en un ángulo coqueto—. Es una fiesta de disfraces y todo el mundo es muy atrevido detrás de un antifaz. Todos damos por sentado que podemos reconocer a los demás sin que éstos nos reconozcan a nosotros.

—No es cierto —dijo Rosalie con firmeza—. Soy capaz de reconocer quién está detrás de un antifaz, incluso del más elaborado disfraz. Siempre hay pistas. Por ejemplo, el rey será el único con una enorme barriga y la rubia que esté a su lado será lady Conyngham.

Mira dio un respingo ante el venenoso comentario de su amiga. No era propio de ella hablar mal de nadie, pero se dio cuenta de que no sólo el rey era objeto de su desprecio, sino también sus más allegados.

—¿Quién es lady Conyngham?

—Su última amante. Le ha concedido el título de «lady Steward», fingen que sólo es una dama de la corte, aunque todo el mundo sabe, incluido su marido, que comparten cama. —Rosalie negó con la cabeza, asqueada—. No sé qué ven los hombres en esas mujeres. Es frívola, tonta y ambiciosa, y fomenta los peores hábitos del rey. Ese hombre come demasiado y luego se cura la indigestión con una buena dosis de opio y brandy...

—¿¡Brandy y opio para curar la indigestión!?

—exclamó Mira arrugando la nariz—. Una copa con polvos de galanga sería mejor para ese tipo de dolencias.

—Por mí como si se bebe todo el brandy del mundo —dijo Rosalie, encogiéndose de hombros con aire indiferente—. Espero que engorde tanto que no pueda ni moverse. ¿Te fijaste en lo delgado que estaba Brummell? Ha debido de

perder por lo menos trece o catorce kilos. ¡Y ya parecía estar en los huesos la última vez que lo vi!

—Rosalie —dijo Mira con cautela—, te recomendaría que bajaras la voz cuando hables de Brummell y el rey.

De repente, Rosalie se rio.

—¿Temes que me acusen de traición, Mira?

—No. Lo que temo es que lord Berkeley te oiga mencionar nuestro pequeño contratiempo.

Al oír mencionar a su marido, Rosalie agrandó los ojos.

—¡Por todos los cielos! Se me ha hecho tarde. Deja que termine de contarte mi plan antes de que aparezca Rand. En cuanto consiga estar unos minutos a solas con el ministro, voy a pedirle que le busque a Brummell un puesto en Calais, tal como sugirió lord Alvanley. O quizás en Caen...

—¿Pero cómo pretendes hacer tal cosa si tu marido no te quita ojo de encima? O lo que es

peor, si alguien ve cómo te escabulles con Canning se hará una idea equivocada de la situación.

—Es ahí donde necesito tu ayuda —comenzó Rosalie y justo en ese momento, resonó un leve golpecito en la puerta—. Es Rand —susurró con frustración, levantando la mirada al techo—. Déjale entrar, Mary —le dijo a la doncella, y Mira se giró hacia el espejo con consternación.

—Vamos con retraso —dijo Rand a modo de saludo, mientras entraba en la estancia y se detenía para tomar nota del aspecto de su esposa. Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro moreno y apuesto—. Lady Berkeley, como siempre, está impresionante —dijo con suavidad.

Mira no pudo evitar sonreír al observar a los Berkeley; hacían una pareja perfecta.

Rosalie iba disfrazada de Marguerite de Valois, la esposa de Enrique IV de Francia. Su vestido era

una magnífica creación de terciopelo rojo con adornos dorados y pedrería. Se le ceñía a la diminuta cintura antes de caer en una amplia y brillante falda con vuelo. El corpiño tenía el escote bajo y en pico y estaba adornado con el mismo diseño de pedrería de la falda. Los hombros quedaban al descubierto y estaban ribeteados con un delicado encaje y las mangas largas y abullonadas se ceñían a las muñecas. Rosalie sonrió provocativamente y abrió el abanico de plumas doradas. Tenía el pelo recogido en lo alto de la cabeza, y sus brillantes tirabuzones negros sostenían una corona adornada con joyas diminutas.

—Esta noche estaré acompañada por el hombre más atractivo de Inglaterra —dijo Rosalie mirando apreciativamente a su marido. Rand, por supuesto, se había disfrazado de Enrique IV, y su impresionante cuerpo resplandecía embutido en

un atuendo del siglo XVI, que incluía una túnica de color escarlata, una chaqueta dorada y unas botas. En la pierna izquierda llevaba una jarreta y tres galones en el brazo izquierdo. Sus ojos leonados, su pelo y su piel, quedaban enfatizados por la riqueza del disfraz—. Sólo te falta un corcel blanco —continuó Rosalie con suavidad, y Berkeley le brindó una sonrisa burlona.

—Todo lo que necesito es a mi reina —repuso él, tendiéndole el brazo—. Ahora, vayamos al baile antes de que comience a sentirme como un completo estúpido.

—Espera un momento, ¿qué te parece el vestido de Mireille?

Mira se sonrojó ligeramente cuando Berkeley la recorrió con la mirada. Ante el gesto de Rosalie, se cogió las faldas y giró para exhibir el disfraz.

—Lady Marian —dijo Rand, sonriendo con aprobación—. Perfecto. No se me habría ocurrido

un disfraz mejor para un duende del bosque.

—Nos preocupaba la longitud de la falda, pues es bastante atrevida —dijo Rosalie con aire crítico. Berkeley negó con la cabeza.

—Es perfecto —repitió.

El disfraz de lady Marian poseía un descarado encanto que le sentaba bien a Mira. Estaba confeccionado en terciopelo teñido con los ricos tonos verdes del bosque, y se completaba con un pequeño arco y flechas en la espalda. La falda y la línea del busto estaban adornadas con piel oscura y el sombrerito era una versión más pequeña del de Robin Hood, con una pequeña pluma en la punta. La falda sólo le llegaba a la pantorrilla, dejando a la vista unas suaves botas de color marrón. Tenía un aspecto exótico y travieso, en especial con aquellos oscuros tirabuzones castaños que le caían por la espalda.

Mira se alisó el disfraz con nerviosismo

mientras bajaban las escaleras, donde en unos falsos altares en honor a Baco, Apolo, Venus, Minerva y Marte se quemaba incienso que llenaba el aire con un espeso olor picante. La música resonó en el pabellón cuando la orquesta comenzó a tocar con alegre brío. El rey aún no había hecho acto de presencia, pero corría el rumor de que un enorme turco ataviado con un turbante de raso había sido visto en las alcobas anexas al enorme salón de baile. Mira miró a su alrededor con deleite y admiración, asombrada de la creatividad, los colores y la escasez de tela en la mayoría de los disfraces. Las mujeres de más edad, las viudas con o sin título estaban sentadas a los lados del salón para controlar la actividad de sus pupilas; las mujeres más jóvenes se arremolinaban en torno a la pista custodiadas por magos, bestias, héroes de leyenda, villanos y figuras mitológicas.

Al poco de entrar en el salón de baile, un caballero del siglo XV se acercó a Mira. Era Carr Falkner embutido en una cota de malla, calzas negras y botas curtidas. Sus ojos de color verde oscuro, enmarcados por unas largas pestañas negras, chispearon alegremente al verla. Mira le devolvió la mirada, encontrando su atrevido encanto muy atractivo. Era obvio que había estado esperando su llegada.

—Señorita Germain —dijo, brindándole una sonrisa que le recordó a Alec y la dejó sin aliento—. O mi memoria no es lo que era o está usted todavía más deslumbrante que esta tarde.

Mira le sonrió y le dirigió una rápida mirada a Rosalie, que parecía estar muy satisfecha por el evidente interés que Carr Falkner mostraba por su protegida. Carr también miró a Rosalie, arqueando las cejas.

—Dado que ya hemos sido presentados, me

gustaría reclamar, con su permiso, el primer baile de la señorita Germain.

—Sólo uno —repuso Rosalie, con sus ojos azules chispeantes de risa—. La señorita Germain sólo puede bailar una vez con el mismo caballero o quedará en una situación comprometida.

—Pero eso no es justo —protestó Carr mirando a Mira.

—Me temo que sí —dijo Mira—. No quiero estar comprometida antes del primer baile de la temporada.

Él sonrió ampliamente y le ofreció el brazo en un gesto galante. Mira respondió con una reverencia y le pasó las flechas a Rosalie antes de que Carr la condujera a la abarrotada pista de baile. Cuando la hizo girar en medio de las brillantes parejas, Mira se dio cuenta de que era un bailarín consumado y que sus pasos se ajustaban perfectamente a los de él. Tras un

minuto en silencio, Mira le brindó una mirada provocativa.

—Parece que lo he dejado sin palabras.

—No, no... En absoluto —se apresuró a decir él—. Sólo estaba pensando.

Mira le miró por debajo de las pestañas y sonrió. Aunque Carr no tenía forma de saberlo, su parecido con Alec le resultaba fascinante. Era posible, reflexionó ella, que Alec hubiera sido así cuando era más joven. Un poco vulnerable, y ligeramente torpe y alegre a la vez, con un hermoso rostro que reflejara la inocencia de la juventud. ¿Sería Carr un calco exacto de Alec cuando era más joven?

—¿Pensando? —repitió ella, obligándose a retomar la conversación—. ¿En algo o en alguien en particular? —Carr negó con la cabeza lentamente—. Qué decepción —dijo Mira con coquetería—. Había esperado que me dijera que

estaba pensando en mí.

Él se rio, y un mechón de pelo negro como el carbón le cayó sobre la frente al bajar la mirada hacia ella. A pesar de su juventud, era más alto que la mayoría de los hombres del salón y, por supuesto, mucho más alto que ella.

—Si pensara en usted, señorita Germain, me detendría en seco, boquiabierto, ya que lo único que podría hacer sería contemplar su belleza con alelado asombro.

—Pues sería el primero en hacerlo —le aseguró ella.

—Con todos mis respetos, lo dudo mucho.

Carr se abstuvo de hacerle más cumplidos porque no quería dar la impresión de haberse quedado embelesado ante ella como un tonto. Logró contenerse a duras penas. Ésa era su segunda temporada en Londres, y se consideraba todo un maestro en el arte del flirteo. Incluso

creía haberse convertido en un cínico como su primo, aunque todavía no había alcanzado el mismo grado de apatía de éste. Las mujeres, todas en general, tenían la habilidad de hacerle sentir torpe y tímido, y justo cuando creía haber superado tal infortunio, aquella menuda mujer que tenía entre sus brazos le había demostrado justo lo contrario. Estaba encandilado con ella y, no sólo eso, además podía sentir las celosas miradas de sus amigos mientras lo observaban bailar con ella. Una noche como aquélla era la fantasía de cualquier joven. Carr prescindió de intentar entablar conversación y se concentró en memorizar cada detalle de la cara de aquella joven.

Satisfecha con bailar en silencio, Mira le siguió con facilidad, apoyando los dedos ligeramente en la malla metálica del disfraz de Carr y se sintió decepcionada cuando el vals llegó a su fin.

Regresó lentamente con Carr adonde estaban los Berkeley, que hablaban con Helena de Troya, Shakespeare, Dalila y Enrique VIII.

—Es perfecto para ti —le susurró Rosalie a Mira desde detrás del abanico—. Es joven y dulce, y muy guapo. Juega tus cartas con sabiduría.

—Eso haré —susurró Mira en respuesta, aunque se abstuvo de decirle a Rosalie que Carr estaba muy lejos de ser la pareja perfecta, no sólo porque era muy joven, sino porque además era primo de Alec.

Dejando aparte el hecho de que no podía evitar comparar a su pareja con su primo mayor, sabía que Alec no consentiría que ella se convirtiera en un miembro de su familia. ¿Y si Carr llegaba a interesarse seriamente por ella? El pensamiento era a la vez divertido y aterrador.

Estaba riéndose de un comentario sarcástico

que Carr había hecho, cuando de repente sintió un hormigueo en la nuca, como si alguien hubiera clavado los ojos en ella. Mirando por encima del hombro, vio a Alec en medio de un grupo de gente. Él le dirigió una larga e intensa mirada antes de apartar la vista. Sus ojos grises ardían de celos. Una oleada de excitación recorrió a Mira. Nada había cambiado, se dijo a sí misma con severidad. No importaba lo mucho que pudiera desearla todavía, sería una tonta si aún creyera que... Pero no podía negar cuánto le gustaban aquellas miradas... Sí, le gustaban y mucho. Y aunque no lo unía a él ningún vínculo, no pudo reprimir una punzada de orgullo al observarlo; estaba muy guapo esa noche, incluso más de lo que era habitual en él.

Había algo inenarrable en su poderosa presencia, una masculinidad que muy pocos hombres poseían. No era un hombre que pudiera

hacer pensar en cuentos de hadas y caballeros de brillante armadura. Cuando una mujer le miraba, pensaba en placeres prohibidos y encuentros clandestinos. Era el típico rompecorazones. Y, sabiendo eso, ¿cómo podía ella seguir sintiéndose atraída por él? Poseer a un hombre así, aunque fuera por poco tiempo, era la fantasía de cualquier mujer.

Al parecer, Rosalie también había notado la presencia de Alec, pues arqueó sus finas cejas ligeramente y miró a Mira con expresión decepcionada.

—Había visto antes ese disfraz... —le dijo en voz baja, asegurándose de que Rand y Carr seguían conversando animadamente entre ellos antes de continuar—, pero admito que nunca había visto a nadie al que le sentara tan bien. Y me temo que a él le sienta demasiado bien.

Alec, alto y apuesto, estaba vestido con

pantalones negros, un chaleco de color rojo de tela de damasco, guantes con flecos y botas de caña alta con espuelas. Su pelo negro, sin sombrero que lo cubriera, brillaba como la obsidiana. En el cuello llevaba una cruz de oro y de su delgada cintura colgaba una espada.

—¿De qué va disfrazado? —susurró Mira, intentando no apartar la mirada de la cara de Rosalie.

—Del capitán Bartholomew Roberts; siempre puedes distinguirlo por la cruz. Fue un pirata, muy moreno según las leyendas, que murió en un combate en el siglo XVI. Una figura heroica aunque, según dicen, no era un hombre demasiado amable.

—Si me invitara, no me importaría bailar con él toda la noche —dijo Helena de Troya, siguiendo la mirada de Rosalie y suspirando mientras observaba con atención a Alec.

—*Bonne chance* —murmuró Mira, deseándole de verdad buena suerte y mirando el suelo mientras intentaba evitar sin éxito sonreír. Esa noche no le importaba que todas las mujeres del Pabellón Real suspiraran por las atenciones de Alec Falkner... porque él sólo se la había quedado mirando a ella, sólo a ella, y saberlo hacía que su corazón palpitara.

Mientras el baile continuaba, presentaron a Mira a multitud de caballeros de los que recibió innumerables invitaciones para bailar. Rosalie se mostró claramente encantada por la popularidad de Mira, sobre todo al darse cuenta de que Carr hacía lo imposible por monopolizar la atención de Mira. El baile se interrumpió durante algunos minutos mientras los asistentes recibían la noticia de que el rey se sentía indispuesto y no podría asistir a los festejos de esa noche. Algunas personas parecieron apenadas por el anuncio,

pero ninguna pareció sorprendida, algo que confirmaba lo que Rosalie había comentado anteriormente sobre la indolencia del rey.

Parada junto a una mesa de bebidas y degustando una copa de ponche, Mira permaneció junto a Carr y charló amigablemente con un grupo de gente. Sólo intercambiaron comentarios mundanos, lo que permitió que Mira se relajara. Escuchó los últimos cotilleos y se rio cuando correspondía hasta que sucedió una pequeña catástrofe. La señorita Henrietta Lester, una coqueta con la cabeza hueca, dejó caer su vaso de ponche al suelo, haciendo que el cristal estallara en mil pedazos y se derramara el líquido por todas partes. Totalmente avergonzada, la cara de la señorita Lester adquirió un profundo rojo brillante mientras los sirvientes corrían a limpiar el desorden. Después de deshacerse en disculpas, estalló en las consabidas lágrimas. Carr y los

demás hombres del grupo se acercaron para consolarla mientras Mira se retiraba a una esquina y examinaba los daños sufridos por su vestido. El dobladillo y las botas estaban salpicados de ponche y posiblemente quedarían manchas permanentes.

—*Nom de Dieu* —dijo ella mientras se limpiaba la ropa con una servilleta sin pensar que alguien pudiera estar escuchándola. Oyó otro de los desgarradores lamentos de la señorita Lester por encima de la música y frunció el ceño con disgusto—. Oh, es más blanda que el paté —masculló—. Nos dejará sordos si sigue llorando de esa manera.

Justo en ese momento los refunfuños de Mira se vieron interrumpidos por una carcajada.

—Lo mismo opino yo.

Mira se dio la vuelta y vio a una mujer madura sentada a una mesa diminuta. Estaba sola, y Mira

se preguntó por qué no había nadie sentado con ella. Era menuda y delgada, tenía el pelo del color de la pizarra y una curiosa y calculadora expresión en su rostro aristocrático. Parecía poseer una firme y vital personalidad.

—Discúlpeme, no sabía que había alguien escuchándome —logró decir Mira—. Creerá que soy mezquina...

—Creo que se queda corta —repuso la mujer, señalando el vestido de Mira—. Continúe con lo que estaba haciendo. Quizá consiga quitar parte de esas manchas de... lo que sea que se estaba tomando.

—Ponche —dijo Mira, inclinándose de nuevo y continuando con su tarea mientras sonreía con pesar—. Era un ponche exquisito hasta que me salpicó la falda.

—¿Necesita un pañuelo? —preguntó la mujer, sacando un cuadrado de tela blanca y

tendiéndoselo. El pañuelo cayó de la mano pálida y venosa de la mujer y revoloteó hasta el suelo—. ¡Maldita sea! Se me ha caído —dijo, y Mira sonrió con deleite al descubrir que en aquel salón había otra mujer además de ella que sabía jurar como un cosaco—. ¿Dónde diablos está? —La mujer se inclinó un poco hacia delante entrecerrando los ojos hasta que localizó el pañuelo blanco en el suelo y lo señaló con el dedo—. Ahí está. ¿Puede recogerlo? Mi acompañante se ha ausentado unos minutos y no está aquí para ayudarme. Esa maldita chica nunca está cuando la necesito.

Mira se inclinó y recogió lentamente el pequeño pañuelo de encaje, mirando el rostro de la mujer antes de incorporarse. Tenía una ligera neblina en los ojos, y el corazón de Mira se suavizó al comprender que la mujer no veía demasiado bien.

—Señora —dijo, dejándole el pañuelo en el

regazo con suavidad—, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Supongo que sí —respondió la mujer bruscamente, como si el que le hicieran preguntas fuera una molestia de la que le hubiera gustado prescindir.

—Por lo que veo no parece una mujer que se ofenda fácilmente.

—¡Por supuesto que no! —fue la indignada respuesta.

—Bueno —continuó Mira—, no he podido evitar notar que usted... er... no ve demasiado bien.

—Jovenzuela impertinente. Por supuesto que veo bien. Basta de cháchara, siga bailando y charle con su...

—Me alegra saber que ve bien —dijo Mira, limpiándose de nuevo la falda, cuyas manchas casi habían desaparecido—. Me pareció que veía

borroso, y que podría ayudarla de alguna manera.

—¿Usted? Pero si es una cría. Ahora, váyase.

—Sí, señora. Gracias por ofrecerme su pañu...

—La voz de Mira se apagó al darse cuenta de que la mujer la despedía con gestos impacientes.

Encogiéndose de hombros, Mira regresó lentamente adonde se había derramado el ponche y se encontró con que Carr finalmente había consolado a Henrietta Lester pidiéndole que bailara con él. Mientras daba vueltas por la pista con la chica entre sus brazos, le lanzó una breve y angustiada mirada que provocó que Mira se riera entre dientes. Después vio que Rand estaba bailando el vals con una de sus primas Berkeley y que mostraba una expresión cansada y educada en la cara, señal de que estaba totalmente aburrido. La sonrisa de Mira se transformó en un ceño al instante. Si Rand no estaba bailando con su esposa, ¿dónde estaba Rosalie?

Con aquel vestido rojo y dorado su amiga no fue difícil de localizar en medio de la multitud. Bailaba con un hombre al que Mira no reconoció, pero por la expresión satisfecha de Rosalie, era más que probable que su pareja fuera George Canning.

—Pondría la mano en el fuego a que es él — dijo en voz alta, utilizando una expresión popular en ciertos distritos de Londres, y cruzó los dedos.

Si era Canning de verdad, parecía mucho más accesible de lo que ella había esperado. Vestido de filósofo griego, era guapo y fuerte, aunque no demasiado alto. Poseía un aura de confianza y seguridad innata, pero ¿se atrevería a concederle aquel favor a Rosalie aun a riesgo de disgustar al rey?

El baile terminó y, en medio de una lluvia de aplausos, la pareja de Rosalie salió de la estancia con discreción. A Mira le llevó menos de un

minuto llegar al lado de Rosalie, y ambas se encaminaron a la mesa del ponche hablando entre susurros.

—Canning —dijo Rosalie entrecortadamente— ha aceptado hablar conmigo. Me espera en una de las salitas cercanas. No podemos dejar que nadie descubra...

—Chsss... Ahí está tu marido —susurró Mira, y lanzó una ansiosa mirada a la cara de su amiga mientras Rand se acercaba a ellas con largas zancadas.

—¿Rose? —preguntó Rand, observando a su esposa con una preocupada mirada en sus ojos color avellana.

—No se encuentra bien —dijo Mira con suavidad, adoptando una expresión cándida y sincera—. Probablemente se deba a la mezcla de vino y baile.

—Sí, seguramente —dijo Rosalie sin atreverse a

mirar a Rand, que siempre sabía cuándo mentía. Mantuvo sus temerosos ojos azules en la cara de Mira.

—Te llevaré arriba para que descanses... — empezó a decir Rand, sujetando a su esposa por el brazo.

—Yo la acompañaré —le interrumpió Mira, agarrando el otro brazo de Rosalie.

—Sí, Mira me acompañará —se apresuró a intervenir Rosalie, brindándole a su marido una sonrisa nerviosa—. Quédate un rato más. Recuerda que todavía no has bailado con tu prima Thalia, y no quiero que se sienta como un florero.

—No pienso bailar con Thalia —dijo Rand, arqueando sus cejas leonadas—. No cuando te encuentras mal y todavía tengo fresca en la memoria la costumbre de Thalia de pisar los pies a su pareja.

—Pobre Thalia —dijo Rosalie, frunciendo el ceño con tristeza—. Cariño, ¿no podrías pedirle a uno de tus amigos que baile con ella? ¿Te importaría hacerme ese favor?

Berkeley la miró fijamente durante un buen rato, luego soltó un juramento y dejó caer el brazo.

—Acompáñala arriba —le dijo a Mira, y negó con la cabeza mientras se alejaba, mascullando por lo bajo.

—Está preocupado por ti —dijo Mira.

Rosalie esbozó una sonrisa torcida.

—No te preocupes por mi marido —le dijo, palmeando el brazo de Mira. Después se apretó las sienes fingiendo que le dolía la cabeza—. Le conozco muy bien. Sabe que ocurre algo y no le gusta que lo haya mantenido al margen—suspiró—. Pero no puedo pensar en eso ahora. Debo hablar con Canning de mi padre.

Se abrieron paso por el abarrotado salón de baile, y Mira comenzó a preocuparse al darse cuenta de que la palidez de Rosalie había aumentado.

—Es cierto que no te encuentras bien, ¿verdad? —dijo ella, preguntándose por qué Rosalie parecía tan cansada. ¿Sería producto de la tensión o estaría realmente enferma?

—El aire está cargado con tanto incienso que apenas puedo respirar.

—Se está mejor aquí fuera —respondió Mira.

Se detuvieron y giraron a la derecha, hacia un largo pasillo con un montón de salitas privadas.

—La segunda puerta a la izquierda. Dijo que me esperaría allí durante unos minutos. —Rosalie vaciló delante del repujado picaporte de la puerta—. De repente me siento muy culpable, pero ¡no estoy haciendo nada malo! No es como si acudiera a una cita amorosa. Sólo trato de ayudar

a mi padre.

—¿Quieres que entre contigo?

—No, por favor, no lo hagas. Le dije a Canning que se trataba de un asunto privado.

—Bueno, entonces ¿qué quieres que haga? No puedo regresar al salón de baile, se supone que estoy contigo.

—¿Podrías mantenerte fuera de la vista durante un rato?

—Por supuesto.

—Nos encontraremos aquí a las once.

—Buena suerte —dijo Mira, observando cómo Rosalie se deslizaba en el interior de la salita.

Avanzó por el corredor y probó con algunas puertas hasta que dio con una que se abrió. Asomó la cabeza en el interior y observó que se trataba de una pequeña galería de retratos con muebles almohadillados y pesados marcos de filigranas. El brillo dorado era visible incluso en la

semioscuridad de la estancia. Era el lugar perfecto para esconderse hasta que Rosalie terminara de hablar con Canning. Entró y comenzó a cerrar la puerta despacio, aunque ésta tembló sobre sus goznes y se detuvo de golpe. La puntera de una bota con espuelas había sido acuñada con firmeza en el quicio de la puerta.

—Alec —susurró ella sin mirarle a la cara.

Él empujó la puerta bruscamente sin responderle, cerrándola con el pie. Los paneles de la puerta rechinaron suavemente cuando él se apoyó en la hoja y dobló la rodilla en una postura relajada.

—¿Qué demonios estás haciendo? —Aunque la actitud de Alec parecía indiferente, su voz sonó ronca.

—Yo... Tú... Rosalie está... ¡Me has estado espionando!

—Me importa un carajo lo que esté tramando

Rosalie Berkeley, o cómo diablos te has involucrado en ello —dijo Alec con una violencia apenas contenida—. Estoy hablando de Carr.

—¿De Carr? —repitió ella estúpidamente—.

¿De tu primo?

—Sí, de mi primo. Mantente alejada de él.

—¿Por qué? ¿Es tan fácil de corromper que unos minutos en mi compañía resultarían dañinos para su carácter?

—Lo estás utilizando.

—Puede que pienses que no soy lo suficientemente buena para él —dijo ella, sintiendo cómo la rabia se extendía por todo su cuerpo—, pero no siempre las cosas resultan como tú quieres. Por desgracia, lord Falkner, disfruto de la compañía de tu primo y él parece disfrutar de la mía. Tengo intención de pasar mucho más tiempo con él, y no hay nada que puedas hacer para impedirlo.

—La próxima vez que te vea con él te retorceré el cuello —le prometió ferozmente.

—No podrás. Soy la pupila de los Berkeley —dijo en tono triunfal—. No soy una mujer indefensa que...

—Berkeley puede irse al infierno. Ni se te ocurra acercarte a un joven que es incapaz de defenderse de ti.

—¿Estás protegiéndole de mí? A ver, dime, ¿cómo crees exactamente que podría hacerle daño?

—Utilizándolo de sustituto del hombre que deseas de verdad.

Ella lo miró con incredulidad, y luego una risa seca salió de su garganta mientras se apartaba de él.

—Pero qué arrogante eres.

Alec perdió el control cuando ella le dio la espalda. Se acercó a ella con tal rapidez que Mira

no tuvo tiempo de reaccionar. La inmovilizó contra la pared y le sostuvo las muñecas por encima de la cabeza.

—Es cierto —dijo, con la voz ronca mientras reprimía los movimientos de Mira con la presión de su cuerpo y la aplastaba contra la pared. Todo su ser estaba centrado en el delgado cuerpo que tenía entre sus brazos—. Sabías lo que pasaría si lo alentabas mientras yo miraba. Sabías cómo me sentiría...

—Me importa un bledo cómo te sientes —dijo ella entre jadeos, forcejeando contra él en la oscuridad.

—Mentirosa. Sabías perfectamente lo que estabas haciendo.

—Suéltame.

—Mantente alejada de él —dijo él con voz ronca—. Puedes jugar todo lo que quieras, pero no permitiré que te tenga, no dejaré que nadie...

—Te has vuelto loco —escupió ella y luego, como si se diera cuenta del alcance de la furia de Alec, cambió bruscamente de táctica, suplicándole para que se calmara—. Alec, por favor, ¿has olvidado dónde estamos? Recuerda lo que nos dijimos la última vez que nos vimos... —Los frenéticos movimientos de Mira se calmaron al sentir la presión de los musculosos muslos masculinos contra los suyos, y cómo la inmovilizaban los brazos de Alec—. No estoy jugando a nada —le dijo, intentando reprimir un gemido al notar la ardiente masculinidad de Alec latiendo entre sus piernas y haciéndola arder incluso a través de las capas de ropa—. Alec, tienes que detenerte. —Mira enterró la cara en la firme columna del cuello de Alec y se sintió ligeramente embriagada por el olor de su piel—. No puedo pensar y tú no sabes lo que estás haciendo...

—Nada ha cambiado —dijo él con voz ronca, apretando cada centímetro de su cuerpo contra el de ella y tensando los dedos alrededor de las muñecas de Mira—. Pensé que podría olvidarme de ti. Pensé que sólo sería cuestión de tiempo, pero ahora es todavía peor, mucho peor que antes..., algunas noches te deseo tanto que puedo sentirte a mi lado. Incluso cuando estoy con otra, siento...

—Oh, para, no digas nada —gimió Mira, echándose a llorar. Pensar en él abrazando a otra mujer, haciéndole el amor, hacía que quisiera morir—. No quiero saberlo. No quiero que me importe. Sólo quiero que me sueltes y...

—Te deseo. Llevo meses deseándote y lo que tuvimos...

—Jamás volveremos a tenerlo.

—No, maldita sea, no... Voy a tenerte ahora mismo. —Aplastó la boca de Mira con la suya, y

la apretó contra la pared con su cuerpo mientras ella intentaba escaparse; la forzó a abrir los labios y saqueó su boca con avidez. Ella se negó a responder, apartando la boca de él y jadeando frenéticamente—. Eres mía —masculló él, apretando sus cálidos labios contra la garganta de la joven—. ¿Cómo puedes negarlo cuando ni siquiera yo puedo? No me mientas, maldita sea, no me des la espalda.

Mira luchó contra él hasta que la boca de Alec se apoderó de la suya una vez más. Entonces, repentinamente, se quedó inmóvil al sentir que la atravesaba una cálida sensación y soltó un sollozo de impotencia. Había nacido para él, y era inútil negarlo. Sin fuerzas, ladeó la cabeza y se entregó a él, separando los labios y permitiendo que la lengua masculina acariciara la suya. Él sintió su respuesta y gimió de alivio, dejando de aplastarla con su cuerpo. Alec apartó la boca de la de ella

respirando entrecortadamente y clavó los ojos en los puños cerrados de la joven que él sostenía con sus manos.

La expresión de Alec cambió, y un extraño estremecimiento atravesó a Mira al sentir el roce de sus labios contra las manos. Él le mordisqueó la suave piel de los nudillos y deslizó la lengua entre sus dedos. Mira soltó un trémulo sonido y el corazón le palpitó dentro del pecho, haciendo que se le encogieran los dedos de los pies. Luego sintió el calor de la boca masculina en las palpitantes palmas de las manos antes de que él le soltara las muñecas y la atrajera hacia sí. Mira se tensó durante unos segundos, sabiendo que debería negarse, segura de que lamentaría lo que estaba a punto de ocurrir. Pero al observar cómo la miraba Alec, al ver la desesperación en sus ojos, se sintió perdida. Lentamente, le deslizó los brazos alrededor del cuello y atrajo la cabeza

oscura hacia ella.

—Mira —susurró él, y sus bocas se abrieron y amoldaron a la vez, saboreando, moviéndose, acariciándose apasionadamente en una expresión física de su amor.

A ciegas, Alec hundió las manos en el pelo de Mira, arrancándole las horquillas y enterrando los dedos entre las espesas guedejas. Cualquier otra realidad, cualquier otra pasión, había desaparecido como si nunca hubiera existido nadie más que ella. Mira lo abrazó con más fuerza, permitiéndole acceso total a su boca, a su cuerpo. Quizás ella no mereciera aquel éxtasis, pero lo necesitaba, y si podía tenerlo aunque sólo fuera durante los próximos minutos lo tomaría sin titubear. Se besaron y se tocaron con abrasadora ferocidad, ofreciendo y recibiendo, fundiendo sus cuerpos. Mira sintió que Alec tiraba de su ropa con tanta urgencia que el disfraz corría peligro de

desgarrarse, pero no le importó.

Alec le liberó los hombros del corpiño del vestido y presionó la boca contra la vulnerable curva de su garganta, haciéndola arder con su ávido roce. Mira se quedó paralizada en un estado de desconcertado placer, y luego hundió la cara en el sedoso cabello de ébano cuando él inclinó la cabeza sobre ella. Ya no fingían, ni preguntaban, no había nada salvo desnuda sinceridad: se deseaban, ninguno de los dos podía resistirse... y tampoco querían hacerlo.

Alec la levantó en brazos y la llevó hasta uno de los sofás donde la depositó y la cubrió con su cuerpo. Gimiendo, Mira alzó los pechos contra el calor envolvente de sus manos, impaciente por liberarse de las capas de tela que los separaban.

—Los cordones —dijo ella, jadeando contra sus labios y forcejeando con los cordones del corpiño.

Él le apartó las manos con impaciencia y tiró de los cordones con el rostro duro por el deseo. Ambos suspiraron cuando las cintas cedieron y la ropa de Mira se abrió como los pétalos de una flor. Él curvó las palmas bajo los pechos de Mira y los alzó hacia su boca, rozando los delicados picos con los dientes. Mira clavó los dedos en la tapicería brocada del sofá cuando Alec acarició sus pezones con su lengua aterciopelada e introdujo la cima de un pecho en su boca con aire posesivo. Luego le deslizó las manos por la espalda desnuda y la alzó.

—Levántate la falda. —El susurro de Alec le hizo cosquillas en el suave valle entre sus pechos. Mira sintió que el sonrojo le cubría las mejillas, incluso en la oscuridad, pero le obedeció con apresurada torpeza, sintiendo el roce del aire frío en las zonas de su cuerpo que el terciopelo había cubierto. Alec la recompensó con un largo y

profundo beso, saboreando su boca y tensando los brazos en su espalda—. Ahora los pololos —le dijo él con voz ronca.

Ella vaciló y luego se desató la delicada prenda blanca con dedos temblorosos, bajándola por las caderas hasta los tobillos. Alec no dijo nada, pero el sonido áspero de su respiración se hizo más audible en el silencio de la habitación. Mira llevó la mano a la bragueta de sus pantalones y se estremeció al sentir la pulsante dureza que cubría la tela. Abrió los botones uno a uno, liberando la cálida y erecta masculinidad, y la acarició delicadamente con la yema de los dedos. Alec gimió profundamente, acercando sus caderas desnudas a las de ella. Ahogó con sus labios el grito que Mira lanzó cuando la penetró tenso, pesado y duro de excitación. A pesar de la intensidad de su rugiente deseo, Alec entró en ella muy despacio, dándole tiempo a albergarle

por completo. Mira tenía la respiración entrecortada y ardía de deseo. Separó los muslos con avidez, sintiendo cómo entraba en su cuerpo hasta que él ya no pudo darle más, más de lo que ella podía tomar.

Se entrelazaron en una húmeda danza, y Mira sintió la violenta fuerza de los envites de Alec en su cuerpo. Forcejeó con la ropa de él, intentando inútilmente deslizar las manos debajo de ella para acariciarle la piel, pero sus abrumados sentidos sólo podían concentrarse en la pujante fuerza con la que él se movía dentro de ella, y no fue capaz más que de aferrarse a él. Le rodeó el cuello con los brazos y le ciñó las caderas con las rodillas, arqueándose contra él. Envuelta en una sensación febril, Mira respondió a sus poderosos movimientos con fuerza y dureza hasta que se sintió sobrecogida y asustada por la intensidad de sus sensaciones. Se arqueó hacia arriba con un

ronco gemido roto, mientras Alec le murmuraba algo tierno al oído, acunando su estremecido cuerpo entre los brazos, prolongando el placer de ella tanto como fuera posible. La besó en la garganta desnuda, negándose a seguirla en su liberación y moviéndose en ella con envites lentos y profundos.

—Deja que dure —le murmuró al oído, recreándose en la sensación de sentirla laxa y estremecida bajo él.

Y luego, cuando se permitió seguirla en ese salvaje clímax, Mira sintió un cálido estallido en su interior. El enorme cuerpo de Alec se apretó contra ella, y Mira sintió cómo se le tensaban los músculos de los hombros bajo las palmas de sus manos.

Inconscientemente, Mira murmuró su nombre, sintiendo la humedad que le corría desde las comisuras de los ojos hasta las sienes. Saboreando

sus lágrimas con la lengua, Alec le sostuvo la cabeza entre las manos mientras le deslizaba los labios por el rostro. El placer la atravesó en sedosas oleadas, como si surcara suavemente el agua. Alec le recorrió el cuerpo con las manos y sus dedos se demoraron entre los cálidos y húmedos pliegues femeninos; Mira se encontró flotando en un mundo de ensueño, formando parte del silencio y la oscuridad, retorciéndose bajo los movimientos lentos e indagadores de las manos de Alec, que volvió a explorar con la lengua el interior de la boca femenina. Luego deslizó las puntas de los dedos desde la suave piel del abdomen a la entrepierna, acariciándola suavemente hasta que el fuego volvió a arder en el interior de Mira.

—Oh —gimió ella, arrancando la boca de la de él—, no puedes hacer eso..., no podemos...

—¿Qué me has hecho? Maldita seas, nunca ha

sido así. Con nadie. ¿Sabes que eres la única mujer que deseo? Tras esa noche, no te he podido olvidar, no puedo apartarme de ti. Y que me condenen si no consigo que vuelvas a alcanzar el éxtasis.

Le deslizó el dedo corazón entre los suaves rizos de la unión de sus piernas hasta el pequeño lugar secreto que era tan dolorosamente sensible. Mira sintió una sacudida e intentó apartarse de él.

—¡No hagas eso!

Ella jadeó en señal de protesta y la caricia de Alec fue tan suave que apenas pudo sentirla. Respirando hondo, se relajó y aceptó el suave cosquilleo, concentrándose en los suaves círculos que dibujaba aquel dedo. Comenzó a gemir bajo Alec y él absorbió los inquietos sonidos con su boca mientras continuaba masajeándola con aquella suave caricia hasta que Mira sintió una cálida y resbaladiza humedad entre las piernas.

Alzó la mirada hacia Alec con las pupilas tan dilatadas que sus ojos parecían negros.

—¿Alec? —dijo casi sin aliento, mientras comenzaba a retorcerse bajo él.

—No luches contra ello —susurró—, quiero observar cómo alcanzas el éxtasis.

Bajó la boca a la de ella, amortiguando sus gritos de placer, y el cuerpo de Mira se estremeció con violencia, aceptando el profundo clímax que la atravesó. Él la abrazó con fuerza, sosteniéndola entre sus brazos con firmeza, y ella se relajó contra él, con las extremidades temblando. Mira enterró la cara en el cuello de Alec y se dejó llevar por la confusa mezcla de emociones que anegó de lágrimas sus ojos, y sollozó por alguna razón que no podía comprender mientras apretaba la cara contra la cálida piel masculina.

—Mira..., cariño. No llores. —Alec deslizó las manos bajo la arrugada ropa de la joven y la

acarició suavemente.

—Antes de esta noche pensaba que... pensaba que por fin había logrado controlar...

—Igual que yo... Dios mío, no llores. No puedo soportar verte llorar.

—¿Por qué lo he permitido? —preguntó ella, sorbiendo por la nariz—. Jamás debería haber sucedido.

—No había manera de evitarlo —dijo Alec contra su sien, buscando un pañuelo en el bolsillo del chaleco.

Ella aceptó el cuadrado de lino blanco y se sonó la nariz, frunciendo el ceño con pesar al darse cuenta de que Alec, salvo por el pantalón abierto, seguía estando vestido.

—N-ni siquiera te has quitado las botas —le dijo con voz llorosa, enjugándose las lágrimas con la punta del pañuelo—. Oh, qué horror...

—Mira. —La voz de Alec contenía ahora una

trémula risa—. ¿Te sentirías mejor si me hubiera quitado la ropa?

Ella no sabía qué era lo que él encontraba divertido de aquella situación.

—Por supuesto que sí. Creo que... No sé...

—Mi precioso diablillo, no podía pensar ni en mi ropa ni en mis botas..., ni en nada que no fuera deshacerme de lo que se interponía entre nosotros.

—Oh, deja de mostrarte tan condenadamente satisfecho contigo mismo y... y deja que me levante. Tengo que pensar qué hacer. —Mira se cubrió los ojos con la mano y soltó un trémulo suspiro—. ¿Qué diablos he hecho?

¿Alguna vez había estado en una situación tan espantosa? Estaba totalmente desarreglada, tenía la ropa revuelta y, en sólo unos minutos, tendría que reunirse con Rosalie que tenía buen ojo para los detalles y sería capaz de detectar hasta el más

pequeño mechón fuera de lugar. Y luego tendría que volver a un baile lleno de personas que seguramente sabrían lo que había estado haciendo.

—Ya sé que estás acostumbrada a arreglártelas sola —le dijo Alec, sentándose y sujetándola cuando ella intentó escapar de su regazo—, pero por una vez, déjame que te ayude. Estate quieta. —Demasiado cansada para luchar contra él, Mira permitió que la acunara contra su ancho pecho. Él le habló con voz tranquila y segura, como si estuviera acostumbrado a encontrarse en esa clase de situaciones. Y probablemente lo estaba, pensó Mira con tristeza, apoyando la cabeza en su hombro—. Sólo llevará unos minutos arreglarte el vestido, justo a tiempo para reunirte con lady Berkeley. Si no he oído mal, está reunida con Canning...

—Eres un asqueroso espía —dijo ella con

brusquedad.

—Soy un estupendo espía —le corrigió Alec suavemente—. Después de que te reúnas con lady Berkeley, dile que deseas retirarte temprano. Dile que te duele la cabeza...

—No puedo decirle eso. Se supone que es a ella a quien le duele la cabeza.

—Entonces dile que estás en esos días del mes...

—Le diré que me duele la cabeza —le interrumpió Mira con rapidez—. Pero no importa qué excusa ponga, en cuanto me mire sabrá que ha ocurrido algo, y no sé qué explicación voy a darle.

—No tienes que explicarle nada.

—Claro que sí.

—No.

—Ya entiendo. A la única persona a la que le debo explicaciones es a ti, ¿verdad?

—Así es —respondió Alec, atando los cordones del vestido.

—Eres el más arrogante...

—Y ahora, en vista de que has recuperado el aliento y la capacidad de soltarme comentarios sarcásticos, ha llegado el momento de enviarte de nuevo con los leones. Pobrecillos.

Alec resultó más eficiente que una doncella, le ató y le ajustó la ropa con la misma rapidez que la había desvestido. Mira le dio la espalda mientras volvía a prenderse el sombrerito en el pelo y miraba con atención la puerta cerrada.

—Gracias por una velada tan interesante —le dijo ella con la voz ronca, pinchándose sin querer el cuero cabelludo con una horquilla y casi agradeciendo la punzada de dolor.

Cualquier cosa que alejara de su mente el pensamiento de que había perdido la batalla otra vez. Su vida parecía estar destinada a girar

siempre en torno a lo mismo; discutir con él. ¿Tendría que soportar una derrota tras otra hasta que acabara quemándose en el infierno del querer y no tener?

—De nada —le susurró Alec al oído, y ella dio un brinco cuando sintió sus manos en la cintura—. Ahora no tenemos tiempo, pero tenemos que hablar. Estoy harto de desearte y perseguirte como un condenado Don Juan. Hablaremos mañana durante la salida en los botes y las actividades acuáticas que tendrán lugar por la tarde.

—Creo que deberíamos olvidarnos de lo ocurrido esta noche.

—Sabes que eso es imposible. No te pongas difícil ahora, cariño... Por favor, sígueme la corriente por una vez.

Ella suspiró y se apoyó en él.

—¿Dónde quieres que nos encontremos?

—Yo te encontraré. —La giró y la besó profundamente, y Mira no pudo evitar corresponderle. Cuando la boca de la joven se fundió con la de él, un nuevo fuego surgió entre ellos, y Alec dirigió una mirada de pesar al sofá donde habían yacido—. Oh, sí, claro que te encontraré —murmuró, inclinándose para mordisquearle el labio inferior con los dientes.

Él dudaba que toda la satisfacción del mundo pudiera compararse a la que había sentido esa noche. Mira era suya, y ella lo sabía tan bien como él. Y, de alguna manera, encontraría la manera de mantenerla a su lado.

—¿Necesita algo más, señorita? —preguntó Mary, y Rosalie negó con la cabeza.

—Gracias, eso es todo.

Se sentó en el tocador, cogiendo el cepillo con el mango de marfil repujado que la doncella había soltado y se lo pasó por el pelo con gesto distraído. No quería que Mary se fuera, ya que la criada había sido una firme barrera entre Rand y ella desde que se habían retirado del baile. Su marido llevaba observándola desde entonces con una mirada aguda y crispada que ella conocía muy bien, y no había manera de predecir cómo reaccionaría ante ese obvio intento de subterfugio. Algunas veces Rand encaraba los problemas que surgían entre ellos con una

desconcertante franqueza, mientras que en otras ocasiones se limitaba a observarla en silencio y reunir información suficiente para arrinconarla.

Rosalie clavó la vista en el espejo, observándole caminar hacia ella. Su bata de seda azul brillaba bajo la tenue luz de la lamparita. Los ojos de Rosalie, que en ese momento habían adquirido un tono violeta azulado, se cruzaron con la leonada mirada de su marido en el espejo.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Rand, observando el pulso que palpitaba agitadamente en la garganta de su mujer.

—¿Quién me ha dicho qué? —inquirió Rosalie débilmente.

—Ah... Ésa sí es una interesante pregunta. ¿Por qué no la contestas?

A Rosalie le resultó evidente que no podría seguir fingiendo.

—¿Sabes...? ¿Sabes lo que he hecho esta

noche? —Se humedeció los labios reseco con la punta de la lengua.

—Cariño, a diferencia de tu amiga Mira, eres una actriz pésima. No es que me importe mucho, pero tampoco soporto ver cómo intentas ocultarme algo. Sí, sé lo de Canning. Cinco minutos después de bailar con él, los dos desaparecisteis a hurtadillas del salón de baile. Dios ayude a Inglaterra si Canning no muestra más sutileza en sus misiones diplomáticas.

—Rand, no puedes creer que me he reunido con él para...

—No tengo ninguna duda sobre tu fidelidad hacia mí, cariño —la interrumpió Rand secamente, y ella soltó un suspiro de alivio—. Ya que nunca te ha interesado la política exterior, supongo que has hablado con Canning sobre cierto residente en Francia.

—Sí. Tenía que preguntarle si podría

encontrarle un puesto a Brummell como cónsul en Calais. Mi padre se encuentra en una situación desesperada, y dado que ni tú ni él me permitís que me involucre ni emotiva ni financieramente, tenía que pensar en otra alternativa.

El rostro moreno y afilado de Rand parecía haber sido tallado en caoba.

—¿De quién ha sido la idea de que Brummell ejerza de cónsul? —preguntó él con ominosa suavidad.

Rosalie se encogió de hombros y apartó la mirada del reflejo de su marido.

—De Alvanley. Cuando Mira y yo fuimos a visitar a mi madre en Londres, nos citamos con Brummell y Alvanley por la noche.

El gruñido de disgusto que surgió de la garganta de Berkeley resonó en la habitación seguido por un suspiro de exasperación.

—Por todos los santos, ¿estás diciéndome que

te has dedicado a hacer cabriolas por todo Londres con Mira como única acompañante? Dios mío, mujer, con todos los criminales que hay sueltos... No te habrás puesto en peligro, ¿verdad?

—En realidad, sí —admitió Rosalie con un hilo de voz, y él se frotó los ojos con aire cansado.

Luego la miró, no con la ira que ella había esperado, sino con un preocupado ceño que encogió el corazón de la joven.

—¿Crees que hay algo más importante para mí que tu felicidad? —suspiró él con una mirada oscura y preocupada en sus ojos color avellana—. Siempre estamos discutiendo por tu padre, Rose, y creo que ha llegado el momento de zanjar el asunto. No voy a impedir que veas a tu padre ni a entrometerme en tu relación con él. Tienes derecho a manejar todo esto como mejor te convenga. Pero no pienso dejar que te pongas en peligro, ni que él se aproveche de ti.

—Jamás ha hecho nada de eso...

—¿Eso crees?

Tras intercambiar una larga mirada con su marido, Rosalie bajó los ojos. No era necesario que Rand expresara su opinión sobre Brummell, pues ya lo había hecho en otras ocasiones y consideraba a su padre una sanguijuela, vana y egoísta. E incluso Rosalie tenía que admitir que Brummell había jugado un pequeño papel en el complot que Guillaume Germain había tramado para secuestrarla. Pero para ella, la sangre y la familia estaban por encima de otras consideraciones y, no importaba lo que su padre hubiera hecho, le perdonaría cualquier cosa. Rosalie sabía que Brummell era su punto débil y también sabía que Rand sólo pretendía protegerla. Ah, en qué situaciones más complicadas se metía la gente.

—No volveré a hacer nada parecido sin hablar

antes contigo —prometió.

—No, por supuesto que no lo harás... —convino él lacónicamente.

—Además, no creo que haya servido de nada que hablara con Canning esta noche. Me dijo que consideraría interceder por Brummell, pero que también debía pensar en el bienestar de Gran Bretaña y no en las necesidades de una sola persona.

—En la jerga política eso quiere decir no.

—Eso me temía. —Rosalie se puso en pie y se acercó a él con vacilación—. ¿Sigues enfadado?

Él la miró con el ceño fruncido. Su pelo dorado, sus ojos y su piel morena se difuminaron en las sombras cuando le dio la espalda a la lamparilla.

—Sólo porque te amo, muchacha testaruda, y me vuelve loco pensar que te pueda ocurrir algo.

—Perdona por no decírtelo, Rand. No es que

no confíe en ti, pero sé lo que...

Rand la hizo guardar silencio poniéndole el dedo índice en los labios, y luego llevó las manos a las cintas del camisón transparente de Rosalie. Los ojos color avellana de Berkeley brillaron ante las curvas y sombras del cuerpo de su esposa, apenas visibles entre los pliegues de la prenda. De repente, las manos masculinas se volvieron rudas por la impaciencia y, al forcejear con las cintas de la prenda, rompió la delicada tela. Rosalie se quedó sin aliento cuando el camisón cayó al suelo como un velo llevado por la brisa, y sintió los ojos de Rand en su piel. Él alzó su cuerpo desnudo entre los brazos y murmuró:

—No me digas cuánto lo sientes.  
Demuéstramelo.

Le cubrió la boca con la suya, y Rosalie se vio envuelta en un vertiginoso torrente de pasión mientras su marido la llevaba a la cama.

—*Mon Dieu.*

Mira se movió cuando la luz del sol iluminó su cama con la afilada intensidad de un cuchillo. Miró de reojo a Mary, que había entrado con la bandeja del desayuno y estaba abriendo las cortinas. La doncella se detuvo ante la protesta de Mira y le lanzó una mirada compasiva.

—Anoche me pidió que la despertara a las diez —dijo Mary—. ¿Quizá prefiere que vuelva a cerrar las cortinas y que regrese más tarde?

—No, no. Ya he olido el café. —Mira se obligó a incorporarse en la cama. Se sentía desaliñada e irritable. ¿Qué había ocurrido con aquella sensación de bienestar que había sentido tras la primera noche con Alec hacía ya tanto tiempo? ¿Por qué ahora se sentía tan nerviosa y culpable? Recostó la cabeza contra las almohadas y cerró los

ojos—. ¿Mary? —le preguntó con suavidad—. ¿Podrías traerme un poco de agua caliente? Me gustaría hacerme una tisana. Mis hierbas están en una bolsa en el armario.

—¿Se encuentra mal?

—Me duele la cabeza.

—Le traeré el agua de inmediato.

Mira se preguntó por qué la doncella la había mirado de aquella manera especulativa antes de salir de la estancia. Por regla general, los sirvientes solían conocer los secretos de la gente a la que atendían. Al haber sido ella misma una criada, Mira podía dar fe de ese hecho. Se preguntó si Mary había sospechado algo tras haber visto la arrugada ropa interior de Mira la noche anterior, por no mencionar aquellas marcas diminutas en su cuello y en la curva superior de su pecho que sólo podían haber sido producidas por el roce de la barba de un hombre. Mary tenía que tener sus

sospechas, pensó Mira, lanzando un gemido gutural. Rosalie también sospechaba que a Mira le había ocurrido algo mientras ella hablaba con Canning. Aunque su amiga había estado demasiado preocupada por sus propios problemas, no había manera de malinterpretar la mirada que le había lanzado a Mira cuando se habían encontrado junto al salón de baile.

Mary regresó con una pequeña tetera de plata y una diminuta bandeja de porcelana con pastas y una cucharilla de plata.

—Gracias. —Mira abrió la bolsita de hierbas con cuidado, titubeando al observar la variedad de plantas secas, polvos, cortezas y raíces. Lo que necesitaba era girasol, una flor con raíces filiformes, pero aunque era muy abundante en Francia, jamás la había encontrado en Inglaterra —. ¿Qué más? ¿Qué más? —masculló, llevándose la mano a la sien y clavando los ojos en las

hierbas.

De todas las curas que sabía preparar, de todas las pociones y elixires, nunca había prestado atención a los remedios para impedir la concepción. Hasta ese momento no había necesitado tal receta. Quizá ya era demasiado tarde, pensó, y se mordisqueó el labio mientras se acariciaba el vientre. Pensar en tener un hijo, el hijo de Alec, la llenaba de un extraño anhelo, pero no podía tenerlo, a menos que el *bon Dieu* ya hubiera decidido por ella. Lentamente dejó caer las flores rojas de tomillo en el agua, así como la ruda y las fibrosas hojas de tormentil. Añadió violeta, escaramujo e hinojo para mejorar el sabor de la tisana, que desprendía un olor amargo.

—Añádale más ruda —dijo Mary, que se estaba ocupando de pequeñas tareas en el cuarto.

—Más... —comenzó a repetir Mira, incapaz de

disimular el rubor culpable.

La expresión de la criada era perfectamente calmada y franca cuando la miró.

—Aprendí esa receta antes de saber cómo se amasaba el pan. Échele más ruda.

Mira inclinó la cabeza y añadió a la mezcla más de aquella raíz de intenso olor revolviéndola con la cuchara antes de tomar un sorbito.

—Uf. —El sabor pareció pegársele a la garganta y respiró hondo—. Sabe muy mal.

—Tómela todas las mañanas —dijo Mary y Mira hizo una mueca cuando la criada salió de la habitación.

Cerró los ojos y, apretándose la nariz, se tomó el resto de la tisana.

El día era bochornoso y húmedo mientras las carreras, fiestas y festividades se sucedían a lo

largo del río y en los campos de los alrededores de Brighton. Mira y Rosalie mantenían una conversación amistosa pero cauta, sin hablar de lo ocurrido en la fiesta de disfraces. Ésa era una de las mejores cualidades de su amistad, el respeto mutuo que se tenían; no se sonsacaban ni exigían nada. Rand las acompañó a uno de los muchos jardines cercanos al Pabellón Real, y Mira se fue alejando algunos metros de los Berkeley, que parecían especialmente unidos ese día y mantenían una absorbente conversación. Mientras se dedicaba a examinar distintas plantas que crecían a lo largo de los vallados, Mira oyó una voz vagamente familiar.

—Vaya, la pequeña joven de las manchas de ponche. —Dándose la vuelta con rapidez, Mira vio a la mujer mayor que había conocido la noche anterior, sentada en un pequeño patio anexo al jardín. Sus ojos de color gris oscuro se

entrecerraron mientras fruncía el ceño—. Acérquese, joven, apenas puedo verla con tanto sol. —Dirigiendo una mirada dubitativa al cielo nublado, Mira se acercó a la sombra del árbol y a las sillas donde la mujer y su acompañante estaban sentadas—. ¿Dónde está su dama de compañía? ¿Por qué siempre me la encuentro deambulando sola de un lado a otro?

—No me gusta que nadie me controle.

—Por las barbas de Lucifer, a mí tampoco me gusta que me controlen. Siéntese a mi lado y hable conmigo.

Mira obedeció de inmediato.

—Mi acompañante es lady Berkeley.

—Lady Berkeley... —reflexionó la matriarca—.

Demonios, así que es usted. He oído muchos rumores sobre usted, querida.

—Espero que no los haya creído.

—No dudo de que en cada rumor hay una

pizca de verdad. Muy pocas personas poseen la imaginación necesaria para crear un rumor falso por completo. Por supuesto, cuando era joven circularon algunos rumores sobre mí que eran mentiras categóricas, pero que en cierto modo me favorecían más que la verdad.

—¿Y cuál era la verdad?

La mujer la miró con aprobación.

—Es raro que alguien se atreva a preguntarme eso. No voy a responder, claro, pero dice mucho a su favor que me lo haya preguntado. —La mujer ladeó la cabeza canosa que lucía un elaborado peinado—. He oído a muchos caballeros brindar por usted. Al parecer los rumores no han dañado en absoluto su popularidad.

—Qué halagador.

—No tanto. Para un hombre es más fácil brindar por una mujer que elegirla por esposa.

—No me preocupa demasiado encontrar

marido.

—Es usted una mujer encantadoramente atípica. ¿No teme quedarse para vestir santos?

—¿Vestir santos? —preguntó Mira, sonriendo ante el extraño término—. Me temo que desconozco esa expresión.

—Se refiere a una mujer que se niega a casarse y formar una familia. Como castigo irá al infierno, por supuesto, lo que no deja de tener su ironía.

La matrona le dirigió una mirada maliciosa, esperando evidentemente escandalizarla. Mira le brindó una amplia sonrisa.

—Supongo que ha sido un soltero el que ideó ese castigo, ¿no?

La pregunta provocó que la mujer se riera y que su compañera tosiera en el pañuelo.

—Ve a buscar a mi hijo —le dijo la dama a su arisca acompañante—. Debería estar junto al río con el resto de la familia.

—¿Su hijo? —preguntó Mira con recelo.

—Sí. Me gustaría presentárselo.

Otro más. Mira contuvo un suspiro mientras la acompañante se levantaba de la silla y se alejaba. Por un momento contempló la idea de decirle a aquella inteligente, provocadora y astuta mujer que no quería conocer a nadie. Se preguntó cómo sería el hijo de una mujer como aquélla, ¿apocado y sumiso o arisco y gruñón?

—No es inglesa.

—No, señora —repuso Mira con suavidad.

—¿Francesa?

—Sí, señora.

—Francesa... —repitió la mujer con disgusto—.

Bueno, supongo que no puede evitarlo.

—No —convino Mira con gravedad, sonriendo ante aquella típica actitud inglesa.

¿Por qué razón los británicos se consideraban superiores al resto del mundo? En Francia, los

ingleses eran considerados unos incultos de modales deslustrados y comida insípida, gente que poseía una considerable falta de elegancia y una vulgar inclinación por el comercio.

—Jamás he oído hablar de los Germain de Francia.

Mira arqueó las cejas con sorpresa, luego se encogió de hombros.

—Me lo imagino —le dijo educadamente—. Los Germain son muy conservadores y discretos. Jamás hemos consentido que el apellido familiar se viera vinculado a un escándalo.

—Hasta usted, ¿no?

—Ah, ahí tiene razón, señora. Pero uno no puede hacer caso de los desagradables rumores que circulan por ahí, ¿no es cierto?

Aquel interrogatorio continuó durante varios minutos, y Mira comenzó a disfrutar de la instigadora conversación. Y la matriarca también

parecía disfrutar pues su interés por Mira crecía cada minuto que pasaba. ¿De qué parte de Francia era Mira? ¿Qué caballeros la habían cortejado hasta ese momento? ¿Por quién estaba interesada? ¿De qué conocía su familia a los Berkeley? Mira tejió unas dramáticas e intrincadas respuestas a todas aquellas preguntas. La conversación debió de entretener a la mujer porque frunció el ceño al observar que regresaba su acompañante.

—Qué diablos. Tendremos que continuar nuestra conversación en otro momento. Ya están aquí.

—Señora, antes de que me presente a nadie, debo recordarle que no me ha dicho su nombre.

—¿No lo sabe? ¿No sabe quién soy? Pensé que todo el mundo lo sabía. Ayúdeme a levantarme, joven.

—Por supuesto. Y no, no sé quién es... —

comenzó a decir Mira, ayudando a levantarse a la mujer. Se interrumpió en medio de la frase al ver a quién había traído consigo la acompañante de la mujer y parpadeó con sorpresa mientras clavaba la mirada en unos claros ojos grises.

—Alec —dijo la matrona enérgicamente—. Ésta es.

Y le indicó a su acompañante que la condujera lejos de allí mientras la pareja la seguía con la mirada en medio de un aturdido silencio. Ésa era la idea que tenía Juliana de una presentación.

—¿Es... esa mujer... es tu madre? —Mira sintió que se le enrojecían las mejillas.

—Por desgracia, así es.

—Oh, ni te imaginas las cosas que le he dicho —gimió Mira, cubriéndose la boca con la mano—. ¡Oh, Dios mío!

—Te ha elegido a ti. —La voz de Alec contenía una seca resignación—. Debería habérmelo

imaginado.

—¿Elegirme para qué?

—Elegirte para mí.

—Para ti... —tartamudeó Mira, mirándolo ahora con una confusión tan absoluta que Alec comenzó a reírse.

—Mira, *ma chérie*, no me pidas que te lo explique. Yo tampoco estoy seguro de entenderlo. Ni tampoco de querer hacerlo.

Lo miró presa de aquella enorme confusión, y mientras el sol se reflejaba en el pelo y los ojos de Alec, ella pensó que la noche anterior sólo había sido un sueño. A la luz del día parecía imposible que Alec la hubiera amado, acariciado y saboreado de la manera más íntima posible. Pero él le había dado esa libertad la noche anterior, ¿verdad? ¿Acaso no la había alentado a amarle y a responder a él?

—¿Cuál ha sido tu primer pensamiento esta

mañana? —preguntó él, sonriendo lentamente.

—Lo horrible que fue la noche pasada. ¿Y el tuyo?

—Me sentí acosado por un gran número de preguntas importantes.

—¿Como cuáles?

—Pues cómo sería despertarme contigo entre mis brazos —respondió pensativamente—. Y si darías patadas mientras duermes o si roncarías, si te adueñarías de todas las mantas o...

—No hago ninguna de esas cosas.

Los ojos de Alec brillaron con calidez.

—Me gustaría tener la oportunidad de comprobarlo.

Justo entonces la voz de Rosalie interrumpió la conversación.

—¿Mireille?

—Los Berkeley —dijo Mira girando la cabeza para observar a Rand y a Rosalie dirigiéndose

hacia ellos.

—No parezcas tan culpable. —Alec esbozó una amplia sonrisa ante la inquieta expresión de Mira —. No es ningún crimen que te encuentren en mi compañía.

—Para Rosalie sí —le aseguró ella, y durante unos minutos no pudo mirar a ninguno de ellos. Ni a Alec ni a Rand que intercambiaron saludos educados y cordiales, ni a Rosalie que la miraba con intenso interés.

—Esperaba tener la oportunidad de hablar con la señorita Germain en privado —dijo finalmente Alec, dirigiendo a Rosalie la cortés petición—. Me gustaría pasear con ella por los jardines para mantener una conversación a solas. Por supuesto, me doy cuenta de que esto podría perjudicar su...

—Sí, su reputación —concluyó Rosalie por él.

—No pretendo que eso ocurra —dijo Alec con firmeza—. Mis intenciones son honorables, pero

espero que comprendan mi deseo de no ser molestado ni interrumpido...

—Es suficiente, Falkner —dijo Rand, con una sonrisa brillando en sus ojos color avellana—. Estoy seguro de que mi mujer estará de acuerdo.

—Sí —murmuró Rosalie, con los ojos azules muy abiertos por la sorpresa de haber oído las palabras «intenciones» y «honorables» en la misma frase. Todo el mundo sabía lo que significaban cuando se empleaban juntas. Muerta de curiosidad, le dirigió a Mira una inclinación de cabeza.

—Gracias. —Alec le ofreció su brazo a Mira—. ¿Señorita Germain? —la instó.

Cuando Mira posó la mano en su antebrazo, emprendieron el camino del jardín con paso lento.

—Pensaba que habías dicho que nunca pides permiso para nada. —Mira tenía la mirada fija en

el camino que se extendía ante ellos.

—No dije que no lo haría si fuera necesario.

—Qué formal y educado. Estoy intentando recordar si alguna vez me has pedido algo con tanta amabilidad.

—Señorita Germain, ¿alguna vez le han dicho que tiene los modales de una fierecilla?

—Pues que yo recuerde, no.

Se detuvieron en un lugar recóndito, y Mira se sentó en un pequeño banco de mármol mientras Alec apoyaba el hombro en un árbol.

—Entonces, ¿qué te han dicho? —continuó él con suavidad—, ¿que tus ojos brillan como dos estrellas y que tu pelo es más suave que la seda?

—Sí, pero no tanto como me gustaría. —Mira sentía que una extraña timidez la cubría como un velo diáfano.

—Mira... —Alec abrió la boca y luego la cerró, mirándola como si no supiera qué decir a

continuación. Era la primera vez que Mira lo veía titubear, parecía casi nervioso, y se lo quedó mirando en silencio sin saber adónde quería llegar—. Creo que ha llegado el momento de ser francos —dijo él finalmente—. Ya hemos jugado suficiente, basta de secretos, de subterfugios emocionales. Ha llegado el momento de que afrontemos las cosas con franqueza. De que seamos sinceros, no sólo el uno con el otro, sino con nosotros mismos.

—Lo intentaré, pero quizá sería mejor que me dijeras de qué estamos hablando.

—Bueno, algunas cosas son evidentes. Ya sabes lo que siento por ti...

—Pues no, no lo sé —dijo Mira, notando que su corazón latía con nerviosismo—. No sé nada en absoluto.

—Te he deseado desde el primer momento en que te vi. Siempre han existido muchísimas

razones prácticas por las que no debería hacerlo, pero nada puede cambiar el hecho de que te deseo más de lo que nunca he deseado a otra mujer. Ha sido una invasión interminable, implacable, incansable..., sobre la que no parezco tener ningún control. Ya te había dicho antes que me gustas, pero es algo más que eso. Eres la única mujer que conozco que sabe maldecir como un estibador. También eres la única que de alguna manera incomprensible ha logrado ganarse la aprobación de mi madre, aunque no sé si eso supone un punto a tu favor o no.

—Yo lo consideraría un punto a mi favor.

Alec sonrió, y pareció que comenzaba a sentirse más cómodo.

—¿Recuerdas la mañana que *Soberano* me arrojó al suelo? Después de cómo me había comportado contigo antes, había esperado que te acercaras a mí corriendo y que me hubieras

pateado. Y deberías haberlo hecho, pero te mostraste compasiva conmigo. Supongo que todo empezó en ese momento.

—Sí, lo recuerdo.

—Y luego, la primera vez que... Fue mejor de lo que había esperado, pero descubrir que era el único hombre que te había tenido... Fui el hombre al que te entregaste voluntariamente, sin sentirte obligada, sin ganar nada, sin exigir nada a cambio. —Su mirada, tan brillante e intensa, había atrapado la de Mira. Cualquier rastro de humor se había borrado de la expresión de Alec—. Te deseo, sí —dijo quedamente—. Y quiero que seas mi esposa. A pesar de todo lo que he dicho en ocasiones anteriores, es la única manera de que todo vaya bien entre nosotros.

Mira lo miró muda de asombro.

—¿Y bien? —la presionó él tras unos minutos de silencio—. ¿Qué me respondes a eso?

Poco a poco ella recuperó el habla.

—¿Qué te respondo a qué? —le preguntó, intentando ganar tiempo para poner en orden sus pensamientos—. Que yo sepa no me has hecho ninguna pregunta.

—¿Qué te parece la idea?

—N-no estoy segura. —Mira se puso en pie, demasiado agitada para seguir sentada. Aquel momento era algo que ni siquiera se había atrevido a imaginar. ¡Acababa de pedirle que fuera su esposa! Pero algo estaba mal, sentía que eso no era para ella, y no sabía cómo explicarlo, ni a él ni a sí misma—. Estoy más que sorprendida, ¿acabas de pedirme que me case contigo?

—Sí —dijo él con impaciencia—. Ahora, respóndeme.

—No puedo responderte de inmediato, no sin decirte primero lo que siento —dijo ella—. Me has pedido que sea honesta, y voy a hacerlo.

—¿Y?

—Alec —dijo ella, resultándole doloroso continuar porque de repente había comprendido la verdad muy a pesar suyo—. Quiero decir esa palabra más que nada en el mundo.

—Entonces, dila.

—No puedo. No cuando sé que sería un absoluto desastre. No lo has pensado bien, de verdad que no lo has hecho.

—Por supuesto que lo he hecho —susurró él—. No soy tonto, sé que no será fácil, que tendremos que enfrentarnos a muchas cosas...

—Lo dudo mucho —dijo Mira, buscando las palabras correctas—. Aún sigues sin darte cuenta de lo diferentes que somos. Es imposible que comprendas lo diferente que es mi vida de la tuya. Has dicho que me deseas y... yo siento lo mismo por ti. Pero no soy el tipo de mujer que deseas convertir en tu esposa.

—¿Por qué no dejas que sea yo quien juzgue eso?

—Lo que sientes por mí cambiará con el tiempo —dijo ella, con tan absoluta convicción que Alec guardó silencio, estupefacto—. Y si me convirtieras en tu esposa, te despertarías una mañana para darte cuenta del trágico error que habías cometido, y que deberías haberte casado con una mujer de tu clase...

—Mira —la interrumpió él suavizando la expresión, como si hubiera sospechado que mostrarse enojado aumentaría aún más su obstinación. Le habló con voz dulce y persuasiva—. Tú eres la clase de mujer que quiero, sabes que no soy un crío impetuoso que no sabe lo que quiere. He pensado en todo, incluyendo tu pasado y, aun así, quiero casarme contigo. Temes que eso se interponga entre nosotros. Pero no tienes por qué preocuparte. Lo que yo sienta con

respecto a tu pasado es problema mío, no tuyo, y ya encontraré alguna manera de resolverlo.

—No creo que puedas. Hay barreras insuperables entre nosotros..., hay cosas de mí que jamás podré cambiar, cosas que tú jamás aceptarás. No existe un futuro para nosotros, y no sabes cuánto desearía lo contrario, pero no puedo casarme contigo. La respuesta es no. «No puedo.»

—¿Cómo puedes decir eso? Después de todo lo que ha habido entre nosotros, ¿cómo puedes rechazarme de esa manera? Santo Dios, ¿acaso piensas que te he hecho esta propuesta a la ligera? ¡No ha sido fácil para mí tomar esta decisión! He podido elegir entre las mujeres con el mejor linaje de Europa y elegí proponerle matrimonio a una joven sin título, sin nombre, sin familia..., una mujer que apenas me ha dicho nada sobre sí misma o su pasado.

—Eso es exactamente lo que he estado

tratando de explicarte.

—Lo que quiero decir es que todo eso me da igual. ¿Crees que te propondría matrimonio sin estar seguro de que es eso lo que quiero?

—Mi pasado...

—Tu pasado —repitió él con disgusto—. ¿Qué demonios hay en tu pasado que pueda ser tan horrible? ¿Qué ocultas? ¿Por qué no me lo cuentas y dejas que sea yo quien decida si es algo que pueda o no asumir?

A Mira le ardieron las mejillas, y fue incapaz de sostenerle la mirada. No podía decírselo. No quería ver el asco en sus ojos cuando le dijera que era hija de una prostituta. Debería ser sincera con él, pero si Alec conocía su infancia y en qué sitios había vivido no podría soportar volver a mirarla a la cara. Lamentaría haberla tocado alguna vez, y ella no podría resistirlo. Y si hacía lo que su corazón le dictaba..., si se casaba con él y no le

contaba nada, el miedo constante a que descubriera la verdad no la dejaría vivir en paz.

—No —susurró ella—. Lo siento.

Alec se pasó la mano por el pelo y soltó una maldición.

—Me dejas sin opciones —dijo él lacónicamente—. Me has dejado muy claro que no querías ser mi amante, que querías algo más. Estupendo. Te he ofrecido matrimonio pero tampoco quieres porque dices que somos demasiado diferentes para vivir juntos, aunque eso es cuestión de opiniones. Temes lo que tu pasado podría hacernos, pero no quieres contarme nada sobre él. La conclusión más evidente es que no quieres nada de mí... Y eso, mi querida señorita Germain, me cuesta mucho creerlo.

—Estoy hablando en serio. No quiero nada...

—Cállate. —La voz de Alec sonó extrañamente

vacía, como si estuviera ejerciendo algún tipo de control sobre sí mismo para no dejar traslucir ninguna emoción—. No digas nada más. Es evidente que los dos necesitamos pensar.

—Se ha acabado.

—No. Volveremos a hablar más adelante, cuando yo haya tenido tiempo de entender qué demonios está pasando.

—Se ha acabado —repitió ella con suavidad.

—Antes de llevarte de regreso con los Berkeley —dijo él, con una intensa y helada mirada en los ojos—, quiero que sepas algo más. En los últimos años he perdido o despreciado casi todo lo que es importante para mí. Pero a ti no voy a perderte.

# 12

Rosalie se detuvo ante la ventana del salón privado y se abanicó con brío las mejillas sonrojadas.

—Señor, ¿por qué todo está tan cerrado y oscuro en Brighton? ¿Es que a nadie le gusta que entre la luz del sol?

—Estropea los muebles. —Mira se sentó en una silla, agradeciendo el aire fresco que aportaba el abanico de su amiga.

—Mireille, estás tan blanca como...

—No me encuentro bien.

—Deberías sentirte aliviada y muy orgullosa de ti misma.

—¿Orgullosa? —La voz de Mira se entrecortó con una mezcla de risa y desesperación. Se llevó la

mano a la frente y cerró los ojos en un gesto de impotencia—. Me siento muy desgraciada. Sé que he hecho lo correcto, que he pensado con la cabeza, que he tomado la decisión correcta, pero entonces mi corazón no hace más que decirme: «¿Cómo puedes haberlo rechazado, Mira? Deberías darle gracias a Dios y aceptar la propuesta de lord Falkner de inmediato.» Pero sé que no soy lo bastante buena para él, y cuando Alec descubra lo de...

—Mireille, detente. —Rosalie dejó de abanicarse y le lanzó una mirada airada—. Por supuesto que eres lo bastante buena para él. Ése no es el problema. Has hecho bien en rechazarle por el tipo de hombre que es. Hay algo que cualquier matrimonio debe tener, algo que es más esencial que el amor o la pasión. Y es el respeto. Es lo más importante de todo, y él no parece capaz de respetar a ninguna mujer.

—Te equivocas con Alec —farfulló Mira atropelladamente—. Jamás le haría daño a alguien que no pudiera defenderse. En realidad es muy educado y amable, y aunque puede ser muy impulsivo, no es cruel. Respeta a cualquiera que no tema enfrentarse a él. Yo... —su voz vaciló y luego añadió con suavidad—: En mi interior sé que es digno de confianza, pero me da miedo confiar en él.

—¿Estamos hablando del mismo lord Falkner? —preguntó Rosalie—. Mireille, ¿no lo conoces, no sabes lo que estás diciendo! ¿Educado? ¿Amable? No es eso lo que yo he oído. ¿Acaso no sabes lo cruel que ese hombre puede llegar a ser? ¿Lo insensible que es en realidad? Los Falkner no sólo son temidos y respetados, son arrogantes, egocéntricos y despiadados, y Alec Falkner es el peor de...

—Puede ser muchas cosas, pero no es

despiadado. —Mira se frotó la frente con aire distraído—. De hecho creo que es un incomprendido.

—¡Incomprendido! Mireille, ¿sabes lo que estás diciendo?

—Crees que no soy objetiva con él, pero lo soy.

—Si lo que dicen de él no es cierto, si todo Londres incluida yo estamos equivocados, si de verdad crees que él podría ser un buen marido, ¿por qué lo has rechazado?

—Ya te lo he dicho. No merece... no merece amar a alguien que no sea perfecto, y yo estoy muy lejos de serlo. Es más, no quiero ser la esposa de un hombre de su posición. No estoy preparada.

—Mireille, tampoco fue fácil para mí —se apresuró a decir Rosalie en un tono diferente al que había usado antes—. ¡No estaba preparada de ninguna manera para ser la esposa de un conde, y

mucho menos de un Berkeley! Es maravilloso en algunos aspectos, y horrible en otros, pero lo soportaría todo con tal de estar casada con Rand.

—*Sang de Dieu*, no debería haber rechazado a lord Falkner. —Mira dobló las rodillas sobre la silla y hundió la cabeza entre los brazos, sin que le importara la indignidad de la postura—. Debería haberle dicho que sí, pero sólo podía pensar en todas las razones por las que no debería hacerlo. Debería haber aceptado. Debería haberle dicho que sí e ignorado todo lo demás. Ojalá alguien pudiera tomar esta decisión por mí.

—Te olvidarás de él con bastante rapidez. Hay tantos caballeros que querrán...

—No, ningún caballero más. No podría. Ni siquiera puedo pensar en que otro hombre me toque... —Mira levantó la mirada con las pupilas tan dilatadas que sus ojos parecía totalmente negros. Estaban llenos de lágrimas—. Sin él, estaré

sola —susurró—. Incluso aunque me convierta en la esposa de otro hombre, incluso aunque tenga hijos y cree una familia..., seguiré estando sola. Nunca podría olvidarme de él.

Alarmada, Rosalie clavó los ojos en ella y negó con la cabeza boquiabierta.

—¿Cómo diablos puedes sentir algo tan profundo por él? ¡Si apenas lo conoces!

—Claro que lo conozco. Es él quien...

Si bien Mira no terminó la frase, Rosalie comprendió lo que quería decir y la miró aturdida.

—Mireille... Qué idiota he sido. No entendía cómo podía haber ocurrido esto de manera tan repentina. Por lo que yo sabía, sólo habías visto a lord Falkner en dos ocasiones, una en la cacería de Sackville y otra la noche del encuentro con Brummell; pero parece ser que no es así, ¿verdad? Lo has visto muchas más veces, debes de... ¡Oh,

qué estúpida he sido! Nunca se trató de Sackville. El hombre del que te enamoraste en Hampshire es el mismísimo lord Falkner, ¿verdad?

—Sí. —Mira hundió el rostro entre sus brazos otra vez, enroscándose como una pequeña bola.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Él no te caía bien... y además, quería olvidarle. Lo he intentado con todas mis fuerzas.

—Puedo aceptarle, si es el único hombre que te hace feliz —dijo Rosalie con vacilación—. Sé que tienes buen ojo para juzgar a la gente, que no amarías a alguien que careciera de buenas cualidades. No es tarde para que cambies de idea. Abandonaremos Brighton en unas horas. Quizá deberías ir a verlo ahora, y decirle que has estado pensando en su propuesta y...

—No puedo. Es mejor dejar las cosas así. Él tiene razón: los dos necesitamos pensar. Y si todavía me quiere, sabrá dónde encontrarme.

—¡Deberías haber visto cómo me despidió! — dijo Carr, con la vitalidad de un hombre joven y encaprichado—. Estaba desolada. Me miró con esos grandes ojos oscuros y su voz sonó triste cuando me dijo que esperaba volver a verme.

—¿Estás seguro de que no confundes simple cortesía con una declaración de afecto?

Alec cruzó las piernas, apoyando los pies en el asiento delante de él. Carr observó las botas enlodadas con desdén y se apartó unos centímetros para evitar que se le manchara el abrigo.

—Muy seguro. Hablaba con el corazón en la mano.

—Qué conmovedor.

Ignorando la fría respuesta de Alec a las extasiadas descripciones de su despedida de

Mireille Germain, Carr lanzó un suspiro de felicidad y reposó la cabeza oscura en la tapicería azul del carruaje.

—No comprendes lo que siento por ella. Mireille es diferente a cualquier mujer que haya conocido nunca. Tímida y coqueta, ingeniosa... y tan dulce...

—¿Hasta dónde has llegado con ella? — preguntó Alec, repentinamente tenso.

—¡Esto es algo serio, Alec! Con otra mujer quizá me hubiera tomado alguna libertad, pero no con ella. Quiero que sepa que la respeto.

Alec se reclinó en el asiento.

—Espero que eso no te impida contratar a una moza del Rummer esta noche.

—No —repuso Carr con el aire de un hombre resignado a cumplir con su deber—. Voy a flirtear y a conversar con Jane para averiguar más sobre Holt, pero porque debo hacerlo, no porque

quiera. —Carr sonrió lentamente—. Sus enormes pechos no significan nada para mí.

—El esfuerzo no habrá sido en vano si a cambio consigues una pista —dijo Alec, sonriendo ampliamente.

Holt también había sentido una gran fascinación por los pechos grandes, un interés que había sido motivo de chistes y comentarios sarcásticos en su círculo de amigos.

—En realidad espero sonsacarle alguna información interesante —dijo Carr en tono serio—. Creo que Holt comenzó a frecuentarla después de que Leila desapareciera. Tal vez Jane pueda darme alguna pista sobre lo que él estaba haciendo, o si tenía algún enemigo. —Suspiró, sus ojos verdes brillaron traviosos—. Aunque me cuesta creer que tuviera verdaderos enemigos, pues le caía bien a todo el mundo.

—No. No le caía bien a todo el mundo. —Alec

estudió a su joven primo, sintiendo una punzada de compasión por él. No se había dado cuenta de cuánto había idealizado Carr a su hermano—. Holt no era perfecto. Era un buen hombre, pero tenía sus defectos como todo el mundo. En algunas ocasiones se comportaba como un auténtico bastardo, igual que todos nosotros. — No hubo ninguna reacción en Carr salvo contener con dificultad el aliento, y Alec supo cuánto le había molestado el comentario—. No pienso permitir que el idealismo con el que ves a tu hermano lo convierta en un condenado mártir — continuó con suavidad—. Él no lo habría querido.

—Prefiero no hablar de eso.

—Para no recordar cómo era en realidad. Prefieres recordar a Holt como un santo en vez de como a una persona normal.

—Ya basta —le espetó Carr en un arrebato de ira.

—Sé que no resulta fácil para ti comprender...

—Lo comprendo perfectamente —dijo Carr con brusquedad, y luego permanecieron varios minutos en silencio.

Finalmente, el carruaje se detuvo. Alec miró a su primo mientras el lacayo abría la puerta.

—¿Todavía prefieres ir en un coche de alquiler hasta el Rummer?

—No puedo presentarme allí en este carruaje.

—Ten cuidado. Los cocheros de alquiler son conocidos por su habilidad en despojar a sus clientes de todo lo que llevan encima en menos de cinco minutos. Mantén los ojos bien abiertos y vigila lo que bebes.

—Ya he estado antes en el Rummer —dijo Carr molesto—. Y, aunque no lo creas, a veces soy capaz de pensar con la cabeza.

Alec sonrió a regañadientes.

—Ya me has demostrado con creces que puedo

confiar en ti. *Bonne chance*, primo.

Los dos hombres se apearon del carruaje, y Alec esperó a que Carr se subiera a un vehículo de alquiler cuyo suelo había sido cubierto de paja para intentar ocultar la porquería que había en él. Suspirando, Alec se encaminó a la panadería más cercana y miró a través de la puerta de vidriera en forma de diamante antes de entrar.

Una fina capa de harina flotaba en el aire y cubría las ventanas, el suelo, las mesas y las paredes. El olor a levadura y mantequilla inundó las fosas nasales de Alec, haciendo que inspirara profundamente. La tienda estaba bien iluminada y era confortable; estaba animada por niños de todas las edades, que claramente eran miembros de la misma familia.

—¿Señor?

Una mujer de cara redonda y enorme busto se acercó a él con una sonrisa. Con las mejillas

suaves y los ojos castaños, mostraba una apariencia cálida y maternal y poseía unos modales tan tiernos que todo el mundo debía de sentirse encandilado con ella. Alec la comparó mentalmente con la inteligente y voluntariosa Juliana y esbozó una ligera sonrisa.

—¿La señora Holburn?

—Falkner —comenzó a decir ella, llevándose las manos a la garganta y con los ojos brillantes a causa del miedo—. Pensé que había muerto... Oí que se había reunido con el Creador. Oh, Dios santo.

—Señora Holburn, no soy Holt —dijo Alec con rapidez, tomándose la libertad de sujetarla por el codo al ver con cuánta violencia se estremecía la mujer—. Soy su primo, lord Falkner. No tenía intención de asustarla. ¿Le gustaría sentarse?

—¿Mamá? —Lo interrumpió la voz de una joven. Una chica rubia con los mismos rasgos

redondeados de la panadera se acercó corriendo y apartó la mano de Alec de un manotazo. Deslizó un brazo alrededor de la cintura de la señora Holburn y le lanzó a Alec una mirada de cautela. Su rostro perdió cualquier rastro de color al reconocerlo—. ¿Qué le ha ocurrido a Leila? —le preguntó bruscamente.

—No es él —dijo la señora Holburn, mirando a Alec con una mezcla de pena y miedo. Retorciendo las manos sobre el delantal, intentó tranquilizarse—. Sé que Holt Falkner está muerto, pero por un segundo he creído estar equivocada y luego pensé que era su fantasma.

—No. Él ha muerto. Y no soy un fantasma. — Alec trató de esbozar una sonrisa tranquilizadora, pero no pareció surtir efecto—. He venido esperando encontrar algunas respuestas sobre mi primo. ¿Les importa que les haga algunas preguntas?

La mujer no le respondió al instante. Se mordisqueó los labios y luego le preguntó con vacilación, como si temiera conocer la respuesta.

—Lord Falkner, ¿usted también ha venido a hablar de mi hija? ¿Sabe algo de Leila? ¿Ha averiguado dónde está? ¿Sabe quién podría...?

Alec negó con la cabeza, con una mirada apenada.

—No sé nada de ella. Lo siento.

—Tenemos una mesa en la trastienda —dijo la señora Holburn con los ojos empañados por las lágrimas contenidas—. Mi marido está fuera, pero yo hablaré con usted.

Una gran parte de la familia se apiñó alrededor de la mesa, dejando a Alec solo en un extremo. Las dos chicas de más edad se encargaron de atender a los clientes que habían entrado en la tienda, pero luego regresaron para escuchar la conversación.

Media hora después, Alec había comenzado a entender por qué Holt había mantenido aquella parte de su vida en secreto. Ése había sido su refugio privado, un lugar libre de los modales refinados y sofisticados de la gente con la que siempre se había relacionado. La mayoría de sus amigos se habría burlado de él de haber sabido que se había enamorado de la hija de una panadera y de que hubiera pasado tantas horas en la cocina de una sólida familia de clase media. Aquella familia, aquella tienda, aquella casa, tan cálida y sencilla, era totalmente extraña para los Falkner. A Alec no le costaba imaginar a su primo allí sentado, meciendo a un niño sobre las rodillas y sonriéndole con provocación a la joven que había conquistado su corazón.

—Le pedí a Leila que lo dejara —dijo la señora Holburn, con una débil sonrisa en la cara—. Le dije que le arruinaría la vida y aunque el señor

Holburn opinaba lo mismo que yo no pudimos impedir que lo viera. Con el tiempo, su primo comenzó a ganarse nuestro afecto, y nos dimos cuenta de que Leila le importaba de veras. Sin embargo, no sabíamos cómo terminaría todo aquello. Leila era una buena chica, y sabía que no querría que él la... mantuviera. Nunca esperé que se casara con ella, pero aquí mismo le pidió su mano al señor Holburn.

—No lo sabía.

Alec intentó recordar algún dato que se le hubiera pasado por alto. En algunas ocasiones, Holt había sido muy sincero con respecto a sus sentimientos por Leila. Sí, había parecido tener algunas semanas de paz y satisfacción absoluta, pero durante los dos últimos meses de su vida, Holt se había comportado de manera desenfrenada, había bebido y hecho locuras, había sufrido cambios de humor constantes.

—Pues lo hizo. Y parecía sincero, lord Falkner. Creo que se hubiera casado con ella. Pero al día siguiente envié a Leila a un recado, solía ir sola pues jamás se alejaba demasiado, y ella... ella...

—Nunca regresó —dijo con sencillez uno de los niños.

Alec agrandó los ojos. Escuchó atentamente cuando la señora Holburn se aclaró la garganta y dijo:

—Jamás volvimos a saber de ella. Desapareció sin dejar rastro. Todos nos quedamos consternados, en especial su primo. Me dijo que la encontraría. Que se pasaría el resto de su vida...

—Que se pasaría el resto de su vida buscándola —dijo Alec impasible, haciendo un gesto con la cabeza para que continuara. La mujer tenía los ojos llenos de lágrimas otra vez.

—Nos mantenía informados de sus pesquisas. Hasta que un día dejamos de tener noticias suyas.

Le enviamos un mensaje que no obtuvo respuesta. Pensamos que se había olvidado de ella, o que había perdido el interés. Intentamos ponernos en contacto con él y, finalmente, nos enteramos de lo que le había sucedido. —Suspiró suavemente—. Una horrible tragedia. Era un buen muchacho y muy guapo. Cuando le he visto a usted hoy, pensé que era él que había venido a decirme...

—Lo siento. Pero voy a intentar averiguar qué le sucedió a su hija.

—¿Sí? ¿Lo hará?

—Si descubro algo se lo haré saber.

Se miraron y se sonrieron sin que ninguno de los dos dijera nada más. No era necesario.

Carr se reunió con Alec en su despacho de su casa en Londres unas horas después. Apestaba a ron, pero parecía sorprendentemente sereno. Después de que un lacayo les llevara una gran

bandeja cargada con bollos y café, los dos Falkner se intercambiaron información.

—¿Le pidió que se casara con él? —preguntó Carr, negando con la cabeza sorprendido mientras se pasaba las manos por el pelo negro—. Pobre Holt, proponerle matrimonio a la joven que amaba y que ella desapareciera al día siguiente. ¿Crees que huyó de él?

—No tenía ninguna razón para hacerlo. Era hija de un panadero. Él era rico... Era un Falkner. Habría sido una estúpida si hubiera huido de él después de que le propusiera matrimonio. —Alec bajó la mirada sombríamente al oscuro y humeante café—. No, ella no huyó. De hecho, no creo que Holt le pidiera que se casara con él, aunque la señora Holburn crea lo contrario.

—¿Por qué crees eso?

—Porque no me dijo nada. Y Holt me lo contaba casi todo.

—¡Dios mío, cómo no iba a decírtelo! — exclamó Carr con sarcasmo dándole un mordisco a un bollo.

Alec frunció el ceño.

—Te aseguro que me habría contado algo tan importante como eso.

—Si yo hubiera sido Holt no lo hubiera hecho. ¿Le hubieras permitido casarse con la hija de una panadera? Habrías intentado hacerle cambiar de opinión, Alec..., no lo niegues. Le habrías dicho que podía aspirar a algo mejor, y que su deber como Falkner era casarse con alguien de su clase. Habrías señalado cada uno de los defectos de la chica hasta que Holt hubiera claudicado. Habrías hecho lo posible por separarlos.

—¡No soy un demonio! —explotó Alec, poniéndose en pie bruscamente y acercándose a paso vivo a la chimenea apagada. Apoyando los codos en la repisa, hundió la cabeza entre las

manos—. Maldita sea, ¿por qué todo el mundo me considera un esnob insensible? —preguntó con voz ronca.

—Porque lo eres.

—Demonios —masculló Alec.

—¿La habrías aceptado?

—No lo sé.

Alec se negaba a admitir en voz alta que un año antes no habría aceptado que Holt se casara con Leila Holburn. Definitivamente no lo habría aprobado. Pero todo había cambiado desde entonces. Todo era diferente ahora.

¿O no?

Pensó en todo lo que le había dicho a Mira, y aquellas palabras parecieron desgarrarle el corazón. De repente, se quedó aturdido por lo que había hecho o, lo que era peor, por lo que no había hecho. Había muchas cosas que no le había dicho, y que ella le había rogado en silencio que

lo hiciera. Pero él había sido demasiado terco, había estado demasiado ciego. No importaba el pasado de Mira y cualquier cosa de la que ella careciera palidecía ante sus otras muchas virtudes. ¿Existía alguna otra mujer capaz de darle lo que ella le daba? ¿Sería alguna vez feliz si Mira no llegaba a ser suya? No.

«Otra oportunidad —pensó con desesperación mientras en su cabeza encajaban todas las piezas del puzle. Respiró hondo—. Tengo que conseguir otra oportunidad.»

—Bueno, yo he hablado con Jane durante toda la tarde y, sin duda, es una amante del ron —dijo Carr, y Alec se obligó a escucharle.

—¿Qué has averiguado?

—Sabe algo. La tenté con un ron de buena calidad y la obligué a hablar de Holt. Me dijo que conocía algunos nombres interesantes. Pero no me los dijo, tengo que regresar mañana para ver si

averiguo más.

—Vale. Hazlo. Yo regreso a Staffordshire.

—¿Esta noche?

—Sí, esta noche. —Alec alzó la voz un poco y llamó a su ayuda de cámara—. ¿Has oído, Walter? Quita la oreja de la cerradura y ponte a hacer el equipaje.

—Sí, milord —respondió una voz amortiguada desde detrás de la puerta.

Puede que para otros hombres el amor fuera un regalo, una bendición, una fuente de alegrías, un milagro, pero para Alec fue un desastre. Sabía que Mira estaba cerca, en Warwick, una distancia que él podría haber acortado rápida y fácilmente. Pero permaneció en la hacienda Falkner, pensando en qué decirle, sabiendo que tenía que escoger las palabras adecuadas, pues eran de vital

importancia. Quizá le hubiera resultado más fácil si hubiera sido un hombre más humilde, pero la humildad no iba con él. No estaba acostumbrado a pedir algo que siempre había dado por sentado, como obtener el favor de una mujer. Así que se había pasado todo ese tiempo maldiciendo o deseando a Mira, condenándola o amándola en sueños. Y aquel tormento habría durado para siempre de no ser por la intervención de Juliana.

Su madre se aventuró a bajar las escaleras una noche, todavía vestida y con el pelo gris pulcramente recogido con una diadema. Al mirar a su hijo, que se había quedado dormido en el sofá con una botella de brandy sobre el estómago, la expresión de Juliana pasó de una de sombría confianza a una más suave. Los rasgos morenos de su hijo, que en los últimos días habían estado tensos por la obstinación y frustración, estaban ahora relajados por el sueño. Aquellos labios

plenos, que normalmente se curvaban en una sonrisa escéptica, mostraban una vulnerabilidad que jamás habría revelado voluntariamente.

—Mi niño... —murmuró Juliana, recorriendo con la mirada a aquel atractivo desconocido en el que se había convertido su hijo—. Sería mucho más fácil para ti si te parecieras más a tu padre. Pero te pareces demasiado a mí, lo que es una bendición y una maldición al mismo tiempo, y la razón por la que estás demasiado bebido para oírme.

Lo conocía mejor que nadie, y sin embargo seguía sin conocerle. Mientras se inclinaba para quitarle la botella de las manos, Alec se removió, y un sonido somnoliento escapó de sus labios.

—Mira... —Lentamente abrió aquellos plateados y somnolientos ojos. Enfocó a Juliana y parpadeó, incorporándose en silencio y sin dejar de mirarla.

—Tenemos que hablar, Alec —dijo ella en un tono de voz que no admitía réplica—. No tienes por qué contármelo todo, sólo lo justo y necesario. No obstante, tendrás que responderme a varias preguntas.

—Mireille. —Rosalie apareció en la puerta del dormitorio de Mira, mostrándose inusualmente nerviosa—. Tienes visita.

Mira levantó la mirada del libro que había estado leyendo y arrugó las páginas al tensar los dedos, inquieta. Lo normal era que la hubiera avisado una criada. Que fuera Rosalie la que hubiera subido a decírselo indicaba la importancia de la visita.

—¿Quién es?

—Lady Falkner. Jamás hace visitas, pero está aquí y exige verte.

—¡Cálmate! Sólo necesitaré un minuto para arreglarme.

—Deprisa, por favor. Siempre me han considerado una experta anfitriona, pero ella me desafía cada vez que intento entablar una educada conversación. No, no te peines así, sólo arréglate un poco los tirabuzones, ¡deprisa!

Dándose la vuelta, Rosalie desapareció hacia las escaleras y las bajó a toda prisa. Mira examinó su aspecto en el espejo, agradeciendo para sus adentros haber elegido esa mañana un primoroso y elegante vestido de color amarillo pálido. Alisándose los hombros y las mangas, clavó los ojos en su reflejo, presa del pánico. Es su madre, pensó, llevándose los dedos a los labios en un gesto nervioso y luego se obligó a relajarse. Le había caído bastante bien antes de saber que era su madre, se recordó a sí misma. Arqueó las oscuras cejas cuando la golpeó un inesperado

pensamiento. Sin titubear, Mira se acercó al armario y sacó una bolsita de tela. Llevándola consigo, bajó a saludar a tan insigne visita.

Mira se encontró con dos amplias sonrisas al entrar en el salón rosa. A diferencia de la de Rosalie, que sólo podría ser descrita como de alivio, la sonrisa de Juliana era calculadora. Mira recordaba haber visto antes esa misma sonrisa en la cara de Alec.

—Lady Falkner, qué encantadora sorpresa.

—Al parecer, se ha vuelto una costumbre esto de sorprendernos mutuamente —repuso la matrona, reclinándose en el sofá y señalando una silla cercana—. He venido a comentar con usted la interesante coincidencia de la que hemos sido víctimas. —Le lanzó a Rosalie una mirada intimidante—. Joven, he venido sin acompañante porque deseaba mantener una conversación privada, ¿podría...?

—Por supuesto —dijo Rosalie al instante, dirigiéndole a Mira una mirada alentadora antes de abandonar el salón y cerrar la puerta en silencio.

—Lady Falkner, ¿sabe su hijo que está aquí? —preguntó Mira, sentándose con la espalda rígida y la bolsa de tela en el regazo.

—No lo sabe. Supongo que aún sigue durmiendo la mona en vista de que se ha pasado la noche bebiendo.

Mira frunció el ceño primero al saber que Alec había estado bebiendo y luego por la nota crítica en la voz de lady Falkner al hablar de su hijo.

—¿Acaso nadie siente compasión por él? —¿Por qué parecía que todo el mundo, incluyendo su madre, lo consideraba un ser tan independiente y carente de moral?

—No tiene que salir en su defensa, niña, para eso ya estoy yo aquí —señaló Juliana y Mira alzó

la barbilla.

—No tenía intención de salir en defensa de nadie. De hecho, no deseo hablar de lord Falkner.

Juliana ladeó la cabeza inquisitivamente, reaccionando favorablemente al tono implacable en la voz de Mira.

—Tiene fuerza y agallas, señorita Germain. Me di cuenta desde el principio, y ésa es la razón por la que le presenté a mi hijo. Sin embargo, no sabía que ya se conocían.

—No sabía quién era usted.

—Ahora no importa. Tenemos muchas otras cosas de las que hablar.

—Lady Falkner, he sido sincera al decir que no quiero hablar de su hijo.

—Entonces, ¿por qué demonios está aquí?

Mira la miró con firmeza. Abrió la bolsa y sacó un tallo seco de color verde oscuro con las hojas

afiladas y pequeñas flores blancas y púrpura.

—Eufrasia. —Después sacó un puñado de pétalos secos—. Celidonia, ruda, rosas y...

—Ya basta. —Aunque una traidora expresión de interés había cruzado por su rostro, Juliana frunció el ceño ominosamente—. Sé que tiene buenas intenciones, pero yo soy demasiado vieja para perder el tiempo con disparates...

—No son disparates. A muchas personas se les debilitan los ojos con la edad, y sé que esto la ayudará. Lo he visto surtir efecto muchas veces. Si me dejara aplicárselo ahora...

—Si dejo que me ponga esa cataplasma nociva en los ojos, oírás lo que he venido a decirle, pero pongo a Dios por testigo que si esa cosa me hace daño, me iré de inmediato.

—Me parece un trato justo.

Mira preparó la mezcla de hierbas en un pañuelo con aire satisfecho.

—No lo creo. Usted no pierde nada con este trato, mientras que yo arriesgo la poca vista que me queda por esa inexplicable obsesión suya de curarme los ojos.

—¿Qué me estaba diciendo sobre lord Falkner? —la apremió Mira, llevando el pañuelo a la bandeja de té intacta en la mesita Sheraton.

—La razón por la que he venido a verla tan pronto ha sido el descubrimiento que hice anoche sobre el medallón.

Mira se detuvo en el proceso de mojar el pañuelo con agua caliente.

—El medallón. —Se sonrojó y volvió la cara, sintiendo la aguda mirada de Juliana sobre ella.

—Tras muchas preguntas indirectas y astutas suposiciones, logré sonsacarle la verdad a mi hijo. Ya me había dado cuenta de la ausencia del medallón y comencé a sospechar lo que mi hijo había hecho con él. Alec admitió que se lo había

dado a usted.

—¿Quiere que se lo devuelva? —le preguntó Mira con dureza. Tiró de la cadena de oro que ocultaba bajo el vestido y sacó el medallón del corpiño—. Tómelo. No lo quiero. —Aquel gesto fue un grave error táctico. Juliana respondió a la revelación con una sonrisa que era alegre y burlona a la vez.

—Veo que lo lleva puesto. No, quédese. Pero, por favor, borre ese ceño de su cara.

Murmurando algo por lo bajo, Mira terminó de humedecer el pañuelo y se acercó con él a la matrona. Juliana apoyó el cuello en el respaldo del sofá con actitud de mártir y dejó que le pusiera el pañuelo sobre los ojos cerrados.

—Pica —observó con suavidad.

—Sólo serán unos minutos —repuso Mira sentándose y mirándola con cautela. Tras un rato en silencio, no pudo resistirse a preguntar—. Si no

quiere que le devuelva el medallón, ¿por qué lo ha mencionado?

Juliana llevó una elegante mano a la tela que le cubría los ojos y la palmeó con suavidad.

—Querida, soy demasiado mayor para avergonzarme por nimiedades. Pero incluso yo admito que esta situación apesta por su exceso de melodrama. Reconozco que es culpa de mi hijo. Es un Falkner, y como irá descubriendo son gente terca, orgullosa y muy sentimental, con un desarrollado sentido del melodrama. Estoy segura de que cuando él le entregó ese medallón usted pensó que era un adorno muy bonito. Lo que no sabía es que ese regalo poseía para Alec un significado digamos... simbólico.

—¿Simbólico?

—Ese medallón ha pasado de generación en generación como el símbolo de una unión duradera. Tras recibirlo de su padre, mi marido

me lo regaló cuando tuvimos nuestro primer hijo. Se lo di a Alec cuando cumplió los dieciséis años para celebrar su mayoría de edad. Cuando Alec se lo entregó a usted, la marcó como suya. No fue un gesto trivial y, por lo que sé de mi hijo, jamás permitirá que se aleje de él.

Nerviosa, Mira tiró del medallón que colgaba de su cuello.

—Tengo que devolvérselo.

—Imagino que le ha propuesto matrimonio.

—Sí.

—¿Lo ha rechazado?

—Sí.

—¿Por qué?

—Lady Falkner... Me sentiría muy incómoda quejándome de su hijo con usted.

—Soy perfectamente consciente de sus defectos, joven, y no consideraré sus quejas como un insulto sobre mis capacidades como madre.

Siempre he sido una mujer competente. Los defectos de mi hijo no son debidos a nada de lo que yo pueda haber hecho, sino que los ha heredado de su padre. Así que, si no le importa, cuénteme por qué lo rechazó.

—Bueno... Sé que a pesar de que él está interesado en mí, sabe que no soy lo más conveniente para él. Soy muy consciente del linaje de su familia y del patrimonio que posee... También sé que sería mejor que se casara con una mujer de su clase. Alec no ha elegido quererme a mí, algo que me ha dejado muy claro, y sé que casarnos sería un error. No quiero que luego se lamenta, lo que sin duda acabaría haciendo.

—Si el comportamiento de mi hijo ha sido como creo que ha sido —dijo Juliana—, es una suerte para usted que esté yo aquí para explicárselo. Alec es un Falkner de los pies a la cabeza, y los varones Falkner son celosos, unas

criaturas brutas...

—Yo no diría eso.

—No me contradiga, joven. Sé lo que me digo. Me casé con uno y crié a dos. Y llevo años conviviendo con el resto de la familia Falkner. Pero Alec ha crecido y madurado bajo circunstancias muy especiales. Supongo que sabe que el padre de Alec murió cuando él todavía era joven, ¿no?

—Sí.

—Mi hijo se vio forzado a convertirse en un hombre antes de tiempo, y eso lo ha hecho único. Lo ha convertido en un hombre duro que se exige demasiado, no sólo a sí mismo, sino a todos los que lo rodean. Es demasiado cínico y, a la vez, demasiado idealista. Le diré la razón por la que todavía está soltero: siempre ha querido a la mujer perfecta, aunque en el fondo de su corazón creía que tal mujer no existía. Por supuesto, es de

lo más natural, querida, que todos los hombres sueñen con casarse con un ángel rubio. Y, para su desgracia, mi Alec no ha sido diferente. Pero luego la conoció a usted. No es rubia ni, sospecho, un ángel. Descubrir que la quiere a pesar de todo ha echado por tierra todas sus convicciones. Todo esto va contra su sentido de la corrección y el orden establecido.

—Lo comprendo. —La sonrisa de Mira era extraña y desconcertada—. Pero, milady, lo que no entiendo es por qué usted... por qué tiene...

—¿Por qué mi lealtad está con usted? Porque mi hijo la quiere y la necesita, y yo quiero lo mejor para él. No le he prestado atención a los rumores que he oído sobre usted porque no me los creo, ¿sabe? Pero después de haberla conocido, tengo la seguridad de que se ha visto involucrada en bastantes más escándalos de los que han salido a la luz. Sin embargo, no puedo

condenarla cuando yo misma he protagonizado mis propios escándalos. ¿Acaso piensa que nací con las manos blancas como los lirios o que he estado protegida y mimada toda mi vida? ¡Pues se equivoca! Nosotras dos nos parecemos mucho, aunque usted posee una ternura que yo he sido lo suficientemente afortunada de perder hace ya mucho tiempo, mientras que usted, probablemente, jamás la perderá. Sí, nos parecemos mucho, pero a su edad yo estaba hecha de una pasta más dura y aunque mi cara no era tan hermosa como la suya, mi figura era mejor. ¿Puede quitarme ya esta cosa de los ojos?

Sorprendida por el brusco cambio de tema, Mira permaneció en un estupefacto silencio hasta que Juliana volvió a repetir la pregunta.

—Sí... er... sí —dijo ella levantándose de un brinco y acercándose a la matrona—. Mantenga los ojos cerrados un momento, los sentirá muy

sensibles a la luz. Le llorarán un poco, pero eso es bueno.

Lentamente levantó el pañuelo y lo llevó a la mesita, donde lo depositó sobre la bandeja de plata. Le ofreció a Juliana un pañuelo seco y se sentó en el sofá con las manos apretadas en el regazo. Juliana abrió lentamente los párpados y Mira se enfrentó a esos ojos plateados tan parecidos a los de Alec. Estaban un poco rojos por el ácido de las plantas, pero mucho más claros y brillantes que antes.

—Sí —dijo Juliana, con la voz un poco jadeante—. Sí, ha funcionado. Veo mejor. —Parpadeó y miró a su alrededor lentamente, con una mirada aguda y astuta y ligeramente sorprendida. Luego se enjugó la humedad de las mejillas y dijo bruscamente—. Todavía me lloran los ojos por culpa de esa endemoniada mezcla.

—Parará pronto —dijo Mira respetuosamente.

Después de que lady Falkner se hubiera ido, Mira no supo cómo responder a las impacientes preguntas de Rosalie. Aunque la madre de Alec se había ido con una satisfecha sonrisa en la cara, seguía sin haberse resuelto nada, ¿verdad? Juliana le había dicho que no le diría nada a Alec sobre aquella visita, y que tampoco hablaría con su hijo de Mira. Entonces ¿para qué había servido aquella conversación? Para muy poco, si bien Mira se había sentido más tranquila al saber que Juliana Falkner era su aliada.

Al día siguiente, Rosalie comenzó a hacer alarmantes intentos de resolver el dilema. Sugirió dar un paseo a caballo y detenerse en la hacienda Falkner con el pretexto de que el caballo de Mira había perdido la herradura. O visitar a lady Falkner cuando Alec estuviera allí. Horrorizada ante la perspectiva de que su bienintencionada amiga se entrometiera, Mira rechazó las

sugerencias de Rosalie con vehemencia. Inesperadamente, Rand apoyó a Mira diciéndole a su esposa que Alec no era un hombre que se dejara engañar por unos trucos tan evidentes.

—Mira tiene derecho a tener su orgullo —le dijo a Rosalie en privado, sentándose en el borde de la cama que compartían y atrayéndola a él.

—¡Orgullo! Esto no tiene nada que ver con el orgullo. Sólo hay que mirarla para ver lo infeliz que es.

—*Fleur*, comprendo tus motivos, pero...

—Sólo quiero que ella sea tan feliz como nosotros. Es cierto que jamás hubiera escogido a un hombre como lord Falkner para ella, pero Mira parece creer que es el único al que siempre amaré. Ojalá pudiera convencerla de que en alguna parte hay un hombre capaz de entregarle su corazón por completo.

—¿Y por qué no puede ser Falkner?

—Porque es un Falkner.

—Quizás ella lo vea de modo diferente.

—Ella no lo ve. Punto. Está ciega en lo que a él respecta. Rand, ¿de verdad crees que él la ama?

Berkeley sonrió y depositó un beso en la frente de su esposa, cerrando los ojos con satisfacción.

—El amor es algo que no puede forzarse —murmuró, besándola en el cuello y en el lóbulo de la oreja—. Surge cuando nadie lo espera y muere cuando parecía destinado a sobrevivir. ¿No estás —le rozó los labios con suavidad— de acuerdo?

Rosalie le rodeó el cuello con los brazos.

—No —dijo con suavidad.

Rand se rio entre dientes mientras sostenía su mirada azul oscuro.

—Cariño..., asfixiarías a una flor dándole demasiado cariño, demasiada agua y luz. Permite que ésta eche raíces por sí misma. ¿De acuerdo?

A regañadientes, Rosalie asintió en silencio, sonrió y levantó la cara para recibir otro beso.

El mensaje estaba firmado sólo con la inicial A. Mira examinó la nota que le había entregado Mary aquella mañana temprano. Las letras eran claras y firmes. No conocía la letra de Alec, pero ésa bien podría ser suya. Le pedía que se reuniera con él a las tres en el extremo noroeste de la hacienda Berkeley. ¿Por qué había elegido encontrarse con ella de esa manera? ¿No hubiera sido mucho más fácil una simple visita? Intimidación. Mira pensó que él querría intimidación. Se tensó de pies a cabeza al imaginar qué podría querer decirle.

—Rosalie —dijo ella, como quien no quiere la cosa, a la hora de la comida—. Después de comer, saldré a dar un paseo.

—Me parece una idea estupenda. Iré contigo.

—En realidad —le dijo, brindándole una sonrisa conciliadora—, me gustaría ir sola. —Oh, debería haberse callado y haber salido a hurtadillas.

—¿Sola? —Rosalie recurrió a su marido—. Rand, ¿crees que es seguro que salga a pasear sola?

—¿Piensas ir muy lejos? —preguntó Rand con aire indolente.

—No, no —dijo ella con rapidez—. No pensaba alejarme demasiado. De hecho, ni siquiera debería haberlo mencionado, no tiene importancia.

—En ese caso, no tengo objeción alguna —repuso él, y Mira bajó la mirada mientras suspiraba de alivio para sus adentros.

—¿Qué estabas diciendo antes sobre los muelles? —le preguntó Rosalie a Rand, que se

lanzó a una sombría descripción sobre el incremento de robos que empezaba a afectar a su naviera.

Recientemente, había contratado a los detectives de Bow Street para proteger algunas cargas, ya que habían atrapado a un gran número de ladrones en los muelles. Muchos de ellos habían confesado pertenecer a Stop Hole Abbey, una de las mayores organizaciones criminales de Londres. Se habían hecho pasar por cazadores de ratas, y después de atrapar a los roedores en los barcos, los habían usado para infiltrarse en otros barcos y robar. También habían encontrado algunas aves de rapiña.

—¿Aves de rapiña? —preguntó Rosalie, y Rand le respondió que se llamaba así a las mujeres y niños que esperaban de pie junto a los barcos que atracaban, y que cogían los artículos robados que los ladrones arrojaban al suelo.

Mira escuchó sin entusiasmo lo que Rand decía, mientras masticaba y tragaba sin fijarse en lo que estaba comiendo. Tenía la impresión de que aquella comida no acabaría nunca. Por lo general disfrutaba de los largos debates que surgían en la mesa de los Berkeley, pero ese día parecía que la palabra «deprisa» estaba impresa en cada uno de sus pensamientos y acciones. «Deprisa», pensaba mirando al reloj cuyas manecillas se movían lentamente. «¡Deprisa!»

El extremo noroeste de la hacienda no quedaba muy lejos de Berkeley Hall. Mira llegó exactamente a las tres. Se levantó el dobladillo del vestido verde pálido para evitar que se enganchara en los arbustos. Alec ya estaba allí, medio apoyado en una roca que había provocado que el árbol cercano se inclinara en un gracioso arco. La observó llegar con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión insondable en la

cara. Mira se detuvo a varios metros de él y se quedó en silencio. Se había fundido con la quietud del bosque con tal perfección que Alec se sintió tentado a tomarla entre sus brazos para comprobar si era real. Mira inclinó la cabeza al oír un relincho, y miró con atención a su alrededor para descubrir un brillante caballo castaño.

—¿Es *Soberano*? —preguntó.

Alec asintió con la cabeza.

—Este paisaje me trae muchos recuerdos.

—A mí también.

Mira recordaba cada una de las conversaciones que habían mantenido en la hacienda Sackville. Aquellos breves encuentros llenos de preguntas y respuestas, de incontenible curiosidad, y de la insistente atracción que habían sentido cada vez que se habían mirado a los ojos.

—¿Por eso has querido que nos encontráramos aquí?

—¿Qué? —preguntó Alec arqueando las cejas.

—¿Por eso has querido que...?

—He venido aquí porque recibí tu nota.

—¿Mi nota? —repitió ella desconcertada—. Yo no envié ninguna nota, ¿no la has enviado tú?

—¿Crees que lo hice yo?

—Bueno, sí, tú... ¿No lo has hecho? —Mira lo miró consternada y luego se sonrojó—. No, claro que no lo has hecho. —Jamás se había sentido tan tonta, tan avergonzada—. Oh, maldita sea. Condenada Rosalie. ¡Voy a estrangularla por esto!

—Quizás haya sido mi madre —señaló Alec, torciendo la boca en un gesto sarcástico—. Le encanta entrometerse.

—Pero esto no resolverá nuestros problemas.

—No, problemas, no. Problema en singular. Sólo hay un obstáculo en nuestro camino. Tú.

—¿¡Yo!? —exclamó ella. Con una sola frase, Alec había conseguido ponerla furiosa. Después

de tantas lágrimas, de tanta pena contenida, él se plantaba delante de ella y la acusaba de crear problemas, como si... como si ella le hubiera rechazado sólo por un mezquino deseo de molestarle—. Me alegro de que todo sea tan simple para ti. Qué maravilloso debe de ser creer que tienes toda la razón del mundo. Que soy yo la única que está equivocada.

—Te pedí que te casaras conmigo —señaló él con voz cortante—. Me rechazaste. Es así de simple. Pero tú lo has complicado todo con tus miedos infundados y tus tontas preocupaciones...

—Está claro que no escuchaste nada de lo que te dije. No me escuchaste en absoluto. Mis preocupaciones son reales. No tienes ni idea...

Para su absoluto horror, Mira sintió que lágrimas de frustración le inundaban los ojos, e inclinó la cabeza, intentando contenerlas. Una vez más había perdido los estribos delante de él, pero

esta vez no pudo contener la rabia y el sufrimiento, y le temblaron los hombros cuando dejó escapar un sollozo. Lo oyó decir su nombre y sintió que se acercaba a ella, pero se dio la vuelta a ciegas para escapar de él y regresar corriendo a Berkeley Hall. No llegó a dar ni un solo paso más, pues se le enredó el pie en una raíz y se cayó al suelo con un grito que era más fruto de la furia que del dolor.

Su orgullo había quedado totalmente destrozado, pensó Mira fríamente mientras se sentaba en el suelo. Y para colmo le dolía el tobillo.

—Si tienes una pizca de compasión por mí, vete —le dijo con voz ronca. El pelo, libre del recogido en que lo había confinado, le cubrió la cara como una cortina oscura y brillante cuando agachó la cabeza. Se quitó la zapatilla y se masajeó el pie. Alec se acercó a ella lentamente, con pasos

demasiado sigilosos para un hombre tan alto. Percibió su mirada clavada en ella, y se sintió furiosa de nuevo—. Vete, vete y déjame sola. Vuelve a tus malditos establos y a tu maldito brandy...

—Sí, lo sé, lo sé... Por el amor de Dios, Mira, cualquier marinero se enorgullecería de tus maldiciones. ¿Te has hecho daño en el tobillo?

—No —dijo ella a regañadientes.

—Venga, dame la mano. Te ayudaré a levantarte.

—No quiero tu ayuda.

—Mira... —la advirtió—, estoy comenzando a perder la paciencia. —Le tendió la mano con firmeza y ella le dio la espalda, negándose a aceptarla.

Soltó un grito ahogado cuando él se inclinó y la levantó en brazos, estrechándola contra su pecho mientras la llevaba hacia una enorme roca

redondeada.

—No quiero... —comenzó a protestar débilmente Mira, pero él la silenció con una ardiente y penetrante mirada; la estrechó entre sus brazos para hacerle saber que había tenido más que de sobra de sus comentarios—. Vas a aplastarme... —empezó ella de nuevo, y él la estrechó con más fuerza, haciendo que Mira se callara con un sonido de protesta. Resultaba evidente que Alec no estaba de humor para escuchar sus argumentos—. Por favor... —le pidió sumisamente, y él aflojó los brazos al instante. Así que él quería jugar, pensó Mira, y decidió callarse atraída por lo que su temporal sumisión podría reportarle.

Alec se sentó en la gran roca redondeada, acunándola suavemente entre sus duros brazos y la miró con aquellos ojos plateados enmarcados por negras pestañas. Mira jamás había deseado

algo tanto como aquello. Que Dios la ayudara, pero nada podía ser mejor que estar entre sus brazos. Incapaz de sostenerle la mirada, Mira hundió la cara en su hombro y la cálida piel dorada de su cuello. Pasaron unos minutos mientras Alec esperaba. El color volvió al rostro de Mira cubriéndolo de un resplandor rosado y su cuerpo se amoldó al de él.

Una fresca brisa atravesó el bosque, haciendo susurrar las hojas como si fueran olas. Lentamente, Mira levantó la cara del hombro de Alec, presintiendo su intención incluso antes de que él comenzara a moverse. Abrió los ojos y vio que Alec bajaba la boca hacia ella. Cerró los párpados de nuevo y abrió los labios, aceptando con ansia el calor y la promesa de su beso. Él deslizó la mano por la cadera de Mira y la alzó suavemente, ahuecándole las nalgas con los dedos. Alec se estremeció e inclinó la boca más

firmeramente sobre ella, ladeando la mandíbula para besarla con un ansia que sólo ella podía apaciguar. Vagamente, Mira fue consciente de lo fácilmente que surgía el deseo entre ellos, y de lo fácil que Alec podía imponer su voluntad sobre ella. De alguna manera logró apartar los labios de él mientras sus pechos bajaban y subían a un ritmo inestable.

—No, otra vez no... —murmuró entrecortadamente, cerrando los puños en los pliegues de la camisa de Alec—. No puedo tenerte y volver a perderte. ¿No ves que me haces daño?

Él bajó la mirada y vio la emoción desnuda del rostro de Mira, y algo en su interior pareció romperse.

—Jamás he querido hacerte daño.

—Ya lo sé. Pero me lo harás en el futuro...

—No pienso hacerlo. Las cosas sólo pueden

mejorar entre nosotros. ¡Maldita sea, no me mires así! ¿Qué quieres que haga? ¿Cómo puedo convencerte de que todo irá bien? ¿Qué puedo hacer para que confíes en mí? Te he mostrado lo que siento, te he hecho todas las promesas... Lo único que no he hecho ha sido decirte las palabras.

A Mira le pareció que su corazón dejaba de palpar y escuchó su propia súplica desesperada como si fuera otra persona.

—Dilas, por favor...

—Mira, te amo —dijo él con voz ronca—. Eres mi otra mitad. Me da igual si sientes lo mismo por mí o no porque tengo suficiente amor para los dos. No me importa de dónde procedas, ni quién eres, ni lo que has hecho. —Alec enterró la cara en el pelo de Mira, acariciándola con la nariz hasta llegar al cuello. Siguió susurrando contra el frenético pulso de la joven—. No podría seguir

viviendo sabiendo que estás en otra parte, lejos de mí. Siempre me preguntaría, siempre temería que pudieras necesitarme y no estar allí para ti. Quiero que seas mía por completo, quiero que seas mi mujer, no mi amante ni un recuerdo, no...

—Pero mi pasado...

Alec oyó el miedo en sus palabras, y le dio una pequeña sacudida.

—De ahora en adelante nunca hablaremos del pasado. Ni del tuyo ni del mío. No me importa. Jamás te juzgaré. Y no me importa lo que hagas, siempre estaré a tu lado. Siempre.

—¿Incluso si me equivoco?

—Especialmente si te equivocas —prometió, y ella se rio entre lágrimas—. Ahora dime que te casarás conmigo.

—¿Y si no soy una buena lady Falkner?

—No tendrás que aprenderlo todo de inmediato. Y no te pediré nada que no puedas

darme.

—Pero discutiremos a menudo. ¿Seguirás sintiendo lo mismo por mí si...?

—Te adoraré siempre, no importa las veces que discutamos. Y te amaré como ningún hombre ha amado nunca a su esposa. Ahora, contéstame.

—¿Le gustaré a tu familia?

—Cariño, si ni siquiera les gusto yo.

—¿Prometes que me darás hijos?

Alec sonrió ante la tímida mirada que ella le brindó.

—Sí.

—¿Muchos?

—Mi pequeño y exasperante diablillo, respóndeme, y nos pondremos de inmediato a ello.

—Alec, no.

—¿Qué?

—Sí, me casaré contigo, pero no, no podemos

hacer eso ahora. No aquí... —dijo, y sintió que se le aflojaba la espalda del vestido.

Alec se lo había desabrochado mientras estaban hablando. Él se lo bajó y le dejó los hombros al descubierto; ella se quedó sin aliento.

—Alec...

—Alec no. Esposo —le dijo, deslizándole el corpiño hasta dejarle los pechos desnudos atrapándole los brazos al mismo tiempo.

Inquieta, Mira miró alrededor del bosque tranquilo, sintiendo centenares de ojos clavados en ellos.

—Esposo —susurró ella, con el corazón palpitando como loco cuando la cabeza de ébano se inclinó sobre sus pechos.

Alec buscó con sus labios los nervios más delicados y jugueteó con ellos excitando el deseo femenino.

—Ahora dime lo que tú sientes por mí.

—Te amo. —Mira arqueó el cuello cuando el placer la atravesó en cálidas oleadas. De pronto logró liberar los brazos de las mangas que los apresaban, y le rodeó los hombros con ellos—. Te amo tanto. Y te deseo... Alec...

Subiéndole una de las piernas, Alec le ahuecó las nalgas con las manos y le alzó las caderas para colocarla a horcajadas sobre su regazo. A través de las capas de ropa, Mira sintió cómo la forma grande y poderosa del sexo masculino se elevaba contra ella, y curvó los dedos en la espalda de Alec mientras el deseo la atravesaba.

—Ahora dime —dijo él con voz ronca, empujando contra la suavidad de ella en un movimiento lento y engañosamente tranquilo— que me dejarás poseerte donde yo quiera.

Mira se estremeció, aferrándose a él con fuerza.

—Donde tú quieras.

A pesar del abrumador deseo que sentía, Alec sonrió ampliamente y extendió la mano, ayudándola a desabrocharle los pantalones.

—Oh, cómo voy a disfrutar siendo su marido, señorita Germain.

# 13

Alec acompañó a Mira de regreso a Berkeley Hall y le comunicó el compromiso a Rand y a Rosalie con un pragmatismo que divirtió mucho a la joven. Ahora que ella se había rendido y que no ponía ninguna objeción, la actitud de Alec hacia el matrimonio parecía ser de puro alivio.

—¡Se comporta —se quejó Mira a Rosalie algo después— como si acabara de resolver un pequeño y molesto problema! Había pensado que sus sentimientos por mí habrían sido más evidentes.

—Quizá lord Falkner sea de esa clase de hombres que se siente atraído por lo inalcanzable y pierde el interés tras la conquista. ¿Estás segura de que quieres casarte con él?

—Al parecer no soy yo quien tiene dudas —le dijo Mira a la defensiva.

Al momento, Rosalie le lanzó una mirada contrita.

—Mireille..., por favor, no empecemos a discutir otra vez. Intenta comprender lo difícil que es para mí cambiar mi opinión sobre Falkner cuando ya sabes lo que siempre he pensado de él durante tanto tiempo.

—Lo entiendo. Pero muy pronto te darás cuenta de lo equivocada que estabas con respecto a él.

—Si tanto lo quieres es porque sin duda debe de ser digno de tu amor.

Mira asintió, esbozó una sonrisa y se acercó a la ventana para observar el brillante cielo azul. Tenía que continuar confiando en él, pensó, mordiéndose el labio inferior. No había manera de predecir qué clase de marido sería Alec, ni la

clase de matrimonio que tendrían. Quizá Rosalie tenía razón, pero ¿qué podía hacer Mira ante tales dudas? Sólo tener fe en él.

Después de que Mira le hubiera relatado la historia del encuentro tan misteriosamente organizado en el bosque, Rosalie le juró una y otra vez que ella no había tenido nada que ver con las notas falsas. Teniendo en cuenta que su amiga no sabía mentir, Mira no tuvo más remedio que creerla. Seguro que había sido Juliana quien había enviado las notas, aunque Alec le había asegurado que su madre jamás lo reconocería. Sin embargo, en vista del resultado final, tampoco importaba demasiado saber quién había orquestado el encuentro y, muy pronto, Mira se vio inmersa en otros asuntos más inquietantes.

La mañana después del encuentro, Alec se presentó en Berkeley Hall con el típico aspecto de un prometido correcto y respetuoso que todos los

que lo conocían sabían que no era. Pidió permiso para hablar con Mira en privado, algo que Rosalie permitió de muy mala gana. Rosalie había decidido de antemano que sería una diligente carabina hasta el día de la boda, después de todo, había que vigilar más las actividades de las parejas comprometidas que las que aún se estaban cortejando. Después de que Rosalie lo condujera a la salita donde Mira le esperaba, la pareja intercambió un cortés saludo con la cabeza.

—Lord Falkner —dijo Mira con timidez.

—Señorita Germain.

—Sé que toda esa cortesía es por mí —dijo Rosalie, levantando la mirada al cielo como pidiendo ayuda divina—. Sin embargo, sé de primera mano lo que hacen las parejas comprometidas. Por eso, voy a dejaros solos quince minutos. Después insistiré en acompañaros.

Lanzándole a Alec una mirada entre tímida y suspicaz, salió de la salita y cerró la puerta. En ese momento, el control de Alec desapareció y le lanzó a Mira una mirada ardiente.

—Un cuarto de hora —dijo él, apoyando la espalda contra la puerta cerrada y cruzando los brazos sobre el pecho.

—Sabe que no podemos hacer demasiadas cosas en quince minutos —le advirtió Mira, esbozando una suave sonrisa mientras se sentaba en una silla de brocado bordado y le miraba.

—No sabe lo rápido que puedo llegar a ser. Ella le miró de arriba abajo con insolencia.

—Pero yo sí.

Alec se rio con suavidad. El brillo de sus ojos prometía venganza.

—Moza descarada, ven aquí. Ya hemos desperdiciado cincuenta segundos y todavía no te he besado.

—¿Y vas a besarme o piensas ponerme sobre tus rodillas? —inquirió ella sin levantarse todavía.

—Cualquiera de las dos cosas. Quizás ambas. Ven aquí y averígualo.

Mira sonrió lentamente y se acercó, deteniéndose frente a él y deslizándole los brazos alrededor del cuello. Alec posó las manos en la cintura de Mira para sostenerla cuando ella se puso de puntillas, inclinándose hacia él.

—¿Estoy lo suficientemente cerca? —susurró.

Alec bajó la mirada a la cara respingona y familiar, tan increíblemente hermosa para él y envolvió a Mira posesivamente con sus brazos. Algunas veces ella parecía una chiquilla, aunque en sus ojos seguían brillando las emociones de una mujer. Inclino la cabeza para besarla tan suavemente que sus labios apenas se rozaron.

—¿Qué fue lo primero que pensaste esta mañana cuando te despertaste? —murmuró ella,

repetiendo la pregunta que él le había hecho en otra ocasión.

Mientras sus alientos se unían en un solo hálito, él sonrió y frotó su nariz brevemente contra la de ella.

—Que no me importa si existe o no el cielo siempre que pueda vivir la vida contigo. ¿Cuál fue el tuyo?

—Pensé varias cosas a la vez. No recuerdo ni una sola.

—Pero supongo que todas tenían que ver conmigo —dijo él con su arrogancia habitual.

—La mayoría sí. Como lo guapo que estás cuando sonríes..., lo maravillosos que son tus besos...

—¿Sólo mis besos?

Separó los labios de la joven con los suyos y saboreó su boca, moviendo los labios lentamente sobre los de ella. Sus cuerpos parecieron

fusionarse allí donde se tocaban, esforzándose por tocarse aún más, como si no pudieran estar lo suficientemente cerca. Mira rompió el beso con un pequeño gemido, sonrojándose de excitación cuando la virilidad de Alec se apretó contra ella.

—Más que tus besos —dijo ella entre jadeos, y cuando sus labios se volvieron a tocar, fue la lengua de la joven la que se internó en la abrasadora humedad de la boca masculina.

Él gimió y la estrechó con más fuerza todavía contra su cuerpo, continuando el beso tanto tiempo como fue posible hasta que se hizo necesario detenerse.

—Dios..., ¿será pronto la boda? —preguntó él, cerrando los ojos y alejando a Mira a una prudente distancia mientras intentaba retomar el control sobre sí mismo—. ¿No deberíamos decidir ya la fecha?

—No... Rosalie dijo que lo correcto sería

esperar unos seis meses.

—¿¡Seis meses!?! —repitió él con el ceño fruncido—. Dile que no pienso esperar ni seis semanas. No, mejor se lo diré yo mismo.

—Pero luego dijo que pensaba que debería ser antes, aunque tendríamos que esperar un mes por las convenciones sociales.

—No sabía que hubiéramos infringido las normas del decoro. ¿Acaso teme lady Berkeley que podríamos haber anticipado nuestra noche de bodas?

—En realidad dijo que quienquiera que fuera tu prometida no tardaría en andar por ahí con la palabra «desflorada» estampada en la frente.

Alec se rio entre dientes, y se inclinó para depositarle un beso en la frente.

—Cualquier hombre que pudiera resistirse a ti sería un santo o un eunuco.

—Tendremos que conseguir que cambie de

opinión sobre ti —dijo Mira con aire pensativo.

—No veo por qué. Hasta ahora no se ha equivocado.

—Pretende ser una carabina estricta y vigilarnos muy de cerca. Lo considera su responsabilidad.

—Pobre diablillo. —La abrazó con fuerza y sonrió contra el pelo de Mira—. ¿De verdad crees que alguien podría impedir que hallara la manera de estar contigo?

Mira se animó de inmediato.

—Entonces conseguirás que...

—En realidad estoy de acuerdo con tu amiga. Esperaremos a estar casados.

—¿Estás de broma? ¿Por qué? ¿Por qué estás de acuerdo con ella? ¿Es sólo para molestarme o existe una razón más profunda, como por ejemplo, desinterés...?

Él interrumpió sus palabras con un beso que

pareció durar horas.

—¿Te parece que ésa es una buena muestra de mi «desinterés» por ti? —le preguntó Alec cuando ambos estuvieron jadeantes y excitados—. Que Dios me ayude si eso no es interés. Apenas consigo mantenerme cuerdo la mayor parte del tiempo. Y no, no he decidido esperar a la noche de bodas sólo por molestarte. Pero la próxima vez que hagamos el amor tengo intención de ser tu marido. —Mira lo miró con el ceño fruncido. Juliana había tenido razón. Los Falkner eran criaturas tercas y sentimentales—. Y hay otra razón más —añadió él con suavidad—. Voy a ausentarme por unos días, no demasiados, pero...

—¿Adónde vas?

—Iré a Londres. Tú estarás muy ocupada aquí, planificando nuestra boda con Rosalie y Juliana.

Mira permaneció en silencio, frunciendo el ceño mientras se contenía para no soltar todas las

preguntas que le pasaban por la cabeza. No dejaría que viera lo ansiosa que se sentía al saber que pronto se iría, ni lo posesiva que se había vuelto. Alec se había enamorado de una mujer fuerte e independiente. No pensaba convertirse en una criatura débil que se pasara la vida pegada a él para estar tranquila.

—Es cierto —dijo ella con voz queda—. Estaré muy ocupada.

—Tengo que resolver algunos asuntos.

—Sí. Imagino que tendrás que despedirte de alguien.

El comentario escapó de sus labios antes de poder contenerlo. Mira se maldijo en silencio. Había sonado como una bruja celosa. *Dieu*, ¡qué cosas hacía el amor en el carácter de una mujer!

—¿Qué quieres decir? —inquirió Alec, acercándose a ella.

—Nada..., nada en absoluto —masculló ella.

—¿Crees que planeo hacer una última ronda antes de acudir sólo a tu cama?

—No es algo inaudito en un hombre recientemente comprometido.

La expresión de incredulidad de Alec se transformó en una de profunda exasperación.

—Maldita sea, Mira, ¿qué diablos piensas que voy...? Por el amor de Dios, ¿por qué, sencillamente, no me preguntas qué voy a hacer en Londres en vez de juzgarme, condenarme y ahorcarme sin pruebas?

Ella lo miró con rebeldía.

—¿Para qué vas a Londres? —le preguntó con aire indiferente, como si ya no le interesara conocer la respuesta.

Alec no le respondió sino que continuó mirándola con aquellos insondables ojos. Mira se arrepintió de su actitud al darse cuenta de lo que había conseguido con sus irreflexivas palabras. Se

suponía que debía tener más confianza en él que en ninguna otra persona y, al instante, había pensado lo peor de él. Él le había prometido el día anterior que nunca la juzgaría, y ella acababa de juzgarle sin ninguna razón, como tantos otros antes que ella. ¿Qué clase de confianza era ésa?, se reprochó a sí misma.

—Alec —dijo con voz queda, acercándose a él de nuevo y apoyándole una mano en el brazo. Mira sintió la dureza del músculo bajo la palma de su mano y la tensión a la que estaba sometido—. He hablado sin pensar. Por supuesto que no creo que vayas a serme infiel. Pero en lo que a ti concierne, no puedo evitar ponerme celosa. Debes recordar que esto es tan nuevo para mí como para ti. Jamás había estado enamorada antes y aún me quedan muchas cosas por aprender. —Mientras hablaba, Mira se acercó aún más y apretó sus pechos contra él—. Hemos

estado tan poco tiempo juntos... Por favor, no te enfades por mi falta de consideración. —Le buscó un sensible lugar en el cuello y se lo acarició con la boca—. Dime —murmuró suavemente—, ¿para qué vas a Londres, dejándome aquí sola y echándote de menos?

Alec estaba siendo sometido a sus seductoras y suaves caricias y al ruego de sus palabras, sucumbiendo al hechizo de Mira sin dejar de maravillarse por la habilidad de la joven para conseguir que él se olvidara de su enfado. Era un talento que su prometida continuaría perfeccionando según lo conociera mejor; podía hechizarle como ninguna otra persona y hacer que la reconciliación tras una discusión fuera tan dulce que él casi agradeciera lo que fuera que hubiera originado la pelea. Casi, reflexionó él con una mueca, valía la pena hacer un extraordinario esfuerzo para estar en desacuerdo con ella.

—Es por Holt —dijo él, pasándole los brazos por los hombros y acercándola más a su cuerpo—. Carr y yo intentamos averiguar quién lo mató, o al menos las razones por las que...

—No —lo interrumpió ella, que se estremeció al sentir una fría premonición ante esas palabras. Quizás era un error tener tanto miedo al futuro, pero sabía lo que era perder la felicidad. Le había ocurrido antes, y ciertamente podía volver a ocurrirle de nuevo—. Alec, no. Estás buscando venganza por algo que deberías dejar en el pasado.

—No busco venganza. Sólo respuestas. Esto es lo único que quiero.

—Eso no hará que Holt vuelva. Las respuestas no cambiarán nada. Por el amor de Dios, sé que es egoísta por mi parte decir esto, pero yo soy quien te necesita ahora, no él. Sé que tú y tu primo estabais muy unidos, pero...

—Éramos como hermanos —dijo Alec con voz queda—. No puedes comprender lo que fue, cómo me sentí cuando fue asesinado. No sabes lo que se siente cuando alguien cercano a ti muere... sin dignidad, sin previo aviso.

A Mira se le puso la cara blanca como el papel y en sus ojos brillaron las lágrimas. Una extraña sensación la inundó y le oprimió la garganta. Era una mezcla de miedo y rabia impotente. Sí, ella sabía lo que se sentía. Su madre había muerto con menos dignidad que Holt Falkner. Y lo que era peor, había vivido sin ninguna dignidad.

—No, supongo que no sé lo que se siente —dijo lacónicamente. Se apartó de él y se dirigió al otro lado de la habitación—. Sé que no tengo ni el derecho ni la habilidad para impedir que hagas esto. Lo único que voy a preguntarte es por qué te pones en peligro innecesariamente.

Alec indagó en la mirada de ella, pero por una

vez no pudo leer ni su estado de humor ni sus pensamientos.

—Por supuesto que no voy a ponerme en peligro innecesariamente. Lo único que haré será conversar con algunas personas, hacer algunas visitas y algunas preguntas.

Ella asintió lentamente, con una expresión grave en el rostro, como si fuera consciente de que él no le estaba diciendo toda la verdad. Alec no sonrió, preguntándose qué diría Mira si supiera adónde iba en realidad. El sonido de los pasos de Rosalie los alertó de que los quince minutos habían terminado. Alec le lanzó una mirada irritada a la puerta.

—Le diré que necesitamos unos minutos más a solas —dijo, y Mira negó con la cabeza.

—En realidad no los necesitamos.

—Demonios, por supuesto que sí. No voy a irme sin dejar esto resuelto.

—No hay nada que resolver. Tú te vas y yo me quedo, y aquí estaré cuando regreses.

Aquellas palabras deberían haber aliviado la molesta sensación que Alec sentía en las entrañas. ¿Por qué, entonces, tenía la impresión de que Mira se había distanciado de él? ¿Era ella la que estaba intranquila o era él?

—Mira... —dijo él, rechinando los dientes y atravesando la salita hacia ella.

La puerta se abrió.

—Espero que hayáis tenido una agradable charla —dijo Rosalie alegremente.

Su comentario fue seguido por una dilatada pausa.

—En efecto —masculló Alec.

Sintiendo la explosiva tensión de la estancia, Rosalie se aclaró la garganta, paseando la mirada de la distante expresión de Mira al sombrío semblante de Alec.

—¿Queréis que vuelva un poco más tarde?

—No, gracias —dijo Alec, intentando ocultar su frustración mientras miraba fijamente a Mira—. Parece que nuestra conversación ha terminado. Lady Berkeley, salgo en breve hacia Londres. Sin embargo, antes de irme me gustaría hablar con su marido.

Rosalie pareció alarmada.

—Oh, sí... Por supuesto. Está en la biblioteca. Si lo desea lo acompaño hasta allí.

—Me gustaría quedarme aquí un rato —dijo Mira, con voz ronca a pesar de su fingida compostura.

—Por supuesto —murmuró Rosalie y con aire inseguro precedió a Alec fuera de la salita.

Él se detuvo en el umbral y clavó los ojos en Mira.

—Adiós —dijo.

Ella lo miró pero no respondió. La palabra no

consiguió salir de sus labios por mucho que lo intentó. Con una sonrisa vagamente sarcástica, él salió y cerró la puerta.

Sin mirar a nada en particular, Mira se reclinó en el sofá. Sostuvo un cojín bordado contra el pecho y apoyó la barbilla en él; subiendo las piernas al sofá, se acurrucó en medio de los cojines. No podía dejar de darle vueltas a algo que él le había dicho.

«No sabes lo que se siente cuando alguien cercano a ti muere... sin dignidad, sin previo aviso.»

Sin dignidad. Alec no conocía el significado de esas palabras tan bien como Mira. La dignidad era mucho más esquiva para las mujeres que para los hombres; éstas la perdían mucho antes. Todavía podía recordar con detalle el burdel donde su madre había trabajado en Francia. La dueña del lugar había sido una rechoncha y malhumorada

mujer. Todo el mundo la llamaba *madame*, pero a sus espaldas se referían a ella como la «abadesa» o la «alcahueta». La *madame* había permitido que Mireille pasara las noches en un lugar tranquilo del burdel siempre y cuando se mantuviera fuera de su vista. Y Mireille había dormido cerca de la cálida estufa de la cocina, escuchando las idas y venidas, el rechinar de las tablas del suelo del piso superior, las voces, los sonidos y extraños gemidos amortiguados que procedían de arriba.

Raras veces había visto a su madre, pues durante el día Mireille vagaba por el pueblo y los campos, lejos del burdel, y por la noche dormía mientras su madre trabajaba. Los primeros años de su infancia había ido a la escuela del pueblo, donde había aprendido a leer. Al hacerse mayor, su educación se había convertido en el producto de muchas y variadas experiencias. Jamás se le había ocurrido abandonar a su madre, el burdel o

el pueblo. No había sabido que existiera un mundo diferente.

Pero una mañana su madre ya no estaba allí, y la *madame* se aproximó a hablar con Mireille, agitando furiosa el dedo delante de su cara. Eran tiempos de guerra y en un ataque sorpresa a un campamento de soldados ingleses habían arrestado a la madre de Mireille, y la habían ajusticiado como a las demás prostitutas. Según le contó la *madame*, había sido malo para el negocio que la madre de Mireille fuera una antipatriota porque ahora había menos mujeres para poder atender a los clientes; y lo que era incluso peor, su madre había atendido a hombres a escondidas para quedarse con el porcentaje de ganancias que correspondía al burdel.

Entonces la *madame* le había dicho que tendría que ponerse a trabajar arriba. Mireille se había rebelado violentamente ante aquella idea,

pues sin lugar a dudas no deseaba dedicarse a lo que se había dedicado su madre. Temía lo que pasaba allí arriba —las habitaciones estaban llenas de olores extraños y gruñidos—, y a la negrura absorbente del vestíbulo. Y entonces, mientras ella intentaba resistirse, un hombre con los ojos castaños y largo pelo negro había entrado en la estancia como si fuera el dueño del lugar. Se parecía mucho a Mira. Había mirado con el ceño fruncido a la *madame* y le había dicho:

—Ya puedes buscarte a otra. Ninguna Germain más se prostituirá para ti.

Y luego había mirado a Mireille. Aunque jamás la había visto antes, su mirada estaba llena de afecto, algo que hizo que Mireille guardara silencio, asombrada y confundida.

—*Sang de Dieu*, eres muy pequeña para tener doce años, ¿verdad? —había preguntado él, cogiéndola por debajo de los brazos y

levantándola en el aire. Los pies le habían colgado sobre el suelo mientras él la miraba con aire crítico. Luego le había brindado una radiante sonrisa—. Eres demasiado menuda para un nombre tan largo como Mireille, te llamaré Mira hasta que seas más alta. Mira, ¿sabías que soy tu hermanastro?

Incluso ahora se preguntaba las razones por las que Guillaume había ido a buscarla y se había encargado de ella. Fuera como fuese, su afecto por ella había sido real, pero jamás había visto a su hermano preocuparse por otra persona, o sentir el más mínimo atisbo de bondad o compasión. Quizás era diferente con ella porque era el único pariente vivo que tenía. O porque habían sido compañeros en tantos planes. O quizá porque hasta que se hizo más mayor, Mireille había dependido por completo de él para comer, beber y sobrevivir.

Su madre había muerto sin dignidad. Y unos años después, Guillaume se había convertido en un completo desconocido para ella. Los dos la habían abandonado, y mientras pensaba en ello, Mira descubrió algo sobre sí misma: le daba terror volver a quedarse sola.

Alec había recibido un mensaje de Carr esa misma mañana:

Alec, finalmente tengo un nombre por el que empezar las pesquisas. Tom Memmery, un ladronzuelo con el que Holt coincidió varias veces en el Rummer. Ahora mismo se encuentra internado en un colegio...

A pesar de la seriedad de la información recibida, Alec esbozó una sonrisa. Seguro que el

colegio al que hacía referencia era una prisión. Continuó leyendo la nota:

Pero ¿cuál? Y si logramos encontrarlo, ¿cómo hacer cantar al canario?

C. F.

En todas las relaciones que Alec había adquirido y fomentado, no había nadie que fuera miembro de la comisión de prisiones ni de la magistratura. Conocía a muchos abogados, pues en el pasado, los Falkner habían tenido que recurrir a ellos con frecuencia. Pero ningún abogado podría ayudarle a obtener la información que necesitaba ahora. Rand Berkeley, sin embargo, quizá podría ayudarle. Alec recordaba haber oído una vez que había un magistrado que respondía al nombre de Berkeley. Tras mantener una tranquila y amistosa conversación con Rand,

Alec sacó finalmente el tema a colación.

—Sí —dijo Rand en respuesta a la pregunta que le había formulado con los ojos color avellana llenos de curiosidad y una agradable sonrisa en la cara—. Mi tío abuelo Horace es magistrado, y además está involucrado en toda clase de sociedades reformistas. Es probable que tenga acceso a los registros y que esté dispuesto a ayudarnos si le ofrecemos el incentivo correcto. Los Berkeley son muy receptivos a los métodos de persuasión, ya sabes.

Alec se rio.

—Memmary —le dijo, ofreciéndole a Rand un trozo de papel con el nombre escrito—. Es un ratero, me gustaría hablar con él. Es posible que haga un trato con él. ¿Tu tío haría la vista gorda con eso?

—Sé que la hará. La ha hecho antes. Sin embargo, debo advertirte que seguramente querrá

un favor a cambio.

—No esperaba menos.

Rand sonrió de nuevo, lanzándole una mirada a la puerta cerrada antes de añadir en voz baja:

—No creo que Mireille se haya tomado bien la noticia de tu inminente partida.

—Y no lo ha hecho —repuso Alec lacónicamente—. Por otra parte, no tengo mucho que hacer aquí. Son las mujeres las que se encargan de organizar las bodas, las que discuten sobre vestidos, peinados y adornos. Lo único que puede hacer un hombre en estos casos es esperar de pie ante el altar.

Rand soltó una carcajada.

—Estoy de acuerdo. Sin embargo, sé por experiencia que el novio debe mostrar al menos un poco de interés en estas cosas. No entiendo por qué, pero así es. ¿Quieres que te dé un pequeño consejo?

—Sólo si no estoy obligado a seguirlo.

—Unas semanas antes de casarnos, mi mujer estaba muy... muy sensible. Lágrimas, arrebatos... Ese tipo de cosas. Sentía mucha presión y necesitaba mucho apoyo. Me han dicho que les pasa a todas las novias. Quizá deberías...

—¿Debería qué?

Cuando los pálidos ojos grises se encontraron con los dorados, Rand se contuvo y cambió de tema. Alec Falkner, decidió Rand con aire pensativo, no era el tipo de hombre al que darle consejos que no había pedido.

—Eres un joven obstinado, Falkner — murmuró Rand, tamborileando con los dedos en el escritorio. Era evidente que Alec no permitiría ninguna interferencia en su relación con Mira, no importaba lo bienintencionada que ésta fuera. Rand esperaba que entre los Berkeley y los Falkner se fraguara una buena amistad, así que

sería mejor guardar silencio y dejar que Alec resolviera solo sus problemas—. Quizá deberías marcharte a Londres ahora mismo. Te enfrentas a una desagradable tarea, Dios sabe que no te envidio.

Si existía un lugar al que llamar infierno, Newgate era lo más parecido que había en la tierra. Apestaba a sufrimiento y a desdicha. En sus abarrotados y laberínticos pasillos y pasajes se hacinaban los desechos más inmorales de la sociedad, mugrientos criminales que habían nacido en calles y cunetas y que morían en un lugar mucho más horrible. Quizás algunos de ellos conservaran aún restos de humanidad, pero era poco probable. Tras un par de meses en Newgate —conocida también como «la prisión de piedra»— hasta el hombre más honorable se

convertiría en un maníaco furioso o en un asesino a sangre fría. Habían juntado a todos los prisioneros: los delincuentes comunes con los asesinos experimentados, los que esperaban sentencia con los ya sentenciados, los fuertes con los débiles, los viejos con los jóvenes. Todos eran encerrados tras aquellos muros oscuros plagados de insectos y roedores chillones. Mientras Carr y él eran conducidos por los pasillos, ni siquiera Alec pudo evitar toser por el hedor a excrementos humanos y a orina que se había incrustado en cada poro de los ladrillos y las piedras de tal manera que ningún lavado podría quitarlo jamás.

—Seguiremos hediendo una semana después de salir de aquí —murmuró Carr, que parecía agobiado por el apestoso olor que los rodeaba.

Alec asintió con la cabeza, haciendo un esfuerzo por borrar el asco de su expresión.

—Debemos de estar locos —masculló—. Nadie

entra en Newgate por voluntad propia.

Por una vez Carr no tenía una respuesta arrogante y sabihonda a tal comentario. Mantuvo los ojos clavados en la corpulenta figura del guardia que los guiaba por el laberinto de pasillos. Pasaron delante de ruidosas celdas, llenas de hombres que exigían agua y comida, hombres que los insultaron con el cerrado acento *cockney*, hombres de anchos pechos que salían victoriosos de las peleas diarias por la comida, hombres huesudos que perdían con rapidez la fuerza para sobrevivir. La expresión de Carr se había vuelto neutra y fría, enmascarando así la inquietud que debía de estar sintiendo al internarse en lo más profundo de la prisión. Por la mente de Alec cruzó el pensamiento de que no debería haber permitido que Carr le acompañara. Dos años antes, el mundo de Carr había sido inocente y seguro, lleno del tranquilo placer de la vida en el

campo, de los libros de historia y de las horas de estudio. Ahora estaba aprendiendo unas lecciones muy diferentes.

—Memmary.

El guardia se había detenido ante una celda y llamaba al preso a través de los barrotes. Se oyó un ruido de pies arrastrándose y agudos silbidos mientras el infeliz Memmary se acercaba trabajosamente a la puerta.

—Esta noche ya no podrá silbar.

—Mem, dentro de una hora colgarás sobre tus pies.

—Pobre Memmy, la boca seca y los pantalones meados.

—¡Deprisa, Jack Ketch está esperándote!

Notando la confusa mirada de Carr ante aquellas frases, Alec le aclaró con suavidad:

—Creen que hemos venido a buscarle para ahorcarlo.

—Pues sí que dan ánimos. —El asco brilló en los ojos verdes de Carr.

Después de que Alec asintiera con la cabeza, el guardia sacó a un tipo delgado de piel cetrina y plagada de granos fuera de la celda y lo condujo a otra desocupada. Era una estancia sin armarios con un poco de paja en el suelo, y una pesada puerta de reja. El guardia metió a Memmery de un empujón y se apartó para dejar entrar a Alec y a Carr.

—Déjenos cinco minutos con él. No cierre la puerta con llave —dijo Alec en voz baja y autoritaria.

Aunque iba contra las reglas de la prisión, el guardia cerró la puerta sin echar el cerrojo. No obstante, Carr dio un brinco cuando quedaron encerrados en la habitación. Con una súplica muda en los ojos le dijo a Alec que hiciera la entrevista con rapidez.

—Dime tu nombre —dijo Alec al pálido prisionero que no aparentaba más de treinta años.

—Memmery, señor —masculló el hombre—. Tom Memmery. —Algo en la voz de Alec pareció despertar el interés del hombre, pues lo observó con atención. La cara del prisionero pareció palidecer aún más si cabe—. Santo Dios —juró con expresión temerosa.

—¿Te resulto familiar? —preguntó Alec con voz queda—. Debería. Tengo entendido que mi primo y tú os conocíais.

—Es mentira.

—¿De veras? Eso no es lo que me han dicho.  
Silencio.

El rostro de Alec contenía toda la calidez y la viveza de una losa de granito. Carr se removió inquieto, mirando a la puerta con una expresión de anhelo.

—¿Has oído alguna vez el nombre de Leila

Holburn? —preguntó Alec en voz baja aunque las palabras resonaron en la pequeña habitación.

Memmery estudió el suelo con expresión absorta.

—Alec, no va a hablar... —comenzó a decir Carr, hirviendo de impaciencia.

—Oh, claro que lo hará —dijo Alec, dirigiéndole a su joven primo una mirada de advertencia—. De hecho, se va a convertir en el más locuaz residente de Newgate.

—Lárguese —dijo Memmery.

—Porque si no lo hace —continuó Alec como si el hombre no hubiera abierto la boca—, me aseguraré de que cada asesino y ladrón de este infierno sepa que Memmery traicionó a Stop Hole Abbey. En otras palabras, Carr, van a pensar que dijo todo lo que sabe, incluyendo nombres, fechas y lugares.

—¡Maldito bastardo! —escupió Memmery

estremeciéndose repentinamente con una mezcla de odio y horror.

—¿Sabes qué le ocurrirá entonces, Carr? — continuó Alec—. Lo destriparán, le arrancarán los miembros uno por uno tras largas horas de tortura. Por lo que he podido observar, sus compañeros de celda no parecen la clase de tipos que aprecian como nosotros a los soplones como Memmery. ¿Sabes por qué han encerrado a algunos de ellos? Son rebanacuellos, hombres que se divierten recorriendo por las noches los callejones más oscuros para rebanar los pescuezos de los inocentes transeúntes con sus cuchillos. Qué divertido será para ellos tener a un compañero con el que ensañarse. De hecho, ya has despertado sus sospechas al estar aquí dentro con nosotros, ¿no estás de acuerdo, Tom?

—Y si hablo, ¿qué? Eso tampoco me salvará, ¿no? —preguntó Memmery sombríamente,

adoptando la expresión resignada de un hombre condenado.

—¿Quién sabe? Si la información que me des resulta útil, te llevarán de inmediato a los muelles de Berkeley donde embarcarás en un barco rumbo a Australia. Al menos allí tendrás la oportunidad de disfrutar de algunos años más de tu miserable vida. Por lo que veo aún eres muy joven para morir. Sin embargo, si no me dices lo que quiero oír, te llevarán de vuelta a tu celda donde estarás a merced de tus compañeros.

—¿Cómo sé que no me está mintiendo?

—Tendrás que confiar en mí.

Decidiendo, evidentemente, que el riesgo merecía la pena, Memmery asintió brevemente con la cabeza.

—¿Qué quiere saber?

—Eres miembro de Stop Hole Abbey —dijo Alec.

—Sí.

—Conociste a mi primo, Holt Falkner.

—No con ese nombre, pero se parecía a usted.

—Te pagó por cierta información.

—Sí.

—¿Cuál?

—Estaba buscando a esa chica que mencionó.

—¿Leila Holburn?

—Sí.

—¿Qué le dijiste?

—Por aquel entonces no pertenecía a Stop Hole Abbey. Pero después de que su primo me explicara de qué manera había desaparecido, le contesté que pensaba que podría haber sido bautizada.

—¿Bautizada? ¿Qué demonios significa eso? —preguntó Carr bruscamente.

—Trata de blancas —respondió Alec, curvando el labio en una mueca burlona—. Es un negocio

lucrativo, ahora está más en auge que nunca. Se dedican a secuestrar a las jóvenes más atractivas para enviarlas a las Indias Occidentales y a ciertas partes de Asia. Es muy posible que la prometida de Holt haya acabado en algún burdel exótico o, si ha tenido suerte, en un harén.

—¿Cómo podemos saber dónde acabó? —inquirió Carr con los dientes apretados.

—Eso es lo que quería saber él —dijo Memmery—. Le dije que buscara a un francés alto que responde al nombre de Tilter, es quien más sabe de Stop Hole Abbey.

—¿Cuál es el verdadero nombre de Tilter? ¿Dónde podemos encontrarlo?

—No lo sé. —Memmery se apoyó en la pared, con la cara muy pálida—. No lo sé.

—No es suficiente —dijo Alec con crueldad—. A menos que puedas darme más información, me temo que tu viaje a Australia corre peligro de ser

cancelado.

—Espere un momento, puedo decirle dónde encontrarlo. —El convicto sacó algunos naipes gastados de la camisa y se los tendió a Alec—. Puede encontrarlo en los tugurios. Tilter vive en uno de ellos. Muestre el siete de diamantes y podrá entrar en cualquier parte. Muestre la jota y eso les indicará que busca información. Muestre el rey y le llevarán hasta el pez gordo.

—Llama al guardia —le dijo Alec a Carr, que obedeció en el acto. La puerta se abrió y Alec le dio una bolsita al carcelero—. Llévelo a los muelles del oeste —dijo en voz baja—. Si me entero por los oficiales de Berkeley que Memmery no embarca esta noche, me aseguraré de que te claven en la pared y te dejen secar al sol.

—Sí, señor.

Carr siguió a Alec fuera de Newgate. En cuanto salieron de la prisión, los dos respiraron

hondo, llenando sus pulmones de aire limpio.

—Hasta ahora no me había dado cuenta de lo bien que huele aquí fuera —dijo Carr, forzando una sonrisa aunque sus ojos verdes seguían llenos de tristeza.

—Sí.

—¿Cómo pudo hacerlo Holt? —estalló Carr de repente—. ¿Cómo pudo relacionarse con canallas así y no decírselo a nadie? —Enfrentarse a los prisioneros de Newgate le había hecho darse cuenta de la clase de personas con las que había tenido que tratar Holt para encontrar a Leila. Por primera vez supo qué clase de hombres habían asesinado a su hermano—. Cualquiera de esos miserables podría haberlo matado. Lo hubiera hecho si tuviera algo que ganar con ello.

Cuando Alec miró al joven, que estaba perdiendo su idealismo con tanta rapidez, la habitual frialdad de su mirada gris fue

reemplazada por una cálida simpatía.

—Hizo lo que tenía que hacer. Porque sentía una gran lealtad hacia aquellos que amaba. Y porque habría hecho cualquier cosa por recuperar a Leila.

—No valía la pena. Intentar recuperarla no valía su vida —dijo Carr con rudeza.

Alec pensó en Mira. Él también hubiera hecho cualquier cosa para encontrarla. No lo hubiera dudado ni un instante. ¿Había amado Holt realmente a Leila Holburn hasta el punto de que prefería morir a olvidarla o a intentar vivir sin ella?

Antes de conocer a Mira, no habría podido comprender un sentimiento como ése. Como Carr, se habría sentido confuso y escéptico ante la emoción que, indirectamente, había conducido a Holt a la muerte. Pero ¿cómo hacer comprender a Carr que unos meses disfrutando de esa clase de

amor bien valía una vida? Su primo era demasiado joven para considerar esa declaración de una manera que no fuera banal. Alec se encogió de hombros.

—Para Holt, Leila valía la pena —dijo escuetamente, sin entrar en más explicaciones.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Encontrar a Tilter.

—¿Por qué? No estamos buscando a Leila, sólo queremos saber lo que le sucedió a Holt.

—Siguiendo los pasos de Holt, podremos averiguar qué le sucedió a Leila y de paso qué le sucedió a él. —Alec esbozó una triste sonrisa—. Aunque preferiría no tener que pasar por la misma experiencia.

Mira se movió entre sueños, entrecerrando los ojos ante la brillante luz del sol que le calentaba la

piel haciéndola sentir lánguida. Tras leer casi una hora en el jardín, se había cambiado de lugar y había abandonado el asiento junto al reloj de sol para tumbarse en la espesa hierba que bordeaba uno de los muchos caminos del jardín que rodeaba Berkeley Hall. Muy cerca de ella, había algunas aves que revoloteaban alrededor de un pequeño estanque de piedra lleno de flores en forma de estrella. Sonriendo somnolienta ante el sonido de las alas, el chapoteo del agua y los gorjeos indignados, Mira deslizó el brazo detrás de la cabeza y se acomodó sobre la hierba, dejándose llevar por un sueño ligero. Pero entonces resonó un brusco aleteo seguido de los chillidos de las aves que emprendían el vuelo. Aunque no había oído nada más, Mira supo que alguien o algo se había acercado, y abrió los ojos. Alec estaba allí, con el pelo negro y liso brillando como el ala de un cuervo bajo el sol y una suave

sonrisa en los labios. Ya había regresado, pensó con una sensación de plenitud. Estaba tan guapo que Mira sintió que se le oprimía el corazón de puro placer. Aunque le amaría igualmente si fuera menos agradable a la vista, no podía negar que su atractivo era algo que la llenaba de orgullo.

—Qué injusticia —dijo con suavidad, y Alec se dejó caer a su lado en un ágil movimiento.

—¿Qué es injusto? —Se apoyó en un codo y la observó fijamente.

—Que hayas sido bendecido con tanta hermosura, y que todos los demás tengan que repartirse las sobras que tú has dejado.

—Mira —susurró él, acariciándola con la mirada—. ¿Cómo van los preparativos de la boda?

—Estupendamente. He encargado el más maravilloso vestido de novia que puedas imaginar... y vamos a decorar la iglesia con preciosas retamas verdes. A ti, desde luego, no te

importa nada de eso porque no estabas aquí para ayudarme a elegir...

Alec ahogó el resto de la declaración con un beso ardiente y un profundo gemido que surgió de lo más hondo de su garganta. Cuando levantó la cabeza, se miraron a los ojos con un nuevo entendimiento. La separación de la última semana había sido diferente a las demás separaciones que la habían precedido y los dos sabían por qué.

—Lamento la manera en que nos separamos — dijo Mira con suavidad.

—Jamás debería haberme ido de esa manera. Tenía que haberte hecho entender que...

—Y lo entendí, pero no pude evitar comportarme como una egoísta.

—No me importa que seas egoísta conmigo.

—Lo soy, mucho. Si pudiera, te encerraría en una habitación conmigo y jamás te dejaría salir.

—Sólo si es el dormitorio.

—¿Alguna vez haremos el amor en un dormitorio como el resto de la gente? —preguntó Mira soñadoramente—. ¿No sería maravilloso?

—Ya lo hicimos una vez. Y sí, fue maravilloso. —Le mordisqueó el labio inferior—. Indescriptiblemente maravilloso.

Se pasaron el resto del tiempo murmurándose arrumacos acompañados de lentos y suaves besos y caricias robadas. Mira no le preguntó sobre qué había estado haciendo aquella semana en Londres ni si había descubierto algo sobre Holt. Quizá lo hiciera más adelante. Pero por ahora Alec tampoco lo mencionó.

La noche anterior a la boda, Mira era incapaz de conciliar el sueño. Bajó las escaleras con una vela en la mano con la intención de calentar agua y hacer una tisana relajante. De camino a la cocina, le llamó la atención la luz suave que

brillaba en la biblioteca, y se acercó a investigar. Con sigilo, abrió la puerta entreabierta.

—Entra —le invitó Rosalie, y Mira entró con vacilación en la estancia, descubriendo a su amiga sentada en un sillón de piel con un libro abierto en el regazo y una copa de vino en la mano—. No podía dormir —le confesó Rosalie con timidez, cerrando el libro—. Sabe Dios por qué. Quiero decir que es tu boda... En fin, que he bajado a leer pensando que así me distraería un poco.

—Yo tampoco puedo dormir —dijo Mira. Desplazó la mirada a la botella de vino y a las copas brillantes en la bandeja de plata—. Iba a tomarme una tisana, pero creo que tú has tenido una idea mejor.

—Por supuesto —dijo Rosalie, y las dos se rieron entre dientes. Mientras Mira se acomodaba en la esquina del sofá, la expresión de Rosalie se tensó un poco—. Mireille, he estado pensando en

que ésta es la noche antes de tu boda y, tradicionalmente... Ya sabes que hay ciertas cosas sobre las que deberíamos hablar para que tus expectativas como novia no se vean afectadas por lo que en realidad va a ocurrir. Sé que tú... Bueno, nunca hemos hablado de tus relaciones pasadas con los hombres, así que no sé qué puedes haber hecho con... —Se aclaró la garganta y se obligó a mirar a Mira a los ojos—. Lo que trato de decir con tanta ineptitud es que si tienes alguna pregunta sobre lo que va a ocurrir mañana por la noche, puedes hacérmela...

—Rosalie —la interrumpió Mira con una ligera sonrisa—. No tengo ninguna pregunta que hacerte sobre mañana por la noche.

—Eso me temía —dijo Rosalie y, de repente, las dos soltaron una carcajada. Tomando un sorbo del vino dulce y afrutado, Rosalie se relajó y suspiró—. Aun así me gustaría tener la certeza de

que no te sientes insegura sobre la noche de bodas. A mí me dijeron cosas atroces. Cosas sobre las responsabilidades de una esposa y los deberes conyugales en el lecho nupcial. Sobre lo que una mujer decente debe o no debe hacer.

—¿Y qué se supone que deben hacer las mujeres en el lecho nupcial?

—Según mi madre, una mujer decente se tumba en la cama y piensa en Inglaterra.

Mira soltó una risita tonta.

—Por fortuna —continuó Rosalie—, cuando me dijo eso, Rand y yo ya habíamos hecho el amor. A mucha gente le escandalizaría saber que habíamos intimado antes de casarnos.

—Sabía cómo eran las cosas entre vosotros cuando estábamos en Anjou —dijo Mira, agitando el vino en la copa y probándolo con aire experto.

—¿Lo sabías? ¿Cómo...?

—Por la forma en que él te miraba. Y por las miradas que tú le devolvías.

—Oh —Rosalie sonrió—. No sabía que habíamos sido tan indiscretos. —Con vacilación, añadió—: Mireille, creo que mi opinión sobre lord Falkner ha cambiado bastante. Durante sus visitas he observado que es muy diferente a como creía que era. Al menos, cuando está contigo es diferente, y eso es suficiente para darme cuenta de lo que realmente siente por ti.

—Me alegra que pienses así.

—Espero que te haga feliz. Espero que te llene de felicidad, de confort y que te haga alcanzar el mismo placer que alcance él.

—Sí. Oh, sí, claro que lo hace —se apresuró a asegurarle Mira. Luego se sonrojó—. Quería decir que lo hará...

—Lo he entendido —dijo Rosalie con ironía.

La boda tuvo lugar a la mañana siguiente en la pequeña iglesia de Warwickshire. Fue una ceremonia exclusiva y privada; asistieron los Falkner, los Berkeley y algunos invitados cuidadosamente elegidos por su rango y posición. Había sido muy importante para Mira —que se sentía muy nerviosa por las responsabilidades sociales que tendría como esposa de Alec— lograr que la ceremonia fuese tan íntima como fuera posible, evitando de esa manera los aspectos más solemnes de la ocasión. Algunos ecos de sociedad y numerosas publicaciones londinenses habían tratado su matrimonio con un Falkner como un drama sensacionalista. Habían escrito un montón de titulares populistas que habían sido muy comentados. Había cierto toque de misterio en Mireille Germain, pues nadie sabía exactamente quién era o de dónde era. Algunos rumores la

situaban como descendiente de una acaudalada familia francesa, y otros hacían hincapié sobre su relación con Sackville, y existía una gran controversia acerca de dónde y cuándo había sido «descubierta» por primera vez en Inglaterra. Pero no se había probado ni desmentido nada. Para la mayoría de la gente, ella era una figura misteriosa que había sido conocida primero por su relación con los Berkeley y ahora con los Falkner.

En privado, Alec se había negado categóricamente a recibir una dote de Rand y Rosalie. Sin embargo, había asegurado el porvenir de Mira para que, en caso de quedarse viuda, recibiera unas vastas tierras y un castillo en el sur de Inglaterra.

—En caso de que me ocurra algo —le había dicho con gravedad—, será tuyo y nadie podrá quitártelo. No importa lo que los Falkner o cualquier otra persona puedan decir.

—Yo no quiero ni tierras ni un castillo —había dicho ella, estremeciéndose sólo de pensar en perderle—. Sólo quiero que estés siempre conmigo.

—No voy a separarme de ti, moza.

Y a pesar de la manera burlona en que lo había dicho, Alec la había tomado entre sus brazos con ternura, intentando consolarla con la fuerza de su abrazo, pues lo último que quería era apartarse de ella.

Mira pensó en aquella conversación mientras Alec y ella estaban de pie ante el altar de la iglesia. Aunque miles de pensamientos discurrían por su mente como una interminable corriente, era consciente de cada pequeño detalle de la ceremonia. Como el brillo de las velas en la caoba oscura de los bancos de la iglesia, el olor a madera vieja de éstos, el susurro de su vestido de novia de raso color marfil, la exquisita fragancia de las

rosas. Tenía las manos frías y temblorosas y a pesar de tener la certeza de que todo estaba saliendo bien, estaba muy nerviosa. En el momento indicado de la ceremonia, Alec le cogió las manos entre las suyas, cálidas y fuertes, y Mira observó cómo tomaba los anillos de boda de las páginas de la Biblia donde habían sido colocados. Los anillos eran dos alianzas de oro que se unían en una. Como los dedos de Mira eran más pequeños y delicados que los de Alec, habían adaptado la alianza que le correspondía a ella al tamaño de sus dedos. Lenta y solemnemente, Alec repitió sus votos:

—Yo, Alexander Reeve Falkner, te tomo a ti, Mireille Germain...

Ella levantó los ojos hacia él, sumergiéndose en su cristalina mirada, incapaz de creer que aquello estuviera ocurriendo de verdad. En unos minutos, Mira le pertenecería y ella, a su vez, podría

reclamarle como ninguna otra mujer lo había hecho nunca.

Pronunciaron los votos y se intercambiaron los anillos, recitaron las oraciones y se cerró la Biblia. Cuando el novio tuvo permiso para besar a la novia, Mira se sonrojó al darse cuenta de que todos los ojos estaban clavados en ellos. Alec sonrió suavemente, vacilando antes de enmarcarle la cara con las manos y rozarle los labios con los suyos. En cuanto Alec sintió la calidez y suavidad de la boca de Mira, la besó durante más tiempo del que había pretendido, tomando sus labios entreabiertos con más deseo del que era correcto demostrar en público. Alec oyó los sonidos ahogados de algunas ancianas escandalizadas que más tarde comentarían entre susurros lo condenable de aquel acto, y también escuchó las risitas ahogadas de otros asistentes. Cuando los labios húmedos de los dos se

separaron, Alec sintió un arranque de impaciencia al pensar en el interminable día que se extendía ante ellos. Mira le sonrió como si supiera lo que él estaba pensando, y sus ojos brillaron divertidos cuando él la soltó con renuencia.

# 14

Las inquietudes nupciales de Mira se vieron incrementadas en gran medida al ver la hacienda Falkner. El denso y extenso bosque que la rodeaba contenía más especies de árboles y plantas de las que ella hubiera visto nunca, muchas de ellas traídas de lugares lejanos. Cuando doblaron la última curva del amplio camino de acceso, Mira se quedó sin aliento ante la visión de un castillo que se alzaba majestuoso en medio de una colina baja. Las pálidas torres grises amenazaban con atravesar las perezosas nubes que surcaban el cielo. Un par de lagos artificiales flanqueaban el edificio al este y al oeste; sus superficies reflejaban los arcos abovedados y las ventanas con parteluces de las

fachadas de granito. Mira no tenía ninguna duda de que en aquel castillo podrían vivir holgadamente centenares de personas y, de repente, quiso rogarle a Alec que la llevara a una humilde casita en el campo y que se quedara allí con ella para siempre. ¿Qué la esperaba en aquel lugar? ¿Cómo iba a adaptarse a esa clase de vida?

Dado que llevaría varios días explorar el castillo por completo, Mira sólo hizo una breve excursión guiada por Juliana, mientras otros Falkner las seguían observando sus reacciones. La esposa de Alec era objeto de fascinación por parte de todos, ya que llevaban años debatiendo sobre la clase de mujer que elegiría Alec como esposa. La joven no vio señal alguna en sus rostros, inexpresivos y curiosos, de si había cumplido o no sus altas expectativas.

Aunque Mira logró tomar nota de las más impresionantes características de su nuevo hogar,

prestó más atención a los miembros de la familia Falkner. Eran tan morenos como rubios los Berkeley, la mayoría tenía el pelo negro y los ojos verdes. Mira los encontraba fascinantes, pues a pesar de mostrar una fachada educada, refinada y arrogante como los Berkeley, poseían una energía vibrante. Aunque no había estado con ellos el tiempo suficiente para hacer un juicio crítico, los Falkner parecían volátiles e irascibles. Tras conocerlos, Mira comprendió de pronto cómo su marido había perfeccionado aquella mirada gélida e inflexible, su aire autoritario y la habilidad para reconocer las debilidades de aquellos que lo rodeaban. Para manejar a los Falkner y las enormes y complejas responsabilidades que conllevaba ser el cabeza de familia, era necesario que Alec los intimidara, persuadiera o adulara según fuera necesario.

Para Mira fue un constante motivo de interés y

diversión observar cómo Alec trataba a las diferentes personas que se acercaban a él y con el paso de los días descubrió que su marido tenía cualidades para ser un excelente político. Cuando los cuidadores de la hacienda, los sirvientes o los habitantes de las aldeas cercanas venían al castillo para hablar con él, Alec se mostraba serio y tranquilo. Con Juliana, su tío Hugo y sus muchos primos, era cortés e inflexible. Con las dos canosas hermanas de Juliana, Letitia y Jessamine Penrhyn, era educado. Trataba a su hermano de dieciocho años, Douglas, un joven tímido y bastante estudioso, con una actitud casi paternal. Con su primo Carr, sin embargo, era sarcástico, franco y endemoniadamente divertido. Comprendía las necesidades de cada uno de ellos y las manejaba con tacto y firmeza, pero sin privarles de cierto grado de libertad. Mira era la única a la que no podía manipular y ni siquiera lo

intentaba. Ella no era una responsabilidad sino una necesidad. Era un lujo esencial para él. Y en la intimidad de sus habitaciones, una *suite* del castillo que sólo frecuentaban ellos, Alec la mimaba, la complacía y la amaba.

En su noche de bodas, Alec le concedió tiempo para que se preparara en sus aposentos, y mientras él se entretenía en la planta baja, ella se puso lentamente un camisón blanco con encajes. El dormitorio ducal resplandecía con la misma dignidad que el resto del castillo, con un techo adornado con intrincadas molduras de yeso, muebles estilo Luis XIV, un tapiz francés y una alfombra Aubusson. Mary, quien había sido su doncella en el hogar de los Berkeley y que la había acompañado para atenderla en su nuevo hogar, arregló los largos y perfectos tirabuzones de Mira y le ofreció un frasquito de cristal lleno de perfume. La fragancia, de sándalo y rosas, era

fresca y limpia, y Mira la inhaló con aprecio antes de aplicarse un poco en el cuello y las muñecas.

—¿Quiere que me quede hasta que...? — comenzó Mary con suavidad al observar el ligero temblor de la mano de Mira mientras sostenía el frasco de perfume.

—No, gracias. —Mira le dirigió una leve sonrisa—. Creo que me gustaría estar a solas un rato, Mary.

La doncella le hizo una reverencia y salió en silencio. Tumbándose en la cama y apoyando la barbilla en las manos, Mira se quedó mirando el fuego que crepitaba en la chimenea. No era una noche fría, pero agradecía aquel pequeño y cálido resplandor. Confería un aire acogedor a la estancia, iluminaba las paredes y suavizaba lo que podría haber sido un denso silencio con el crepitar de las llamas. Unos minutos después, oyó el sonido de unos pasos que se acercaban a la

puerta. Hubo una breve vacilación antes de que sonaran unos ligeros golpecitos en la hoja de madera.

—Adelante —dijo Mira, sorprendida ante el débil sonido de su propia voz.

Dio un brinco y cruzó los brazos protectoramente sobre el pecho cuando Alec entró en la estancia.

Los ojos masculinos se empaparon de la vista de ella y una sonrisa le curvó los labios mientras cerraba la puerta.

—Ya no podía esperar más —le dijo con suavidad.

Mira observó en silencio cómo él se quitaba la chaqueta, y se preguntó si debería ofrecerle su ayuda. ¿Qué hacían en realidad las mujeres casadas? ¿Debería preguntarle si tenía que hacer algo especial? ¿Debería meterse bajo las mantas de la cama? ¿O debería...?

—Mira, ¿estás nerviosa? —le preguntó Alec, con una sonrisa en aquellos ojos plateados mientras dejaba caer la chaqueta en una silla y se inclinaba para quitarse las botas.

—No, claro que no. ¿Por qué iba a...?

—No tienes razones para estarlo. Ya sabes lo que ocurrirá entre nosotros.

—El caso es que... ha pasado mucho tiempo —le indicó con voz débil, y él se rio entre dientes, acercándose descalzo a una mesita de licores. Descorchó una botella de vino y cogió dos copas talladas con joyas e incrustaciones de oro que formaban parte de un juego que les habían regalado Rand y Rosalie.

—Sí, ha pasado mucho tiempo —dijo él, llenando una de las copas y tendiéndosela—. Por lo menos un mes. Sólo Dios sabe todo lo que puede haber cambiado en un mes. ¿Estás sonriendo? Ésta es una ocasión solemne, lady

Falkner. El matrimonio es un asunto muy serio. Ahora que eres mi mujer, tienes que aprender a ser recatada y formal.

—Lo haré —le prometió ella, tomando un sorbo de vino y sintiendo el suave líquido bajando por su garganta—. A partir de mañana.

—Bien —aprobó él con firmeza—. Me han dicho que es una terrible carga ser la esposa de un Falkner, pero intentaré recompensarte tanto como pueda. ¿Te gusta el vino?

—Es muy bueno. Pero, por lo que he pasado, hoy merezco más compensación que una simple copa de vino.

Él sonrió ampliamente y comenzó a desabrocharse la camisa.

—No te preocupes. Esta noche conseguirás todo lo que quieras.

—Eso espero.

Lo recorrió disimuladamente con la mirada y

una diminuta llama de ansiedad se extendió como el fuego por el cuerpo de Mira. Nunca habían disfrutado de la intimidad o del tiempo necesario para observarse el uno al otro con detenimiento, y él, ciertamente, era un hombre muy atractivo. Tenía un cuerpo grande y musculoso, con la cintura delgada, el abdomen plano y los músculos marcados; los anchos hombros y la espalda eran de una simetría incomparable. Tenía el pecho cubierto de vello oscuro y Mira se sintió tentada a acercarse y extender los dedos sobre su piel para conocer su textura, quería frotar su cara contra su torso como una gatita necesitada de afecto. Pero lo miró por encima de la copa y se terminó el vino. Consciente de su curiosidad, Alec se quitó la camisa lentamente y la dejó caer en la silla. Luego llevó las manos muy despacio al botón de los pantalones, pero se detuvo cuando vio la mirada

que brillaba en los ojos de Mira.

Arqueando una ceja, Alec se acercó adonde estaba ella, le quitó la copa que sostenía entre los dedos temblorosos y la dejó en la mesita. Mira se quedó boquiabierta cuando vio que su marido se acercaba a la cama y quitaba la colcha con un movimiento ágil.

—¿Qué haces? —le preguntó ella.

Alec extendió la gruesa y elaborada tela delante de la chimenea.

—Cambio nuestro punto de encuentro.

—Alec —murmuró ella, dirigiéndole una mirada horrorizada a la colcha—. Esa colcha tan cara encima de la Aubusson... es un sacrilegio...

—Mira —la interrumpió él con suavidad—. No son reliquias sagradas. Son sólo artículos, objetos, cosas que usar.

—Son objetos caros. Hay que cuidarlos. Jamás seré capaz... —Se apretó las palmas de las manos

contra la frente en un repentino gesto de ansiedad y cerró los ojos con fuerza—. *Dieu*, ¿cómo voy a vivir aquí? ¡No quiero vivir en un castillo! Desde que llegamos me da miedo romper algo o derramar cualquier cosa, ¿cómo voy a vivir aquí?

Los firmes dedos de Alec se cerraron con suavidad en torno a las frágiles muñecas de Mira y le apartaron las manos de la cara.

—Esto no es un castillo. Es una casa, es nuestro hogar. No hay nada que no pueda ser reemplazado si se rompe. De hecho, podemos permitirnos el lujo de amueblar este condenado lugar varias veces. ¿Eso hace que te sientas mejor?

—No. Es un palacio. Es demasiado grande y me pone nerviosa. Preferiría vivir en una casa en el campo.

—Mi dulce amor, es una casa en el campo. Una casa tiene cuatro paredes y una puerta.

Nuestro hogar es sólo una variación sobre el mismo tema, salvo que tiene más paredes y más puertas. Conozco bastante bien los principios de la arquitectura, confía en mí.

Ella le miró con suspicacia.

—Dirías cualquier cosa con tal de que me resigne a vivir aquí.

—Cualquier cosa —convino él de inmediato.

—Pero yo tengo una visión diferente sobre estas paredes y puertas. Eres duque y estás acostumbrado a todo esto, te han criado para...

—No quiero que me veas como un duque. Yo soy tu marido. —Le brindó una seductora sonrisa—. Y ahora, ¿no quieres sentarte ante el fuego con el hombre que te ama?

—¿Sobre esa colcha tan cara?

—Colcha a secas. —Ella sonrió a regañadientes, el ligero pánico que la había embargado comenzaba a disiparse, y permitió que

Alec la ayudara a sentarse sobre la suave colcha. Mira se reclinó contra el pecho masculino y miró soñadoramente al fuego; la calidez de las llamas penetraba en cada poro de su piel. Alec tenía razón. Los nombres y los objetos no tenían importancia. Sólo eso tenía importancia. Sólo él—. Pensaba que todas las mujeres se sentirían entusiasmadas ante la idea de vivir en un castillo —dijo Alec, inclinando la cabeza para besarla en el suave lugar donde el cuello y el hombro se unían—. Que las haría sentirse seguras y protegidas.

—¿Mientras tú estás ausente?

—Sí, combatiendo a los dragones.

—No. Tengo intención de permanecer a tu lado, combatiéndolos contigo.

—Pero qué injusto para los dragones.

Ella se giró hacia él con una risa ahogada, intentando golpearle con los puños

juguetonamente. El camisón de Mira se enredó en sus piernas y sus senos se rozaron contra el torso de Alec. La fina seda que separaba sus pieles no hacía nada para amortiguar la sensación que provocaba el contacto. El cuerpo de Alec era cálido, firme y duro contra el de ella. Mira absorbió las bruscas sensaciones que se arremolinaban en su vientre provocando un rápido palpitar entre sus piernas. La joven tomó aire entrecortadamente.

—No, no es nada justo para los dragones — dijo ella, fascinada por la perezosa sonrisa de Alec.

—Ni, por lo que parece, para los maridos.

Alec la hizo rodar sobre la espalda, y se la quedó mirando con los ojos brillantes como el mercurio. Enganchó los dedos en el corpiño del camisón y lo deslizó por el cuerpo femenino, tirando con más fuerza cuando se enredó en las

caderas de Mira. En ese momento la seda se desgarró y la joven se estremeció cuando Alec se inclinó, apretando su tórax contra ella, y la besó lentamente.

Era tan dulce aquella cercanía.

El cuerpo de Mira era tierno y flexible bajo el suyo.

Y el de Alec se estremecía alternativamente por el deseo y el alivio.

Se deshicieron del resto de la ropa.

—Te amo —susurró ella, pronunciando las palabras sin expectativas, sin exigencias, sin temor, como debían ser dichas, como un regalo de amor, una declaración que para él era de un valor incalculable.

Alec le respondió con las mismas palabras, con su cuerpo y con un corazón que una vez había considerado el amor como algo inexistente. La razón se difuminó, como tantas veces antes,

convirtiendo el sexo en un acto sin premeditación. Una ciega excitación se derramó sobre ellos rodeándolos con su blanco fulgor. Todos los sentidos de Alec estaban centrados en ella... Mira bajo la luz del fuego, su pelo enredado en largos mechones de seda oscura, sus delicadas manos recorriéndole la piel tensa.

La piel de Mira era suave. Alec deslizó las manos sobre ella en una caricia sensual desde las caderas a los hombros. Un mudo gemido escapó de los labios femeninos cuando él ahuecó la mano sobre el suave montículo de sus pechos, rozándole la cima juguetonamente. Alec enterró la boca en el hueco de la garganta femenina y el roce de su lengua encendió todas las terminaciones nerviosas de Mira. Luego la lamió entre los pechos hasta que ella se arqueó llena de deseo bajo él, gimiendo su nombre mientras Alec deslizaba su boca lentamente por la suave y cálida curva,

haciendo que la joven anhelara lo que sabía que él codiciaba también. Finalmente, los labios de Alec alcanzaron el pezón, y Mira ronroneó de placer. La lengua masculina la rozó taimadamente, moviéndose alrededor del excitado pico.

Sin fuerzas, Mira se abandonó a él y al tormento que prodigaba expertamente a su cuerpo. La luz de las llamas arrancaba destellos de ébano del pelo de Alec, y Mira hundió los dedos en él antes de deslizarlos a los poderosos hombros masculinos que se tensaron bajos sus caricias. Alec alzó la cabeza, y cerró los ojos cuando las puntas de los dedos de Mira le recorrieron la columna, recreándose en las pequeñas oquedades. Luego volvió a cubrir la piel de la joven con la boca, deseando ardientemente degustar su sabor.

—Eres tan hermosa —masculló con voz

jadeante—. Quiero conocerte mejor de lo que cualquier ser humano haya conocido a otro.

—Ya lo haces. No tengo misterios para ti.

Alec la miró con ojos brillantes y ardientes, y una vaga sonrisa curvó sus labios al leer la sinceridad de las palabras de Mira en su expresión.

—¿No los tienes? —preguntó y, para demostrar que estaba equivocada, la tocó como nunca antes la había tocado, despojándola del poco control que le quedaba. Le ahuecó las nalgas con las manos, masajeándolas y, sin previo aviso, hundió los dedos en la hendidura entre ellas, haciendo que Mira se ruborizara y se retorciera en sus brazos.

—Alec —protestó atropelladamente, sobresaltada por tal intimidad, y él se rio suavemente, llevando las manos a un lugar menos perturbador para ella. Sin esfuerzo alguno, separó

las rodillas de Mira con las suyas.

—No te muevas —susurró, acariciándole las caderas—. No te muevas en absoluto.

—¿Por qué? —susurró Mira, pero él no respondió. Alec fue trazando un sendero con su lengua hasta llegar al abdomen. Cada músculo de Mira se tensó cuando Alec le introdujo la lengua en el ombligo, y ella se puso rígida ante la extraña sensación. Él apretó las manos en sus caderas, inmovilizándola y, gradualmente, ella sintió un extraño placer mientras él lamía y saboreaba aquella pequeña oquedad—. Alec, por favor, ámame —dijo Mira temblorosamente, deseando que se detuviera y la aplastara con su cuerpo, hundiéndose en ella. Mira estaba húmeda de sudor y se estremecía de deseo.

—Ya lo estoy haciendo —dijo él, malinterpretándola deliberadamente con el corazón palpitando de excitación.

Mira tragó saliva aliviada cuando la lengua de Alec abandonó su ombligo, segura de que ahora lo tendría, que pegaría sus caderas a las de ella y que llenaría aquel vacío atormentador que sentía en su interior. Pero en lugar de alzarse sobre su cuerpo, Alec llevó la cabeza más abajo y, de repente, su boca estaba jugueteando con suavidad entre las piernas de la joven. Mira emitió un sonido de sorpresa, embargada por una fría confusión y un desbordante placer. A ciegas, buscó las grandes manos masculinas que le sujetaban las caderas y entrelazó sus dedos con los de su marido. Alec continuó devorándola dulcemente hasta que ella pensó que se desmayaría. Muy excitada y conmocionada, no se movió ni protestó cuando él dejó de acariciarla y subió la boca por su cuerpo hasta la garganta. Los ojos de la joven buscaron los de él, con una mirada tan oscura que parecía negra. Lentamente

le deslizó los brazos por el cuello.

—Déjame llevarte a la cama —susurró él.

Ella asintió en silencio, hundiendo la cara en su cuello mientras él la levantaba con facilidad. El colchón se hundió ligeramente bajo ellos, y él la tendió de espaldas, acuñando los muslos entre los de ella. Devoró su boca en un beso lento y devastador, y su pasión se agudizó por la ansiosa respuesta de la joven. La penetró lentamente hasta que ella se quedó sin aliento.

—¿Mira? —murmuró él, permaneciendo inmóvil dentro de la palpitante funda que le rodeaba, y luego emitió un largo gemido cuando ella levantó las caderas contra él, urgiéndole a que la penetrara más profundamente.

El calor hirviente de la carne de Alec se hundió en ella y sus cuerpos se movieron al unísono con pasmosa perfección. Se movieron y tocaron con urgencia, aprendiendo los secretos que sólo los

amantes podían conocer.

Alec descubrió que a Mira le gustaba acariciar con los dedos el vello de su pecho, y que sus piernas tenían la longitud perfecta para rodearle las caderas. Mira a su vez supo que él temblaba de placer cuando ella le rozaba la espalda con las uñas. Y Alec, que jamás había perdido el control, se dio cuenta de que los roncospollos que oía procedían de su propia garganta. Enterró la cara en el pelo de Mira cuando sintió que ella se tensaba en torno a él. La joven tembló y contuvo el aliento, estremeciéndose de nuevo cuando su cuerpo se vio sometido a un brutal placer. En ese momento, él también se permitió alcanzar el éxtasis que lo inundó como una violenta oleada.

Durante mucho tiempo abrazó a Mira sin hablar, acomodando la cabeza de ella contra el hueco de su hombro y suspirando con satisfacción cuando ella pasó un brazo delgado sobre su ancho

pecho. Feliz, Mira se dedicó a dibujar patrones sin forma determinada sobre la piel de Alec con la yema de los dedos, y a extender los largos mechones de su pelo sobre el poderoso torso de Alec como si fueran una red. Él cogió la mano de Mira y le besó la punta de cada dedo antes de apoyarse en un codo y bajar la mirada hacia ella. Se sonrieron con los ojos. Pero, poco a poco, la diversión abandonó la expresión de Alec y su mirada se volvió grave y escrutadora.

—¿Cómo he podido vivir tanto tiempo sin ti? —preguntó él con voz ronca—. ¿Cómo he podido vivir pensando que era feliz? No lo sabía. No sabía que te necesitaba tanto.

—No podría vivir sin ti —dijo ella, con los ojos repentinamente brillantes por las lágrimas—. No después de esta noche.

Él le tocó los labios con la yema de los dedos, haciéndola guardar silencio.

—No digas eso. No temas más al futuro. Ahora eres mía, y nada podrá cambiar lo que siento por ti. Ni siquiera tú podrías cambiarlo aunque lo intentaras.

Ella asintió y parpadeó para intentar hacer desaparecer las lágrimas. En ese momento se sentía abrumadoramente tentada a desahogarse con él. Más que nada en el mundo quería contarle cada detalle, cada secreto de su pasado. Parecía natural ahora, en ese momento de intimidad, compartir sus pensamientos más profundos. Las palabras acudieron a sus labios, luchando por escapar de las apretadas riendas del silencio.

No. No se lo diría. Jamás podría decírselo.

—Nunca me dejes —susurró ella.

—Nunca lo haré. —Con profunda ternura, Alec besó las húmedas mejillas de Mira.

—Temo por ti. No quiero que sigas buscando

al asesino de Holt con Carr...

—Tengo que hacerlo.

La mirada de la joven era amarga y llorosa cuando lo miró e insistió:

—No te dejaré ir tan fácilmente, Alec.

—No pienso ir a ningún sitio durante varios días.

—Te montaré una horrible escena cuando te vayas.

Él se rio de su amenaza y depositó varios besos en la cara y la garganta de su esposa.

—Pero me aceptarás de nuevo cuando regrese.

—Te aceptaré ahora mismo —dijo ella con voz ahogada, y él sonrió ampliamente. Sus labios se demoraron mucho tiempo en los de ella; sus manos vagaron por todo el cuerpo femenino antes de volver a tenderla debajo de él.

Mira había asumido que después de casarse conocería y comprendería a su marido por completo. Después de todo, vivir juntos como marido y mujer produciría una absoluta familiaridad entre ellos, y ella podría aprenderlo todo sobre él. Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que él era un hombre más complicado y polifacético de lo que había pensado en un principio. Jamás sabía qué Alec se acostaría con ella por la noche, si un amante tierno y apasionado, o un bribón seductor que no dejaría ninguna parte de su cuerpo sin explorar.

La mayoría de las veces se sentía inclinado a malcriarla de manera escandalosa. La cubría de joyas, de terciopelo y raso, la llevaba a bailar y la mantenía despierta hasta el amanecer, susurrándole absurdos poemas de amor y cumplidos extravagantes al oído. Otras, la animaba a montar a caballo con él y retozar por el

bosque como un marimacho, y entonces ella bromeaba con él mostrándole vislumbres de sus piernas desnudas mientras chapoteaba en la corriente de un arroyo o escabulléndose a los soleados claros del bosque.

Una tarde después de que hubieran preparado su baño, Mira se hundió en el agua vaporosa y de inmediato luchó por escapar de las indagadoras manos de Alec; bañarla era una de las actividades favoritas de su marido.

—Déjame en paz... Casi me ahogaste la última vez —lo acusó, salpicándole juguetonamente.

En respuesta, Alec deslizó sus resbaladizas manos por el cuerpo de Mira, provocando sus risas y sus forcejeos por escapar. Pero tras unos minutos, ella apoyó la cabeza de nuevo en el borde de la bañera de porcelana y pronunció su nombre casi entre jadeos. Alec se frotó la mano con jabón y la deslizó por el interior del muslo de

Mira, que separó las piernas bajo el agua cuando él le acarició la parte más suave de su cuerpo. Besándola con pasión, Alec ahogó sus propios gemidos y se deleitó en la tumultuosa pasión de su esposa.

Como ella aprendió con rapidez, hacer el amor con Alec era siempre placentero, pero no siempre serio. En la cama, él era ardiente y locuaz, pero también juguetón y muy carnal. Era un amante seguro de sí mismo, y poco a poco se fue deshaciendo de las inhibiciones de la joven hasta que ella comprendió que el acto de amor era un arte y una manera de expresar las emociones.

A su vez, Mira empleó las lecciones aprendidas con una habilidad que jamás dejaba de asombrar a Alec. Cuando estaban en compañía de alguien, Mira interpretaba el papel de dama de alta alcurnia con total perfección, recatada y formal y con la cantidad adecuada de tímido ingenio. Pero

cuando estaban a solas se mostraba tal como era, capaz de una seducción descarada o de una ternura radiante, caprichosa un momento, fría y atrevida al siguiente. Solían hablar de política y compartían un profundo entendimiento que ninguno de ellos había experimentado antes con un miembro del sexo contrario. Uno de los temas que discutían con frecuencia era el alarmante auge del crimen en Londres, no sólo porque había varios debates encima de la mesa sobre ese tema en el Parlamento, sino porque cada uno de ellos tenía sus propios motivos para interesarse por él.

—¿Has leído el artículo en el *Times* de esta mañana sobre los barcos viejos? —preguntó Mira mientras jugaban a las cartas después de la cena en la habitación del zodiaco.

Las sombras de la noche cubrían los rincones de la estancia octogonal y hacían más oscuras las figuras astrológicas esculpidas en los paneles de

madera. La mesa estaba iluminada por la luz de una lámpara de araña.

—No, no lo he hecho. —Alec estudió las cartas con aire pensativo.

—¿Es cierto que hay casi cinco mil prisioneros encerrados en diez barcos anclados en el Támesis?

—Sí. No hay celdas suficientes en las prisiones.

—Pero en el artículo dicen que están hacinados en los barcos. Y que todas las noches atornillan las escotillas. ¿Cómo pueden respirar esos hombres? ¿Y qué pasa si están enfermos? ¿Y si se declara un incendio?

—Sólo sobreviven los más fuertes. En esos barcos viejos muere mucha gente. —Alec negó con la cabeza ligeramente, perdiendo el interés en las cartas y dejándolas boca abajo encima de la mesa—. Y lo peor son los niños, aunque es mejor morir que verse forzado a vivir esa clase de vida. Las únicas actividades que conocen son los juegos

de apuestas o el asesinato entre ellos. Los de más edad son obligados a dragar y limpiar el río mientras que otros hacen los uniformes de los convictos.

—Y luego son puestos en libertad —dijo Mira, muy alterada por sus palabras.

—Igual que los prisioneros de Newgate. Los hombres que son liberados del infierno de esas prisiones salen dispuestos a vengarse del sistema y de la sociedad que los encerró allí.

—¿Por eso se unen a esas organizaciones criminales? ¿Para vengarse de la sociedad?

Alec asintió, y Mira recordó de pronto a Guillaume con una punzada de tristeza. Rezó para que no se hubiera unido a ninguna organización de ese tipo después de que se hubiera separado de su lado. Aunque Guillaume había hecho muchas cosas inmorales e ilegales en su vida, Mira esperaba que aún hubiera la

suficiente decencia en él para evitar tal destino.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Alec en voz baja.

—En nada —replicó ella con forzada ligereza, brindándole una sonrisa que él no le devolvió.

Alec mantuvo una expresión neutra mientras contenía una inesperada oleada de frustración. Se preguntó con tristeza cuándo confiaría Mira en él. ¿Lo haría alguna vez?

—Voy a llamar para pedir el té —dijo ella, echando la silla hacia atrás y levantándose.

Al pasar junto a la mesa, rozó con la manga de su vestido la baraja de naipes y algunas cartas cayeron al suelo revoloteando como una bandada de pájaros.

Alec bajó la mirada a la cascada de cartas caídas y de repente recordó algo. Durante un segundo, Mira vio que un destello de algo parecido al miedo o al horror oscurecía los ojos de

su marido, y se acercó a él de inmediato. Pero él no la miró, siguió con la mirada fija en el suelo.

—¿Alec? ¿Qué pasa? —inquirió.

Se arrodilló junto a la silla y lo miró. Él cerró los ojos y apartó la cara.

—Dios mío. No me había acordado hasta ahora. —La voz de Alec era ronca y baja.

—¿No te habías acordado de qué? ¿Qué te han recordado esas cartas? —Mira observó los naipes caídos con el ceño fruncido, los recogió con rapidez y los apartó de su vista.

—Yo fui uno... fui uno de los que encontró el cuerpo de Holt —masculló Alec. Ella le lanzó una mirada compasiva y le acarició el brazo en un gesto de consuelo—. Lo encontré en un callejón oscuro, ya entrada la noche. Entonces no me fijé en ningún detalle... Para empezar estaba medio borracho. Pero ahora acabo de recordar algunas cosas que pasé por alto. Había señales de pelea,

de una cruenta pelea. Mi primo estaba lleno de magulladuras... —Se interrumpió bruscamente y luego continuó con más calma—: Y había cartas desparramadas por el suelo.

Mira no comprendía por qué aquel detalle era tan importante para él.

—Tal vez fueran de Holt —sugirió ella, y él la miró con calma.

—Tal vez.

Una vez más, Mira tuvo la sensación de que la observación de su esposo tenía un significado oculto que ella no podía comprender.

—¿Por qué fuiste a buscarlo allí?

—Tenía que reunirme con él en el Rummer; no está muy lejos de donde le encontré. Me había enviado un mensaje en el que me decía que tenía algo muy importante que contarme.

—¿Qué?

—Quería hablarme de una joven llamada

Leila. Estaba enamorado de ella, y Leila había desaparecido. La estaba buscando. —Alec pareció mirar a través de ella mientras añadía con aire distante—: Creo que había averiguado lo que le sucedió, que sabía quién se la había llevado.

Mira volvió a acariciarle el brazo y suspiró.

—Es muy tarde. Vamos a acostarnos.

—¿Por qué no te adelantas? Te seguiré enseguida.

Cogiendo uno de los naipes, Alec lo observó con aire distraído, pareciendo olvidarse de ella al sumirse en sus preocupaciones. Mira le dirigió una sonrisa insegura y salió de la sala.

Alec se acostó muy tarde. Mira se removió adormilada mientras él se tumbaba a su lado, y se esforzaba intentando relajarse. Tratando de dormir, Alec dejó a un lado la multitud de pensamientos que le acribillaban la mente y cerró los ojos con fuerza. Pero ni siquiera en sueños

podía escapar de las preguntas y los recuerdos que lo acechaban. Inquieto, luchó para escapar de los perturbadores sueños, pateando las mantas y moviendo la cabeza de un lado a otro. Se despertó en medio de una pesadilla con una ahogada maldición y totalmente alerta. Incómodo y acalorado, se pasó el brazo por la frente húmeda de sudor, apartando el pelo que se le había pegado a la piel.

Mira, que había sufrido sus codazos, patadas y empujones durante toda la noche, levantó la cabeza y lo miró exasperada.

—Estarás más fresco si dejas de moverte —dijo ella.

—¡Estaré más fresco si dejas de subir la maldita sábana! —exclamó.

—¿Has tenido una pesadilla sobre Holt? —preguntó ella, ignorando su arrebatado de mal genio.

Él suspiró con cansancio y dejó caer la cabeza de nuevo en las almohadas.

—En parte.

Como parecía que él no tenía ganas de hablar de su pesadilla, Mira se acomodó en su lado de la cama y volvió a dormirse. Algunos minutos después se despertó de nuevo ante los inquietos movimientos de Alec. Bostezando y murmurando para sus adentros, se acercó a él. Al ver el ceño de preocupación en la frente de su marido, se olvidó de su irritación. Le apartó el despeinado pelo negro de la frente en una caricia tranquilizadora, despertándole con un susurro. Él movió las espesas pestañas al abrir los ojos.

—¿Qué? —murmuró él.

—Estabas soñando otra vez.

—Lo siento —dijo él con cansancio, cerrando los ojos de nuevo. Aquella disculpa fue la perdición de Mira.

—Ven aquí, al centro de la cama. Las sábanas están más frías.

—No hay nada que puedas hacer para...

—Deja que te recoloque las almohadas. ¿Mejor ahora?

—Un poco —admitió él aplacado por la cortesía de ella. Mira sonrió mientras él hundía aún más la espalda en el colchón.

—Deberías dejar de pensar en eso durante un rato —dijo ella con suavidad, y él hizo un sonido sarcástico volviendo la cara hacia la almohada.

—No es fácil.

Inclinándose sobre él, Mira rozó los labios de Alec con los suyos. La boca de la joven era fría y dulce, y la suave y paciente caricia le hizo olvidarse de sus anteriores molestias. Ella le rozó la comisura de los labios con la punta de la lengua, luego exploró el interior de su boca degustando el familiar y adictivo sabor. Alec giró

la cabeza en la almohada, buscando la boca de Mira con creciente interés. La joven le pasó las manos por el pecho, por el vientre plano y perfiló sus músculos tensos con la yema de los dedos.

—Es muy fácil —susurró ella, besándole la línea de la mandíbula mientras aspiraba el olor a sándalo de su piel—. Sólo tienes que pensar en mí.

Cuando Mira se acercó más a él, la suave cima de sus senos se apretó contra el costado de Alec, que se quedó sin aliento. Cogiéndola por los codos la recostó sobre su pecho y atrajo su cabeza hacia la de él. Mira lo besó profundamente y cada pensamiento, cada pregunta y cada problema que había estado acosando a Alec durante toda la noche desapareció al instante.

Los mechones del pelo de Mira se deslizaron como fuego sedoso por el cuerpo de Alec mientras las manos de su esposa, pequeñas y

suaves, lo recorrían de arriba abajo. Aunque él la urgió y le murmuró su impaciencia, ella se tomó su tiempo. La joven llevó sus dedos fríos hasta la virilidad de Alec y la rodeó suavemente mientras Alec se mordía los labios, excitado. Mira cerró los ojos al sentir el poderoso miembro contra la palma de la mano. Quería tenerlo dentro de su cuerpo, pero de alguna manera logró eludir los esfuerzos de Alec por ponerla encima de él. Como una mariposa jugando con un gato presto a darle un zarpazo, Mira se escabulló de sus manos y continuó atormentándolo suavemente. El silencio de la noche quedó roto por los bruscos jadeos, y el placer siguió prolongándose hasta que Mira se rindió a las manos que le asieron las caderas y la alzaron sobre el cuerpo masculino. Echó la cabeza hacia atrás cuando sintió que él se deslizaba cálido y duro dentro de su cuerpo. Luego comenzó a mecerla con rápidos envites. Ella

sentía un placer tan intenso que apenas podía respirar, y su mente abandonó cualquier tipo de pensamiento coherente cuando le inundó el éxtasis.

Poco a poco se le aflojaron las extremidades y fue capaz de volver a pensar, entonces se dejó caer al lado de Alec con un suspiro exhausto. Su marido no se movió. Buscando su rostro en la oscuridad, observó que se había quedado dormido, profundamente dormido, en un estado que rivalizaba con la inconsciencia. Tenía los brazos laxos y los dedos ligeramente curvados y relajados. Ya no habría más pesadillas ni agitaciones en la cama esa noche. Mira sonrió para sí y se acurrucó contra la figura inmóvil de Alec.

—¿Quedan aún más antros de iniquidad por

visitar? Ya llevamos casi cuarenta —se quejó Carr, lanzándole una hosca mirada verde al carruaje de alquiler con el que recorrían las calles—. Maldita sea, ya estoy harto. Durante los últimos días hemos estado en casi todos los tugurios de Londres, relacionándonos con toda clase de escoria imaginable. Hemos bebido con asesinos y rebanacuellos, nos hemos codeado con ladrones y estafadores profesionales, alternado con más prostitutas de las que he visto en mi vida y que, por cierto, deberían darse un buen baño. Y ni rastro de Tilter. Nadie parece haber oído hablar de ese bastardo. ¿Te das cuenta de en cuántos lugares hemos estado? Llevamos tantos días en estos antros que me he olvidado de cómo es la luz del sol, y hemos respirado más humo y aire putrefacto que...

—No te quejes —le dijo Alec con expresión pensativa y seria—. Hemos adquirido el tono

pálido de los presos.

Carr lo miró con el ceño fruncido aunque tenía que reconocer que aquella palidez beneficiaba a su causa, ya que de otra manera les habría resultado más difícil infiltrarse en los tugurios y mezclarse con los criminales que los frecuentaban. Para completar el disfraz, Alec y Carr se habían puesto ropa vieja y usada aunque de buena calidad.

—Elegancia hasta el final —había apostillado Carr, y hasta ahora les había sido de suma utilidad.

Durante los últimos días, los dos Falkner habían averiguado muchas cosas sobre los tugurios de Londres. Un tugurio servía de refugio a los criminales contra las fuerzas de la ley. A menudo eran utilizados como centro de operaciones de alguna organización en particular que ofrecía información y ayuda a los hombres

que acababan de salir de prisión, ya fueran estafadores, criminales o asesinos. Allí era donde llevaban la mercancía robada que luego ofrecían a los peristas. Cualquiera podía acudir a un tugurio y contratar a alguien para que cometiera un robo o para que proporcionara falso testimonio en un juicio. Era el lugar de reunión por excelencia de los infractores de la ley; su lugar de encuentro, de amistad y entretenimiento.

El tugurio al que Alec y Carr se dirigían en ese momento era uno de los favoritos de los miembros de Stop Hole Abbey. Esperaban encontrar allí alguna información sobre Tilter, alguna pista sobre su identidad o su paradero. El carruaje avanzaba ahora por un laberinto de patios, callejuelas y casas que a Alec le recordaban a una conejera. Era uno de los distritos donde más tugurios había, ya que aquel área podía ser evacuada con más facilidad durante una redada,

y todo el mundo podía escabullirse con la misma rapidez que las ratas en un naufragio.

—Dios mío, parece el peor de todos cuantos hemos visto hasta el momento.

—Ni una palabra más —repuso Alec bruscamente, girándose y lanzándole a Carr una mirada helada—. Deja de quejarte. Si no quieres entrar, entonces regresa a casa. Ya sé que llevas días sin ver el sol, que no has dormido bien y que estás comprensiblemente enojado por la escoria que has tenido que frecuentar. ¡Pero yo llevo sin ver a mi mujer tres días! ¿Crees que prefiero estar aquí contigo o regresar a casa con ella?

—Ya. —Carr rehuyó su mirada y clavó la vista en el suelo cubierto de paja del carruaje—. Perdona —masculló—, no había pensado que esto podía resultarte tan desagradable como a mí.

Alec lo miró con disimulada sorpresa; no había esperado tal admisión de su primo. Carr no era

un hombre modesto, pero abordaba la vida con una franqueza que era inusual en un joven como él.

—Muy honesto —dijo Alec con voz ronca—. Siempre he querido preguntarte de dónde has sacado esa costumbre tuya de decir la verdad. Desde luego, bien sabe Dios que no es frecuente entre los Falkner.

—Holt siempre fue muy franco —dijo Carr, algo azorado, preguntándose si le había hecho un cumplido o bien le había reprendido.

—Ah, sí, tu santo hermano.

El carruaje se detuvo y Alec pagó al cochero antes de preceder a Carr en el tugurio. Tuvieron que atravesar dos puertas hasta llegar a la principal, que estaba entreabierta varios centímetros. Una cara sucia y deforme se asomó con cautela.

—¿Traéis la señal?

Alec sacó una de las cartas que Memmery le había dado, un siete de diamantes y lo sostuvo entre los dedos. La puerta se abrió y accedieron al interior. En el aire flotaban los olores a pescado y bebida, el ruido de las conversaciones y de las canciones de taberna. Al instante ambos hombres se separaron, siguiendo la rutina que habían desarrollado durante los dos últimos días. Investigando cada uno por su cuenta había muchas más probabilidades de obtener información. Mientras Carr se dirigía a la barra, Alec fue abordado por una prostituta corpulenta que a pesar de sus rasgos comunes, tenía una piel sin mácula y buenos pechos. Forzó una sonrisa, ocultando el asco que sintió ante la evidente invitación en sus ojos.

—Sí, joven y atractivo, ¿buscas a alguien? — sugirió la prostituta con voz suave y ronca a la vez, como un gato ronroneante.

—Gracias, querida, ahora no.

—¿Un trago quizá?

—Más tarde.

—¿Y un poco de compañía? Es gratis.

Rechazar la oferta sería un insulto. Aceptarla era inconcebible. Alec sonrió y deslizó el brazo alrededor de la oronda figura, acercándola para meterle un par de billetes en el corpiño. El roce de su piel lo dejó indiferente.

—Más tarde —dijo él, apretándole suavemente la cintura y observando con alivio cómo ella se alejaba meneando las caderas.

Las horas pasaron lentamente. Como habían convenido, Alec y Carr jamás se perdieron de vista. Carr se entregó por completo a su papel, bebiendo y hablando con un lenguaje malsonante lleno de maldiciones obscenas, intercambiando coloridas historias con los jóvenes que le rodeaban y coqueteando descaradamente con las

mujeres. Alec mantuvo los ojos y oídos abiertos, captando fragmentos de conversaciones aquí y allá, y haciendo algunas preguntas discretas. A medianoche, Carr recorrió la estancia con la mirada y observó que su primo tenía una actitud diferente a la habitual. En lugar de seguir bebiendo y jugando, Alec mantenía una tranquila conversación en una esquina, con los pies subidos a una mesa en una pose relajada. Junto a él había sentado un hombre canoso y con la tez blanquecina de quien veía poco la luz del sol.

Mientras Carr lo observaba disimuladamente, Alec deslizó una bolsita de cuero a su compañero de mesa e inclinó la cabeza oscura para oír un breve susurro. Incluso a través de la distancia que los separaba, Carr pudo ver cómo Alec se quedaba repentinamente pálido. A Carr le zumbaron los oídos cuando la sangre le corrió por las venas.

Había descubierto algo. Alec debía de haber averiguado algo, pensó, y se escabulló sigilosamente del grupo de borrachos con el que había estado hablando. Fingiendo tambalearse, Carr se acercó sin prisas a la mesa y se apoyó en ella mientras clavaba la mirada en Alec. Cuando sus ojos se encontraron, Carr observó inquieto que los pálidos ojos grises de su primo parecían vacíos por la sorpresa.

—Estoy terriblemente borracho, primo — anunció Carr—. Ya no soy capaz de beber más.

Su voz pareció sacar a Alec de su trance.

—Vámonos —dijo Alec lacónicamente.

Con inquietud, Carr le siguió fuera del local.

La calle parecía extrañamente tranquila tras el estrépito sofocante que acababan de abandonar. Alec miró a su alrededor.

—Necesitamos un carruaje de alquiler —dijo.

—Alec, ¿te encuentras bien?

—No.

—¿Ese maleante te ha dicho algo sobre Tilter?

Alec se rio por lo bajo, pero no fue un sonido agradable.

—Sí.

—¿Era Tilter?

—No. Pero me confirmó lo que Memmery nos dijo y añadió algunas cosas más.

—¿Algunas cosas más? ¿Qué más? —inquirió Carr exaltado—. ¿Qué más? —insistió.

—Tilter es miembro de Stop Hole Abbey —dijo Alec con rigidez—. Es uno de los peces gordos en la trama de la trata de blancas. También es quien se encarga de deshacerse de los que hacen demasiadas preguntas, por lo que es muy probable que fuera él quien mató a Holt.

—¡Bastardo! —exclamó Carr—. Apenas puedo esperar a encontrarle y darle su... Espera, ¿por qué estás tan raro?

Alec se acercó lentamente a la fachada del edificio y apoyó el antebrazo en ella. Hundió la frente en el brazo y suspiró con fuerza.

—Bueno, ¿cómo podemos encontrarlo? — continuó Carr—. ¿Conoces su verdadero nombre? Si podemos averiguar quién es en realidad, entonces...

Alec soltó una risa entrecortada y luego se dio la vuelta con la cara pálida y los ojos muy brillantes.

—Carr, ¿sabes qué es el destino en realidad? Es un pequeño intrigante que desde los cielos se esfuerza en hacernos ver lo insignificantes que somos...

—¿Y eso qué tiene que ver con...?

—... lo ridículos que somos en realidad. Y tarde o temprano, tiene éxito.

Carr se sintió irritado y desconcertado por aquel críptico comentario.

—Alec, a mí me importa un bledo el destino. Yo sólo quiero saber quién es Tilter para poder encontrarlo y hacerle pagar lo que le hizo a mi...

—Se llama —dijo Alec con suavidad— Guillaume Germain.

—Germain...

—Sí. Ese apellido debería sonarte. Es mi cuñado.

# 15

En el carruaje que los llevaba de regreso a Staffordshire el silencio era aplastante. Alec apenas era consciente de la presencia de Carr pues no hacía más que darle vueltas a las preguntas que le rondaban la cabeza. Mira y los anónimos fantasmas de su pasado —fueran los que fuesen—, casi le habían impedido casarse con ella. El pasado era tan aterrador para su mujer que no le había contado nada sobre él. ¿Sabría ella que su hermano había matado a Holt? ¿Lo habría sabido todo el tiempo?

Cerró los ojos con fuerza, meneando la cabeza como si de esa manera pudiera negar todo lo que había averiguado. Podía ver la cara de Mira como si estuviera delante de él, con las mejillas

húmedas y brillantes por las lágrimas y los ojos llenos de angustia, mientras trataba de convencerlo de que no fuera a Londres, como si le asustara muchísimo que hubiera ido a buscar al asesino de Holt. ¿Habría temido que descubriera que era su hermano? Aquellos pensamientos lo destrozaban pero no podía ignorarlos, y en su mente resonaban aquellas palabras que ella le había dicho en algunas ocasiones:

«Estás buscando venganza por algo que debería quedar en el pasado.»

«Lo que sientes por mí cambiará con el tiempo.»

«Otra vez no... No puedo tenerte y volver a perderte.»

—¿Crees que Mireille lo sabe? —preguntó Carr con vacilación, y Alec mantuvo los ojos cerrados para esconder el dolor que la pregunta le había causado.

—Dios mío, no lo sé. No lo sé.

Alec trató de recordar a Holt. Trató de recordar la imagen de su primo que había torturado su mente desde el asesinato: la oscuridad, el callejón, la sangre... Pero no, ahora no era una imagen nítida, sino borrosa. Holt se había ido y el pasado había quedado atrás. Era libre y nada era más importante para él que lo que tenía con Mira, el futuro que compartirían, los hijos que tendrían, los recuerdos que rememorarían juntos. ¿Y si ella siempre había sabido lo que Guillaume le había hecho a Holt? Amaba lo suficiente a Alec para arriesgarse a que él no lo descubriera nunca. Alec esperaba que Mira no supiese nada sobre Guillaume. Si era así, indudablemente tendría miedo, y él jamás conseguiría convencerla de que se confiara a él.

—Lo único importante ahora —dijo Carr—, es cómo encontrar a Guillaume. No debería ser tan

difícil si nosotros...

—No —lo interrumpió Alec, abriendo los ojos y respirando hondo, más aliviado ahora al comprender cuál era su única opción—. Para mí hay algo muchísimo más importante que Guillaume. Tú puedes buscarlo si quieres y te desearé toda la suerte del mundo. Pero tendrás que hacerlo solo. No puedo ayudarte.

—Pero ¡es el asesino de Holt! —dijo Carr estupefacto.

—Sí, y su hermana es mi mujer... y yo no quiero perderla. Si decidiera seguirle la pista a su hermano, si hiciera cualquier cosa que la indujera a creer que la culpo, si por casualidad no supiera nada de esto y se enterara por mí, podría huir.

—¿Huir adónde?

—Adonde jamás pudiera encontrarla —respondió Alec, dándose cuenta de que aquel pensamiento le aterraba.

Mira ya había huido de sus problemas en el pasado, y era muy probable que volviera a hacerlo. Llevaban muy poco tiempo casados. No habían pasado el tiempo suficiente juntos para que ella estuviera segura del amor de Alec y del lugar que ocupaba en el corazón de su marido. Los lazos que los unían eran todavía demasiado frágiles y delicados para resistir tal prueba.

—Ella jamás te abandonaría —arguyó Carr—. Es evidente que te ama.

—Lo haría si cree que es la única opción que tiene. —Mira era joven y fuerte, pero también era una experta en librar sus propias batallas, sola. Aún no se había acostumbrado a confiar su seguridad a otra persona—. No pienso arriesgarme, Carr —le dijo con firmeza—. Mira no debe saber nada de lo que hemos averiguado hoy, ¿lo has entendido?

—Pero ¿cómo puedes descartar la posibilidad

de que supiera algo de Guillaume y no te lo dijera?

—No puedo. Pero no me importa.

—No entiendo por qué no.

—Ya lo harás. Lo entenderás cuando te enamores. —Alec hizo una pausa y esbozó una sonrisa torcida—. Entonces comprenderás un montón de cosas.

—No, no lo haré. No me daré por vencido cuando por fin tengo la oportunidad de vengarme.

—La venganza es dulce —reconoció Alec tristemente—, y yo la he disfrutado en el pasado.

—¿Pero?

—Pero como descubrirás a su debido tiempo, no hay demasiado futuro en ella.

A Mira no debería haberla perturbado tanto

ver aquella sencilla nota blanca. Según le había dicho Mary, la había traído un niño del pueblo. Mira la recibió en la bandeja del desayuno al lado del último ejemplar del *Times*. La había cogido con curiosidad, observando la aspereza del papel y el sello de lacre, pero por alguna extraña razón, decidió retrasar su lectura. Terminó de desayunar, se lavó la cara y eligió el vestido que se pondría ese día y, mientras se ocupaba de esas tareas tan simples, el mensaje permaneció sin abrir encima de la cama con el oscuro lacre observándola como un diabólico ojo que siguiera todos sus movimientos. Por fin, la cogió y la abrió.

El primer y extraño pensamiento que tuvo fue que aunque rara vez hablaba en francés y ya había perdido casi todo el acento —de hecho soñaba en inglés—, no tuvo ninguna dificultad en reconocer su idioma materno. Era más familiar para ella que la imagen de su cara en el espejo...

tan familiar, que había leído la nota y comprendido su significado antes de darse cuenta de que estaba escrita en francés.

Estaré en el límite del jardín toda la mañana. Te esperaré tanto tiempo como haga falta. Por favor, ven sola. Necesito tu ayuda.

No estaba firmada. No había sido necesario, él había sabido que ella reconocería quién la había escrito.

Jamás había sentido tanto frío en su vida. Los dientes le castañeteaban mientras estrujaba la nota. El corazón le retumbaba con ímpetu, los fuertes latidos le hacían daño en el pecho y le aflojaban las rodillas. Retrocedió hasta una esquina de la habitación como un animal atrapado, se apoyó contra la pared y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Por favor, Dios, no me lo arrebatas todo — dijo con voz ahogada y las lágrimas resbalaron de sus ojos—. Por favor, no dejes que me haga esto de nuevo.

Una ráfaga de viento agitó los árboles, y las primeras hojas del otoño cayeron alrededor de Mira, mientras se acercaban lentamente el uno al otro, unos ojos oscuros clavados en otro par idénticos. La brisa despeinó el pelo negro de su hermano, del mismo color que el de ella.

—*Mira, ma soeur..., c'est tu, vraiment?*

—*Guillaume... Qu'est-ce que tu veux?* —dijo Mira con voz temblorosa, preguntándose si de verdad sería él al tiempo que retrocedía cuando vio que intentaba acercarse más a ella. Ahora soy una Falkner, pensó, como si ese hecho pudiera salvarla de un horrible destino. Se obligó a hablar

inglés con él, aunque le habría costado menos hablar en francés—. ¿Qué quieres?

—Sabía que vendrías a ayudarme —le dijo él, devorándola con los ojos—. *Mira..., c'est impossible*. —«Mira..., es imposible»—. Mira, no me lo podía creer cuando me enteré de lo bien que te había ido. ¡Mírate! Eres toda una mujer, y todavía eras una chica cuando me abandonaste.

—Cuando me abandonaste tú.

Mira se preguntó si sentía más miedo que pena por él. Guillaume había sido un hombre apuesto cinco años antes, fuerte y vital, con los ojos brillantes por la ambición y el deseo..., deseo de mujeres, de lujo, de dinero... Sí, sobre todo de dinero. Ahora estaba demasiado delgado y parecía mucho mayor de los veintitantos años que tenía. Sólo mirándole sabía que había seguido el mismo camino que tomara cinco años antes. Pensó con tristeza que aquello no era sólo culpa

de él. Las circunstancias habían desempeñado un papel importante en lo que él era ahora, en lo que ella era ahora. Al sentir que su corazón comenzaba a ablandarse, Mira se endureció. Cinco años antes, Rand y Rosalie les habían ofrecido a los hermanos Germain una nueva vida en Inglaterra, una vida en la que ya no tendrían que robar lo que necesitaban, ni timar a aquellos que no podían defenderse. Mira había deseado desesperadamente aceptar aquella vida, pero Guillaume no había dudado en destruirla.

—¿Qué quieres, Guillaume? —le preguntó de nuevo con voz queda—. Si estás aquí es porque quieres algo de mí, ¿no?

—No sé por dónde empezar.

Parecía que se habían intercambiado los papeles. Ahora ella era la mayor y él el hermano menor.

—Empieza por contarme lo que hiciste después

de que nos separáramos —le apremió Mira—. Te habías unido a una banda...

—Sí, a la organización Stop Hole Abbey. He estado con ellos desde que tú me dejaste. Durante los últimos cinco años me he convertido en alguien relevante. Comencé haciendo cosas sin importancia...

—Ah, cosas sin importancia —repitió ella con frialdad—. ¿Como intentar secuestrar a Rosalie? ¿Como utilizarme para traicionar a lord Berkeleyy y a ella?

Guillaume pareció sorprendido por la rudeza de su hermana. ¿Qué se había esperado?, se preguntó Mira furiosa. ¿Que correría a sus brazos llorando de alegría? ¿Que tendrían un reencuentro emotivo después de lo que le había hecho? Su hermano era como un niño que sabía que se había portado mal pero que no se arrepentía por ello.

—Tuve que hacerlo —dijo él—. *Dieu*, me prometieron mucho a cambio. No podía rechazarlo. Me dijeron que algún día sería muy rico y yo quería compartirlo todo contigo.

—No tienes aspecto de rico —observó ella, mirando de arriba abajo su delgada y harapienta figura.

De repente, los ojos oscuros de Guillaume brillaron de resentimiento.

—Al contrario que tú. Te has casado con un Falkner. ¿Cómo lo conseguiste? ¿Qué treta usaste? ¿O ha sido sólo suerte? Siempre tuviste suerte... Eras mi amuleto. Pero en cuanto me abandonaste...

—No te abandoné porque quisiera hacerlo. Me vi obligada a elegir entre irme sola o hundirme contigo.

—Yo no me he hundido —dijo él con indignación—. Todo lo contrario. Ahora soy un

miembro importante en Stop Hole Abbey. Tengo nuevas responsabilidades...

—¿Qué clase de responsabilidades? ¿Cosas tan malas como las que hacíamos antaño? Engañar a la gente, estafarles su dinero, hacerles sufrir...

—Lo que hicimos eran sólo juegos de niños —dijo él con desdén.

Ella asintió lentamente. Juegos de niños... Ésa era una buena manera de definirlo. Mientras otros niños habían jugado a los palitos chinos o leído libros, ella había aligerado los bolsillos de la gente. Pero Guillaume y ella siempre habían tenido sus límites. ¿Hasta dónde habría llegado él después de traspasar esos límites?, se preguntó desesperada. Apartó la mirada de su hermano mientras intentaba tragarse el nudo que tenía en la garganta.

—¿Quieres saber a qué me dedico ahora? —preguntó su hermano con expresión burlona—.

Estoy a cargo de un grupo de hombres. Me hice amigo del líder de Stop Hole. Del que da las órdenes y toma todas las decisiones. Cualquier cosa que quiera es suya, y me encarga todos sus proyectos especiales. Mis hombres y yo recogemos chicas directamente de las calles, algunas veces de sus casas, otras las raptamos en cuanto salen de las tiendas. Sólo las que son hermosas, por supuesto. Y luego las vendemos y las enviamos...

—¡No me lo cuentes! —gritó ella estremeciéndose—. ¿Para qué estás aquí? ¿Por qué me cuentas todo esto? ¿Para asustarme? ¿Qué es lo que quieres?

—Tengo un problema. Y sólo tú puedes ayudarme. Tenía algunas deudas... Me agencí algún dinero de las ganancias del Stop Hole para cubrir las. Pero ahora, algunos de los miembros de la organización sospechan de mí, y sólo es cuestión de tiempo que sepan que fui yo quien les

robó y, cuando lo hagan, soy hombre muerto. Si no me das dinero en efectivo para reemplazar el que sustraje de Stop Hole, tendrás que vivir con mi muerte en tu conciencia.

—No. Encontrarás otra manera de conseguir el dinero, pero no será por mí. Jamás te detendrás..., siempre estarías pidiéndome más.

—Así que te has vuelto codiciosa, *petite soeur*. Tienes más dinero del que jamás podrás gastar y estás casada con un hombre poderoso, pero escatimas unos peniques para salvarme la vida. Me temo que no tendré más remedio que pedirle ayuda a tu marido.

—¿Qué? —susurró ella.

—He oído que los Falkner cuidan de los suyos, y ya que soy tu hermano, tendré que reclamárselo a él, sí. Tendré que contarle a lord Falkner todos mis problemas... y nuestros antecedentes familiares.

—¿Crees que puedes chantajearme? —dijo Mira, sintiendo una oleada de pánico en su interior, un terror que incluso le nublabla la visión —. ¿Acaso piensas que no se lo he contado todo, incluido lo de mamá?

—Si te conozco bien, no lo has hecho. Pero si lo que dices es cierto, no te importará que hable con él, ¿verdad? Hablaré con él esta misma tarde. Nos reiremos juntos del mayor chiste de Inglaterra. De todas las mujeres que podría haber elegido, Alec Falkner se casó con la hija de una prostituta francesa.

—No.

—¿Debería decirle también que mamá se ocupaba de sus clientes contigo delante cuando eras un bebé? ¿Que dormíais en la misma habitación hasta que fuiste un poco mayor y te envió a un rincón de la cocina?

—¡Cállate!

—Y por supuesto le diré que tú también te habrías convertido en una prostituta si no me hubiera hecho cargo de ti cuando mamá murió. Que hoy estarías en ese burdel, abriéndote de piernas para cualquiera que tuviera suficientes francos en el bolsillo.

—¡No! —gimió Mira, cubriéndose la cara con las manos y rompiendo a llorar. Lloró sin poder controlarse, mientras le daba la espalda a su hermano para que no viera su miedo y su culpa. Después de que el llanto se convirtiera en sollozos, Mira se acercó tambaleándose a un árbol y se apoyó en él, sin importarle que la corteza le arañara la piel. No miró a Guillaume, pero sabía que seguía esperando allí—. Tengo algo de dinero —susurró ella—, pero no puedo darte más que algunos centenares de libras en efectivo.

—Joyas. Sin duda alguna te habrá regalado suficientes.

—Sí.

—Entonces, tráelas aquí mañana. Sólo me llevaré las que necesite.

—Alec regresa esta noche. Es probable que mañana esté todo el día conmigo.

—Entonces ve ahora a por ellas. Te esperaré aquí.

Mira se sentía como si estuviera en medio de una pesadilla. En cuestión de segundos los años se habían evaporado, y ella ya no era Mira Falkner sino Mireille Germain, una chica indefensa; demasiado asustada para quedarse, demasiado asustada para huir.

—Guillaume —le imploró—. Sé que volverás más veces... Sé que lo harás. Y esto jamás tendrá fin, no hasta que te haya dado todo lo que tengo y hayas destruido mi matrimonio, y eso me matará. No vuelvas de nuevo, por favor.

—Mira, ve a por las joyas.

Guillaume acabaría apropiándose de todas sus posesiones, pensó Mira con desesperación. ¿Cómo iba a justificar la desaparición de las joyas? Siempre podía decir que se las habían robado, pero sabía que en ese caso echarían la culpa a uno de los criados y ella no podía consentirlo. Se sentó en el dormitorio después de regresar de su encuentro con Guillaume, se sentía tan desesperada y enferma que ni siquiera fue capaz de bajar a cenar. Al caer la noche, oyó unos débiles sonidos procedentes del exterior y se acercó a la ventana. Habían regresado. Vio cómo se abría la puerta del carruaje y aparecía la oscura cabeza de Alec. Mira se giró con rapidez y corrió hacia las escaleras, llegando al vestíbulo al mismo tiempo que Carr y Alec entraban por la puerta. Jamás había estado tan contenta de verle, jamás

había necesitado tanto que la rodeara con sus brazos.

—¡Alec! —gritó rebosante de alegría, y su marido se rio cuando corrió hacia él.

La cogió entre sus brazos y la hizo girar un par de veces antes de bajarla al suelo y cubrirle la boca con la suya. Mira le rodeó el cuello con los brazos y amoldó su cuerpo al de Alec. El beso podría haber durado varios minutos más si no los hubiera interrumpido el carraspeo de Juliana.

—Qué ridículos son estos despliegues en público. Mira, lo único que conseguirás reciéndolo de esta manera, es que se marche con más frecuencia. Deberías reprenderle por dejarte, no gritar de alegría y correr hacia él como si...

—No necesita reprenderme por dejarla —la interrumpió Alec, estrechando a Mira entre sus brazos y sonriéndole—. Ya me he estado

reprendiendo yo mismo cada minuto que he permanecido lejos de ella.

—¿Habéis tenido suerte en las investigaciones sobre la muerte de Holt? —preguntó ella, y él la silenció con un beso rápido.

—No, cariño. Pero no importa... Tenías razón: es mejor dejar el pasado atrás. No voy a seguir con ello. La respuesta a todo lo que realmente importa la tengo aquí, entre mis brazos.

¡Oh, cuánto le amaba! Allí, delante de Juliana, Carr y cualquier otra persona que los estuviera observando, Mira hizo que Alec inclinara la cabeza hacia ella, hacia sus labios dulces y apasionados. Rozó la boca masculina con la punta de la lengua en una promesa secreta y sintió que él se estremecía en sus brazos antes de apartarse con una tímida sonrisa.

—¿Habéis cenado algo? —preguntó mirando a Carr, que negó con la cabeza de una manera casi

retraída—. Voy a ordenarle a la cocinera que os prepare algo ahora mismo —dijo ella—. Sé que el viaje ha sido largo...

—Gracias, pero estoy demasiado cansado para comer —dijo Carr, brindándole una sonrisa agradecida—. Lo único que necesito son varias horas de descanso.

—Lo único que verdaderamente puedes hacer por mí... —le susurró Alec muy cerca del oído— es acompañarme a la cama ahora mismo.

Todos se retiraron a sus aposentos y fue Mira quien hizo de ayuda de cámara para su marido, ayudándole a quitarse las botas y colocando su ropa pulcramente doblada en el respaldo de la silla. Él le complicó las cosas, sin embargo, insistiendo en quitarle la ropa al mismo tiempo, lo que produjo algunos enredos de brazos y piernas, risas amortiguadas y botones arrancados. Finalmente completaron la tarea, y Alec cayó

encima de la cama en una magnífica postura desgarbada, tirando de la muñeca de Mira hasta que ella cayó encima de él con una risita nerviosa.

—Te amo, lady Falkner —murmuró él, enredando los dedos en el sedoso cabello oscuro que caía en cascada sobre su torso.

—Te amo, milord. —Mira curvó los labios en una sonrisa cuando Alec se los acarició suavemente con el pulgar.

—No me llames milord. Llámame cariño, esposo...

—Mi vida —susurró ella con los ojos resplandecientes—, mi amor, mi alegría —la joven le cubrió de besos el cuello y los hombros—, mi corazón, mi fuerza —le besó en el pecho antes de apoyar allí la mejilla—, o quizá simplemente debería llamarte mío.

—Llámame tonto por haberte dejado sola —dijo él con voz ronca, después de haberse girado

hacia ella. Los delgados muslos de Mira se entrelazaron con los de él y sus caderas acunaron la cálida y pulsante longitud de su virilidad. Ambos estaban excitados por el contacto, pero ninguno de ellos se movió, permanecieron íntimamente abrazados hasta que Mira comenzó a retorcerse, impaciente por completar su unión —. Siempre tan impaciente —murmuró él, moviéndose para penetrarla.

—Siempre —admitió ella con presteza, arqueando las caderas contra las de él hasta que sintió la dureza entre sus muslos y jadeó de ansiedad.

Alec sonrió y se inclinó para besarle los pechos, ahucándolos con las manos. Aunque sus caricias no eran rudas, Mira no pudo evitar dar un respingo. Al instante, Alec se dio cuenta de la incomodidad de su esposa y la acarició con tal suavidad que apenas la tocó.

—Están más sensibles de lo habitual —dijo él en tono inquisitivo y ella asintió jadeando, estremeciéndose cuando él la acarició con una gentileza increíble.

Alec desplazó la boca suavemente sobre los tiernos picos hasta endurecer las cimas rosadas. Ella gimió, arqueándose hacia él, acercándole a la fuente del placer femenino. Alec deslizó la palma de la mano por el vientre y la apretó contra la suave curva de su estómago. La mano masculina era indagadora y un poco protectora. Mira se quedó paralizada ante ese gesto, agrandando los ojos mientras los clavaba en los de él. La mirada de Alec era cálida y penetrante, la tocaba como si pensara que...

—Mira —le preguntó con suavidad—, ¿es posible que estés...?

—No.

—Conozco cada centímetro de tu cuerpo, y

está diferente.

—No, te equivocas.

—¿Cuándo tuviste el último período? ¿No tendrías que tenerlo ahora?

—Se me ha retrasado por la boda. He estado muy tensa y nerviosa, estoy segura de que lo tendré en unos días. Conozco mi cuerpo mucho mejor que tú, y no hay nada diferente, nada en absoluto.

—De acuerdo —la tranquilizó él, deslizándole la mano por el brazo—. Por supuesto que tienes razón. Era sólo una pregunta.

—Sería demasiado pronto —dijo ella, intentando explicarle su repentina aprensión. Suspiró para sus adentros al pensar que tendría que preocuparse también de un bebé—. Necesito más tiempo a solas contigo, me sentiría impotente y torpe, y no me desearías durante meses. Además, no sé cómo cuidar a un bebé...

—Mira, calla... Un momento, ¿cómo que no te desearía? ¿De dónde has sacado una idea tan ridícula? Nunca dejaré de desearte.

—Seré el doble de grande cuando esté embarazada...

—Y el doble de hermosa.

—... y caminaré bamboleándome como un pato.

—Eso hará que me sea más fácil atraparte cuando me hagas perseguirte por todas partes...

—¡No bromees con esto! ¡Sólo a un hombre se le podría ocurrir algo así!

—Sólo trato de decirte que no tienes de qué preocuparte. Sí, todavía te desearé. Siempre te consideraré la mujer más hermosa que haya visto en mi vida, andes bamboleándote como los patos o no. Y eso de que no sabrías cuidar de un bebé, habrá tanta gente adorándolo, mimándolo y monopolizándolo que tendríamos que pedir cita

para verlo.

—No sabría ser madre.

—Todas las mujeres lo saben por instinto.

—Quienquiera que diga eso no sabe lo que está diciendo. No tengo ninguno de esos instintos.

—Lo harías condenadamente bien. Jamás he conocido a nadie que le guste tanto cuidar de otras personas como tú.

—Sí, pero...

—Cariño, tienes tanto amor que dar... En serio, no conozco a nadie más perfecta que tú para ser madre.

—No es que no quiera tener hijos —dijo Mira, cada vez más tranquila—, es que no quiero tenerlos justo ahora.

—Yo también preferiría que fuera más adelante —admitió él, alisándole el pelo y besándola en la frente—, pero si ello no es

posible, aceptaremos lo que venga y ya nos encargaremos juntos, ¿vale?

—Vale —dijo ella, y él la rodeó con los brazos. Cuando Alec la abrazó, Mira cerró los ojos y casi se estremeció por la satisfacción de sentirlo entre sus brazos, de sentirse protegida por la fuerza de su marido—. Supongo que en algunas cosas tienes razón —murmuró.

Él le separó los muslos y enterró la boca en el valle entre sus pechos.

—Por supuesto que la tengo.

—Todavía tendríamos tiempo para nosotros, incluso después de que el bebé hubiera nacido, ¿verdad?

—Por supuesto que lo tendríamos.

—Me encantaría tener un niño.

—O una niña.

—Sí..., cualquiera de los dos sería maravilloso.

—Maravilloso —convino él con voz ronca,

sonriéndole con tal calidez que ella tuvo que alzar la cabeza para besarle. Sus bocas se unieron cuando él respondió lentamente, besándola y saboreándola con tal destreza que Mira sintió cómo una brillante bola de fuego se extendía por todo su cuerpo. Alec levantó la cabeza y la miró con unos chispeantes ojos plateados—. Mi amor —susurró—, tienes entre tus brazos a un hombre que no ha hecho el amor contigo durante días, y que se encuentra bastante desesperado. ¿Podemos dejar esta conversación para más tarde?

—Por supuesto —dijo ella, rodeándole el cuello con los brazos.

Alec no volvió a mencionar la posibilidad de que estuviera embarazada, pero cada día que pasaba, Mira era más consciente de los sutiles

cambios de su cuerpo y pronto estuvo segura de que estaba esperando un hijo. Cuando visitó a Rosalie en Berkeley Hall le confió la noticia. Rosalie pareció sumamente encantada, y le dijo que ella misma estaba esperando un hijo y que había sido en Brighton donde ocurriera el feliz acontecimiento. Diplomáticamente omitió preguntarle a Mira de cuánto tiempo estaba, lo que fue un alivio pues había concebido al bebé un mes antes de casarse con Alec.

Podría haber sido una época feliz para Mira, llena de expectativas y nuevos comienzos, pero sobre ella se cernía la larga sombra de Guillaume. Le resultaba difícil no desanimarse al preguntarse qué sería de él y cuándo volvería a verlo. Ahora tenía mucho más que perder, muchísimo más. Algunos días apenas podía probar bocado, ni enfrascarse en un libro o en una conversación, ni relajarse lo suficiente para dormir. Algunas veces

pillaba a Alec mirándola con una expresión insondable, como si sospechara algo pero no se atreviera a preguntarle al respecto.

Los únicos momentos en los que no pensaba en Guillaume o se permitía no preocuparse por él era cuando Alec le hacía el amor. Sólo entonces era capaz de evadirse. Sabía que su marido sospechaba que algo le preocupaba, pero por alguna razón no la presionaba para que se lo contara. Todas las noches parecía concentrado en extraer cada gota de placer del cuerpo de Mira. La atormentaba, jugaba con ella, la amaba hasta que ella perdía el sentido ante el éxtasis más espectacular que hubiera experimentado nunca. Los días que más preocupada estaba era cuando Alec estaba ausente, ya fuera para ocuparse de los negocios familiares o para supervisar la hacienda. Como había esperado y temido, fue una de esas mañanas en que Alec estaba fuera cuando recibió

otra nota de Guillaume. Con el corazón lleno de temor, acudió a la cita sin decírselo a nadie. No tenía alternativa y nada con lo que negociar.

Guillaume la estaba esperando en el límite del jardín con una extraña sonrisa en su rostro afilado y una mirada atenta en sus ojos oscuros. Mira se sintió dividida entre el dolor y el odio mientras lo miraba; no podía creerse que hubieran llegado a eso, no cuando una vez habían estado todo lo unidos que podían estar dos hermanos. Se habían ayudado mutuamente para sobrevivir, y se habían defendido el uno al otro frente al resto del mundo. Aun así, Mira siempre le había tenido un poco de miedo pues había visto lo que era capaz de hacerle a otras personas. Sabía que Guillaume anteponía sus intereses a los de cualquier otra persona, incluida ella.

—¿Tienes más deudas? —preguntó ella débilmente—. Sabía que querías más dinero de

mí. Pero la verdad es que no tengo mucho que darte.

—El resto de tus joyas sería un buen comienzo.

—Las he traído, están en la bolsa. Pero después de que las cojas no tengo más que ofrecerte.

—Estás casada con un maldito duque, Mira. Seguro que tienes más. Venga, dame eso. —Tras abrir la bolsa y examinar su contenido, Guillaume le dirigió una mirada desdeñosa—. Esto son baratijas. Necesito mucho más.

—¡No tengo nada más!

—Qué lástima. No me gustaría tener que hablar con tu marido, *petite*, pero parece que no me va a quedar más r...

—Espera —dijo ella, mordiéndose el labio mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

Con manos temblorosas, tiró de la cadena de oro que llevaba al cuello, sacando el medallón Falkner del corpiño. Incluso bajo la sombra de los

árboles, el pesado y valioso medallón, con perfectas gemas labradas, tenía un brillo casi sobrenatural y conservaba el calor de la piel de Mira incluso después de que ella se lo hubiera quitado. Había sido suyo desde la primera noche que pasó con Alec, durante meses había sido su único vínculo con él. Lo sostuvo con firmeza en el puño, antes de dárselo a Guillaume, sintiendo un dolor desgarrador cuando su hermano se lo arrebató de la mano, obligándola a renunciar a él.

—Sí, esto ya es otra cosa —dijo Guillaume examinándolo apreciativamente—. Con esto bastará. Por ahora.

—Ya no tengo nada más —repuso Mira con voz ahogada por el resentimiento—. Jamás volveré a verte, Guillaume, no me importa lo que le digas a mi marido. No obtendrás nada más de mí.

—Te equivocas —la contradijo con voz suave y

fría—. Encontrarás algo más que traerme. Estaré esperándote aquí mañana por la mañana.

—No vendré.

—Si no lo haces, se lo diré todo.

—Háblale de mamá. No me importa. Lo subestimas a él y a su capacidad de entender y perdonar a los que ama. Y a mí, por supuesto, me ama.

—Puede que te perdone lo de mamá — concedió Guillaume—. Es posible.

—Lo hará.

—Y estoy seguro de que te ama. Pero el amor siempre tiene sus límites.

—Para ti, quizá. Pero no para...

—Eres realmente una criaturita adorable, Mira. Siempre lo he pensado, así que imagino que él podría perdonarte casi cualquier cosa. Pero no el asesinato.

—¿Asesinato? —preguntó Mira con voz aguda,

sintiendo que se ponía pálida—. Te has vuelto loco.

—El asesinato de su primo —repuso Guillaume aparentemente satisfecho por la atónita mirada su hermana.

—Pero... eso ocurrió antes de que me conociera. No tuve nada que ver con ello. ¿Por qué lo has mencionado? No tengo ninguna relación con el asesinato de su primo.

—Sí que la tienes —murmuró Guillaume—. Fui yo quien lo mató.

—Estás mintiendo —dijo ella con voz agitada.

—No. Su primo estuvo haciendo preguntas en los tugurios de Stop Hole Abbey, buscando a una de las chicas que había raptado... Hizo demasiadas preguntas a demasiada gente. Se acercó demasiado. Naturalmente no podíamos permitir que eso sucediera. Es parte de mi trabajo resolver ese tipo de problemas, así que me

encargué de él. En ese momento no sabía que estaba relacionado contigo, pero tampoco me habría importado.

—Mientes. No es el mismo hombre.

—Se llamaba Holt Falkner. Alto, delgado, con el pelo negro. Era muy fuerte, recuerdo que tuvimos que sujetarlo entre tres para reducirlo y...

—Oh, Dios... —exclamó Mira con voz entrecortada, dejándose caer al suelo y metiendo la cabeza entre las rodillas cuando una oleada de náuseas la atravesó. La historia de Guillaume era demasiado horrible, demasiado rocambolesca para no creerla—. Oh, Dios...

—Sí, sabes perfectamente lo que eso significa. Si él averigua lo que hice, pensará en ello cada vez que te mire, cada vez que acuda a tu cama.

Sí. Ella sabía cuánto había querido Alec a Holt. Conocía la profunda lealtad de Alec, sabía las noches en vela que su marido había pasado

preguntándose por qué y quién había matado a su primo... No, no podría perdonarle eso, ni aunque quisiera hacerlo.

—He sido tan tonta —susurró ella—, al pensar que tenía una oportunidad de ser feliz.

—Todavía la tienes... si eres capaz de ocultarle este secreto. Y eso significa mantenerme contento, pequeña. Así que hasta mañana y mientras tanto piensa qué vas a traerme. *Au revoir*.

Ella no levantó la mirada mientras él se alejaba. Se sentía demasiado débil, demasiado derrotada para moverse. Se preguntó dónde iría ahora que su vida había acabado.

—Alec —susurró—, lo siento. Lo siento muchísimo.

Era la primera vez que Mira no le esperaba en

la puerta al regresar a casa. Alec frunció el ceño ligeramente; se había acostumbrado a que su esposa bajara de la torre cuando él llegaba y le saludara en la entrada principal. Carr, que había dejado Londres y descansaba unos días en el castillo, se asomó a las escaleras y se apoyó en la barandilla de hierro forjado.

—Hola, Alec. Tengo que preguntarte algunas cosas...

—¿Dónde está Mira? —inquirió Alec a su primo.

Carr se encogió de hombros despreocupadamente al tiempo que añadía:

—No la he visto en todo el día. Desde esta mañana. Dijo que le dolía la cabeza y que se encontraba indispuesta. No quería que la molestáramos.

—¿Parecía indispuesta esta mañana...? ¿Estaba de buen humor o...?

—No me fijé demasiado. La mayoría de las mujeres sufre indisposiciones temporales.

—¿No la has visto en todo el día?

—Así es. Ahora, lo que quería preguntarte es...

—Más tarde —dijo Alec con aire distraído, mirando las escaleras—. Antes quiero ver a mi mujer. —Había pasado algo, aquel silencio, la ausencia de Mira... Sus entrañas le decían que algo no andaba bien. Conteniendo el impulso de subir corriendo a su habitación, subió las escaleras con el ceño cada vez más fruncido y se detuvo ante la puerta. Giró el picaporte y entró, lanzó una rápida ojeada al dormitorio pero no vio nada más que sombras vacías—. ¿Mira? —dijo en voz alta; sin embargo una parte de su mente ya sabía que ella no estaba.

Lentamente se acercó al tocador y con mano temblorosa cogió un trozo de papel doblado por la mitad con su nombre garabateado en la parte

superior.

Alec,

Si me quedara más tiempo contigo, tendría que mentirte todos los días, para mantener en secreto cosas que no debería ocultarte. Estarás de acuerdo en que es mejor para los dos que me vaya. Lo que debo decirte hará que cambie lo que sientes por mí, tal como te dije una vez que sucedería...

Había escrito más, pero de repente los ojos de Alec se llenaron de lágrimas y no pudo seguir leyendo. El grito que lanzó resonó en la habitación como el disparo de un rifle.

—¡Mira!

Unos segundos después, Carr apareció en la puerta con los ojos muy abiertos y llenos de preocupación.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? ¿Está...?

Con rapidez, percibió la habitación vacía y la nota en la mano de Alec. Buscó la mirada de su primo que había adquirido un tono gris absolutamente helado.

—Se ha ido —dijo Alec con voz ronca—. Tengo que partir de inmediato.

—La encontraremos —repuso Carr con rapidez, sin molestarse en hacer preguntas innecesarias—. No ha podido ir muy lejos en un día, no se llevó el carruaje, ha estado aquí todo el día.

—Iré en el carruaje hasta la parada de postas más cercana y allí alquilaré una montura. Si tienes razón, no puede haber ido muy lejos. Tendrá que pasar la noche en alguna posada.

—Bajaré y me encargaré de que preparen el carruaje.

Cuando Carr se alejó, Alec bajó la mirada a la

nota y siguió leyendo lleno de estupor. La pena, la angustia, el amor y el miedo amenazaron con abrumarle, y luego lo ocultó todo con una oleada de rabia que asomó a su rostro. ¿Tan poca fe tenía su mujer en él que huía a las primeras de cambio? Después de todas las declaraciones de amor que le había hecho, de todo el consuelo, el apoyo que le había dado, ella volvía a reaccionar como una niña asustada, y la impotencia se sumó a la rabia que sentía. Bajó las escaleras con rapidez, cogió el abrigo y le tendió la escueta nota a Carr con una mueca de disgusto. Carr la tomó de manera automática y miró a Alec con cara sombría.

—Voy contigo —dijo.

Alec negó con la cabeza.

—No, iré solo.

—Podría llevarte un par de días averiguar dónde se ha metido.

—No me llevará más que unas horas. La

encontraré antes de que anochezca, aunque tenga que rastrear la zona.

—Alec —dijo Carr con vacilación, cada vez más preocupado—. Sé que estás furioso con Mira, pero todo esto no debe de ser fácil para ella. Sé indulgente...

—Seré indulgente —le aseguró Alec lacónicamente—. Después de que le retuerza el pescuezo.

—Según me dijiste una vez, no es la primera vez que huye. No es fácil perder las viejas costumbres, sólo necesita...

—Ésta la va a perder... —dijo Alec sombríamente—. Y muy pronto.

—Creo que debería ir contigo.

—Y yo creo que deberías quedarte aquí y leer esa nota.

—¿Por qué? —Carr miró el papel que sostenía en la mano.

—Considéralo un regalo. Guillaume estará esperando a Mira en el límite del jardín mañana por la mañana. Ya que mi fugitiva esposa no estará aquí para recibirle, creo que no te importará ocupar su lugar.

—¡Que me aspen! —exclamó Carr, olvidando su preocupación por Mira al mirar la nota con una vibrante expresión de fiera satisfacción.

—Que te diviertas —dijo Alec con suavidad, cerrando la puerta tras de sí.

Mira se acercó al fuego y se estremeció cuando un trueno retumbó fuera de la posada y empezó a llover a cántaros. Era noche cerrada y hacía frío. El viento batía con fuerza y ella sabía que tenía suerte de haber encontrado refugio horas antes de que la tormenta empeorara. Su habitación era pequeña y confortable, tenía una cama diminuta

y sábanas limpias, una chimenea, una mesa con una silla y un palanganero. Sin embargo, las comodidades que la rodeaban no significaban nada para ella. Miró el fuego sin verlo y se abrazó las rodillas, pensando en todo lo que había ocurrido ese día, dándole vueltas una y otra vez, viendo la cara de Guillaume, preguntándose qué estaría haciendo Alec en ese momento. No tenía dudas de haber hecho lo correcto. Sabía que Alec no la querría después de que hubiera leído la nota, pero también sabía que debería habérselo dicho todo en persona, se lo debía. Había huido sin enfrentarse a él, pero hacerlo y presenciar su ira, su desprecio y su rechazo, era más de lo que hubiera podido soportar. Mira conocía sus propios límites, sabía qué cosas podría soportar y cuáles no y ver el odio de Alec habría sido peor que una bala atravesándole el corazón. Siguió con sus tortuosos pensamientos hasta que un golpe en la

puerta la sacó de esos pensamientos. Pensando que era la camarera, Mira se puso en pie y se acercó a la puerta, posando los dedos sobre el cerrojo.

—¿Sí? ¿Quién es? —preguntó, y se sintió alarmada al oír una voz masculina al otro lado de la puerta.

—Mira, abre.

La voz de Alec. Se sintió asombrada de que la hubiera encontrado tan pronto, y se quedó mirando la puerta incapaz de moverse. De repente, ésta se abrió de golpe con un fuerte estrépito, el frágil pasador saltó y cayó al suelo. Mira huyó al otro lado de la habitación tan rápido como un conejo asustado, con las pupilas tan dilatadas que los iris castaños parecían casi negros. Alec estaba en la puerta, con el cabello negro cayéndole sobre la frente y el agua resbalando por su ropa hasta formar un charco a

sus pies. Sus pálidos ojos grises estaban enrojecidos y brillaban de una manera extraña en medio de su cara morena, una cara con un gesto tan adusto que ella apenas lo reconoció. Jamás le había parecido tan grande y aterrador. De repente, tuvo miedo de él. No encontraba en aquella aparición ni rastro del hombre que conocía y amaba. Era un desconocido que clavó los ojos en ella y le habló con tal frialdad que Mira se sobresaltó como si la hubiera golpeado.

—Le has dado el nombre de tu doncella al posadero —le dijo—. Esperaba un poco más de originalidad por tu parte. —Alec la observó con una mirada helada, percibiendo la manera en que la luz del fuego hacía brillar el camisón blanco de Mira e iluminaba la figura delgada. Luego miró a su alrededor—. Té y un colchón de plumas, un buen fuego, un periódico. Muy acogedor, sobre todo en una noche tan tempestuosa como ésta.

—Tu ropa —dijo ella con voz vacilante—. Estás empapado, te enfriarás...

—Ahórrame el numerito de la esposa abnegada.

Existía entre ellos un muro que jamás había estado ahí antes, y parecía tan impenetrable, tan inquebrantable, que Mira retrocedió unos pasos, meneando la cabeza con impotencia. Su movimiento puso a Alec en acción. Se acercó a la silla en tres pasos, la cogió y la colocó debajo del picaporte de la puerta, dejándolos encerrados en la estancia. A varios pasos de él, Mira ladeó la cabeza.

—¿Cómo me has encontrado?

—No fue difícil deducir que te habías encaminado al pueblo y que allí encontraste transporte. Sabía que no podías haber ido muy lejos. Ésta es la segunda posada en la que pregunto. El posadero ha sido muy servicial y no

dudó en hablarme de una mujer llamada Mary Cobbett, menuda y de cabello oscuro...

—¡Le pagué para que no hablara con nadie!

—Si puedes comprar a un hombre una vez, puedes comprarlo dos. Le he pagado más que tú.

Ella inclinó la cabeza, clavando la mirada en el suelo.

—¿Has leído mi carta? —preguntó con voz ronca.

—Sí, la he leído. Una carta muy interesante. Me aclaró un montón de cosas.

—Ya sabes por qué... Después de que me enterara de que Guillaume...

—Oh, entiendo —dijo él con voz sedosa, quitándose el abrigo y arrojándolo a un rincón con tal fuerza que ella se estremeció—. Sé muy bien cuánto confías en mí... y lo que piensas de mí.

—Alec, te amo, pero no podía quedarme

después de...

—¿Amor? —se burló él—. No me vengas con excusas. Si lo que has hecho hoy es por amor, entonces no lo quiero. No lo necesito. Mira, hace semanas que sé lo de tu hermano, incluido todo lo que le hizo a Holt.

—No es posible —dijo ella sin aliento, casi tambaleándose por la confusión—. No es posible que todas esas noches..., que todas las veces...

—Lo descubrí durante el último viaje a Londres con Carr. No sabía si tú sabías lo que había hecho Guillaume o no. Pero eso no pareció enfriar mi pasión por ti, ¿verdad? Pareces muy sorprendida, lady Falkner.

—¿Y todavía seguías queriéndome después de saberlo? No entiendo... Tienes todo el derecho del mundo a despreciarme por lo que hizo mi hermano... y lo que era mi madre...

—A lo que tengo derecho es a azotarte por

escaparte como una cobarde sin darme la oportunidad de hablar contigo. Está claro que no tienes mucha fe en mí, ¿verdad? Estabas condenadamente segura de que te culparía por todo, y que no era digno de tu confianza...

—¡No fue así! —gritó Mira—. Me preocupaba por ti... Y por supuesto, no esperaba que siguieras queriéndome después de leer la carta.

—Entonces ¿qué diablos esperabas de mí? —inquirió él furioso—. ¿En qué demonios pensabas? Dejas que tu hermano te chantajee, me abandonas con la firme intención de negarme la oportunidad de ver alguna vez a mi hijo, y todo ¿por qué? Porque piensas que no puedo amarte sin reservas. ¿Qué te hace pensar que tu amor es mayor que el mío? Te dije que jamás te fallaría. Que siempre estaría a tu lado. Que te necesitaba, a ti y a... a... —De repente a Alec le falló la voz y le dio la espalda con una maldición ahogada, con

los anchos hombros rígidos por la tensión y la negra cabeza inclinada—. Tenía miedo de no encontrarte —añadió con voz ronca.

Mira se acercó a él lentamente, con los ojos húmedos y la cara ruborizada por la esperanza. La invadió un dulce alivio y el amor que sentía era tan intenso que casi le dolía. De repente, comprendió el daño que le había hecho, entendió lo mucho que la quería y el terrible error que había cometido. Cualquier mujer vendería su alma por que la quisieran de esa manera.

—Alec... —dijo ella con voz temblorosa—, pensar en no volver a verte me rompía el corazón.

Él se mantuvo de espaldas a ella, con los puños cerrados con tal fuerza que tenía los nudillos blancos.

—¿Cómo has podido marcharte de esa manera? —masculló.

—No entendía..., no sabía cómo te sentirías.

Yo deseo fervientemente que seas feliz. Pensé que podrías ser feliz sin mí. Actué como una cobarde, pero no podía enfrentarme a lo que había perdido, a lo que pensaba que había perdido. Pero de ahora en adelante, todo será diferente. Conoces todos mis secretos, y ya no le tengo miedo a nada.

—No vuelvas a dejarme —susurró él.

—No lo haré, te lo juro.

—La próxima vez te castigaré de una manera que nunca olvidarás.

—No habrá una próxima vez.

—Te haré cumplir tu promesa.

—La cumpliré —le prometió ella llorando y, de repente él la tomó en sus brazos y le cubrió la boca con la suya.

La abrazó con tal fuerza que Mira apenas podía respirar. Los brazos de Alec estaban duros y tensos, y temblorosos por la fuerza de su pasión.

El fino camisón de Mira quedó calado por el agua de lluvia que empapaba la ropa de Alec, pero mientras deslizaba los dedos por el pelo negro de su marido, la joven no sintió frío pues un fuego ardiente crecía en su interior. Aceptando aquel beso castigador, ella entreabrió los labios y le ofreció la dulzura de su boca, y él la tomó, no con aprecio o gratitud, sino con fiera exigencia. Los labios de Alec se apartaron de los de ella y se deslizaron por la garganta femenina y más abajo. Mira se tambaleó bajo aquella boca saqueadora, y apenas tuvo fuerzas para susurrar:

—Llévame a la cama, Alec. Te deseo. Deseo sentirte dentro de mí.

Sin hablar, él levantó la cabeza y la miró mientras tensaba los brazos en torno a su cuerpo delgado. En un ágil movimiento la alzó y la llevó a la cama. Los ojos de Alec, resplandecientes de deseo, la miraron como si temiera que pudiera

desaparecer y no apartó la vista de ella mientras se despojaba de su ropa. La pequeña cama pareció volverse aún más pequeña cuando Alec se dejó caer en el colchón. Mira se quedó sin aliento cuando él le desgarró el delicado camisón blanco, demasiado impaciente para desabrochar los diminutos botones de la parte delantera. Apartando a un lado los restos del camisón, Alec se inclinó sobre ella, y Mira sintió cómo unos escalofríos le recorrían la espalda cuando la carne desnuda de su marido cubrió la de ella. Era tan sinuoso y fuerte como una pantera que exigiera aplacar su hambre ajena al mundo que había más allá de la puerta de esa pequeña habitación. La piel de Alec estaba húmeda por la lluvia y, muy pronto, la piel de ella estuvo tan mojada como la de él. Mira apretó la boca abierta contra la piel de Alec; sabía a lluvia y a tormenta, y ella lamió aquella humedad con delicados aleteos de la

lengua.

Él gimió su nombre e inclinó la cabeza sobre sus pechos, deslizando la boca alrededor de la rosada areola del pezón, dibujándola con los labios, jugando con la lengua hasta que la carne respondió excitándose y contrayéndose en un duro brote. Alec parecía disfrutar de los sonidos impotentes que la joven emitía, y continuó jugueteando con sus pechos mientras deslizaba las manos por el resto de su cuerpo. Paseó la punta de los dedos por las piernas y las caderas de Mira, trazando un sendero desde su estómago al interior de sus muslos, donde siguió jugueteando con ella. Mira se arqueó hacia él con avidez, gimiendo de placer, desesperada por alcanzar el alivio que sólo sus caricias podrían proporcionarle, pero las manos de Alec se movieron lenta y perezosamente hasta que ella le suplicó que terminara con aquel tormento. La joven gimió

cuando sintió que la penetraba con un dedo e hizo ondular las caderas en respuesta. De repente, él retiró el dedo y el ardiente vacío la atravesó. Se aferró a las duras nalgas masculinas y lo instó a que la cubriera con su cuerpo.

—Debería hacerte sufrir más —susurró él, con el deseo brillando en sus ojos mientras bajaba la mirada hacia ella—. Lo he pasado tan mal esta noche que mereces probar un poco de tu propia medicina.

—No me castigues. —Mira se arqueó hacia él, apretando los labios entreabiertos contra la garganta de su marido—. No me castigues por amarte demasiado.

—Oh, Dios, Mira —suspiró, enterrándose en ella con un profundo y duro envite que la dejó sin aliento y la hizo contorsionarse para acogerlo por completo.

Con largos, poderosos y lentos movimientos,

Alec ajustó su cuerpo al de ella. Mientras la hacía acercarse cada vez más al borde del precipicio, ella le apretaba la espalda con manos temblorosas. Mira enterró la cara en su cuello y sollozó sobrecogida por el éxtasis más perfecto y completo que hubieran compartido nunca. Su funda apretada palpitó convulsivamente en torno a él, y unos profundos estremecimientos agitaron el cuerpo de Alec mientras ella le abrazaba con fuerza, susurrándole su amor contra la ardiente humedad de su piel.

Cuando se hubo recuperado lo suficiente para moverse, Alec rodó a un lado y se acomodó contra las almohadas antes de acunar a Mira contra su pecho. Ella apoyó la mejilla contra el hombro masculino suspirando de satisfacción.

—Te amo —dijo él con voz ronca, deshaciéndole la larga trenza y jugando con los oscuros y sedosos mechones—. No lo dudes

nunca. Acabarás creyéndome aunque tenga que pasarme la vida tratando de convencerte.

—Ahora te creo —repuso Mira, dándole un beso en los labios, y sosteniéndole la mirada con unos ojos suaves y brillantes—. Pero será necesario que me lo recuerdes constantemente.

—Lo haré.

—Es un buen trato —murmuró—. Tu amor por el mío.

—No es un trato, cariño..., es una garantía.

Los gritos que salían de la salita llegaban hasta el enorme vestíbulo, donde resonaban de tal manera que todos los habitantes del castillo Falkner podían oír la discusión, pero no había nadie en los pasillos; cuando Alec y Juliana discutían era el momento de buscar refugio y cerrar las puertas. Férrea voluntad Penrhyn

contra explosivo temperamento Falkner era una combinación aterradora aunque ninguno de ellos llevaba las de ganar. Mientras seguían discutiendo, Mira estaba sentada en una esquina del sofá, rebuscando en su bolsa de hierbas con intención de preparar la cataplasma para los ojos de Juliana. Carr —que era el objeto del debate—, estaba sentado cerca de ella con una copa en la mano, sin poder meter baza en la discusión. Alec recorría la salita de un lado a otro mientras Juliana defendía su postura sentada en una silla junto al fuego.

—No veo cómo vas a impedir que Carr se vaya —dijo la matriarca—. Y ese airado temperamento tuyo no lo convencerá para cambiar de idea. No quiere ni hablar de ello.

—Carr —intervino Mira—, ¿estás seguro de que quieres abandonar Inglaterra para buscar a Leila Holburn?

—Sí —dijo Carr con una mirada sincera en sus ojos verdes—. Sé que todos piensan que lo hago por obligación hacia Holt, pero es algo más que eso.

—Le pedí a Juliana que me ayudara a hacerle cambiar de idea —dijo Alec con una mueca de disgusto—, pensando que ella le mostraría una visión práctica del asunto. Y en vez de eso, se dedicó a parlotear con él durante una hora sobre caballeros y búsquedas, y un montón de chorradas por el estilo, que sólo han servido para confundirlo más.

Juliana soltó un bufido.

—Yo no parloteo, Alec. Y me indigna que insinúes que mis consejos no son buenos para él. Además, Carr ya no es un niño, y tiene derecho a decidir lo que quiere sin que tú, yo, o cualquier otro intervenga.

—¡No cuando no tiene ni idea de qué clase de

problemas se está buscando! —exclamó Alec con el ceño fruncido—. ¡No estamos hablando de un viaje de puro placer al extranjero! Piensa ir a un lugar donde ninguno de nosotros podremos ayudarle si se encuentra en apuros.

—Estoy segura de que estará más seguro que en Londres —dijo Juliana.

—¡Y yo de que no es lo más adecuado para un pipiolo como Carr!

Si Guillaume no había mentido, Stop Hole Abbey había secuestrado y vendido a Leila, enviándola posteriormente al norte de África. No había manera de saber quién la tenía o dónde estaba ahora, pero Carr había sorprendido a todo el mundo al anunciar que pretendía buscarla. Quizá quería hacerlo por su reciente visita a la familia de Leila o porque se sentía obligado por Holt pero, fuera cual fuese la razón, Carr estaba resuelto a ir en busca de la joven. Mira sentía una

oleada de simpatía y comprensión por el joven primo de Alec. En los últimos días parecía haber dejado atrás su inocencia. Había tratado a Guillaume con una inesperada madurez; había decidido no acabar con su vida y se había ocupado personalmente de que el hermano de Mira fuera puesto en un barco rumbo a Australia. Allí, Guillaume tendría que enfrentarse a una vida dura, de trabajo y penurias, algo que quizá lo haría cambiar para bien. Mira siempre le agradecería a Carr la misericordia que había mostrado hacia su hermano.

—Alec sólo quiere protegerte —le susurró a Carr al oído mientras Juliana y Alec continuaban discutiendo—. Se siente responsable de sus seres queridos y, aunque no lo admitirá nunca, te ha tomado mucho cariño.

—Lo sé —dijo Carr, riéndose entre dientes—. Todos nos alegraremos mucho cuando nazca el

bebé. Estará demasiado ocupado con su hijo para andar metiéndose en la vida de los demás.

—Yo no apostaría por ello —repuso Mira, y ambos sonrieron.

—¿Estás en contra de que me vaya? —preguntó él.

Mira vaciló un momento, luego tiró de la cadena de oro que colgaba de su cuello y se quitó el medallón Falkner con discreción. Tras enrollar la cadena, sostuvo el brillante colgante en la palma de la mano.

—Tú me devolviste esto —dijo ella, mirándole con firmeza—. Una vez se lo dieron a Alec como símbolo de su madurez —continuó—, y yo quiero que lo lleves contigo en tu viaje como símbolo de mi fe en ti. De mi esposo y mía —sonrió—. Y tráelo de vuelta sin un rasguño o Alec pedirá mi cabeza.

—Gracias —dijo Carr con sencillez, tomando el

medallón y metiéndolo en el bolsillo mientras inclinaba la cabeza para ocultar la emoción que sentía.

Mira sonrió y le habló a su marido.

—Alec, voy a retirarme. Ha sido un día muy largo.

—Te acompaño —repuso Alec al instante, lanzándoles a Juliana y a Carr una mirada ominosa—. Terminaremos esta discusión mañana.

Mira deslizó su mano en la de él mientras se dirigían a sus habitaciones.

—Juliana le ha llenado la cabeza de pájaros —murmuró Alec—. ¿Puedes imaginártelo buscando a esa chica por toda África? ¡Ni siquiera sabe qué aspecto tiene!

—Quizá debería ir. ¿Has considerado qué puede hacer ahora? Ya se ha aclarado la muerte de su hermano. Ha perdido interés por los libros y

ahora parece creer que no tiene nada en común con sus amigos. Está ansioso por poner a prueba su independencia. Quizá necesite hacer este viaje.

—Hay cosas más prácticas en las que podría centrar sus energías —dijo Alec, tomándola en brazos cuando llegaron a lo alto de la escalera y llevándola al dormitorio.

—Estoy de acuerdo. —Mira le rodeó el cuello con los brazos—. Pero ninguna de tus propuestas es tan romántica como la idea de rescatar a una doncella en apuros, ¿verdad?

Alec esbozó una sonrisa a regañadientes; sus ojos chispearon.

—No, no lo es.

—Pues ahí lo tienes —dijo ella razonablemente—. Ahora, ¿prefieres seguir hablando de esto durante las próximas horas o tienes alguna otra sugerencia sobre cómo podríamos pasar el resto de la noche?

—Lo cierto es que tengo unas cuantas — admitió él, dejándola sobre la cama y sentándose a su lado—. Sólo hay un problema.

—¿Cuál?

—La noche no es lo suficientemente larga para lo que tengo en mente.

—Tenemos mucho más que una noche —dijo Mira, estirándose con languidez—. Tenemos todo el tiempo del mundo.

A Alec le hirvió la sangre en las venas cuando la miró. Era tan hermosa, tan especial para él... Ella era lo único que jamás había dado por supuesto, y nunca lo haría.

—Todo el tiempo del mundo no será suficiente tampoco.

—Oh, pero podemos intentarlo —dijo ella, y él sonrió mientras se inclinaba sobre ella y la besaba.

